

MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA

MEMORIAS DE UN SARGENTO DE MILICIAS



DIALECTICA DEL MALANDRINAJE

(Caracterización de las "Memorias de un Sargento de Milicias")

EN 1894 José Verissimo¹ definió las *Memorias de un Sargento de Milicias* como novela de costumbres que, por el hecho de describir lugares y escenas del Río de Janeiro del tiempo de Don Juan VI, se caracterizaría por una especie de realismo anticipado; en consecuencia, hablaba bien del autor, como hombre de un momento histórico dominado por la estética del Naturalismo.

Prácticamente nada nuevo se dijo hasta 1941, cuando Mario de Andrade reorientó la crítica, negando que Almeida fuese un precursor. Sería más bien un continuador retardado y su novela una novela de tipo marginal, apartada de la corriente media de las literaturas, como la de Apuleyo o Petronio en la Antigüedad, o *El Lazarillo de Tormes* en el Renacimiento, llenas todas de personajes antiheroicos que son modalidades de pícaros.

¹José Verissimo. "Una vieja novela brasileña", *Estudos Brasileiros*, 2ª Serie, Río de Janeiro, Laemert, 1894, pp. 107-124. Mario de Andrade, "Introducción", Manuel Antonio de Almeida, *Memorias de un Sargento de Milicias*, Biblioteca de Literatura Brasileña, I, S. Paulo, Livraria Martins, 1941, pp. 5-19; Darcy Damasceno, "La efectividad lingüística en las *Memorias de un Sargento de Milicias*", *Revista Brasileña de Filosofía*, Vol. II, Tomo II, diciembre 1956, pp. 155-177, especialmente pp. 156-158. (La cita es de la p. 156). Es necesario recordar el prefacio de Paulo Róanai a su traducción francesa de las *Memorias*, donde opta, como Mario de Andrade, por un realismo arcaico y no precursor, señalando afinidades con la novelística costumbrista del siglo XVIII, principalmente *Gil Blas*, de Le Sage: Manuel Antonio de Almeida, *Mémoires d'un sergent de la milice*, Río de Janeiro, Atlántica Editôra, 1944, pp. 5-12.

Una tercera etapa fue abierta en 1956 por Darcy Damasceno, que abordó el análisis estilístico, teniendo como telón de fondo un excelente rechazo de posiciones anteriores: "No habrá de considerarse picaresco un libro por el solo hecho de haber en él un pícaro más adjetival que sustantival, sobre todo si a tal libro le faltan las características peculiares del género picaresco; tampoco sería histórico, aunque cierta dosis de veracidad haya servido a la creación de tipos o a la evocación de la época; menos aún realista, cuando la lectura más atenta nos vuelve flagrante el predominio de la imaginación y de la improvisación sobre la retratación o la reconstitución histórica". Y luego de demostrar con pertinencia cuán reducidas son las indicaciones documentales, prefiere designarla como novela de costumbres.

Comparto estas opiniones oportunas y penetrantes (desgraciadamente muy breves) que pueden servir de punto de partida para el presente estudio. La única duda sería la referente al realismo, y tal vez ni siquiera, si Darcy Damasceno se estuviera refiriendo específicamente al concepto usual de las clasificaciones literarias, que así designan a lo que ocurrió en la segunda mitad del siglo XIX; en cambio mi intención es caracterizar una modalidad bastante peculiar que se manifiesta en el libro de Manuel Antonio de Almeida.

I

¿NOVELA PICARESCA?

EL ARGUMENTO de que se trataría de una novela picaresca muy difundido a partir de Mario de Andrade (que sin embargo no dice exactamente eso) recibió un refuerzo de aparente rigor por parte de Josué Montello, que piensa haber encontrado sus raíces en obras como *La vida del Lazarillo de Tormes* (1554) y *Vida y hechos de Estebanillo González* (1645).²

Si esto fuese exacto, estaría resuelto el problema de su filiación y, por consiguiente, gran parte del de su caracterización crítica. Pero en realidad, Josué Montello se basó en una petición de principio,

²Josué Montello, "Un precursor: Manuel Antonio de Almeida", *La literatura en Brasil*, Dirección de Afranio Coutinho, Vol. II, Río de Janeiro, Editorial Sul-Americana S. A., 1955, pp 37-45.

tomando como probado lo que aún faltaba por probar, es decir, que las *Memorias* es una novela picaresca. A partir de ahí, supervalorizó algunas analogías fugaces y encontró lo que trataba de encontrar, pero no lo que un cotejo objetivo habría mostrado. De hecho, el análisis de la picaresca española demuestra que aquellos dos libros mencionados no motivaron en nada a Manuel Antonio de Almeida, aunque es posible que éste haya recibido sugerencias marginales de alguna otra novela española, o escrita a la manera española, como sucedió en toda Europa en el siglo XVII y parte del XVIII. Lo que mejor resulta es comparar las características de "nuestro retratado" (como dice el novelista de su personaje) con las del típico héroe o antihéroe picaresco, minuciosamente examinadas por Chandler en su obra que trata este aspecto.³

En general, el propio pícaro narra sus aventuras, lo que encierra la visión de la realidad dentro de su ángulo restringido; y esta voz en primera persona es uno de los encantos para el lector, al transmitir un falso candor que el autor crea hábilmente y que es ya un recurso psicológico de caracterización. Ahora bien, el libro de Manuel Antonio es narrado en tercera persona por un narrador que no se identifica y cambia con desenvoltura el ángulo secundario, haciéndolo variar de Leonardo padre a Leonardo hijo, de éste al Compadre o a la Comadre, después a la Gitana y así sucesivamente, de modo tal que establece una visión dinámica de la materia narrada. En este aspecto el héroe es un personaje como los otros, a pesar de ser preferencial; no es el instituidor o la *ocasión* para instituir el mundo ficticio como el Lazarillo, Estebanillo, Guzmán de Alfarache, la Pícaro Justina o Gil Blas de Santillana.

En compensación, Leonardo hijo tiene con los narradores picarescos algunas afinidades: como ellos, es de origen humilde y, como algunos de ellos, irregular, "hijo de un pistón y un pellizcón". Como ellos es arrojado al mundo, pero no abandonado como fueron el Lazarillo o el Buscón de Quevedo; por el contrario, apenas sus padres lo dejan, el destino le ofrece un padre mucho mejor en la persona del Compadre, el buen barbero que lo toma a su cargo para el resto de su vida y lo protege de la adversidad material. Tanto es así que le falta un rasgo básico del pícaro: el choque áspero con la realidad

³Frank Wadleigh Chandler, *La novela picaresca en España*, Traducción del inglés por P. A. Martín Robles, Madrid, La España moderna, s. d. (Se trata solamente de una parte del libro original de Chandler, *The literature of Roguery*, 3 vol., New York, Houghton Mifflin, 1907). Ver también Angel Valbuena y Pra, "Estudio Preliminar", *La Novela Picaresca Española*, 4ª edición, Madrid, Aguilar, 1942, pp. 11-79. Se trata de una edición de los principales picarescos españoles, utilizada para este estudio

que conduce a la mentira, a la disimulación, al robo, y que constituye la mejor disculpa a las "picardías". En su origen el pícaro es ingenio; la brutalidad de la vida es la que, lentamente, lo va volviendo hábil y sin escrúpulos, casi como defensa; pero Leonardo, bien protegido por el padrino, nace malandrín hecho, como si se tratase de una cualidad esencial, no un atributo adquirido por la fuerza de las circunstancias.

Más aún: la humildad del origen y el desamparo de la suerte se traducen necesariamente, para el protagonista de las novelas españolas y de las que estaban cerca, en su condición servil. En algún momento de su vida él es criado, de tal modo que ya se supone equivocadamente que su caracterización proviene de ahí, ya que el término "pícaro" significa un tipo inferior de siervo, sobre todo ayudante de cocina, sucio y desarrapado. Y es del hecho de ser criado de donde proviene un principio importante en la estructuración de la novela, pues pasando de amo en amo el pícaro se va moviendo, mudando de ambiente, variando de experiencias y conociendo la sociedad en su conjunto. Pero nuestro Leonardo está tan lejos de la condición servil que el Padrino se ofende cuando la Madrina le sugiere que le haga aprender un oficio manual en el Arsenal de Guerra, la famosa Concepción; el buen hombre quiere verlo convertido en un cura o recibido en Derecho y, en este sentido, procura encaminarlo librándolo de cualquier necesidad de ganarse la vida. Por eso, nunca aparece seriamente el problema de la subsistencia, aun cuando a Leonardo se lo ve de paso y casi como un juego por las cocinas reales, lo que lo aproximaría vagamente a la condición de pícaro en el sentido anteriormente examinado.

Semejante a otros pícaros, él es amable y risueño, espontáneo en los actos e íntimamente ligado a los hechos que se suceden en su vida. Esto lo somete, como a ellos, a una especie de causalidad externa, de motivación que parte de las circunstancias y vuelve al personaje un títere, vacío de lastre psicológico y caracterizado apenas por las alternativas de la trama. El sentimiento de un destino que motiva la conducta está presente en las *Memorias*, donde la Comadre se refiere al *destino* que acompaña al ahijado, acumulando contratiempos y deshaciendo a cada instante las situaciones favorables.

Como los pícaros, él vive un poco al albur de la suerte, sin proyectos ni reflexión; pero al contrario de éstos, nada aprende con la experiencia. De hecho, un elemento importante de la picaresca es esa especie de aprendizaje que da madurez e impulsa al protagonista a recapitular sobre su vida a la luz de una filosofía desencantada.

Más coherente con la vocación del fante, Leonardo nada termina; y el hecho de que el libro esté narrado en tercera persona facilita esta inconciencia, pues corresponde al narrador formular las pocas reflexiones morales, en general ligeramente cínicas y en todo caso optimistas, al contrario de lo que ocurre con el ácido sarcasmo y el relativo pesimismo de las novelas picarescas. El malandrín español termina siempre en una resignada mediocridad, aceptada como consuelo luego de tanta agitación, o más miserable que nunca en el universo del desengaño y la desilusión, que marca fuertemente la literatura del Siglo de Oro español.

Curtido por la vida, maltrecho y vencido, él no tiene sentimientos aunque sí reflejos de ataque y defensa. Traicionando a los amigos, engañando a los patrones, no tiene una línea de conducta, no ama y, si se llegara a casar, lo haría por interés, dispuesto siempre a las acomodaciones más hoscas, como el pobre Lazarillo. Nuestro Leonardo, aunque desprovisto de pasión, tiene sentimientos más sinceros en este terreno, y en parte el libro es la historia de su amor lleno de obstáculos por la tonta Luisita, con quien termina casándose después de haber sido ascendido, reformado y convertido en dueño de cinco herencias que le caen en las manos sin haber movido una paja. No siendo ningún modelo de virtud, es leal y llega a comprometerse seriamente para no perjudicar al malandrín Teotino Sabiá. Una anti-pícaro, por lo tanto, en estas y en otras circunstancias, como la de no intentar agradar a los "superiores", actitud que constituye la meta suprema del malandrín español.

Si el protagonista fuese así, es de esperar que el libro, tomado en su conjunto, presente la misma oscilación de algunas analogías y muchas diferencias en relación a las novelas picarescas.

Estas son dominadas por el sentido del espacio físico y social, pues el pícaro anda por diversos lugares y entra en contacto con diversos grupos y capas sociales, no siendo raros los destinos internacionales, como el del "gallego-romano" Estebanillo. El hecho de ser un aventurero desclasado se traduce en su cambio de condición, cuyo tipo elemental, establecido de primero —el Lazarillo de Tormes— es el cambio de patrones. Criado de mendigo, criado de escudero pobre, criado de cura, el pequeño vagabundo recorre la sociedad, cuyos tipos van surgiendo y se van completando, de modo tal que el libro se convierte en un sondeo de los grupos sociales y sus costumbres, cosa que continuó en la tradición de la novela picaresca, convirtiéndola en uno de los modelos de la ficción realista moderna. Aunque deformado por el ángulo satírico, su punto de vista descu-

bre la sociedad en la variación de los sitios, de los grupos, de las clases; estas últimas vistas frecuentemente desde las inferiores a las superiores, obedeciendo al sentido de la eventual ascensión social del pícaro. En ese lento panorama surge al final un moralismo trivial, mas poca o ninguna intención realmente moral, a pesar de las protestas permanentes con que el narrador intenta dar un cuño ejemplar a sus picardías. En relación a las mujeres, hay una acentuada misoginia. Aunque no sean licenciosas como tampoco sentimentales, las novelas picarescas son frecuentemente obscenas y emplean palabrotas a voluntad, de acuerdo con los ambientes que se describen.

El libro de Manuel Antonio es de un vocabulario *limpio*, no emplea ninguna expresión baja y, cuando entra en zonas licenciosas, es discreto o de tal modo caricaturesco que el elemento irregular se deshace en buen humor, como se puede ver en la secuencia que narra el infortunio del cura sorprendido en paños menores en el cuarto de la Gitana. Pero notamos que tiene cierto tinte de sentimiento amoroso, a pesar de estar descrito con oportuna ironía; y la sátira, visible en todo el libro, nunca abarca el conjunto de la sociedad, pues contrariamente al de la picaresca su blanco es restringido.

II

NOVELA DE MALANDRINES

DIGAMOS entonces que Leonardo no es un pícaro, salido de la tradición española, sino el primer gran malandrín que entra en la novelesca brasileña, proveniente de una tradición casi folklórica y correspondiendo, más de lo que se acostumbra decir, a cierta atmósfera cómica y popular de su tiempo, en Brasil. Malandrín que sería elevado a categoría de símbolo por Mario de Andrade en *Macunaíma* y que Manuel Antonio con seguridad plasmó espontáneamente al adherirse con inteligencia y afectividad al tono popular de las historias que, según la tradición, escuchó de un compañero, en el diario en que trabajaba, antiguo sargento bajo las órdenes de un Mayor Vidigal verdadero.⁴

⁴Es de esta manera como Manuel Antonio de Almeida caracteriza al personaje Leonardo, el cual resulta un *héroe sin ningún carácter* o, mejor aún, que presenta los rasgos fundamentales del estereotipo brasileño. Manuel Antonio de Almeida es el primero en fijar en la literatura el carácter nacional brasileño, tal como tendrá larga vida en nuestras le-

El malandrín, como el pícaro, es una especie más amplia de aventurero astuto, común a todos los folklores. Ya señalamos, en efecto, que Leonardo practica la astucia por la astucia (aun cuando ella tiene por finalidad liberarlo de un enredo), manifestando una pasión por el juego en sí que lo aparta del pragmatismo de los pícaros, cuyo malandrínaje mira casi siempre a un provecho o a la solución de un problema concreto, perjudicando frecuentemente a terceros en su solución. Esa gratitud aproxima a “nuestro retratado” al *trickster* inmemorial, hasta sus encarnaciones zoomórficas —mono, raposa, tortuga— haciendo de él, no tanto un anti-héroe como una creación que tal vez posea rasgos de héroe popular, como Pedro Malasarte. Es admisible que modelos cruditos hayan influido en su elaboración; pero lo que parece predominar en el libro es el dinamismo propio de los astutos de las historias populares. Por eso, Mario de Andrade tenía razón al decir que las *Memorias* no contenían realismo en el sentido moderno sino que en ellas se encuentra algo más amplio e intemporal, propio de la comicidad popular.

Esta raíz originariamente folklórica tal vez explique ciertas manifestaciones de cuño arquetípico, inclusive el comienzo, con aquella frase modelo de los cuentos para niños: “Era en tiempos del Rey”. Al mismo universo pertenecería la constelación de las hadas buenas (Padrino y Madrina) y la especie de hada agorera que es la Vecina, cercando la cuna del niño y sirviendo a los designios de la suerte, al “destino” invocado más de una vez en el curso del relato. Pertencería también el anonimato de varios personajes, importantes y secundarios, designados por su profesión o su posición en el grupo, lo que por un lado los disuelve en categorías sociales típicas, pero por otro los aproxima a paradigmas legendarios y a la indeterminación de la fábula, donde hay siempre “un Rey”, “un hombre”, “un leñador”, “la mujer del soldado” etc. Está además el Mayor Vidígal, quien debajo del uniforme históricamente documentado es una especie de animal come-niños, devorador de gente alegre. Finalmente, está la peculiar duplicación que establecen dos protagonistas, Leonardo Padre y Leonardo Hijo, no solamente contrastando con la fuerte unidad estructural de los anti-héroes picarescos (al mismo

tras. En la ficción y en la ensayística, particularmente del siglo xx, será constante la atribución de esas características al brasileño: vagancia, pereza, sensualidad, indisciplina, vivacidad de espíritu — nuestra modalidad de ‘inteligencia’. Creo que se puede saludar en Leonardo al ancestro de *Macunaima*”. Walnice Nogueira Galvão, “En tiempos del rey”, *Saco de Gatos*, S. Paulo, Livraria Duas Cidades, 1976, p. 32. Este hermoso ensayo, uno de los más agudos sobre nuestro autor, salió inicialmente con el título “Memorias de un Sargento de Milicias” en el *Suplemento Literario del Estado de Sao Paulo*, 17 de marzo de 1962.

tiempo nacimiento y blanco de la narrativa) sino revelando además un vínculo con los modelos populares.

Efectivamente, padre e hijo materializan las dos caras del *trickster*: la estupidez, que al final se revela salvadora, y la astucia, que muchas veces termina en desastre, aunque provisoriamente. Bajo este aspecto, el alguacil medio tonto que termina ordenadamente su vida y el hijo astuto que por poco se enreda en dificultades insalvables, serían una suerte de proyección invertida, en el plano de las aventuras, de la familia didáctica de Bertoldo que Giulio Cesare Della Croce y sus seguidores popularizaron desde Italia a partir del siglo XVI, inspirados en remotas fuentes orientales. No es difícil afirmar que en los catálogos de librería de la época de Manuel Antonio aparecen varias ediciones y versiones de la famosa serie, como: *Astucias de Bertoldo*, *Simplicidades de Bertoldito*, *hijo del sublime y astuto Bertoldo* y *agudas respuestas de Marcolfa, su madre*; *Vida de Cacasseno*, *hijo del simple Bertoldito* y *nieto del astuto Bertoldo*. En las *Memorias de un Sargento de Milicias*, libro culto y apenas remotamente vinculado a arquetipos folklóricos, simplón es el padre y astuto el hijo, sin que haya además de eso ningún vestigio de adivinación gnómica, propia de la serie de los Bertoldos y de la "Doncella Teodora", esta última sobre todo muy viva en nuestra tradición popular.

Como no hay motivos para contradecir la tradición, según la cual la materia del libro fue dada al menos parcialmente por los relatos de un viejo sargento de policía,⁵ podemos admitir que el primer nivel de estilización consistió, por parte del novelista, en extraer de los hechos y las personas cierto elemento de generalización que los aproximó a los paradigmas subyacentes en las narraciones folklóricas. Así, por ejemplo, un determinado oficial de justicia, llamado o no Leonardo Pataca, fue desarticulado, simplificado, reordenado y sometido a una acuñación ficticia, que lo apartó de su carne y de su hueso, para transformarlo en acontecimiento particular del enamorado fracasado y, más tarde, en el bobote universal de las bromas. En otras palabras, la operación inicial del autor habría consistido en reducir los hechos y los individuos a situaciones y tipos generales, probablemente porque su carácter popular permitía tender un puente fácil hacia el universo del folklore, haciendo que la tradición anecdótica asumiera la solidez de las tradiciones populares.

⁵Marques Rebêlo, *Vida y Obra de Manuel Antonio de Almeida*, 2ª edición, S. Paulo, Livraria Martins Editôra, 1963, pp. 38-39 y 42.

Podríamos entonces afirmar que la solidez de las *Memorias* está lograda por la asociación íntima entre un plano voluntario (la representación de las costumbres y escenas de Río de Janeiro) y un plano, tal vez en su mayor parte, involuntario (rasgos semifolkloricos, manifestados sobre todo en el tenor de los actos y las peripecias). Como ingrediente, agréguesele un realismo espontáneo y trivial, aunque basado en la intuición de la dinámica social del Brasil de la primera mitad del siglo XIX. Y en esto reside probablemente el secreto de su fuerza y de su proyección en el tiempo.

Existen también, naturalmente, eventuales influencias eruditas y trazos que lo emparentan a las corrientes literarias que en aquel momento formaban, con las tendencias peculiares del romanticismo, un diseño más complicado de lo que parece al leer las clasificaciones esquemáticas. Es en esta dirección donde ellas se entroncan, con fuertes líneas, a la literatura brasileña de entonces, que la esclarece tanto o más que invocando modelos extranjeros e incluso un sustrato popularesco.

De hecho, para comprender un libro como las *Memorias* conviene recordar su afinidad con la producción cómica y satírica de la Regencia y los primeros años del Segundo Reinado, tanto en el periodismo, como en la poesía, en el dibujo y en el teatro. Escritas de 1852 a 1853, ellas siguen una tendencia manifestada a partir del decenio de 1830, cuando comienzan a florecer periodiquillos cómicos y satíricos como *O Carapuço* del Padre Lopes Gama (1832-34; 1837-45; 1847) o *O Novo Carapuço*, de Gama y Castro (1841-42). Ambos se ocupaban del análisis político y moral por medio de la sátira de las costumbres y retratos de tipos característicos, disolviendo la individualidad en clase, como tiende a hacer Manuel Antonio. Esta tendencia que viene de La Bruyère, pero también de nuestro viejo poema cómico, sobre todo del ejemplo de Nicolau Tolentino, se manifiesta todavía en la verdadera manía del retrato satírico que describe a los tipos de la vida cotidiana y que, bajo el nombre de "fisiología" (por "psicología"), pululó en la imprenta francesa entre 1830 y 1850 y de donde pasó a la nuestra. Aunque Balzac la haya cultivado con gran talento, no es necesario recurrir a su influencia, como hace un estudioso recientemente,⁶ para encontrar la fuente eventual de una moda que era el pan cotidiano de los periódicos.

⁶Alan Carey Taylor, "Balzac, Manoel Antonio de Almeida et les débuts du réalisme au Brésil", resumen de comunicación, *Le Réel dans la Littérature et le Langage*. Actes du X^e Congrès de la Fédération Internationale des Langues et Littératures Modernes, publiés par Paul Vernois, Paris, Librairie C. Klincksieck, 1967, pp. 202-203.

También en esos años surge la caricatura política, en los primeros dibujos de Araújo Pôrto-Alegre (1837)⁷ y de 1838 a 1849 se desarrolla la actividad de Martins Pena, cuya concepción de la vida y de la composición literaria se aproxima a la de Manuel Antonio, con la misma fineza, el mismo sentido penetrante de los rasgos típicos, la misma suspensión de juicio moral. El amante del teatro que fue nuestro novelista no podría haber quedado al margen de una tendencia tan bien representada, tendencia que aparecería aún, y modestamente, en la obra narrativa y teatral de Joaquín Manuel de Macedo, lleno de infrarrealismo y caricatura.

Los propios poetas, que hoy consideramos una serie plañífera de rimadores, hicieron poesía humorística, obscena y soez, a veces con suficiente gracia, como Laurindo Rabêlo y Bernardo Guimarães, cuyas producciones en este filón llegaron hasta nosotros. Alvarez de Acevedo fue un poeta divertido y algunos retardados mantenían la alegre tradición de la vieja sátira social, como es el caso de *La Fiesta de Baldo* (1847) de Alvaro Teixeira de Macedo, cuyo lenguaje endurecido no ahoga totalmente el discernimiento sabroso de las costumbres provincianas.

III

¿NOVELA DOCUMENTAL?

AFIRMAR que el libro de Manuel Antonio de Almeida es eminentemente documental, por ser reproducción fiel de la sociedad en que la acción se desarrolla, tal vez sea hacer una segunda formulación de principio, puesto que faltaría probar, primero, que refleja al Río de antaño, y segundo que a este reflejo debe el libro su característica y su valor.

La novela de tipo realista, arcaica o moderna, comunica siempre cierta visión de la sociedad, cuyo aspecto y significado intenta traducir en ciertos términos artísticos. Es más dudoso que dé una visión informativa, pues generalmente sólo podemos evaluar la fidelidad de la representación a través de comparaciones con otros datos que tomamos de documentos de otro tipo. Dicho esto, queda el hecho de que el libro de Manuel Antonio sugiere la presencia

⁷Herman Lima, *História de Caricatura no Brasil*, 4 volúmenes, Río de Janeiro, Livraria José Olympo Editora, 1963, vol. I, pp. 70-85.

viva de una sociedad que nos parece bastante coherente y existente, y que vinculamos a la del Río de Janeiro de comienzos del siglo XIX, y que incluso Astrojildo Pereyra llegó a compararlo con los grabados de Debret, es decir, como fuerza representativa.⁸

Sin embargo (nos recuerda Darcy Damasceno) el panorama que él traza no es amplio. Especialmente restringido, su acción transcurre en Río, sobre todo en lo que hoy es el centro de la ciudad y que en aquel tiempo constituía la mayor parte de la misma. Ningún personaje abandona su ámbito y apenas una o dos veces el autor nos lleva al suburbio, en el episodio del mestizo del mangle y en la fiesta campestre de la familia de Vidita.

También socialmente la acción está circunscrita a un tipo de gente libre y modesta, que hoy llamaríamos pequeña burguesía. Aparte de eso, hay una señora rica, dos curas, un jefe de policía y, muy de paso, un oficial superior y un hidalgo, a través de quienes vislumbramos el mundo del Palacio. Este mundo nuevo, convertido recientemente en la capital modesta del Virreinato, era entonces la gran novedad, con la presencia del rey y de los ministros, con la instalación —llena de episodios entre pintorescos y odiosos— de una nobleza y una burocracia venidas en los navíos en fuga, entre máquinas y cajones de libros. Pero de esa nota viva y evidente, ni una palabra; es como si Río de Janeiro continuase siendo la ciudad de don Luis de Vasconcelos y Sousa.

Existía, además, un elemento más antiguo e importante para lo cotidiano, que formaba la mayor parte de la población y sin el cual no se vivía: los esclavos. Ahora bien, como nota Mariano de Andrade, no hay gente de color en el libro, salvo las bahianas de la procesión de los Ourives, mero elemento decorativo, y las criadas de la casa de Doña María, mencionadas de paso para enmarcar al Maestro de Rezo. Tratado como personaje, solamente está el *partido* libre Pancho-Pepe, representante de los alborotadores y marginales que formaban buena parte de la sociedad brasileña.

Documental restringido, pues, que ignora las capas dirigentes por un lado y las capas de base del otro. Pero tal vez el problema deba ser planteado en otros términos, sin pretender ver la ficción como una duplicación, actitud frecuente en la crítica naturalista que ha inspirado la mayor parte de los comentarios sobre las *Memorias* y que tenía una concepción del realismo que podría calificarse de mecánica.

⁸Astrojildo Pereira, "Novelistas de la Ciudad: Macedo, Manuel Antonio y Lima Barreto", *La novela brasileña* (De 1752 a 1930), Coordinación etc. de Aurelio Buarque de Hollanda, Río de Janeiro, Ediciones O Cruzeiro, 1952, pp. 36-37. Ver p. 40.

En verdad lo que interesa al análisis literario es saber, en este caso, cuál es la función ejercida por la realidad social, históricamente localizada y que sirvió de base a la estructura de la obra; esto es, un fenómeno que se podría llamar de formalización o reducción estructural de los datos externos.

Para eso, debemos comenzar comprobando que la novela de Manuel Antonio de Almeida está constituida por algunos hitos discontinuos, aunque discernibles, ordenados de manera tal que su eficacia varía: 1º los hechos narrados, envolviendo a los personajes; 2º los usos y las costumbres descritas; 3º las observaciones propias del narrador y de ciertos personajes. Cuando el autor los organiza de modo integrado, el resultado es satisfactorio y nosotros podemos palpar la realidad. Cuando la integración es menos feliz, nos parece ver una yuxtaposición, más o menos precaria, de elementos no suficientemente fundidos, aunque interesantes y por momentos encantadores como cuadros aislados. En este último caso es cuando los usos y las costumbres aparecen como *documentos*, fáciles para la ficha de los folkloristas curiosos y practicantes de la *petite histoire*.

Es lo que ocurre, por ejemplo, en el capítulo xvii. "Doña María", donde reina la desintegración de los elementos constitutivos. Tenemos en él una descripción de costumbres (procesión de los Ourives); el retrato físico y moral de un nuevo personaje que da nombre al capítulo; y la acción presente, que es el debate sobre el niño Leonardo con la participación de Doña María, del Compadre y de la Vecina. A pesar de ser interesante, todo allí está desconexo. La procesión descrita previamente como foco autónomo de interés no es la procesión como acto, es decir, una determinada procesión concreta, localizada, pormenorizada y formando parte de la narrativa. Aunque ésta se vincule a la acción presente, al final ella sólo aparece un instante; lo que domina el capítulo es la procesión como uso, la procesión indeterminada, con carácter de informe pintoresco, del tipo de aquellos que generalmente se consideran como constituyendo la fuerza de Manuel Antonio, cuando en realidad son el punto débil de su narrativa.

Pero si volvemos al capítulo xv, encontraremos otra cosa. Se trata del "Escándalo", la divertida fiesta de cumpleaños de la Gitana que Leonardo Padre perturba pagando al vago Pancho-Pepe para armar el alboroto y denunciando todo previamente a Vidigal, quien interviene y hace público el pecado del Maestro de Ceremonias.

En este capítulo surge más de un elemento *documental*, inclu-

sive la vagancia, asociada al retrato físico y moral del vago y a una secuencia de hechos. Mas ahí el *documento* no existe en sí, aisladamente, como en el caso anterior, sino que es parte constitutiva de la acción, de modo que nunca parece que el autor nos esté informando o desviando nuestra atención hacia un aspecto de la sociedad. Dentro de las normas tradicionales de la composición, a las que obedece Manuel Antonio, en este segundo caso acierta; en el primero, si no se equivoca, es imperfecto por motivos de tipo estructural.

La fuerza de convicción del libro depende, pues, esencialmente de presupuestos de factura que ordenan la capa superficial de los *datos*. Estos necesitan ser encarados como elementos de la composición, no como informes proporcionados por el autor, pues en este caso estaríamos reduciendo la novela a una serie de cuadros que describen las costumbres de la época.

El libro de Manuel Antonio corrió este riesgo. El criterio arriba sugerido permite leerlo de modo esclarecedor, mostrando que tal vez haya ido consolidándose como novela a medida que dejaba de ser una colección de tipos curiosos y usos pintorescos que predominan en la primera parte. Es posible y hasta probable que su redacción haya sido realizada poco a poco, atendiendo a su origen de publicación en serie⁹ y que el sentido de la unidad haya ido aumentando progresivamente, a medida que la línea maestra del destino del "retratado" se consolidaba, emergiendo del polvo anecdótico. Por eso, la primera parte tiene más aspecto de crónica, en tanto que la segunda es más novela, al fortalecer a la anterior y preservar el colorido y lo pintoresco de la vida popular, sin situarla todavía en un excesivo primer plano.

Esta dualidad de etapas (que son como dos líneas narrativas coexistentes) queda esclarecida si notamos que en la primera mitad Leonardo Hijo aún no se desprendió de la nebulosa de los demás personajes y que la novela puede ser considerada tal teniéndole a él y al padre como principales personajes. Los hechos relativos al uno y al otro, y luego a los demás personajes que se les van agregando, corren como paralelos alternos, ya que a partir del capítulo XXVIII la línea del Hijo domina absolutamente la narración y, superando las descripciones estáticas, aminora la inclusión frecuente de usos y costumbres disolviéndolos en la dinámica de los acontecimientos.

⁹Marques Rebélo, ob. cit. pp. 40-41.

Siendo así, es probable que la impresión de la realidad transmitida por el libro no provenga esencialmente de los informes, de todos modos relativamente limitados, sobre la sociedad carioca del tiempo del Rey Viejo. Proviene de una visión más profunda, aunque instintiva, de la función o "destino" de los seres en esa sociedad; tanto es así que lo real adquiere plena fuerza cuando es parte integrante del acto y componente de las situaciones. Manuel Antonio, a pesar de sus ligerezas, tiene una cosa en común con los grandes realistas: la capacidad de intuir, más allá de los fragmentos descritos, ciertos principios constitutivos de la sociedad, ese elemento oculto que actúa como totalizador de los aspectos parciales.

IV

NOVELA REPRESENTATIVA

LA NATURALEZA popular de las *Memorias de un Sargento de Milicias* es uno de los factores de su alcance general y, por lo tanto, de la eficacia y perdurabilidad con que actúa sobre la imaginación de los lectores. Esta reacciona casi siempre al estímulo causado por situaciones y personajes de cuño arquetípicos, dotados de la capacidad de despertar resonancia. Pero, más allá de este tipo de generalidad, hay otro que la refuerza y al mismo tiempo determina, restringiendo su sentido y volviéndolo más adecuado al ámbito específico de Brasil. En otras palabras: en el libro hay un primer estrato universalizador, donde fermentan arquetipos válidos para la imaginación de un amplio ciclo de cultura, que se complace en los mismos casos de *tricksters* o en las mismas situaciones nacidas del capricho del "destino"; y hay un segundo estrato universalizador de cuño más restringido donde se encuentran representaciones de la vida capaces de estimular la imaginación de un universo menor dentro de ese ciclo: el brasileño.

En las *Memorias*, el segundo estrato está constituido por la dialéctica del orden y del desorden, que manifiesta concretamente las relaciones humanas en el plano del libro, mediante el cual forma su sistema de referencia. Su carácter de principio estructural, que genera el esqueleto de sustentación, es debido a la formalización estética de circunstancias de carácter social, profundamente signi-

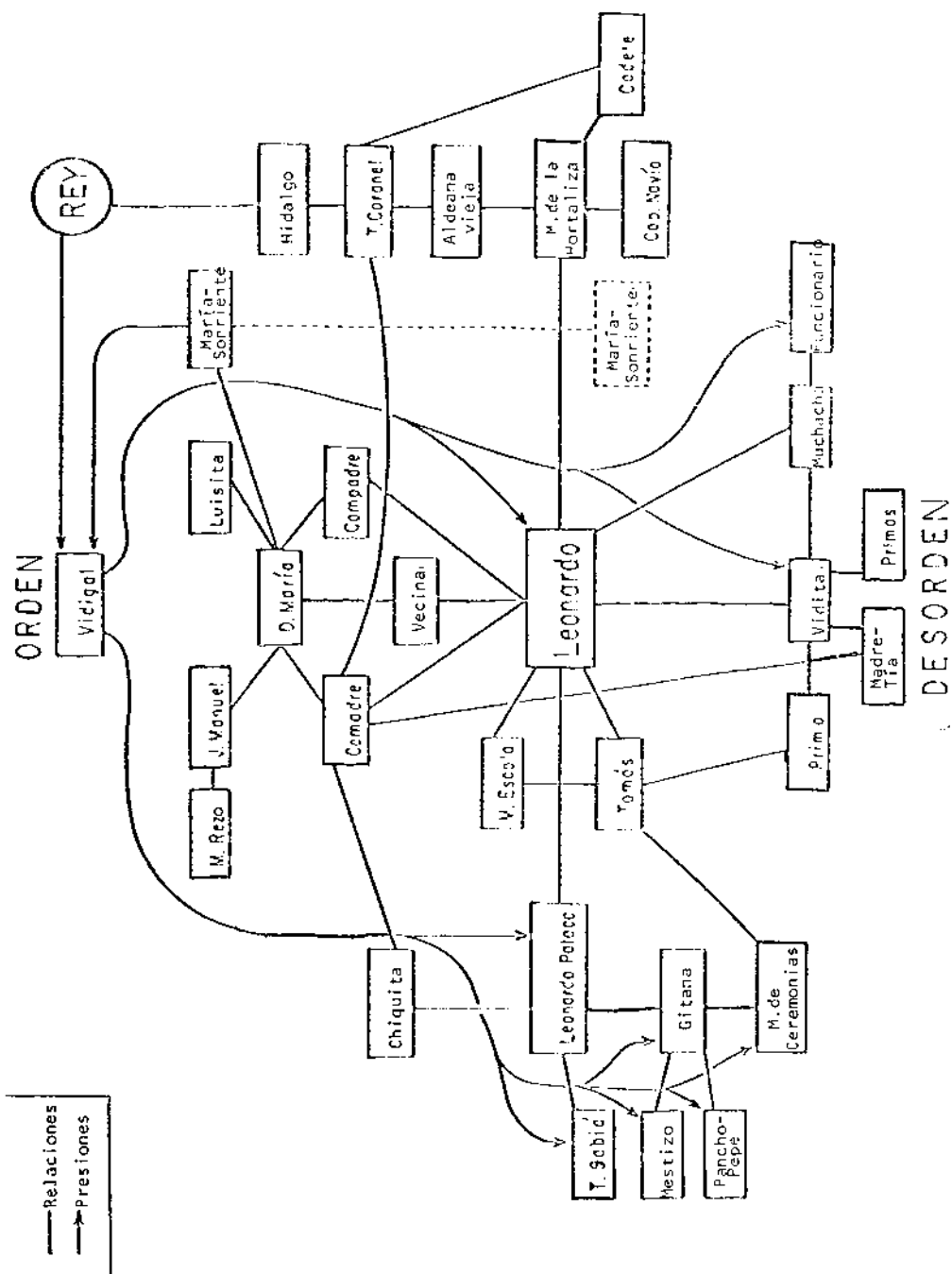
ficativas como modos de existencia y que por eso contribuyen a tocar esencialmente a los lectores.

Esta afirmación sólo puede ser aclarada mediante la descripción de sistema de relaciones de los personajes, lo cual muestra: 1º la construcción, en la sociedad descrita en el libro, de un orden que se comunica con un desorden que lo cerca por todos lados; 2º su correspondencia profunda, mucho más que documental, con ciertos aspectos asumidos por la relación entre el orden y el desorden en la sociedad brasileña de la primera mitad del siglo XIX.

Veremos entonces que, aunque elemental como concepción de vida y caracterización de los personajes, las *Memorias* constituye un libro agudo como percepción de las relaciones humanas tomadas en conjunto. Si no tuvo conciencia nítida, está fuera de duda que el autor tuvo maestría suficiente para organizar cierto número de personajes según intuiciones adecuadas de la realidad social.

Tomemos como base el personaje central del libro, Leonardo Hijo, imaginando que ocupa en el respectivo espacio una posición también central; a la derecha está su madre, a la izquierda su padre, los tres en el mismo plano. Con un mínimo de arbitrariedad podemos ubicar a los demás personajes, aun a los que furtivamente aparecen, encima y debajo de esta línea ecuatorial por ellos formada, como se ve en el cuadro anexo. Arriba están los que viven según normas establecidas, teniendo como ápice el gran representante de ellas, el Mayor Vidigal; abajo están los que viven en oposición o, por lo menos, en integración dudosa en relación a ellas. Podríamos decir que, de este modo, hay un hemisferio positivo del orden y un hemisferio negativo del desorden, funcionando como dos imanes que atraen a Leonardo, después de haber atraído a sus padres. La dinámica del libro presupone un columpiarse de los dos polos, en tanto Leonardo va creciendo y participando ora de uno, ora del otro, hasta ser finalmente absorbido por el polo convencionalmente positivo.

Bajo este aspecto, padre, madre e hijo son tres nudos de relaciones, *positivas y negativas*, ya que los dos primeros constituyen una especie de prefiguración del destino del tercero. Leonardo Pataca, el padre, es parte del orden, como oficial de justicia; a pesar de ser ilegítima, su relación con María de la Hortaliza es habitual y caso normal según las costumbres de su tiempo y de su clase. Pero después de ser abandonado por ella, entra en un mundo sospechoso por causa de su amor por la Gitana, que lo conduce a las hechicerías prohibidas del mestizo del mangle, donde el Mayor Vidigal lo



sorprende y lo mete preso. Todavía por causa de la Gitana promueve el desorden en su fiesta, contratando al alborotador Pancho-Pepe, lo cual motiva una nueva intervención de Vidigal y pone a la vista la vergüenza pintoresca de un cura, el Maestro de Ceremonias. Más tarde, la Gitana pasa a vivir con Leonardo Pataca, hasta que finalmente, ya maduro, constituye con la hija de la Comadre, Chiquita, un matrimonio estable, aunque igualmente desprovisto de bendición religiosa, como (repetimos) era caso normal en aquel tiempo entre las capas modestas. Así, Leonardo Padre, representante del orden, desciende a sucesivos círculos del desorden y vuelve en seguida a una posición relativamente respetada, alcanzado por las intervenciones bonachonas y brutales del Mayor Vidigal, personaje que existió y que debe haber sido fundamental en una ciudad donde, según un observador de la época, "hay que evitar salir solo por la noche y estar más atento a la seguridad personal que en cualquier otra parte, porque son frecuentes los robos y crímenes, a pesar de que la policía allí está en todas partes como arena en el mar".¹⁰

La vida de Leonardo Hijo será igualmente una oscilación entre los dos hemisferios, con mayor variedad de situaciones.

Si analizamos el sistema de relaciones en que está envuelto, veremos primero la actuación de los que procuran encaminarlo hacia el orden: su padrino, el Compadre; su madrina, la Comadre. A través de ellos entra en contacto con una señora bien instalada en la vida, Doña María, que se vincula a su vez con un próspero intrigante, José Manuel, acompañado por el ciego que enseña doctrina a los niños, el Maestro de Rezo, que se conecta sobre todo con su sobrina Luisita, rica heredera y futura mujer de Leonardo, después de un primer matrimonio con el mencionado José Manuel. Estamos en el mundo de las alianzas, de las carreras, de las herencias, de la gente de posición definida: en el nivel modesto, el padrino barbero; en el nivel quizás intermedio, la Vecina; en el nivel más elevado, Doña María. Todos están del lado *positivo* que la policía respeta y cuyas fiestas no ronda el Mayor Vidigal.

Observada desde este ángulo, la historia de Leonardo Hijo es la vieja historia del héroe que pasa por diversos riesgos hasta alcanzar la felicidad, pero expresada según una constelación social peculiar, que la transforma en la historia del muchacho que oscila entre el

¹⁰T. von Leithold y L. von Rango, *Río de Janeiro visto por dos prusianos en 1819*, Traducción y notas de Joaquín de Sousa Leão Filho, S. Paulo, Compañía Editora Nacional, 1966, p. 166.

orden establecido y las conductas transgresoras, para finalmente integrarse a la primera, luego de haberse abastecido con la experiencia de las otras.

El cuño especial del libro consiste en cierta ausencia de juicio moral y en la aceptación risueña del "hombre tal cual es", mezcla de cinismo y simplicidad que muestra al lector una relativa equivalencia entre el universo del orden y el del desorden, entre lo que se podría llamar convencionalmente el bien y el mal.

En la construcción de la trama esta circunstancia está representada objetivamente por la presencia de espíritu con que el narrador expone los movimientos del orden y del desorden, que terminan igualmente nivelados ante un lector incapaz de juzgar, porque el autor eliminó toda graduación necesaria para ello. Pero hay algo más profundo que ampara las capas superficiales de interpretación: la equivalencia del orden y del desorden en la propia economía del libro, como se puede verificar por la descripción de las situaciones y de las relaciones. Tomemos apenas dos ejemplos.

Luisita gusta a Leonardo desde chico, desde el bello episodio del "Fuego en el campo", cuando ve su rostro tímido de campesina transfigurado por la emoción de las luces brillantes. Pero como las circunstancias (o, en los términos del libro, "el destino") la apartan de él para su matrimonio convencional con José Manuel, él, sin capacidad para sufrir (pues al contrario de lo que afirma el narrador, no tiene la fibra amorosa del padre) pasa fácilmente a otros amores y a la encantadora Vidita. Esta nos recuerda, por la espontaneidad de sus costumbres, a la morenita "amiga" del vaquero, que amenazó la estada del mercenario alemán Schlichthors en el Río de aquella época, cantando *modiñas* sentada en la estera, junto a la madre complaciente.¹¹

Luisita y Vidita constituyen un par admirablemente simétrico. La primera en el plano del orden, es la jovencita burguesa con quien no hay relación viable fuera del matrimonio, pues ella trae consigo herencia, parentela, posición y deberes. Vidita, en el plano del desorden, es la mujer que se puede amar sin matrimonio ni compromisos, porque nada trae además de su gracia y de su curiosa familia sin obligaciones ni sanciones, donde todos se disponen más o menos conforme a los impulsos del instinto y del placer. Es durante sus amores con Vidita, y posteriormente, cuando Leonardo se mete en

¹¹C. Schlichthorst, *Río de Janeiro tal como es. 1824-1826*. (Una vez y nunca más), etc. Traducción de Emmy Dodt y Gustavo Barroso, Río de Janeiro, Editora Getúlio Costa, s. d. pp. 77-80.

las aventuras más serias y pintorescas, como libre de los proyectos respetables que el padrino y la madrina habían trazado para su vida.

Ahora bien, cuando el "destino" lo reaproxima a Luisita, providencialmente viuda, y vuelve a enamorarse para ir directamente al matrimonio, notamos que la tonalidad del relato es más convencional y, por el contrario, las secuencias de su amor con Vidita tienen un encanto más cálido. Igual que Leonardo, el narrador parece acercarse al matrimonio con la debida circunspección, pero sin entusiasmo.

A esta altura, comparamos la situación con todo lo que sabemos de los seres del universo del libro y no podemos dejar de hacer una extrapolación. Dada la estructura de aquella sociedad, si Luisita llega a ser una esposa fiel y casera, lo más probable es que Leonardo siga la norma de los maridos y, bajando alegremente del hemisferio del orden, rehaga el descenso a través de los círculos del desorden, donde lo espera aquella Vidita, u otra equivalente, para constituir juntos una pareja suplementaria, que se deshará a favor de otros arreglos, según las costumbres de la familia tradicional brasileña. Orden y desorden, por lo tanto, extremadamente relativos, se comunican por caminos innumerables, que hacen del oficial de justicia un hombrecillo venal, del profesor de religión un agente de intrigas, del Cadete pecador un Teniente Coronel lleno de virtudes, de las uniones ilegítimas situaciones honradas, de los matrimonios correctos negociadas excusas.

"Tutto nel mondo é burla, cantan Falstaff y el coro para resumir las confusiones y peripecias al final de la ópera de Verdi. *Tutto nel mondo é burla*, parece decir el narrador de las *Memorias de un Sargento de Milicias*, novela que tiene rasgos de ópera bufa. Tanto es así (y llegamos al segundo ejemplo) que la conclusión feliz es preparada por una actitud sorprendente del Mayor Vidigal, que en el libro es la encarnación del Orden, siendo manifestación de una conciencia exterior, la única prevista en su universo. De hecho, el orden convencional al que obedecen los comportamientos, pero al que en el fondo permanecen indiferentes las conciencias, es aquí, más que en cualquier otro lugar, el policía de la esquina, esto es, Vidigal, con su sensatez, sus guardias, su látigo y su relativo *feit-play*.

El es representante de un mundo apenas entrevisto durante la narración, cuando la Comadre sale al campo para obtener la libertad de Leonardo Pataca. Como todos saben, pedirá la protección del Teniente Coronel, miembro de la guardia, caricatura de vicjos

oficiales que dormitan en una sala del Palacio Real. El Teniente Coronel a su vez busca la ayuda del Hidalgo (que vive con su capote y sus zuecos en una casa fría y mal resguardada) para que éste le hable al Rey. El Rey, que no aparece pero que está presente como fuente de todo, es el que hablará con Vidigal, instrumento de su voluntad. Más que un personaje pintoresco, Vidigal encarna todo el orden; por eso, en la estructura del libro es una piedra angular y, bajo el aspecto dinámico, la única fuerza reguladora de un mundo incontrolado, presionando de arriba abajo y sancionando uno por uno a los agentes del desorden. El detiene a Leonardo Padre en la casa del mestizo y al Maestro de Ceremonias en la casa de la Gitana. El ronda el baile del bautismo de Leonardo Hijo e interviene muchos años después en la fiesta de cumpleaños de su hermana, consecuencia de los nuevos amores del padre. El persigue a Teotonito Sabía, deshace el picnic de Vidita, atropella al Funcionario, persigue y después detiene a Leonardo Hijo, incorporándolo al ejército. Su solo nombre hace temblar y huir.

Siendo así, cuando la Comadre resuelve obtener el perdón para su ahijado, piensa recurrir a Vidigal, por medio de una nueva serie de mediaciones muy significativas de esa dialéctica del orden y del desorden que se está tratando de sugerir. Modesta socialmente, enredadora y complaciente, se refuerza buscando a la próspera Doña María, que sería fuerte mediadora ante el representante de la ley, siempre accesible a los propietarios bien instalados.

Pero Doña María, hábilmente, cambia de rumbo y recurre a una señora cuyas costumbres habían sido fáciles, como se decía cuando ellas aún eran difíciles. Y es con el orden puro por un lado, encarnado en Doña María, y con el desorden hecho orden aparente, por el otro, encarnado en su pintoresca tocaya María-Sonriente, que la Comadre parte al asalto de la ciudadela ríspida, del Mandamás General, del aguafiestas, que es el Mayor.

La escena es digna de un tiempo que produjo Martins Pena. Toda la gente recuerda de qué modo, para sorpresa del lector, Vidigal es declarado "bobón" y se deshace de gusto entre las faldas de las tres viejas. Como aún resistía, enfundado en la intransigencia de los policías conscientes, María-Sonriente lo llama aparte y le secretea algo. Al parecer, le promete ir a vivir con él o, por lo menos, estar de nuevo a su disposición. La fortaleza del orden se viene abajo acto seguido y no solamente suelta a Leonardo sino que lo asciende a Sargento, tal como aparecerá en el título de la novela, y con lo cual, ya incorporado a la segunda línea, se casará triunfalmente con Lui-

sita, sumando cinco herencias para darle mayor solidez a su posición en el hemisferio positivo.

Posición tan firme que podrá, tal como sugerimos, bajar eventualmente al agradable mundo del desorden, ahora con el ejemplo supremo del Mayor Vidigal quien cedió al pedido de una dama galante apoyada por una dama capitalista, en suave combinación de los dos hemisferios, por iniciativa de una tercera dama, que circula libremente entre ambos y podría ser llamada, como Belladona en el poema de Eliot, *the lady of situations*. Orden y desorden se articulan por lo tanto sólidamente; el mundo jerarquizado en apariencia se revela esencialmente subvertido, cuando los extremos se tocan y la labilidad general de los personajes es justificada por el resbalón que arranca al Mayor de las alturas aprobadas por la ley, para complacencias dudosas de las capas que él reprime sin cesar.

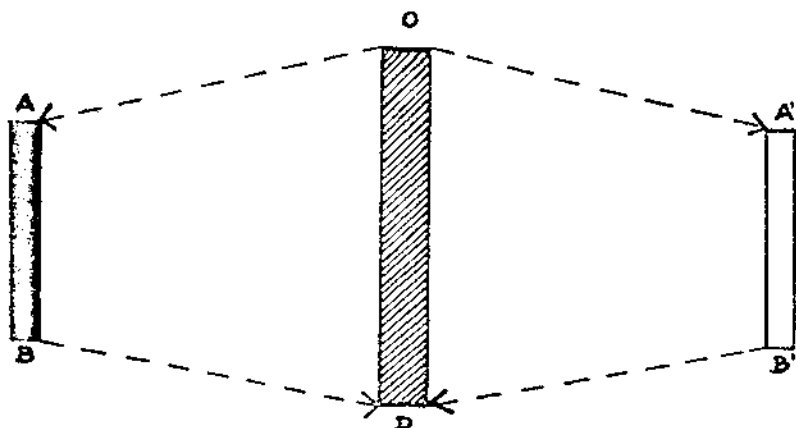
Hay un rasgo sabroso que consolida en el terreno del símbolo esas confusiones de hemisferios y esta subversión de los valores. Cuando las mujeres llegan a su casa (Doña María en su litera y las otras suspirando a su lado) el Mayor aparece en salida de baño y zuecos, en un desarreglo que contradice su aplomo durante el curso de la narración. Atolondrado con la visita, deshecho en risas y escalofríos de erotismo senil, corre hacia adentro y vuelve enfundado en su uniforme, debidamente abotonado y luciendo sus galones, pero con el pantalón de entrecasa y los mismos zuecos golpeando el suelo. Y ahí tenemos a nuestro severo dragón del orden, la conciencia ética del mundo, reducido a la imagen viva de los dos hemisferios, porque en ese momento está realmente equiparado a cualquiera de los mandrines que perseguía: a los dos Leonardos, a Teotonito Sabiá, al Funcionario, al Maestro de Ceremonias. Como este que, al aparecer contradictoriamente vestido con birrete y calzoncillos en el cuarto de la Gitana, mezclaba en signos burlescos la majestad de la Iglesia y las dulzuras del pecado, él ahora está uniformado de la cintura para arriba, y lleva ropa casera de la cintura para abajo, con vulgar calzado en los pies, acorazando la razón en las normas de la ley y desahogando el plexo solar en las disciplinas amables.

Este rasgo da el sentido profundo del libro y de su balanceo caprichoso entre el orden y el desorden. Todo se resuelve entonces en un plano más significativo que el de las formas convencionales; y nosotros recordamos que el bueno, el excelente padrino, se "las arregló" en la vida perjurando, traicionando la palabra dada a un moribundo, robando a los herederos el oro que aquél le había confiado. Pero ¿acaso ese oro no sirvió para volverse un ciudadano ho-

nesto y, sobre todo, para ayudar a Leonardo? *Tutto nel mondo é burla*.

Es burla y es en serio, porque la sociedad que pulula en las *Memorias* es sugestiva, no tanto por causa de las descripciones de festejos o indicaciones de usos y lugares, sino porque manifiesta en un plano más hondo y eficiente el mencionado juego dialéctico del orden y del desorden, funcionando como correlativo a lo que se manifestaba en la sociedad de aquel tiempo. Orden difícilmente impuesto y mantenido, cercado por todos lados por un desorden vivaz, que anteponía veinte mancebías a cada casamiento y mil uniones fortuítas a cada mancebía. Sociedad en la cual unos pocos libres trabajaban y los otros se divertían a la buena de Dios, recogiendo las sobras del parasitismo, de los expedientes, de las munificencias, de la suerte o del robo menudo. Suprimiendo al esclavo, Manuel Antonio suprimió casi totalmente el trabajo; suprimiendo a las clases dirigentes, suprimió los controles del mando. Quedó el aire de juego de esa organización oscilante fisurada por las contradicciones, que se traduce en la danza de los personajes entre lícito e ilícito, sin que sepamos decir finalmente qué es lo uno y qué es lo otro, porque todos terminan pasando de un margen a otro con la naturalidad que recuerda el modo de formación de las familias, de los prestigios, de las fortunas y de las reputaciones, en el Brasil urbano de la primera mitad del siglo XIX. Novela profundamente social, pues, no por ser documental, sino por haber sido construida según el ritmo general de la sociedad, vista a través de uno de sus sectores. Y sobre todo porque disuelve lo que hay de sociológicamente esencial en los meandros de la construcción literaria.

Efectivamente, no es la representación de los datos concretos particulares la que produce, en la ficción, el sentido de la realidad; sino la sugestión de una cierta generalidad que mira para los dos lados y da consistencia tanto a los datos particulares de lo real como a los datos particulares del mundo ficticio. En el esquema siguiente: sean OD el fenómeno general del orden y del desorden, como ya fue indicado; AB los hechos particulares de la sociedad del Río de antaño; A'B' los hechos particulares de la sociedad descrita en las *Memorias*:



OD, dialéctica del orden y del desorden, es un principio válido de generalización que organiza en profundidad tanto AB cuanto A'B' dándoles inteligibilidad, siendo al mismo tiempo real y ficticio, dimensión común donde ambos se encuentran y que *explica* tanto al uno como al otro. A'B' no proviene de AB directamente, pues el sentimiento de la realidad en la ficción presupone el dato real pero no depende de él. Depende de principios mediadores, generalmente ocultos, que estructuran la obra y gracia a los cuales se vuelven coherentes las dos series, la real y la ficticia.

En este punto, percibimos que la estructura del libro sufre la tensión de las dos líneas que constituyen la visión del autor y se traducen en dos direcciones narrativas, interrelacionadas de manera dinámica. Por un lado, el cuño popular introduce elementos arquetípicos, que traen la presencia de lo que hay de más universal en las culturas, inclinándose hacia la leyenda y lo irreal y sin discernimiento de la situación histórica particular. Por otro lado, la percepción del ritmo social tiende a la representación de una sociedad concreta, históricamente limitada, que vivifica el libro e intensifica su realismo infuso. Al realismo no-característico y conformista de la sabiduría y de la irreverencia popular, se une el realismo de la observación social del universo descrito.

Tal vez sea posible afirmar que la característica peculiar de las *Memorias* se deba a una contaminación recíproca de la serie arquetípica y de la serie sociológica: la universalidad casi folklórica exhala mucho realismo; mas, como compensación, el realismo da concre-

ción y eficacia a los patrones no-característicos. En la tensión entre ambos transcurre una curiosa alternancia de erupciones de lo pintoresco y de reducciones a modelos socialmente penetrantes, evitando el carácter accesorio de la anécdota, el exceso banal de la fantasía y la pretenciosa afectación, que comprometen la mayor parte de la ficción brasileña de aquel tiempo.

V

EL MUNDO SIN CULPA

CONTRARIAMENTE a casi todas las novelas brasileñas del siglo XIX, aun las que forman la pequeña minoría de las novelas cómicas, las *Memorias de un Sargento de Milicias* crean un universo que parece libre del peso del error y del pecado. Un universo sin culpabilidad y aun sin represión, a no ser la represión exterior que pesa todo el tiempo por intermedio de Vidigal y cuyo desenlace vimos ya. El sentimiento del hombre aparece en él como una especie de curiosidad superficial, que pone en movimiento el interés de los personajes unos por los otros y el del autor por los personajes, tejiendo la trama de las relaciones vividas y descritas. A esta curiosidad corresponde una visión muy tolerante, casi amena. Las personas hacen cosas que podrían ser calificadas de reprochables, pero también hacen otras dignas de alabanza, que las compensan. Y como todos tienen defectos, nadie merece ser censurado.

La madrina levanta una calumnia contra José Manuel, pero para ayudar a la simpática causa de los enamorados; además de eso, José Manuel es un villano. La compensación viene con la reacción suya por medio del Maestro de Rezo —el rústico Don Basilio— que logra destruir la calumnia. Las cosas toman su carril natural, aunque nosotros nos preguntamos si no habría sido mejor dejar en pie la calumnia. . .

Como vimos, el Compadre “se las arregla” mediante el perjurio. Pero el narrador sólo nos cuenta eso después de que nuestra simpatía ya le está asegurada por la dedicación que dispensó al ahijado. Para nosotros, él es tan bueno que la nota siniestra no puede comprometerlo. Tanto más cuanto que el oro mal adquirido no tiene nada de maldito y se convierte en una de las herencias que van a garantizar la prosperidad de Leonardo.

Uno de los mayores esfuerzos de las sociedades, a través de su organización y de las ideologías que la justifican, es presuponer la existencia objetiva y el valor real de pares antitéticos entre los cuales es necesario escoger, y que significan lícito o ilícito, verdadero o falso, moral o inmoral, justo o injusto, izquierda o derecha política y así sucesivamente. Cuanto más rígida es la sociedad, más definido cada término y más difícil la opción. Por eso mismo se desenvuelven paralelamente las acomodaciones de tipo casuístico que hacen de la hipocresía un pilar de la civilización. Y una de las grandes funciones de la literatura satírica, del realismo desmitificador y del análisis psicológico, es el hecho de mostrar, cada uno a su modo, que dichos pares son reversibles, no estancados, y que fuera de las racionalizaciones ideológicas las antinomias conviven en un curioso conubio.

Por lo que vimos, el principio moral de las *Memorias* parece ser, exactamente como los hechos narrados, una especie de balanceo entre el bien y mal, compensados a cada instante uno por el otro sin que jamás aparezcan en estado puro. Parte de una idea de simetría o equivalencia que, en una sociedad medio caótica, restablece incesantemente la posición, por así decir, normal de cada personaje. Los extremos se anulan y la moral de los hechos es tan equilibrada como las relaciones entre los hombres.

De todo se desprende un aire de facilidad, una visión alegre de las costumbres, que puede o no coincidir con lo que ocurría en "tiempos del Rey", pero que fundamenta la sociedad instituida en las *Memorias*, como producto de un discernimiento coherente del modo de ser de los hombres. El remordimiento no existe, pues la apreciación de las acciones se hace según su eficacia. Solamente un personaje de segundo plano, el viejo Teniente Coronel, tiene la conciencia intranquila por la mala acción de su hijo, el Cadete, en relación a la madre del "retratado"; y esta mala conciencia queda divertida por contraste.

Si así fuere, está claro que la represión moral sólo puede existir, como quedó dicho, fuera de las conciencias. Es una "cuestión de policía" y se centra enteramente en el Mayor Vidigal, cuyo deslizamiento cómico hacia las esferas de la transgresión termina, al final de la novela, por ordenar definitivamente la relación de los planos.

Por todo esto, las *Memorias de un Sargento de Milicias* contrastan con la ficción brasileña de su tiempo. Una sociedad joven, que intenta disciplinar la irregularidad de su savia para equipararse a las viejas sociedades que le sirven de modelo, desarrolla normalmente ciertos mecanismos ideales de contención que aparecen en todos los

sectores. En el campo jurídico, normas rígidas e impecablemente formuladas, creando la apariencia y la ilusión de un orden regular que no existe y que por eso mismo constituye el objetivo ideal. En literatura, gusto acentuado por los símbolos represivos, que parecen domar la eclosión de los impulsos. Es lo que vemos, por ejemplo, en el sentimiento de corrupción del amor, tan frecuente en los ultrarrománticos. Es lo que vemos en Peri, que se cohibe hasta negar las aspiraciones que podrían realizarlo como un ser alienado, automático, identificado con los patrones ideales de la colonización. En *O Guarani*, la fuerza del impulso vital, la naturalidad de los sentimientos, sólo afloran como característica de los plebeyos o, sublimados, en el cuadro exuberante de la naturaleza, es decir, las fuerzas que deben ser sometidas por la civilización y la moral del conquistador de las cuales D. Antonio de Mariz es un paradigma y el indio romántico un homólogo o un aliado. (Recordemos al "indio hijo de María, Ahijado de Catalina de Médicis y yerno de D. Antonio de Mariz", del *Manifiesto Antropófago* de Oswald de Andrade). Represión mutiladora de la personalidad y que aún encontramos en otras novelas de Alencar, las llamadas urbanas, como *Lucíola* y *Senhora*, donde la mujer oprimida por la sociedad patriarcal confiere a la trama una penumbra de fuerzas reprimidas. Mas la libertad casi feérica del espacio de ficción de Manuel Antonio, libre de culpas y remordimientos, de represión y sanción interiores, colorea y moviliza el firmamento del Romanticismo, como los esplendores del "Fuego en el Campo" o las bahianas danzando en las procesiones.

Gracias a esto, se separa el super ego habitual de nuestra novelesca, efectúa una especie de desmistificación que lo aproxima a las formas espontáneas de la vida social, articulándose con ellas de un modo más hondo. Hagamos un paralelo que tal vez sea provechoso.

En la formación histórica de los Estados Unidos hubo, desde temprano, una presencia constrictora de la ley, religiosa o civil, que plasmó a los grupos y a los individuos, delimitando los comportamientos gracias a la fuerza punitiva del castigo exterior y del sentimiento interior del pecado. De ahí una sociedad *moral* que halla en la novela expresiones como *La letra escarlata* de Nathaniel Hawthorne y da lugar a dramas como los de las hechiceras de Salem.

Ese endurecimiento del grupo y del individuo le confiere a ambos gran fuerza de identidad y resistencia; pero deshumaniza las relaciones con los otros, sobre todo los individuos de otros grupos, que no pertenecen a la misma ley y, por lo tanto, pueden ser manipulados

a gusto. La alienación se vuelve al mismo tiempo señal de reprobación y castigo de réprobo; el duro modelo bíblico del pueblo elegido, justificando su brutalidad con los no-elegidos, los *otros*, reaparece en esas comunidades de lectores cotidianos de la Biblia. Orden y libertad —o sea, vigilancia interna y externa, derecho de arbitrio y de acción violenta sobre el extraño— son formulaciones de ese estado de cosas.

En Brasil, nunca los grupos o los individuos encontraron efectivamente tales formas; nunca tuvieron la obsesión del orden sino como principio abstracto, ni de la libertad sino como capricho. Las formas espontáneas de la sociabilidad actuaron con mayor desahago y por eso suavizaron los choques entre la norma y la conducta, haciendo menos dramáticos los conflictos de conciencia.

Las dos situaciones diversas se ligan al mecanismo de las respectivas sociedades: una que, bajo la alegación de una engañadora fraternidad, pretendía crear y mantener un grupo idealmente monorracial y monorreligioso; otra que de hecho incorpora el pluralismo racial y luego religioso a su naturaleza más íntima, a despecho de ciertas ficciones ideológicas que postulaban inicialmente lo contrario. Sin pretender constituir un grupo homogéneo y, en consecuencia, sin necesidad de defenderlo severamente, la sociedad brasileña se abrió con mayor amplitud a la penetración de los grupos dominados o extraños. Y ganó en flexibilidad lo que perdió en integridad y coherencia.

El sentido profundo de las *Memorias* está ligado al hecho de que ellas no se vincularon a ninguna de las racionalizaciones ideológicas reinantes en la literatura brasileña de entonces: indianismo, nacionalismo, grandeza del sufrimiento, redención por el dolor, pompa del estilo etc. En su estructura más íntima y en su visión latente de las cosas, ellas expresan la amplia acomodación general que disuelve los extremos, interpreta el significado de la ley y del orden, manifiesta la penetración recíproca de los grupos, de las ideas, de las actitudes más dispares, creando una especie de tierra de nadie moral, donde la transgresión es apenas un matiz en la gama que proviene de la norma y va al crimen. Todo eso porque, al no manifestar estas actitudes ideológicas, el libro de Manuel Antonio es tal vez el único en nuestra literatura del siglo XIX que no traduce una visión de clase dominante.

Este hecho es evidenciado por su estilo que se aparta del lenguaje preferido por las novelas de entonces, buscando una tonalidad que se denomina coloquial. Por el hecho de ser un principiante sin com-

promisos con la literatura establecida, además de estar resguardado por el anonimato, Manuel Antonio quedó libre y abierto a las inspiraciones del ritmo popular.

Esta situación acarreó una suerte de sabiduría irreverente, que es pre-crítica, pero que, por el hecho de reducir todo a la amplitud de la "naturaleza humana", se vuelve al final más desmistificadora que la intención casi militante de un Alencar, aturdida por el estilo de clase. Siendo neutro, el estilo encantador de Manuel Antonio permanece translúcido y muestra el otro lado de cada cosa, exactamente como el balanceo de ciertos períodos. "La comadre era una mujer baja, excesivamente gorda, bonachona, ingenua o tonta hasta cierto punto, y astuta hasta otro". "El viejo Teniente Coronel, a pesar de virtuoso y bueno, no dejaba de tener en la conciencia un tolerable par de pecados". De ahí la equivalencia de los opuestos y la anulación del bien y del mal, en un discurso desprovisto de manierismo. Aun en un libro tan voluntariamente crítico y *social* como es *Senhora*, el estilo de Alencar acaba cerrando las puertas al sentido de la realidad, porque tiende al lenguaje convencional de un grupo restringido, comprometido con una cierta visión del mundo; y, al hacerlo, sufre el peso de su época, queda preso excesivamente en las contingencias del momento y de la capa social, impidiendo que los hechos descritos adquieran la generalidad suficiente como para volverlos convincentes. Ya el lenguaje de Manuel Antonio, desvinculado de la moda, hace amplios, significativos y ejemplares los detalles de la realidad presente, porque los sumerge en el fluído de lo popular, que tiende a matar lugar y tiempo, colocando los objetos que toca más allá de la frontera de los grupos. Es pues en el plano del estilo que se entiende bien la desvinculación de las *Memorias* en relación a la ideología de las clases dominantes de su tiempo, tan presentes en la retórica liberal y en el estilo florido de los "beletristas". Se trata de una liberación que funciona como si la neutralidad moral correspondiese a una neutralidad social, mezclando las pretensiones de las ideologías en el torrente de la irreverencia popularesca.

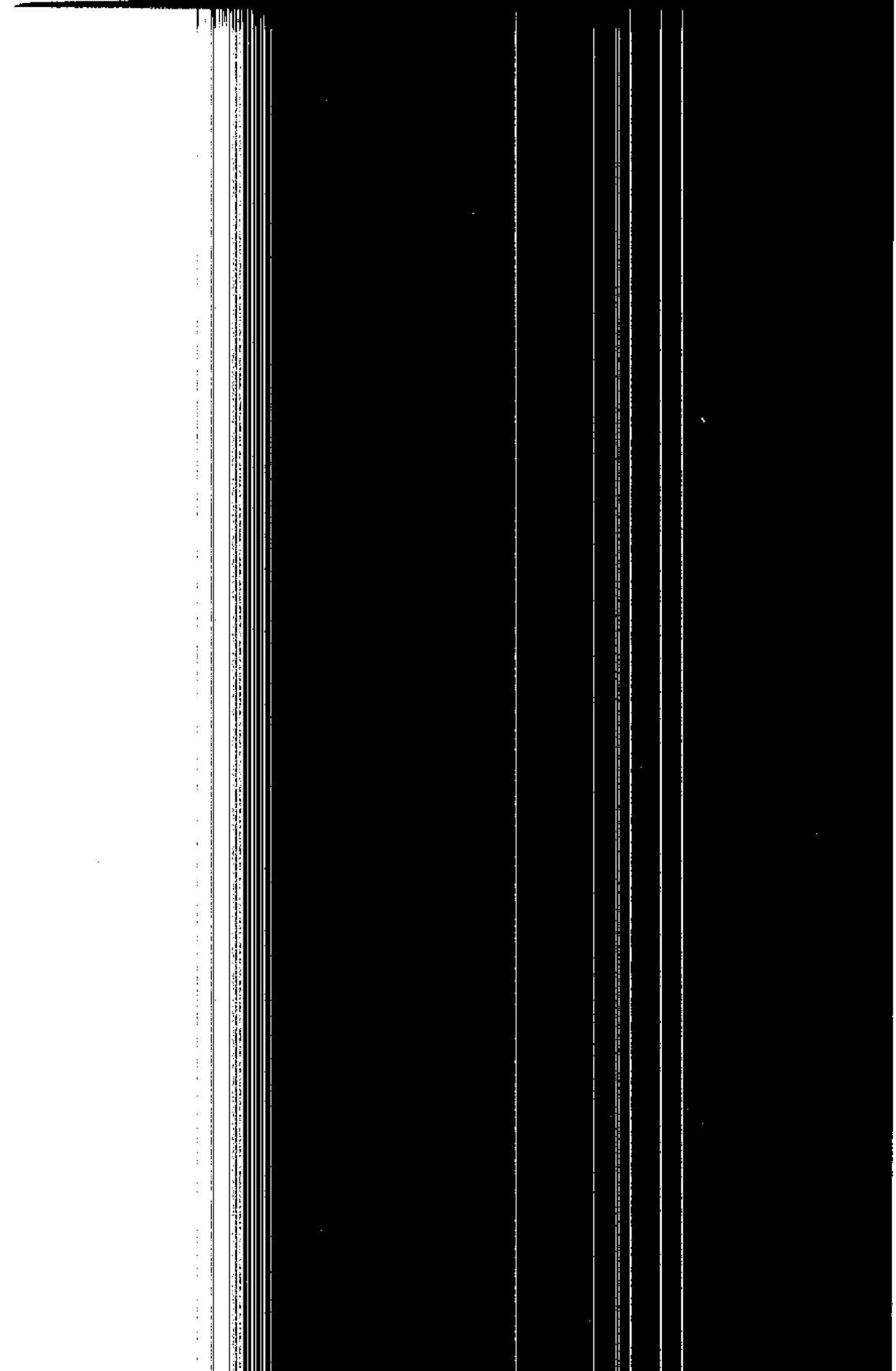
Esta se articula con una actitud más amplia de tolerancia corrosiva muy brasileña, que presupone una realidad válida allende pero también aquende la norma y la ley, manifestándose a veces en el plano de la literatura bajo la forma de broma devastadora, que tiene cierta nostalgia indeterminada de valores más genuinos, por cuanto agrede lo que siendo hirsuto y cristalizado amenaza la fluidez, que es una de las dimensiones fecundas de nuestro universo cultural.

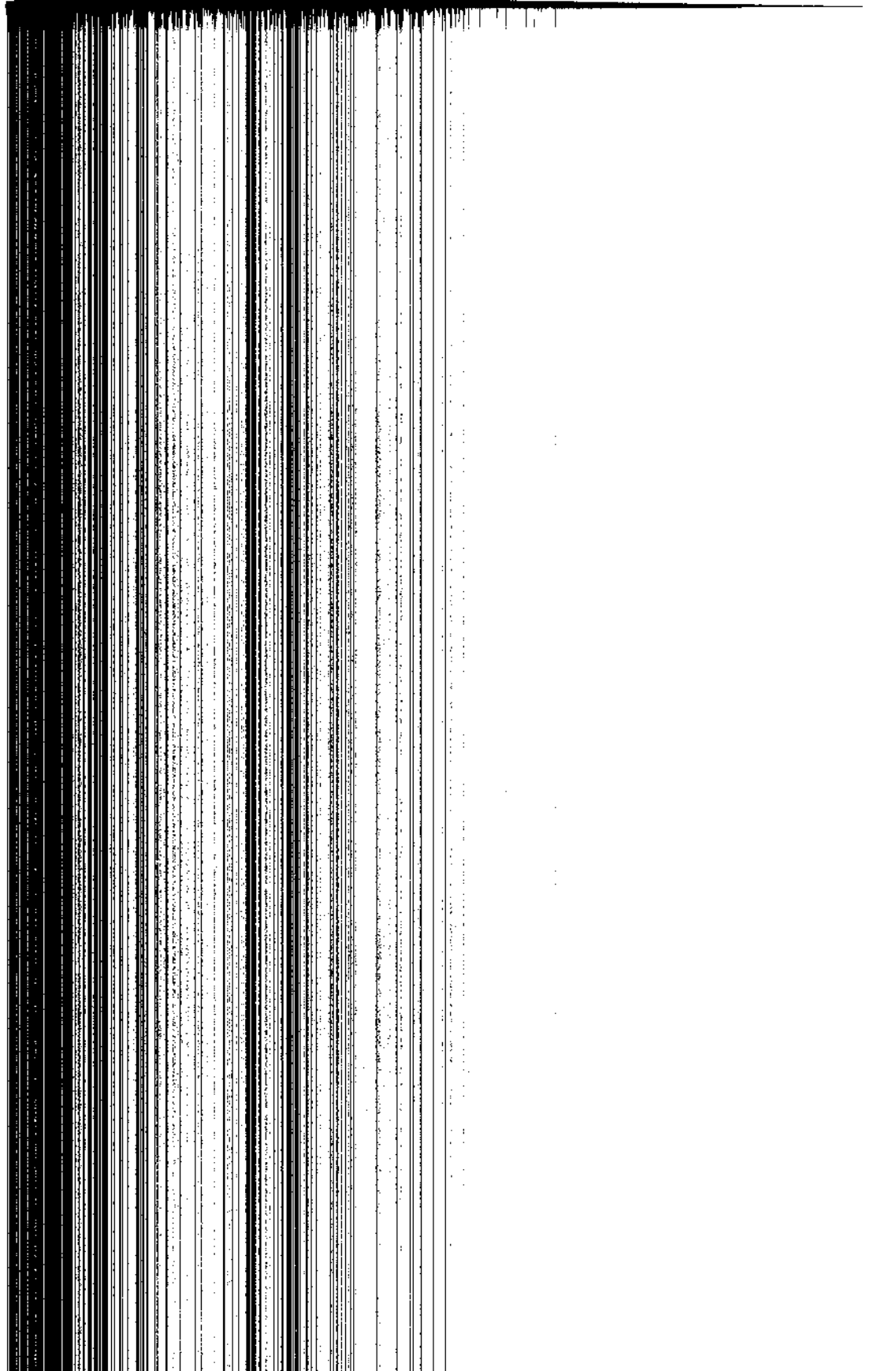
Esta comicidad huye a las esferas sancionadas de la norma bur-

guesa y va al encuentro de la irreverencia y la amoralidad de ciertas expresiones populares. Ella se manifiesta en Pedro Malazarte en el nivel folklórico y encuentra en Gregorio de Matos expresiones rutilantes, que reaparecen de modo periódico, hasta alcanzar en el Modernismo sus máximas expresiones, con *Macunáima* y *Serafim Ponte Grande*. Ella disminuye las aristas y da lugar a toda suerte de acomodaciones (o negaciones) que a veces nos hacen parecer inferiores ante una visión estúpidamente nutrida de valores puritanos, como la de las sociedades capitalistas; pero que facilitarán nuestra inserción en un mundo eventualmente abierto.

Con mucha menos virulencia y estilización que los libros citados, el de Manuel Antonio pertenece a un entroncamiento con esta línea, que tiene varias modalidades. No es de asombrar que sólo después del Modernismo encontrase finalmente la gloria y el favor de los lectores, con un ritmo de ediciones que en los últimos veinticinco años sobrepasa una por año, en contraste con las de otro tiempo, de una edición cada ocho años.

En la limpidez transparente de su universo sin culpas, entreveremos el contorno de una tierra sin males definitivos o irremediables, regida por una encantadora neutralidad moral. Allá no se trabaja, no se pasan necesidades, todo tiene remedio. En la sociedad parasitaria e indolente que era la de los hombres libres del Brasil de entonces, habría mucho de esto, gracias a la brutalidad del trabajo esclavo, que el autor clude junto a otras formas de violencia. Pero como su objetivo es el tipo y el paradigma, nosotros vislumbramos a través de las situaciones sociales concretas, una especie de mundo arquetípico de la leyenda, donde el realismo es contrabalanceado por elementos suavemente fabulosos: nacimiento feliz, númenes tutelares, dragones, escamoteo del orden económico, no viabilidad de la cronología, ilogicidad de las relaciones. Por eso, tomemos con reserva la idea de que las *Memorias* son un panorama documental del Brasil de entonces; y luego de haber sugerido que más bien son su anatomía espectral, mucho más totalizadora, no pensemos más y dejémonos cautivar por esa fábula realista compuesta en tiempo de *allegro vivace*.





MEMORIAS DE UN SARGENTO
DE MILICIAS

PRIMERA PARTE

I

ORIGEN, NACIMIENTO Y BAUTISMO

ERA EN tiempos del rey.¹

Una de las cuatro esquinas que forman las calles del Ouvidor y la de la Quitanda,² que se cortan mutuamente, se llamaba en ese tiempo *La esquina de los Alguaciles*; y le sentaba bien el nombre, porque allí era el lugar de encuentro favorito de todos los individuos de esa clase (que gozaba por entonces de no pequeña consideración). Los alguaciles de hoy no son más que la sombra caricaturesca de los alguaciles del tiempo del rey; esa era gente temible y temida, respetable y respetada; formaban uno de los extremos de la formidable cadena judicial que envolvía a todo Río de Janeiro en la época en que los pleitos eran entre nosotros un elemento de vida: el extremo opuesto lo constituían los desembargadores. Ahora bien, los extremos se tocan, y éstos, tocándose, cerraban el círculo dentro del cual se producían los terribles combates de citaciones, probatorias, razones principales y finales, y todas esas payasadas a las que se le llamaba *proceso*.

De ahí su influencia moral.

Pero tenían aún otra influencia, que es justamente la que le falta a los de hoy: era la influencia que derivaba de sus condiciones físicas. Los alguaciles de hoy son hombres como cualquiera; nada tienen de imponentes, ni en su semblante ni en su vestir; se confunden con

¹*Era en tiempos del rey* o *Del Rey Viejo*. Era así como los habitantes de Río de Janeiro llamaban, en el siglo XIX, al período que va desde 1808 hasta 1821, cuando el Príncipe Regente, que fue después el Rey D. Juan VI de Portugal, residió en la ciudad en la cual transfirió la sede de la Monarquía huyendo de la invasión de las tropas de Napoleón. En 1808 Río tenía 60.000 habitantes. En 1821, casi 80.000.

²La calle Ouvidor fue casi hasta nuestros días el principal centro social urbano de Río de Janeiro.

cualquier procurador, escribiente de escribanía o empleado de repartición pública. Los alguaciles de esa buena época no, no se confundían con nadie; eran originales, eran prototipos, en sus semblantes se traslucía un cierto aire de majestad forense, sus miradas calculadoras y sagaces significaban lío. Vestían circunspecta casaca negra, calzones y medias del mismo color, zapatos con hebilla, en el costado izquierdo aristocrático espadín, y en el derecho colgaban un círculo blanco, cuyo significado ignoramos, y coronaban todo esto con un grave sombrero de picos. Amparado bajo la importancia ventajosa de estas condiciones, el alguacil usaba y abusaba de su posición. ¡Era terrible, cuando, al dar vuelta a una esquina, o al salir por la mañana de su casa, el ciudadano se tropezaba con una de aquellas solemnes figuras que, desdoblado junto a él una hoja de papel, comenzaba a leerla en tono confidencial! Por más que se hiciese no había más remedio en tales circunstancias que dejar escapar de los labios el terrible —*Me doy por citado*—. ¡Nadie sabe qué significado fatalísimo y cruel tenían esas pocas palabras! Eran una sentencia de peregrinación eterna que se pronunciaba a sí mismo; querían decir que se comenzaba un largo y fatigoso viaje, cuyo término bien distante, era la caja de la Relación, y durante el cual se tenía que pagar el importe del pasaje en un sinnúmero de puntos; el abogado, el procurador, el interrogador, el escribano, el juez, inexorables Carontes, estaban en la puerta con la mano extendida y nadie pasaba sin haberles dejado, no un óbodo, sino todo el contenido de sus bolsillos, y hasta la última parcela de su paciencia.

Pero volvamos a la esquina. Quien pasase por ahí cualquier día laborable de esa bendita época vería sentado en asientos bajos, de cuero, como se usaban en ese entonces, y que se denominaban “sillas de campaña”, a un grupo más o menos numeroso de esa noble gente conversando pacíficamente de todo lo que era lícito conversar: de la vida de los hidalgos, de las noticias del Reino³ y de las astucias policiales de Vidigal. Entre la cantidad de alguaciles se destacaba uno: Leonardo-Pataca.* Llamaban así a un rotundo y gordísimo personaje de cabellos blancos y carota sonrosada, que era el decano de la corporación, el más antiguo de los alguaciles que vivían en ese tiempo. La vejez lo había vuelto remolón y pachurriento;

³El “Reino” era Portugal. La presencia de la corte en la pequeña ciudad, hasta entonces tímida sede del Virreinato, modificó profundamente sus hábitos y convirtió la vida de los hidalgos en asunto central de interés. Miguel Nunes Vidigal, oficial del Ejército, fue Jefe de la guardia policial de Río de Janeiro en tiempos de D. Juan VI y de Pedro I. Tendrá importante función en la narración, de la cual es el único personaje histórico.

**Pataca*: antigua moneda (N. del T.).

con su lentitud atrasaba el negocio de las partes; no lo buscaban; y por eso jamás salía de la esquina; pasaba allí los días enteros sentado en su silla, con las piernas extendidas y el mentón apoyado sobre un grueso bastón, que después de los cincuenta había pasado a ser su infalible compañía. Del hábito que tenía de quejarse todo el tiempo, de que sólo le pagasen por su citación la módica suma de 320 reis,⁴ le venía el mote que añadían a su nombre.

Su historia tiene poco de notable. Leonardo fue comerciante en Lisboa, su patria; pero se había aburrido del negocio y venido a Brasil. Habiendo llegado aquí, no se sabe por protección de quién, conquistó el empleo en que lo vemos aposentado, y que ejercía como dijimos desde tiempos remotos. Pero había venido con él en el mismo navío, no sé a hacer qué, una cierta María de la Hortaliza, verdulera de las plazas de Lisboa, aldeana⁵ rechoncha y bonitona. Leonardo, haciéndosele justicia, no tenía en ese tiempo de su juventud mala apariencia, y era un tunante. Al salir del Tajo, estando María recostada en la borda del navío, Leonardo fingió que pasaba distraído junto a ella, y con el herrado zapatón le asentó un valiente pisotón en el pie derecho. María, como si ya esperase aquello, se sonrió como avergonzada del galanteo y le dio también con disimulo un tremendo pellizcón en el dorso de la mano izquierda. Era ésta una declaración formal, según los usos de su tierra: pasaron el resto del día en pleno enamoramiento; al anochecer se repitió la misma escena del pisotón y pellizcón, con la diferencia de que esta vez fueron un poco más fuertes; al día siguiente estaban los dos amantes tan extremosos y familiares, que parecían serlo desde hacía muchos años.

Cuando bajaron a tierra María comenzó a sentir ciertos mareos: fueron a vivir los dos juntos: y de ahí a un mes se manifestaron claramente los efectos del pisotón y del pellizcón; siete meses después tuvo María un hijo, formidable niño de casi tres palmos de largo, gordo y rosado, peludo, pateador y llorón; el cual, apenas después de nacer, mamó dos horas seguidas sin soltar el pecho. Y este nacimiento es ciertamente producto de todo lo que hemos di-

⁴La unidad monetaria en Portugal y en Brasil era el *real*, cuyo plural es *réis*. La *pataca* era una moneda de plata cuyo valor varió. En aquella época, como lo aclara el texto, valía 320 *réis*.

⁵Aldeano (*saloio*) es el nombre dado a los campesinos de los alrededores de Lisboa que, según muchos, se originaron de los moros expulsados de la ciudad. Los *saloios* eran con frecuencia cultivadores y vendedores de legumbres, de ahí el nombre de "María de la Hortaliza". El prejuicio según el cual serían, además de muy rústicos, poco escrupulosos, aparece en más de una expresión irónica de este libro; por ejemplo: "fidelidad de *saloia*".

cho y es lo que más nos interesa, porque el niño de quien hablamos es el héroe de la historia.

Llegó el día de bautizar al muchacho: fue madrina la partera; respecto al padrino se tuvo sus dudas: Leonardo quería que fuese el Sr. Juez; pero tuvo que ceder a instancias de María y de la comadre que querían que fuese el barbero de enfrente, que finalmente fue aceptado. Ya se sabe que ese día hubo fiesta: los invitados del dueño de casa que eran todos de allende el mar, cantaban contrapuntos⁶ según sus costumbres; los invitados de la comadre, que eran todos de aquella tierra, bailaban el "fado". El compadre trajo el violín, que es, como se sabe, el instrumento favorito de la gente del oficio. Al principio Leonardo quiso que la fiesta tuviese aires aristocráticos, y propuso se danzase el minuette de la corte. Fue aceptada la idea, a pesar de la dificultad de armarse parejas. Finalmente se levantaron una gorda y baja matrona, mujer de un invitado; una compañera de ésta, cuya figura era la más completa antítesis de la suya: un colega de Leonardo, menudito, pequeñito y con humos de pilluelo; y el sacristán de la Catedral, sujeto alto, flaco y con pretensiones de elegancia. El compadre fue quien tocó el minuette en el violín y el ahijadito, acostado en la falda de María, acompañaba cada arcada con un aullido y un pataleo. Eso hizo que el compadre perdiese muchas veces el compás, y fuese obligado a recomenzar otras tantas.

Después del minuette fue concluyendo la ceremonia, y la fiesta *hirvió* como se decía en aquella época. Llegaron unos muchachos con guitarra y machete: Leonardo, instado por las señoras, se decidió a abrir la parte lírica de la diversión. Se sentó en un taburete, en un lugar aislado de la sala, y tomó una guitarra. Producía un bonito efecto cómico verlo, con vestimentas del oficio, de casaca, calzón y espadín, acompañando con un monótono zum-zum en las cuerdas del instrumento el garganteo de una *modinha*⁷ patria. Fue la nostalgia de su tierra natal donde encontró inspiración para su canto, lo cual era natural para un buen portugués, como él lo era. La "modinha" era así:

⁶El contrapunto (*desafio*) es de origen portugués; el fado, que será descrito en el capítulo VI, designaba en aquellos tiempos una danza brasileña hoy desaparecida que no debe ser confundida con la canción portuguesa que adquirió ese nombre.

⁷Se trata de una *romanza* portuguesa, la cual dio origen a la brasileña, mencionadas en otras partes del libro, y que asumió características originales y de mayor importancia. "La *romanza*, romance de salón, es un aria sentimental y llorosa con motivos amorosos, caprichosamente modulada y con fuerte influencia del cantabile italiano". (Renato Almeida, *Historia da Música Brasileira*, 2ª edición, Río de Janeiro, Briguier, 1942, p. 62).

*Cuando estaba en mi tierra,
Acompañado o solito,
Cantaba de noche y de día
Al pie de un vaso de vino!*

Fue ejecutada con atención y aplaudida con entusiasmo; sólo quien no pareció darle todo su aprecio fue el pequeño, que obsequió al padre como había obsequiado al padrino, marcándole el compás con chillidos y pataleos. A María se le enrojecieron los ojos y suspiró.

El canto de Leonardo fue el último toque necesario para calentar la celebración, fue el adiós a las ceremonias. De ahí en adelante, todo fue murmullo, que rápidamente pasó a ser gritería, y aún más rápidamente a ser algazara, y no siguió aún más adelante porque de vez en cuando se veían pasar, a través de las hendidias de las puertas y ventanas, a unas ciertas figuras que denunciaban que Vidigal andaba cerca.

La fiesta acabó tarde; la madrina fue la última en salir, dándole la bendición a su ahijado y poniéndole en la cuna un ramito de ruda.

II

PRIMEROS INFORTUNIOS

PASEMOS por alto los años que transcurrieron desde el nacimiento y bautismo de nuestro memorable personaje, y vayamos a encontrarlo a la edad de siete años. Digamos únicamente que durante todo ese tiempo el niño no desmintió aquello que anunciara desde su nacimiento: atormentaba a la vecindad con un llanto siempre en octava alta; era colérico; tenía aversión particular a la madrina, a quien no podía ver, y era extraño hasta más no poder.

En cuanto pudo caminar y hablar se volvió un flagelo; quebraba y rompía todo lo que caía en sus manos. Tenía una decidida pasión por el sombrero de picos de Leonardo; si éste lo dejaba por olvido en algún lugar a su alcance, lo tomaba inmediatamente, desempolvaba con él todos los muebles, lo ponía dentro de todo lo que encontraba, lo refregaba contra una pared, y terminaba barriendo con él la casa; hasta que María, exasperada por lo que aquéllo le iba a costar a sus oídos y tal vez a su espalda, le arrancaba de las manos la infeliz víctima. Era, además de travieso, goloso; cuando no estaba cometiendo travesuras, comía. María no lo perdonaba; le tenía muy maltratada una región del cuerpo; pero él no se enmendaba, ya que también era obstinado, y las travesuras recomenzaban en cuanto acababa el dolor de las palmadas.

Así llegó a los siete años.

Al final de cuentas María nunca había dejado de ser una aldeana y Leonardo comenzaba a arrepentirse seriamente de todo lo que había hecho por ella. Y tenía razón porque, digámoslo rápidamente y sin más ceremonias, que él tenía, desde hacía cierto tiempo, fundadas sospechas de que era traicionado. Desde algunos meses atrás había notado que un cierto sargento pasaba muchas veces por la

puerta, y enfilaba curiosas miradas a través de las hendijas; en una ocasión, ocultándose, le pareció haberle visto apoyado en la ventana. Pero esto pasó sin más novedad.

Después comenzó a extrañarse de que cierto colega suyo, lo buscase en casa, para tratar de negocios del oficio, siempre en horas deshabitadas: pero esto también pasó en poco tiempo. Finalmente, le sucedió unas tres o cuatro veces el tropezarse junto a su casa con el capitán del barco en el que había venido de Lisboa, y esto le causó seria preocupación. Un día, por la mañana, entró sin ser esperado por la puerta trasera; alguien que estaba en la sala abrió precipitadamente la ventana, saltó por ella hacia la calle y desapareció.

Ante esta evidencia no había que dudar: el pobre hombre perdió, como se acostumbra decir, los estribos; encegueció de celos. Tiró rápidamente sobre un banco unas carpetas que traía bajo el brazo y se encaminó hacia María con los puños cerrados.

—¡Grandíssima! . . .’

Y la injuria que iba a soltar era tan grande que se atragantó . . . y se puso a temblar de pies a cabeza.

María retrocedió dos pasos y se puso en guardia, pues tampoco era de las que temen cualquier cosa.

—¡Adelante, Leonardo!

—No me llames más por mi nombre, no me llames . . . que te cierro esa boca a golpes . . .

—¡Sal de ahí! ¿Quién te mandó ponerte en amoríos conmigo a bordo? Esto exasperó a Leonardo; el recuerdo del amor le aumentó el dolor de la traición, y los celos y la rabia de las que se hallaba poseído se desbordaron en golpes sobre María, quien después de una tentativa inútil de resistencia comenzó a correr, a llorar y a gritar:

—Ay . . . ay . . . vengá, ¡compadre . . . compadre! . . .

Pero el compadre estaba enjabonando en ese momento la cara de un cliente y no podía dejarlo. Por lo tanto, María pagó caro y de una sola vez todas las cuentas. Se acurrucó a lloriquear en un rincón.

El niño había asistido a toda esa escena con imperturbable sangre fría: mientras María recibía y Leonardo gritaba, éste se ocupaba tranquilamente en romper las hojas de las carpetas que Leonardo había tirado al entrar, y en hacer con ellas una gran colección de cucuruchos.

Cuando, aplacada la rabia, Leonardo pudo ver más allá de sus celos, reparó entonces en la meritoria obra en que se ocupaba el pequeño. Se enfureció de nuevo: suspendió al niño por las orejas, le hizo dar media vuelta en el aire, irguió el pie derecho, se lo asen-

tó de lleno en los glúteos y lo tiró sentado a cuatro brazas de distancia.

—Eres hijo de un pisotón y un pellizcón; mereces que un puntapié te acabe para siempre.

El niño soportó todo con coraje de mártir, tan sólo abrió ligeramente la boca cuando fue levantado por las orejas: apenas cayó, se irguió; se escapó puerta afuera y en tres saltos estaba dentro del negocio del padrino aferrándose a sus piernas. El padrino levantaba en ese momento por encima de la cabeza del cliente la palangana de afeitar que le había retirado del mentón; con el choque que sufrió, la palangana se inclinó y el cliente recibió un bautismo de agua enjabonada.

—¡Vaya, maestro, lo único que faltaba! . . .

—Señor —balbuceó éste— la culpa es de este endiablado . . . ¿Qué es lo que tienes, muchacho?

El pequeño nada dijo; apenas dirigió la espantada mirada hacia adelante, apuntando con la mano trémula en esa dirección.

El compadre miró también, puso atención y oyó entonces los sollozos de María.

—¡Ah! —refunfuñó—; ya sé lo que ha de ser . . . yo bien decía . . . ¡ahora sucedió! . . .

Y disculpándose con el cliente salió del negocio y fue a ver lo que pasaba.

Por estas palabras se ve que él sospechaba alguna cosa; y sepa el lector que había sospechado la verdad.

Espiar la vida ajena, averiguar a través de los esclavos lo que pasaba en el interior de las casas, era en aquel tiempo cosa tan común y enraizada en las costumbres, que aún hoy, después de haber pasado tantos años, quedan grandes vestigios de ese bello hábito. Sentado pues, en el fondo del negocio, afilando para disimular, los instrumentos del oficio, el compadre había presenciado los paseos del sargento cerca de la puerta de Leonardo, las visitas extemporáneas del colega de éste y finalmente los intentos del capitán de barco. Por eso él contaba, día más día menos, con lo que acababa de suceder.

Llegado al otro lado de la calle empujó la puerta que el niño al salir había dejado cerrada, y entró. Se dirigió a Leonardo, quien permanecía aún en posición hostil.

—Pero compadre —dijo—, ¿ha perdido el juicio? . . .

—No fue el juicio —dijo Leonardo en tono dramático— sino la honra! . . .

María viéndose protegida por la presencia del compadre, cobró ánimo y agrandándose dijo en tono de mofa:

—¡Honra! . . . honra de alguacil . . . ¡mire . . . usted!

El volcán de despecho que las lágrimas de María habían apagado un poco, borboteó de nuevo con ese insulto que no sólo ofendía a un hombre, ¡sino a una clase entera! Injurias y puñetazos mezclados cayeron de nuevo sobre María. El compadre, que se había interpuesto, recibió algunas por descuido: se alejó, pues, a una distancia conveniente, murmurando despechado al ver frustrados sus esfuerzos de conciliador.

—Honra de alguacil es como fidelidad de aldeana.

Al fin se serenó la tormenta: María se sentó en un rincón a llorar y a maldecir la hora en que había nacido, el día en que por primera vez viera a Leonardo, el pisotón, el pellizcón con que había comenzado el enamoramiento a bordo y todo lo demás, que el dolor de los puñetazos le traía a la mente.

Leonardo, después de un poco de calma, tuvo un momento de exasperación; se le enrojecieron los ojos y la cara, apretó los dientes, metió las manos en los bolsillos del calzón, hinchó los mofletes y se puso a balancear violentamente la pierna derecha. Después como tomando una resolución extrema, juntó las hojas dispersas que el niño había despedazado, se enterró atravesado el sombrero de picos en la cabeza, tomó el bastón y salió golpeando la puerta y exclamando:

—¡Váyase todo al diablo! . . .

—¡Vete . . . vete . . . ! —exclamó María recobrando nuevamente la seguridad y poniendo las manos en las caderas—, que ésto no va a quedar así . . . ¡ponerme las manos encima! . . . ya verás . . . ¡voy con esto a la justicia! . . .

—Comadre . . .

—Nada, no voy a escucharlo compadre . . . voy con esto a la justicia, y a pesar de que él sea un alguacil bellaco, se las verá conmigo.

—Es mejor no meterse en esto, comadre . . . no dejan de ser asuntos con la justicia . . . el compadre es su oficial y ella ha de pronunciarse a favor de los suyos.

Las amenazas de María no pasaban de fanfarronadas que le arrancaba el despecho y, por lo tanto, con cuatro razones más del compadre cedió y fue restablecida la paz en la casa. Hubo entonces una larga conversación entre ambos, al final de la cual el compadre salió diciendo:

—El va a volver . . . eso es producto del mal genio . . . se le va a pasar . . . y si no . . . a lo dicho, dicho; me quedo con el pequeño.

María se mostró satisfecha. Tenía sus resoluciones tomadas, o desde antes o desde aquella ocasión, y por eso en la charla que referimos había tratado de engatusar al compadre y arrancarle la promesa de que en caso de algún problema se llevaría y cuidaría a su hijo. Ella ya había previsto ese problema que el compadre había creído que sólo vendría de Leonardo; pero el lector verá que el pobre hombre era condescendiente y que María tenía razón cuando habló irónicamente de honra de alguacil.

La escena que acabamos de describir se produjo en la mañana. Al atardecer Leonardo entró en el negocio del compadre, afligido y triste. El pequeño se estremeció desde el banco en que se encontraba sentado, recordando el paseo aéreo que el puntapié de su padre le hiciera dar en la mañana. El compadre se adelantó y le dijo con una sonrisa conciliadora:

—Lo pasado pasado; vamos . . . ella está arrepentida . . . locuras de jovencitas . . . pero no cometerá otras . . .

Leonardo no respondió; se puso a pasear por el negocio con las manos cruzadas en la espalda y por debajo de los faldones de la saca; pero por su semblante se veía que él había estimado las palabras del compadre y que habría sido el primero en pronunciarlas si él no lo hubiese precedido.

—Vamos hasta allá —dijo el compadre— ¡y que se acabe todo! ¡Pobre! . . . ella quedó llorando.

—¡Vamos! —dijo Leonardo.

Cuando llegaron a la puerta de la casa se paró un momento como habiendo tomado la resolución de no entrar; pero lo que él quería eran algunas súplicas del compadre que pudiesen ser oídas por María, a fin de hacerle creer que si él volvía era por ser arrastrado y no por su propia voluntad. El compadre se dio cuenta de esto y satisfizo el pensamiento de Leonardo diciendo:

—Entre, hombre . . . basta de chiquilladas . . . lo pasado pasado.

Entraron. La sala estaba vacía; Leonardo se sentó junto a una mesa, descansó el rostro en una de sus manos, conservando siempre el sombrero de picos atravesado en la cabeza, lo que le daba un aspecto entre cómico y melancólico.

—Comadre —dijo en voz alta el agente de la conciliación— todo ha acabado; venga acá . . .

Nadie respondió.

—Debe estar ahí llorando metida en algún rincón —explicó el compadre.

Y comenzó a buscar por toda la casa.

Esta no era muy grande; en poco tiempo la recorrió toda y quedó invadido por el más cruel desaliento al no encontrar a María. Volvió por lo tanto a la sala entre consternado y preocupado.

Leonardo, suponiendo que él había encontrado a María, y que sin duda la traía de la mano contrita y humillada, quiso hacerse el importante: se irguió, metió las manos en los bolsillos y se puso de espaldas al lugar de donde venía el compadre.

—¡Eh compadre! —dijo éste aproximándose.

—Nada —atajó Leonardo sin darse vuelta— lo dicho como no dicho. . . ¡cambié de resolución!

—Mire hombre. . .

—Nada, nada. . . todo se acabó. . .

Leonardo, diciendo esto, siempre le iba dando la espalda al compadre cuando éste se le quería poner de frente.

—Hombre, escuche. . . mire que la comadre. . .

—No quiero saber de ella. . . todo se acabó y ya dije. . .

—Se fue. . . hombre. . . se fue —gritó el compadre impaciente.

Leonardo cayó fulminado con esas palabras, entonces se dio vuelta todo trémulo. Al no ver a María empezó a llorar.

—Pues bien —dijo entre sollozos— todo se acabó. . . ¡adiós compadre!

—Pero vea que el pequeño. . . —le interrumpió éste

Leonardo nada respondió y salió precipitadamente.

El compadre comprendió todo: se dio cuenta de que Leonardo abandonaba a su hijo, una vez que la madre lo había abandonado, e hizo un gesto como quien quiere decir “está bien, si es así. . . que se vaya, quedaremos con una carga a cuestas”.

Al día siguiente ya se sabía por todo el vecindario que la mujer de Leonardo había huído a Portugal con el capitán de un barco que había zarpado a la víspera, por la noche.

—¡Ah! —dijo el compadre con una sonrisa maligna al saber la noticia— ¡fueron nostalgias de la tierra!

III

DESPEDIDA A LAS TRAVESURAS

LEONARDO había abandonado de una vez y para siempre la casa fatal donde había sufrido tamaña infelicidad; incluso ni pasaba más por aquella zona; de manera que el compadre por mucho tiempo no le pudo poner la vista encima.

El pequeño, mientras se sintió novato en casa del padrino, se portó con toda seriedad y gravedad; pero apenas fue tomando más familiaridad, comenzó a hacer de las suyas. A pesar de esto, recibió del padrino mayor afecto, que fue aumentando día a día y que en poco tiempo llegó a convertirse en un cariño ciego y apasionado. Hasta en las propias travesuras del niño, la mayor parte de las veces malignas, encontraba el buen hombre mucha gracia; no había para él en todo el barrio muchachito más bello, y no se hartaba de contar a los vecinos todo lo que él decía y hacía; a veces eran verdaderas acciones de un niño malcriado que él encontraba llenas de espíritu y vivacidad; otras veces eran dichos que denotaban ya mucha pille-ría para aquella edad y que él consideraba los más ingenuos del mundo.

Esto era natural en un hombre de una vida como la suya; tenía ya 50 y tantos años y nunca había tenido afectos; siempre había vivido solo, aislado; era verdadero partidario del más decidido celibato. Así, ante el primer afecto que conoció, su alma se expandió totalmente y su amor por el pequeño ascendió al grado de rematada ceguera. Este, aprovechándose de la inmunidad en que se encontraba por tal motivo, hacía todo cuanto le venía en gana.

Algunas veces, sentado en el negocio, se divertía haciendo muecas a los clientes cuando éstos se estaban afeitando. Unos se enfurecían, otros se reían sin querer; de lo que resultaba que muchas veces sa-

lían con la cara cortada, para gran placer del niño y descrédito del padrino. Otras veces escondía en algún rincón la más afilada navaja del padrino, y el cliente pasaba mucho tiempo con la cara llena de jabón mordiéndose de impaciencia mientras éste la buscaba; él se reía furtiva y malignamente. No había en casa ninguna cosa que quedara por mucho tiempo entera, todo lo hacía polvo; desde el huerto de la casa tiraba piedras a los tejados de los vecinos; sentado a la puerta de la casa molestaba a todo el que pasaba y a los que estaban en las ventanas, de tal manera que nadie lo quería por allí. Pero el padrino no se daba cuenta de esto y continuaba queriéndolo mucho. Algunas veces se quedaba noches enteras haciendo castillos en el aire a su respecto; soñaba para él una gran fortuna y una elevada posición, y trataba de estudiar los medios que lo llevaran a ese fin. He aquí más o menos el hilo de sus pensamientos. "Con el oficio del padre. . . (pensaba él) se gana dinero, es verdad, cuando se tiene *maña*, pero siempre se dirá: ¡No es más que un alguacil! Nada. . . por ese lado no. En cuanto a mi oficio. . . es verdad que yo me las arreglé (hay en esto de *me las arreglé* una historia que habremos de contar), pero no lo quiero hacer esclavo de las cuatro monedas de los clientes. Sería tal vez bueno mandarlo a estudiar ¿pero para qué diablos sirve el estudio? Es verdad que parece tener buena memoria, y yo podría más adelante mandarlo a Coimbra.⁸ Sí, es verdad. . . yo tengo aquellas patacas; estoy viejo ya, no tengo hijos ni otros parientes. . . pero también ¿qué diablos haría él en Coimbra? Licenciado no: es mal oficio. ¿Letrado? sería bueno. . . sí, letrado. . . pero no; no, siento antipatía por quien lucha con papeles y pleitos. ¿Clérigo? un señor clérigo es muy bueno. . . es una cosa muy seria... se gana mucho. . . podría llegar algún día a ser cura. Está dicho, será clérigo. . . sí, eso será; todavía tendré el gustito de verle decir misa. . . de verlo predicar en la Catedral, y entonces le mostraré a toda esta gentuza del vecindario que no lo quiere que yo tenía mucha razón en quererlo tanto. Aún él es muy pequeño, pero voy a tratar de educarlo aquí en casa, y cuando tenga 12 ó 14 años entrará en la escuela".

Un día, habiendo rumiado por mucho tiempo esta idea, llamó al pequeño por la mañana y le dijo:

⁸Hasta 1827, Brasil no tuvo escuelas de enseñanza superior y era necesario, para los que deseaban cursarla, ir a la Universidad de Coimbra, en Portugal. "Licenciado" en este contexto, significa médico; "letrado", es el jurista. Los clérigos podían estudiar en Brasil siempre que no aspiraran a los grados superiores de Teología, que también se obtenían en Coimbra y estaban en los planes del Padrino, como se verá.

—Muchacho, ven acá, estás convirtiéndote en un hombre (tenía 9 años); es necesario que aprendas algunas cosas para que algún día te conviertas en alguien; del lunes en adelante (era miércoles) comenzaré a enseñarte el abecedario. Hártate de travesuras por el resto de esta semana.

El niño escuchó este discurso medio admirado y medio disgustado y respondió:

—Entonces ¿yo no iré más al huerto ni jugaré más en la puerta?

—Sólo los domingos, cuando volvamos de la misa.

—Pero a mí no me gusta la misa.

Al padrino le molestó la respuesta; no era buen anuncio para quien había sido destinado a ser cura; pero no por eso perdió las esperanzas.

El niño tomó al pie de la letra estas palabras del padrino: “Hártate de travesuras por el resto de la semana” y creyó que aquello era una autorización amplia para hacer todo cuanto bueno o malo se le ocurriese, durante el tiempo que aún le quedaba de holgazanería. Realizó, pues, todo el día una terrible actividad, el padrino lo encontró dos o tres veces montado sobre el muro que separaba el huerto de la casa del vecino, con gran riesgo de caerse.

Al anoecer, sentado junto a la puerta del negocio, vio de lejos, al comienzo de la calle, una procesión alumbrada por la luz de linternas y antorchas, y oyó a varios curas rezando; se estremeció de alegría y se puso en pie de un salto. Era la procesión del Buen Jesús.

Hace muy poco tiempo existían aún en ciertas calles de esta ciudad, cruces negras clavadas en las paredes, de trecho en trecho.

Los miércoles y otros días de la semana, del Buen Jesús y de otras iglesias salía una especie de procesión compuesta de algunos sacerdotes llevando cruces, miembros de algunas hermandades que llevaban linternas, y mucha gente del pueblo; los curas rezaban y la multitud acompañaba la oración. Ante cada cruz la comitiva se paraba, se arrodillaban todos y oraban durante mucho tiempo. Este acto, que satisfacía la devoción de los santurrones, daba lugar y motivo a cuanta suerte de burla e inmoralidad recordaban los muchachos de aquella época, que son los viejos de hoy y que tanto claman contra la irreverencia de los jóvenes de ahora. Ellos caminaban en grupo detrás de la procesión, interrumpiendo los cánticos con dictados en voz alta, ora simplemente graciosos, ora poco decentes; llevaban largos hilos de piolín, en cuya extremidad iban colgadas gruesas bolas de cera. Si pasaba por allí, a su alcance, algún infeliz a quienes los años hubiesen despojado su cabeza de cabello, se colocaban a una distan-

cia conveniente y, escondidos detrás de uno o de otro, arrojaban el proyectil que golpeaba de lleno en la calva del devoto; recogían rápidamente del hilo y nadie podía saber de dónde había partido el golpe. Estas y otras escenas excitaban las griterías y carcajadas de la multitud.

Era a esto a lo que en aquellos *devotos* tiempos se llamaba recorrer la Vía Sacra.

El niño, como ya dijimos, se había estremecido de placer al ver aproximarse la procesión. Descendió sigilosamente y sin ser visto por el padrino se colocó pegado a la pared entre las dos puertas del negocio, levantándose en puntas de pie para ver más cómodamente.

La comitiva se iba aproximando y el niño palpitaba de placer. Llegó hasta frente a la puerta; entonces tuvo un pensamiento que lo hizo estremecerse; volvió a acordarse de las palabras del padrino: "hártate de travesuras"; espió hacia dentro del negocio, lo vio entretenido, dio un salto desde el lugar en que estaba, se mezcló con la multitud y allá se fue, contribuyendo con sus carcajadas y sus gritos a aumentar el vocerío. Era un placer febril el que sentía; se olvidó de todo, saltó, brincó, gritó, rezó, cantó, y sólo dejó de hacer aquello que no estaba dentro de sus fuerzas. Hizo amistad con otros dos niños de su edad que también iban en la procesión, y cuando se dio cuenta, había regresado por la Vía Sacra a la Iglesia del Buen Jesús.

IV

FORTUNA

MIENTRAS el compadre, afligido, buscaba por todas partes al muchacho, sin que nadie pudiera darle noticias de él, vamos a ver qué ha pasado con Leonardo y en qué nuevos embrollos se ha metido.

Allá por los lados del manglar de la Ciudad Nueva⁹ había, al pie de un charco, una casa cubierta de paja de la más fea apariencia, cuyo frente sucio y embarrado denotaba bien que dentro el aseo no era muy grande. Se componía de una pequeña sala y un cuarto; todo el mobiliario lo constituían dos o tres asientos de madera, algunas esteras en un rincón y una enorme caja de madera, que tenía muchos usos: era mesa de comedor, cama, ropero y anaquel. Esa casa estaba casi siempre cerrada, lo que la rodeaba de cierto misterio. Esta siniestra morada era habitada por un personaje tallado por el molde más detestable; era un mestizo viejo, de cara hedionda e inmundicia y cubierto de harapos. Sin embargo, para admiración del lector, sepa que este hombre tenía como oficio *¡dar fortuna!*

En aquel tiempo se creía mucho en estas cosas, y una suerte de respeto supersticioso era tributado a los que ejercían semejante profesión. ¡Se puede ver qué inagotable mina podían encontrar en esto los ingeniosos!

Y no era sólo la gente de pueblo la que creía en las *hechicerías*; se cuenta que muchas personas de la alta sociedad de entonces iban a veces a comprar ventura y felicidad por el cómodo precio de la práctica de algunas inmoralidades y supersticiones.

⁹Ciudad Nueva era un barrio periférico de comienzos del siglo XIX que se desarrolló hacia el Campo de Santana (del cual se hablará más tarde). El manglar mencionado es el de San Diego (posteriormente drenado) que quedaba en su parte más remota.

A nuestro amigo Leonardo también se le había metido en la cabeza tener fortuna y eso le pasaba debido a las contrariedades que sufría con unos nuevos amores que lo llevaban ahora de cabeza.

Se trataba de una gitana; Leonardo la había visto poco tiempo después de la huida de María, y de las cenizas aún calientes de un amor mal pagado, había nacido otro que, a este respecto, tampoco fue mejor retribuido; pero el hombre era romántico, como se dice hoy, y baboso como se decía en aquel tiempo; no podía vivir sin una pasioncita. Como el oficio rendía y él andaba siempre con dinero, no le fue difícil conquistar la posesión del adorado objeto; pero la fidelidad, la unidad en el goce, que era a lo que su alma aspiraba, eso no lo había podido conseguir; la gitana, poco más poco menos, estaba hecha con el mismo molde de la aldeana. Por todas partes hay sargentos, colegas y capitanes de barco; la muchacha ya le había hecho algunas trampas, y acababa de huir de su casa. Pero esta vez, como no era nostalgia de la patria la causa de esta huida, Leonardo había decidido recobrar por todos los medios la posesión de su amada. La encontró con facilidad y recurrió al llanto, a las súplicas, a las amenazas, aunque inútilmente; decidió por eso recobrar por medios sobrenaturales lo que los medios humanos no le habían podido dar.

Se entregó, por lo tanto, en cuerpo y alma al mestizo de la casa del manglar, el más afanado de todos los del oficio. Ya se había sometido a una infinidad de pruebas, que comenzaban siempre por una contribución pecuniaria, y aún nada había conseguido; había sufrido fumigaciones de hierbas sofocantes, tragado brebajes de muy nauseabundo sabor; sabía de memoria millares de oraciones misteriosas que estaba obligado a repetir muchas veces por día; iba a depositar casi todas las noches en lugares determinados, sumas y objetos con el fin de llamar en auxilio, según el mestizo, a sus divinidades; a pesar de todo, la gitana se resistía al sortilegio. Decidió finalmente someterse a la última prueba, la cual fue decidida para la media noche en punto en la casa que ya conocemos. A la hora establecida, Leonardo acudió; encontró en la puerta al repugnante adivino, quien no consintió que él entrase en la forma en que se encontraba y lo obligó a ponerse primero en traje de Adán en el Paraíso, después lo cubrió con un manto inmundo que traía y sólo entonces le franqueó la entrada.

En la sala había un aparato ridículamente siniestro, que no nos cansaremos describiendo; y entre otras cosas, cuyo significado sólo

conocían los iniciados en los misterios del mestizo, había en el medio una pequeña hoguera.

Al comenzar la ceremonia Leonardo fue obligado a arrodillarse en todos los rincones de la casa y a recitar las oraciones que ya sabía y algunas más que le fueron enseñadas en la ocasión; después fue a orar junto a la hoguera. En ese momento salieron del cuarto tres nuevas figuras que vinieron a tomar parte en la ceremonia y entonces comenzaron, acompañados por el supremo sacerdote, una danza siniestra alrededor de Leonardo. De repente oyeron golpear ligeramente la puerta desde afuera y una voz suave dijo:

—Abran la puerta.

—Vidigal —dijeron todos a un mismo tiempo, invadidos por el terror.

VIDIGAL

EL SONIDO de aquella voz que había dicho “abran la puerta” sembró entre ellos, como dijimos, el espanto y el miedo. Y no fue sin razón; ella era el anuncio de un gran aprieto, del que por cierto no podrían escapar. En ese tiempo aún no estaba organizada la policía de la ciudad, o mejor aún, lo estaba de un modo armonioso con las tendencias e ideas de la época. El mayor Vidigal era el rey absoluto, el árbitro supremo de todo lo que se decía respecto a ese ramo de la administración; era el juez que juzgaba y distribuía las penas y, al mismo tiempo, el guardia que daba caza a los criminales; en los procesos de su inmensa jurisdicción no había testimonios, ni pruebas, ni razones, ni proceso; él resumía todo en sí mismo; su justicia era infalible; no había apelación a las sentencias que dictaba, hacía lo que quería y nadie le pedía cuentas. Ejercía, en fin, una especie de inquisición policial. Sin embargo, hagámosle justicia, teniendo en cuenta las ideas de aquel tiempo, él en verdad no abusaba mucho de su poder y en ciertos casos lo empleaba muy bien empleado.

Era Vidigal un hombre alto, no muy gordo, con aspecto perezoso, de mirada siempre baja, los movimientos lentos y la voz tranquila y dulzona. A pesar de este aspecto de mansedumbre no se encontraría, por cierto, hombre más apto para su cargo ejercido en la forma que acabamos de indicar.

Generalmente una compañía de granaderos, a veces de otros soldados que él escogía de entre los cuerpos que había en la ciudad, armados con gruesos látigos y comandados por el mayor Vidigal, hacía de noche toda la ronda de la ciudad, mientras el resto de la policía lo hacía de día. No había callejón ni pasaje, calle ni plaza, donde no se hubiese producido una hazaña del Sr. Mayor para pillar a algún

bribón o darle caza a un vagabundo. Su sagacidad era proverbial y por eso el sólo oír su nombre infundía gran terror en todos los que no tenían la conciencia muy limpia en cuanto a estafas.

Si en medio del griterío de una juerga, donde la decencia y los oídos de los vecinos no eran muy respetados, se oía decir “ahí está Vidigal”, la escena cambiaba repentinamente; se serenaba todo en un momento y la fiesta tomaba en seguida un aspecto serio. Cuando alguno de los *juerguistas* de aquel tiempo (que no gozaba de gran reputación como activo y trabajador) era sorprendido de noche, con el saco en los hombros y la guitarra colgada en bandolera, yendo en busca de parranda, si una voz suave le decía simplemente “venga acá ¿a dónde va?” el único remedio que tenía era huir, si podía, porque con seguridad de otra manera no escapaba a algunos días de cárcel, o por lo menos de la Casa de la Guardia de la Iglesia; cuando no *unas varas en las costillas* como mínima consecuencia.

Por eso es que nuestros magos y su infeliz víctima, se desbandaron en cuanto comprendieron por la voz, quién era el que se encontraba con ellos. Quisieron escaparse por la parte de atrás de la casa, pero ella estaba toda cercada por granaderos, en cuyas manos se veían las armas de las que antes hablamos. La puerta se abrió sin mucha resistencia y el mayor Vidigal (porque en efecto era él) con sus granaderos los encontró en flagrante delito de hechicería: aún estaba encendida la fogata y los demás objetos que servían al sacrificio.

—¡Oh! —dijo él— por aquí se adivina la suerte.

—Sr. mayor, por el amor de Dios. . .

—Yo tenía deseos de ver como era esto; continúen. . . libremente; vamos.

Los infelices titubearon un poco, pero viendo que resistir era inútil, comenzaron de nuevo las ceremonias, de las que los soldados se reían, presintiendo tal vez cuál sería el resultado. Leonardo estaba muerto de vergüenza, sobre todo porque Vidigal lo conocía, y trataba de cubrirse de la mejor manera posible con su asquerosa capa. Se volvió a arrodillar casi arrastrándose en el mismo lugar y recommenzó la danza, a la que el mayor asistía de brazos cruzados y con aire indolente. Cuando los oficiantes, considerando que ya habían danzado suficientemente, intentaron parar, el mayor dijo suavemente:

—Continúen.

Después de mucho tiempo quisieron parar de nuevo.

—Continúen —dijo otra vez el mayor.

Continuaron por más de media hora; pasado ese tiempo, ya muy cansados, intentaron darle fin.

—Aún no; continúen.

Continuaron por tiempo indefinido, ya estaban que no podían más del cansancio; nuestro Leonardo, arrodillado al pie de la hoguera, casi se derretía en sudor. Finalmente el mayor se dio por satisfecho, mandó que parasen y sin alterarse dijo a los soldados con su voz dulce y pausada:

—Adelante, granaderos.

A esta voz los látigos se irguieron y cayeron de lleno sobre las espaldas de aquella *honesta* gente, a la que hicieron bailar sin querer, por un tiempo más.

—Basta —dijo el mayor después de un buen cuarto de hora.

Comenzó entonces a darle a cada uno un sermón, en el cual se mostraba muy adolorido por haber sido obligado a llegar a ese exceso, y que terminaba siempre con esta pregunta:

—Y bien ¿tú de qué te ocupas?

Ninguno de ellos respondía; el mayor sonreía y agregaba con risa sardónica:

—¡Está bien!

Llegó el turno de Leonardo.

—Pero hombre, tú, un oficial de justicia que debería dar el ejemplo. . .

—Sr. mayor —respondió agobiado— es el diablo de aquella muchacha la que me obliga a todo esto; ya no sé de qué medios valerme. . .

—¡Tú quedarás curado! Vamos a la Casa de la Guardia.

Con esta última decisión Leonardo se desesperó. Hubiese perdonado de buena gana los latigazos que había recibido, contando con que ellos quedasen en secreto; pero ir a la Casa de la Guardia, y de ella tal vez a la cárcel. . . eso era lo que no podría tolerar. Rogó al mayor que lo tratara con indulgencia; el mayor fue inflexible. Entonces deshizo su vergüenza en maldiciones contra la funesta gitana que tanto lo hacía sufrir.

La Casa de la Guardia quedaba en la plaza de la Iglesia; era una especie de depósito donde se alojaba a los que habían arrestado de noche, para después darles conveniente destino. Ya se sabe que los amantes del chisme iban por allí en la mañana y sabían con facilidad todo lo que había pasado la noche anterior.

Allí pasó Leonardo el resto de la noche y gran parte de la mañana, expuesto a la mirada de los curiosos. Para su infelicidad pasó

por casualidad un colega suyo y al verlo entró para hablarle; eso quería decir que en poco tiempo toda la ilustre corporación de alguaciles de la ciudad sabría acerca de lo ocurrido a Leonardo y ya se preparaba para darle una solemne patada, cuando el asunto cambió de aspecto y Leonardo fue enviado a la cárcel.

Aparentemente los compañeros se mostraron conmovidos, pero en secreto no dejaron de alegrarse con el contratiempo, porque Leonardo tenía muchos clientes y mientras él estaba preso las partes lo buscaban.

VI

PRIMERA NOCHE FUERA DE CASA

EL COMPADRE, apenas había notado la falta del ahijado, se vio presa de la mayor aflicción; puso en alarma a todo el vecindario, buscó, indagó, pero nadie le dio noticias ni recados de él. Se acordó entonces de la Vía Sacra e imaginó que el pequeño la habría acompañado; recorrió todas las calles por donde había pasado la procesión, preguntando afligido a cuantos encontraba, por el tesoro precioso de sus esperanzas; llegó, sin encontrar vestigio alguno, hasta el Buen Jesús, donde le dijeron haber visto a tres niños que por haberse portado endiabladamente en ocasión de la entrada de la Vía Sacra habían sido expulsados de la iglesia por el sacristán.

Fue esta la única noticia que pudo obtener.

Vagó después durante mucho tiempo por la calle, y sólo volvió a su casa estando la noche muy avanzada. Al llegar a la puerta de su casa se abrió el postigo de una puerta contigua y una voz de mujer preguntó:

—Y bien, vecino, ¿nada?

—Nada, vecina —respondió el compadre con voz desanimada.

—Vea usted, cuando yo le digo que esa criatura tiene malos instintos. . .

—Vecina, estas no son cosas que se dicen. . .

—Le digo y le repito que tiene malos instintos. . . Dios no lo permita, pero él no tendrá buen fin. . .

—¡Oh! señora —replicó el compadre irritado— ¿qué le importan a usted mi vida y las demás cosas que me pertenecen? Métase en lo suyo, preocúpese de sus bordados y de sus encajes, y deje en paz la vida ajena.

Entró después a su casa murmurando:

—Un día de estos le hago un escándalo a esta mujer: ¡es siempre lo mismo! ¡Parece un mal augurio!

El pobre hombre pasó toda la noche en vela pensando en la forma de encontrar al pequeño; y después de haber hecho mil proyectos, se dijo a sí mismo:

—En última instancia iré a ver al mayor Vidigal.

Y esperó a que llegase el día para proseguir con sus averiguaciones. . . .

Sin embargo vamos a satisfacer al lector, que tal vez tendrá curiosidad por saber dónde se metió el pequeño.

Con los emigrantes de Portugal vino también a Brasil la plaga de los Gitanos. Gente ociosa y de pocos escrúpulos; aquí ganaron la bien merecida reputación de refinados bellacos: nadie que tuviese juicio se metía con ellos en negocio alguno, porque tenía la seguridad de ser engañado. La poesía de sus costumbres y de sus creencias, de las que mucho se habla, la dejaron en la otra orilla del océano; acá sólo trajeron malos hábitos, viveza y bellaquería, y si no, nuestro Leonardo puede decir alguna cosa al respecto. Vivían en casi completa ociosidad; no había noche sin fiesta. Habitaban generalmente un poco alejados de las calles populares, y vivían en plena libertad. Las mujeres vestían con cierto lujo, si se tienen en cuenta sus recursos; usaban muchos encajes y cintas; le daban preferencia a todo lo que fuese rojo, y ninguna de ellas dejaba de usar por lo menos un cordón de oro en el cuello; los hombres no tenían otra distinción más que algunos rasgos fisonómicos particulares que los hacían conocidos.

Los dos niños con los que el pequeño fugitivo había trabado amistad pertenecían a una familia gitana que vivía en la plaza del Rossio, lugar que tenía por eso, hasta hace algún tiempo, el nombre de campo de los Gitanos. Esos tenían, como dijimos, más o menos la misma edad de él, pero acostumbrados a la vida vagabunda, conocían toda la ciudad y la recorrían solos, sin que ello preocupara a sus padres; nunca faltaban a la procesión de la Vía Sacra, ni a ningún otro evento de esa naturaleza. Encontrándose esa noche, como ya saben los lectores, con nuestro futuro clérigo, se asociaron a él y lo llevaron a la casa de sus padres, donde, como de costumbre, había fiesta de gitanos (y esta costumbre aún hoy se conserva); hacían, dijimos, fiesta todos los días, pero siempre le atribuían un motivo. Hoy era un bautismo, mañana un casamiento, ora el cumpleaños de éste, después el cumpleaños de aquél, fiesta de este santo, fiesta de

aquel. En la noche de la que hablamos habían levantado un altar y se festejaba a un santo de su devoción cuyo nombre ignoramos.

Por el camino, el niño tuvo algunos escrúpulos y quiso volver, pero los otros le pintaron tal cuadro de lo que vería si los acompañaba, que se decidió a seguirlos hasta donde quisiesen.

Llegaron finalmente a la casa donde ya había comenzado la fiesta.

En el lado izquierdo de la sala estaba el altar iluminado por algunas pequeñas velas de cera, sobre una mesa cubierta por un mantel blanco, le servía de respaldo una colcha de cretona con volados. Alrededor de la sala habían colocado asientos de todo tipo, bancos, sillas, etc., donde se sentaban los invitados. Estos no eran pocos, eran gitanos y gente del país; traían toilettes de toda la generación, de lo tolerable para abajo; se mostraban alegres y dispuestos a aprovechar bien la noche.

Los niños entraron sin que nadie reparase en ellos y fueron a colocarse junto al altar.

De ahí a poco tiempo comenzó el fado.

Todos saben lo que es el fado, esa danza tan voluptuosa, tan variada, que parece hija del más depurado estudio del arte. Una simple guitarra sirve al efecto mejor que ningún otro instrumento.

El fado tiene diversas formas, una más original que la otra. Ahora bien, una sola persona, hombre o mujer, baila en el medio de la casa por algún tiempo, haciendo los más difíciles pasos, tomando las más aiosas posiciones, acompañando todo esto con chasquidos que produce con los dedos, y después poco a poco va aproximándose a cualquiera que le agrade; frente a él hace algunas provocaciones y volteretas y finalmente bate palmas, lo que quiere decir que lo escogió para ocupar su lugar.

Así corre toda la rueda hasta que todos hayan bailado.

Otras veces un hombre y una mujer bailan juntos; siguiendo con la mayor seguridad el compás de la música, ora acompañándose con pasos lentos, ora rápidos, después se rechazan, después se juntan; el hombre a veces busca a la mujer con pasos ligeros, mientras ella, haciendo un pequeño movimiento con el cuerpo y con los brazos, retrocede lentamente; otras veces es ella quien busca al hombre, quien retrocede a su vez, hasta que finalmente se acompañan de nuevo.

Hay también ruedas en las que bailan muchas personas, interrumpiendo ciertos compases con palmadas y con un zapateo a veces estruendoso y prolongado, a veces más suave y más breve, pero siempre igual y a un solo tiempo.

Además de estas hay aún otras formas de las que no hemos hablado. La música es diferente en cada una, pero siempre tocada con guitarra. Muchas veces el que toca canta en ciertos compases una canción a veces con pensamiento verdaderamente poético.

Cuando el fado comienza cuesta que termine, acaba siempre en la madrugada, cuando no lleva de seguido días y noches enteras.

El niño, olvidado de todo por el placer, asistió a la fiesta mientras pudo; después lo invadió el sueño y uniéndose con sus compañeros en un rincón, se durmieron todos arrullados por la guitarra y el zapateo.

Al amanecer despertó aterrado, llamó a uno de los compañeros y le pidió lo llevase a casa.

El padrino estaba saliendo para comenzar las pesquisas cuando tropezó con él.

—Niño del diablo . . . ¿dónde te habías metido?

—Fui a ver un altar . . . ¿No dice que he de ser cura? . . .

El padrino lo miró un buen rato y finalmente, no pudiendo resistir al aspecto cándido del niño, se echó a reír y lo llevó adentro ya completamente apaciguado.

VII

LA COMADRE

CÚMPLENOS ahora decir alguna cosa respecto a un personaje que representará en el transcurrir de esta historia un importante papel y que el lector apenas conoce, porque de ella hablamos de pasada en el primer capítulo: es la comadre, la partera que, como dijimos, había servido de madrina a nuestro personaje.

La comadre era una mujer baja, excesivamente gorda, bonachona, ingenua o tonta hasta cierto punto y astuta hasta otro; vivía del oficio de partera, que había adoptado por curiosidad y libraba del mal de ojo; todos la conocían por lo muy beata y por la más desabrida y santurrona de la ciudad. Era el calendario más exacto de todas las fiestas religiosas que aquí se hacían; sabía de memoria los días en que había misa en tal o cual iglesia, así como la hora y hasta el nombre del cura; era puntual a la letanía, al rosario, al novenario, al septenario; no se le escapaba en la Vía Sacra procesión ni sermón; traía el tiempo hábilmente distribuido y las horas combinadas, de modo que nunca le sucedió llegar a la iglesia y encontrar la misa en el altar. De madrugada comenzaba por la misa de la Lapa; apenas acababa iba a la de las 8 en la Catedral, y de allí, saliendo llegaba aún a la de las 9 en San Antonio. Su traje habitual era, como el de todas las mujeres de su esfera y condición, una falda de paño negro, que se ponía sobre un vestido cualquiera, un pañuelo blanco muy tieso y almidonado en el cuello, otro en la cabeza, un rosario colgado del ruedo de la falda, un ramito de ruda detrás de la oreja, todo esto cubierto por una clásica mantilla, junto a cuyo encaje se colgaba un pequeño amuleto de oro o de hueso. En los días feriados, en lugar de pañuelo en la cabeza el cabello era peinado y asegurado por una enorme peineta incrustada de crisolitos.

Este uso de la mantilla era una imitación del uso español; pero la mantilla española, hemos oído decir, es una cosa poética que reviste a las mujeres de un cierto misterio, y que les realza la belleza; la mantilla de nuestras mujeres, no; era la cosa más prosaica que se puede imaginar, especialmente cuando las que la traían eran bajas y gordas como la comadre. La más brillante fiesta religiosa (que eran las más frecuentadas por entonces) tomaba un aspecto lúgubre apenas la iglesia se llenaba de aquellos bultos negros, que se unían unos a los otros, que se inclinaban a cuchichear a cada momento.

Pero la mantilla era la vestimenta más conveniente a las costumbres de la época; siendo las acciones de los otros el principal problema de casi todos, era muy necesario para mirar sin ser visto. La mantilla para las mujeres era como las hendijas para las casas; eran el observatorio de la existencia ajena. Muy agitada y llena de accidentes era la vida de la comadre, partera, beata y curandera; no tenía por lo tanto mucho tiempo para hacer visitas y buscar a los conocidos y amigos. Por lo tanto no visitaba a Leonardo con frecuencia; hacía mucho tiempo que no tenía noticias suyas, ni de María, ni del ahijado, cuando un día en la Iglesia oyó entre dos beatas de mantilla la siguiente conversación:

—Es lo que le digo: la aldeanita tenía el diablo en el cuerpo.

—Y parecía una santita. . . ¿Y Leonardo qué le hizo?

—Pues, la molió a golpes, y fue lo que hizo que ella huyese más rápidamente con el capitán. . . pues vea, no tuvo razón; Leonardo era un hombretón; ¡ganaba buenas patacas, y la trataba como a una señora! . . .

—Y el hijo. . . que hasta de pequeño era un malcriado. . .

—El padrino se encargó de él; lo quiere muchísimo. . . está loco el pobre hombre, dice que el niño por fuerza ha de ser cura, pero qué va a serlo, si él es un endiablado! . . .

En ese momento se alzaba a Dios, y las dos beatas interrumpieron la conversación para golpear sus pechos.

Una de ellas era la vecina del compadre, que pronosticaba un mal fin al niño y con quién él había prometido hacer un escándalo: la otra era una de las que habían estado en la fiesta del bautismo.

La comadre, apenas oyó esto, fue a buscar al compadre; pero no se piense que la había llevado a eso otro interés como no fuese la curiosidad, quería saber lo ocurrido en todos sus más mínimos detalles; eso le daba un largo tema para la conversación en la iglesia; y para entretener a las parturientas que se confiaban a sus cuidados. Entró a través del negocio del barbero; y apenas lo vio le dijo:

—Entonces, ¿con que la tal comadre nos burló? vea lo que son las cosas; hacerle eso a Leonardo... un hombre que no es mal parecido, hijo del Reino...

—La acosaron las nostalgias de su tierra —dijo el compadre con sonrisa maligna.

—¡Acosada se ve ella entre las uñas del diablo! ¡Miren qué joyita!... Y tú, maestro, quedaste con la carga a cuestas...

—Carga, no... yo lo quiero mucho; él es tranquilito...

Comenzó entonces un interrogatorio minucioso acerca de lo que había sucedido en la casa de Leonardo; y los dos, compadre y comadre, desembucharon a gusto. Después el compadre narró, aún sin ser interrogado, todas las gentilezas del ahijado y contó sus intenciones con respecto a él. La comadre no estuvo de acuerdo (lo que no agradó nada al compadre), pues no veía en el niño vocación de cura; consideraba mejor meterlo en la Concepción¹⁰ para aprender un oficio. Pero el compadre persistió en sus intentos, los que tenía muchas esperanzas de ver realizados. Finalmente la comadre se retiró.

Por el camino fue repitiendo lo que había acabado de saber a cuanto conocido encontró, sin muchos escrúpulos de agregar una u otra circunstancia más, con las que cargaba los colores del cuadro.

Sin embargo, el compadre se empeñaba trabajando en la realización de sus intentos, y comenzó por enseñar el abecedario al niño; pero como primera contrariedad, éste se atascó en la F, y nada lo hacía seguir adelante.

La comadre continuó apareciendo de ahí en adelante por un motivo que más tarde se sabrá.

Por ahora vamos a seguir contando lo que había pasado con Leonardo.

¹⁰La comadre se refiere probablemente a los talleres que funcionaban en la fortaleza de la Concepción, donde el niño podía aprender un oficio manual.

VIII

EL PATIO DE LOS BICHOS

AÚN HOY existe, en el zaguán del palacio imperial,¹¹ que en el tiempo en que se desarrollaba nuestra historia se llamaba “Palacio del Rey”, una habitación o cuarto que los graciosos, y el pueblo con ellos, denominaban *Patio de los Bichos*. Este sobrenombre le había sido dado, debido al fin para el que entonces servía: pasaban por allí todos los días del año tres o cuatro oficiales superiores, viejos, incapaces para la guerra e inútiles para la paz, que el rey tenía a su servicio, no sabemos si con alguna ventaja más de sueldo o si sólo por el honor de estar empleados por el orden real para alguna cosa, y pasaban todo el tiempo en santo ocio, ora mudos y silenciosos, ora conversando sobre cosas de su tiempo y censurando las que con razón ya no suponían suyas, porque ninguno de ellos era menor de 60 años. A veces les ocurría adormecerse todos a un mismo tiempo y entonces, con la resonancia de sus respiraciones al pasar por sus narices atabacadas, entonaban un cuarteto, pieza impagable que los oficiales y soldados que estaban de guardia, criados y demás personas que pasaban, se acercaban a escuchar desde la puerta. Muchas veces los pobres hombres eran víctimas de bromas que, en aquel tiempo de pocas preocupaciones, eran objeto de estudio de mucha gente.

A veces, cualquiera que los sorprendía durmiendo llegaba a la puerta y gritaba:

¹¹Construido a mediados del siglo XVIII como residencia para los virreyes por el Brigadier Alpoim, notable ingeniero militar y arquitecto, se convirtió en el Palacio Real en 1808 y, después de 1822, en el Palacio Imperial, siendo comúnmente llamado Palacio de la Ciudad. Los soberanos lo utilizaban principalmente para los despachos y vivían preferentemente en el de San Cristóbal, o Quinta de la Buena Vista (hoy Nacional), situado en un suburbio.

—Sr. teniente coronel, el rey busca a V. S.

Alguno de ellos se despertaba asustado, tomaba el sombrero de pico, se colocaba el espadín, sucediendo a veces que con el apuro quedaban con el sombrero torcido o la espada del lado derecho, y allá corría a encontrarse con el rey.

—A vuestras órdenes, real señor —decía bostezando.

El rey, que se daba cuenta de la broma, estallaba en carcajadas y lo mandaba de vuelta.

Cuando el pobre hombre llegaba abajo, cada uno de los que se encontraban por allí iba a indagar, lo más seriamente posible, cuál había sido el objeto del llamado del rey.

Le hacían estas y otras bromas, pero al poco tiempo ellos se dejaban engañar de nuevo.

Vamos a hacer que el lector conozca a uno de estos *activos* militares, que entra también en nuestra historia.

Era viejo como sus compañeros, aunque por cierto no era por su causa que el apodo había recaído sobre el cuarto; sus facciones ajetadas por la edad tenían aún cierta regularidad de rasgos que bien denotaban que en su tiempo de muchacho no había sido, con respecto a la belleza, mal favorecido; de sus cabellos que el tiempo se había llevado, quedaban apenas rodeándole las sienes y la nuca algunos anillos crespos y plateados; su calva era noble e imponente. Había sido valiente; había ganado por sus actos el grado de teniente coronel; era hijo de Portugal y había acompañado al rey en su venida a Brasil.

Pero estas cualidades no le servían de salvaguardia y sufría como los otros las bromas de los graciosos.

Por ejemplo, una vez en que una mujer de mantilla lo fue a buscar y se puso a conversar con él por algún tiempo en privado, pasaban unos y otros y escupían junto a la puerta, o dejaban escapar una u otra burla análoga.

—Amores viejos nunca se olvidan —decía uno.

—¡Bravo! me gusta el buen gusto —decía otro.

La mujer de la mantilla es conocida nuestra ya que no es ni más ni menos que la comadre, y el negocio que allí la llevó también nos interesa, puesto que se trata de la libertad del pobre Leonardo. Oiga, por lo tanto, el lector la conversación de los dos:

—Sr. teniente coronel —dijo la comadre al llegar— vengo a valerme de V. S.; mi compadre Leonardo está en la cárcel.

—¿Leonardo? ¿pero por qué?

—¡Por tonterías!

Y acercándose al oído del viejo, la comadre le cantó bajito la causa de la prisión de Leonardo.

El viejo se echó a reír:

—¡Bien merecido! —dijo.

—Ahora yo quería que V. S. me hiciese el favor de hablar por él al Sr. mayor Vidigal, que fue quien lo apresó. Pobre hombre: es una vergüenza; pero también ¡él no se corrige!

Y, prosiguiendo, la comadre le contó muy en secreto, como ya lo había hecho con todos sus conocidos, toda la historia de los infelices amores de Leonardo con María, todas las diabluras del niño que ella había dejado y que el padrino había tomado a su cargo. Relató después todo lo ocurrido con la gitana y volvió de nuevo a la historia de la prisión que contó y recontó veinte veces, sin escapársele la más pequeña circunstancia. Finalmente volvió a hacer su pedido, al que el viejo prometió satisfacer y entonces salió recibiendo en el zaguán muchos saludos y sonrisas maliciosas. En la puerta por donde ella salió estaba recostado un cadete que le dijo:

—Confío en que haya sido feliz; el día del bautismo no se olvide de la gente.

—¡Dios me libre! —fue la única respuesta que ella dio, y pasó.

Como el viejo teniente coronel conocía a la comadre y a Leonardo, y el por qué se interesaba en él, el lector lo sabrá más adelante.

Ese conocimiento era antiguo y Leonardo apenas se encontró en la cárcel se acordó de la protección que el viejo le podía prestar en semejante aprieto; con un colega mandó a llamar a la comadre y le encargó la misión de recurrir a él, misión que ella aceptó de buena gana y que desempeñó, según vimos, satisfactoriamente.

El viejo, apenas la comadre salió, tomó el sombrero de picos, se puso la espada en el cinturón y salió, después de haber contado a sus compañeros lo que le sucede a quien va a buscar fortuna. Uno de ellos, que era crédulo hasta el entusiasmo respecto a las hechicerías, quedó muy indignado con el caso y prometió también ayudar a Leonardo.

Ya ve pues el lector, que el asunto no estaba mal encaminado y, en breve, sabrá el resultado de todo eso.

IX

EL "ME LAS ARREGLE COMO PUDE" DEL COMPADRE

LOS LECTORES recordarán lo que el compadre había dicho cuando estaba haciendo castillos en el aire respecto a su ahijado y pensando en enseñarle el mismo oficio que él ejercía, o sea, de aquel *me las arreglé*, cuya explicación prometimos dar. Ahora vamos a cumplir la promesa.

Si alguien preguntase al compadre por sus padres, por sus parientes, por su nacimiento, no sabría responder nada, porque nada sabía al respecto. . . Todo lo que recordaba de su historia se reducía a muy poco. Cuando había llegado a la edad de tener conciencia de la vida se encontró en casa de un barbero que cuidaba de él, pero que nunca le dijo si era o no su padre o su pariente, ni tampoco el motivo por el cual lo cuidaba. Además eso nunca le había importado mucho, ni le había asaltado la curiosidad por averiguarlo. . .

Ese hombre le había enseñado el oficio y por inaudito milagro también a leer y a escribir. Mientras fue aprendiz, pasó en casa de su. . . maestro, a falta de otro nombre, una vida que por un lado le parecía la de un criado, por otro la de hijo, por otro la de agregado,¹² y que al final no era sino vida de abandonado, como sin duda el lector ya adivinó que lo era. A cambio de esto el maestro le daba sustento y casa y se cobraba lo que había hecho por él.

Cuando pasó de niño a joven y llegó a saber afeitarse y sangrar más o menos bien, fue obligado a mantenerse solo y a pagar su alojamiento con los *negocios* que hacía, porque el producto del resto del trabajo pertenecía aún al maestro. Se sometió a esto. Pero querían aún más: exigían que continuase ocupándose del servicio domésti-

¹²Persona que vivía gratuitamente en la casa de otro. Ver la descripción de este tipo en el Capítulo XXXIII (X de la 2ª parte).

co. Le creció entonces en el alma un estremecimiento de dignidad: ya era oficial y no quería rebajar su categoría. Cambió de actitud; se hizo duro y se fue de su casa sin escrúpulos ni remordimientos, pues sabía bien que las cuentas estaban saldadas tanto de una parte como de la otra. Lo habían criado; él los había servido. Tampoco encontró gran resistencia ante su deliberación.

Apenas pasó el primer ímpetu y tuvo tiempo de reflexionar, casi comenzó a arrepentirse, por no saber con qué medios arreglárselas. Se vio en la calle, sin saber hacia dónde ir, teniendo como única fortuna una palangana de afeitar bajo el brazo, un par de navajas y otro de lancetas en el bolsillo. Es verdad que quien tenía consigo estos trastos estaba con las armas y uniforme del oficio; pero eso no bastaba; el pobre muchacho estaba en aprietos.

Pasó la primera noche en casa de un colega y al día siguiente, al amanecer, tomando sus pertrechos, salió en busca de algo que hacer para ese día y que fuera destino para los que seguirían.

Encontró ambas cosas; una trajo a la otra.

En la Plaza del Palacio un marinero que estaba sentado en una piedra junto al mar, lo llamó para que lo afeitara: manos a la obra, que por lo menos aquel día no moriría de hambre.

Todo barbero es charlatán, y principalmente cuando tiene poco que hacer; por lo tanto comenzó a buscar conversación con el cliente. Fue su salvación y fortuna.

El barco al que el marinero pertenecía viajaba a la Costa¹³ y se ocupaba del comercio de negros; era uno de los convoyes que traían abastecimientos para el Valongo,¹⁴ y estaba listo para zarpar.

—¡Oh maestro! —dijo el marinero en medio de la conversación —¿tú eres sangrador también?

—Sí, yo también sangro . . .

—Pues mira, tú lo tienes todo, si quisieras venir con nosotros . . . para curar la gente a bordo; allí se muere la gente como azotada por una plaga.

—Hombre, yo de cirugía no entiendo *mucho* . . .

—¿Pues no acabas de decir que sabes sangrar?

—Sí . . .

—Entonces ya sabes hasta demasiado.

¹³Esto es, a la costa de Africa, donde los navíos negreros iban a buscar esclavos. El tráfico fue efectivamente eliminado en 1850.

¹⁴Depósito y mercado de esclavos situado en la playa y embarcadero de igual nombre. Duró hasta 1831, fecha de la primera ley de eliminación del tráfico, hecha bajo presión por Inglaterra.

Al día siguiente nuestro hombre salió mar afuera: la fortuna le había dado el medio, le tocaba saberlo aprovechar; de oficial de barbero daba un salto mortal a *médico* de barco negrero; sólo quedaba saber hacer rendir la nueva posición. Eso quedó por su cuenta.

Por una afortunada casualidad durante los primeros días de viaje se enfermaron dos marineros; se llamó al médico; él hizo todo lo que sabía. . . sangró a los enfermos, y en poco tiempo estaban bien, perfectos. Con esto ganó una inmensa reputación, y comenzó a ser estimado.

Después de un feliz viaje llegaron a destino; tomaron su cargamento de gente y volvieron a Río. Gracias a la lanceta de nuestro hombre, ni un solo negro murió, lo que contribuyó mucho a aumentarle la sólida reputación de entendedor en la materia.

Pocos días antes de llegar a Río el capitán del barco se enfermó: al principio ni él ni nadie tuvieron la menor duda de que quedaría bien inmediatamente después de la primera sangría; pero repentinamente el caso se complicó y ni con la tercera ni la cuarta se pudo conseguir cosa alguna. Al final del cuarto día se convencieron todos, y hasta el propio capitán enfermo, de que había llegado su hora. Pero no por eso culparon a nuestro hombre.

—No hay sangría que lo salve —decían—; llegó su turno de flotar, tendrá que hacerlo.

El capitán tuvo que dar sus últimas instrucciones, y como dijimos, habiéndose el *médico* granjeado gran amistad y confianza, fue elegido para desempeñarlas.

El capitán lo llamó aparte, y en secreto le hizo entrega de un cinturón de cuero y de una caja de madera repleta de doblones de oro y plata,¹⁵ pidiendo que fielmente las fuese a entregar, apenas llegasen a tierra, a una hija suya, cuya dirección le indicó. Además de ese dinero, le encargó también recibir el salario por aquel viaje y darle el mismo destino. Esas eran sus únicas y últimas voluntades que le encomendaba cumplir, declarándole que desde allá, desde el otro mundo, lo espía para ver cómo cumplía con el encargo.

Pocas horas después expiró.

A partir de ese día ningún enfermo se escapó más, porque el *médico* ya no sangraba tanto; andaba preocupado, distraído y así lo estuvo hasta llegar a tierra.

¹⁵El autor usa la forma española *doblones* aquí y en otro trozo. Hubo monedas españolas con este nombre que tuvieron curso legal en Portugal, pero también existían *dobras* y *dobrões*, monedas fuertes que ya no eran corrientes en la época de la narración.

Apenas desembarcó, declaró que no se había adaptado y que no embarcaría más.

En cuanto a las órdenes del capitán . . . cuentos; ¿quién le iba a pedir cuentas de esto? Nadie vio lo que pasó; no se sabía nada. Los únicos que podían haber desconfiado y hecho algo eran los marineros; pero éstos habían zarpado nuevamente hacia la Costa.

El compadre decidió constituirse en heredero del capitán, y así lo hizo.

He aquí cómo se explica su *me las arreglé*, y cómo se explican muchos otros que van ahí por el mundo.

EXPLICACIONES

EL VIEJO Teniente Coronel, a pesar de virtuoso y bueno, no dejaba de tener en la conciencia un tolerable par de pecados, de esos que se llaman de la carne y que no han de ser tomados en cuenta; no de corta data, que la edad lo había vuelto inofensivo, sino de la época de su juventud: el resultado de ellos había sido un hijo al que había dejado en Lisboa, fruto de un postrero amor que tuvo a los 36 años. Como castigo, no había salido parecido al padre, y ni los consejos ni los cuidados, y ni siquiera su ejemplo, pudieron encaminarlo por la buena senda. A los 20 años, habiéndose convertido en militar, era un cadete pendenciero, jugador y el más insubordinado de su regimiento. Bastante vergüenzas le había costado a su pobre padre, quien, cuidadoso, intentaba siempre por todos los medios encubrirle los defectos y remediar las gentilezas que hacía, o pagando por él deudas de juego, ocultando sus desórdenes, o curando con oro las brechas que él abría en la cabeza de sus adversarios. Pero hubo una en la que las circunstancias e incluso la naturaleza del caso no permitieron que hubiese remedio. Pocos días antes de embarcarse para Brasil, en compañía del rey,¹⁶ estando el infeliz padre en los prepa-

¹⁶En noviembre de 1807, para escapar de los ejércitos de Napoleón, la familia real portuguesa se vino a Brasil, donde llegó en enero de 1808 acompañada por el gobierno, por parte de los funcionarios públicos y de la corte, además de las tropas, formando un total de 15.000 personas. Se trataba de una mudanza de la sede del Gobierno que influyó en la separación política de Brasil ya que éste no se conformó con reasumir su posición de colonia, cuando el rey D. Juan VI volvió a la metrópoli en 1821. La independencia fue proclamada el 7 de setiembre de 1822 por el príncipe heredero de Portugal, a quien su padre había dejado como Regente y que se convirtió en el Emperador D. Pedro I. Pedro I abdicó en 1831 a favor de su pequeño hijo D. Pedro II, y regresó a Portugal para restablecer los derechos de su hija María II, a favor de la cual había abdicado, en 1826, la corona de aquel reino heredado a la muerte de su padre, D. Juan VI.

rativos del viaje, vio entrar por la puerta a una mujer vieja, baja, gorda, sonrosada, vestida como es costumbre en las mujeres de clase baja del país, con una falda de paño azul por encima de un vestido de cretona, un pañuelo blanco doblado triangularmente puesto sobre la cabeza y anudado por debajo del mentón y gruesos zapatones en los pies. Parecía ser presa de gran agitación y rabia: sus ojos pequeños y azules centelleaban desde dentro de las órbitas ahondadas por la edad; sus mejillas estaban rojas y relucientes, sus labios arrugados y delgados se apretaban violentamente uno contra el otro como impidiendo un torrente de injurias, y volviendo aún más sensible su mentón puntiagudo y un poco torcido.

Apenas se encontró frente al capitán (éste era el puesto que el viejo ocupaba en ese tiempo) se acercó a él con aire resuelto y enfurecido. El capitán retrocedió instintivamente un paso.

—¡Ah! Sr. capitán —dijo por fin ella poniendo las manos en sus caderas, acercando la boca hasta muy cerca del rostro de él y meneando nerviosa la cabeza— ¡vea que esto así no va bien; me hace perder la cabeza... me pone los nervios de punta y yo estallo... ya ve!...

—¿Pero qué es lo que pasa, mujer?... Yo no lo conozco...

—No quiero saber nada... Ya le dije que esto no va bien... y yo estallo...

—¿Pero por qué?... ¿qué es lo que tiene? Es necesario que me lo diga...

—No tengo nada que decir... ¡Estallo, ya le dije, Sr. capitán!...

—¡Por todos los diablos, estalle, pues! pero al menos diga por qué estalla.

—No tengo nada que decir... ya le dije... esto pone la cabeza de la gente como una cebolla podrida, no tiene explicación alguna... Ir por allá con cara de santurrón a comprar frutas...

—¡Quién, mujer de Dios! ¿No va usted a explicarse?

—¿Explicar qué? ¡explicar nada! Pues por ser yo una mujer vieja, que ya perdió el apego al mundo, y ella una pobre muchachita tonta y embrollona, con ganas de saberlo todo, venir a tomarme el pelo a mí, y a ella el de un lugar aún más melindroso...

—Pero ¿quién es el que le tomó el pelo a usted y además a ella? ¿y quién es ella?

—¡Usted se está haciendo el tonto! —continuó la mujer exasperándose— pues usted, Sr. capitán ¿no había ya consentido el casamiento?...

—¿Qué casamiento? ¿Con quién?

—¡Ay, ay, ay, que se me está partiendo la cabeza! . . . Pues usted capitán, ¿no sabe que tiene un hijo? . . .

—Sí, lo sé —respondió él comenzando a despejar el misterio.

—¡Y no sabe que él es un pedazo de atorrante! . . .

A esto el capitán podía responder afirmativamente, pero no se animó y preguntó solamente:

—¿Y qué más? . . .

—¿Y no sabe que además yo tengo una hija que traje de Lumiar,¹⁷ Mariíta?

—¿Cómo, si yo ni la conozco? . . .

—Pues es una muchachita muy capaz. . . y el diablo de cadete de su hijo anduvo saliendo con ella mucho tiempo: enamoramiento va, enamoramiento viene, regalos de aquí, promesas de allá. . . y al final de cuentas. . . ¡braz! . . . Y bien, ¿qué le parece?

El capitán quedó atónito.

—Hasta le prometió casamiento, diciendo que usted, Sr. capitán, lo consentía. . . Ahora bien, yo sé que ella también tuvo su parte de culpa. . . pero eso yo lo disculpo, porque yo también fui joven. . . y sé que cuando se mete el diablo en el cuerpo, ¡adiós! Pero esto la desespera a una, porque. . . en fin, la muchacha podría tener mejor fortuna.

El capitán había comprendido todo, y con algunas explicaciones más que siguieron se vio reducido al mayor de los aprietos. Esta vez la diablura del muchacho era irremediable. La mujer tenía toda la razón; pero casar a su hijo con la hija de una verdulera. . . eso no podía ser; además, nada tenía para dar al hijo, y él con solamente sueldo de cadete no podría sostener mujer y casa, quedando además de eso la duda de si él tendría o no deudas que saldar con la justicia.

Se despidió de la vieja, no sin antes prometerle que tomaría las medidas necesarias en el caso.

—Vea usted —dijo ella al salir— si el problema no se arregla yo estallo. . .

El pobre hombre se vio en apuros; fue a buscar a la ofendida e intentó, ofreciéndole algo de dinero para su dote, lograr que ella se callara y que desistiera de sus pretensiones; ella quiso al principio rechazarlo, pero la madre le aconsejó que aceptase, sin duda por miedo a estallar. De este modo el caso quedó un *poco* remediado, puesto que la conciencia del capitán, que era un hombre de honor,

¹⁷En la época en que se desarrolló la narración, Lumiar era una aldea de los alrededores de Lisboa. Hoy es un barrio suburbano de la ciudad, al este del Aeropuerto Internacional de Portela.

no había quedado satisfecha en modo alguno. Pero el tiempo no daba lugar a más; había llegado el momento de acompañar al rey y partió dejando recomendado su hijo a cuantos amigos tenía. Transcurrieron los años y cuando menos lo esperaba supo que se encontraba en Río de Janeiro en compañía de Leonardo, la tal Mariíta, que entonces ya era la María que los lectores conocen. Intentó hacer lo que pudiese por ella para satisfacer todos sus escrúpulos de padre honrado, aunque quiso hacerlo en forma oculta. Fue a ver a la comadre, a quien ya conocía, y le encargó avisarle en cuanto supiese que María sufría cualquier necesidad. Pero nunca tuvo la ocasión de ejercer su buena voluntad directamente con ella. Solamente le había hecho un pequeño favor a Leonardo en ocasión de encontrarse éste en apuros por causa de unas irregularidades en una gestión judicial, y la comadre le aconsejó buscarlo, aunque no lo conociese, por ser muy buen hombre y amigo de servir a todos.

Por eso Leonardo recurrió en este segundo apuro al viejo teniente coronel por intermedio de la comadre, y también porque éste prometió ocuparse de él, lo que en efecto trató de cumplir.

Como dijimos, apenas la comadre salió, salió él también, y fue a hacer lo necesario para que liberaran a Leonardo. Se dirigió en primer lugar a la prisión para obtener del propio Leonardo todas las informaciones, con lo que pudo comprobar que las que le había dado la comadre eran exactísimas, y que ella no había dejado escapar el menor detalle. Leonardo repitió y confesó todo lo que él ya sabía, invadido por el embarazo y la vergüenza; y al despedirse el viejo:

—Sr. Teniente Coronel —le dijo él— V. S. ya me libró de una que no era culpa mía; líbreme de ésta también... mire que está comprometida mi honra...

Leonardo se olvidaba de la teoría de María.

—La honra no —respondió el viejo—, lo que está comprometido es su juicio: van a decir (y yo soy el primero) que usted está loco.

—Huí de una aldeana y fui a caer en manos de una gitana... ¡tiene razón!...

El viejo se alejó sonriendo. De ahí se dirigió a la casa de un amigo suyo, prestigioso hidalgo, para obtener de él la liberación de Leonardo. Vivía en una de las calles más angostas de la ciudad, en una casona con balcón de celosías de madera y pequeños póstigos que se abrían furtivamente sin que nadie desde afuera pudiese ver quién miraba a través de ellos.

El polvo amontonado en los bordes de las celosías y las paredes percutidas por el tiempo daban a la casa un aspecto triste desde el exterior; respecto al interior, no había muchas variantes. La sala era pequeña y baja; el mobiliario que la revestía era de jacarandá y hecho todo según el gusto antiguo; todas las piezas eran enormes y pesadas; las sillas y el sofá, de patas arqueadas y espaldares altísimos, tenían los asientos de cuero, que respondía a la moda de transición entre el acolchonado y la paja. Quien quiera tener la idea exacta de estos muebles busque en el consistorio de alguna antigua hermandad, donde hemos visto algunos de ellos.

Las paredes estaban adornadas por una docena de cuadros, o mejor dicho, por cajas de vidrio que dejaban ver en su interior paisajes y flores hechos de pequeñas conchas de todos los colores, que no eran totalmente feos, pero que no tenían ciertamente el alto valor que se les atribuía en aquel tiempo. A la derecha de la sala había, sobre una mesa, un enorme altar del mismo estilo de los muebles.

Finalmente había en un rincón una palma bendita, de esas que se distribuyen los domingos de ramos; y si el lector ahora se imagina todo esto cubierto por una densa capa de polvo, tendrá una perfecta idea del lugar en que fue recibido el viejo Teniente Coronel y que era más o menos semejante en todas las casas ricas de entonces, por lo que nos hemos demorado en describirlo.

Sin hacerse esperar demasiado, apareció el dueño de la casa: era un hombre ya viejo y de cara poco grata; venía con zuecos, sin medias, en mangas de camisa, con un abrigo de lana escocesa sobre los hombros, caja de rapé y pañuelo encarnado en la mano.

En pocas palabras el viejo le expuso el caso y le pidió que fuese a hablarle al rey a favor de Leonardo.

Al principio le opuso alguna resistencia, diciendo:

—Hombre, ¿pues he de ir al palacio por causa de un alguacil? El rey se reirá de mi ahijado.

Pero finalmente, tuvo que ceder en aras de la amistad y prometió todo. El viejo salió satisfecho y fue a llevar la nueva a Leonardo, quien saltó de alegría. Pocos días después llegó la orden y fue puesto en libertad. Creía haber acabado de pasar por el peor de los suplicios, pero insoportables torturas comenzaron para él el día que salió de la cárcel: la mofa, el escarnio, la risa de sus compañeros lo siguieron por muchos días, incesantes y martirizadores.

XI

PROGRESO Y ATRASO

DADAS LAS explicaciones del capítulo precedente, volvamos a nuestro personaje, del cual casi nos olvidamos. Apurémonos en dar al lector una buena noticia: el niño se desatascó de la F, y ya se encontraba en la P, donde por desgracia se atascó de nuevo. El padrino anda contentísimo con este progreso y ve aclararse el horizonte de sus esperanzas; declara positivamente que nunca vio niño de mejor memoria que su ahijado y cada lección que éste consigue aprender, de cuatro en cuatro días por lo menos, es para él un triunfo. Pero hay una cosa que lo entristece en medio de todo: el niño tiene para con las oraciones y en general para con todo lo que refiere a la religión, una decidida aversión; no es capaz de persignarse de izquierda a derecha, lo hace siempre de derecha a izquierda y al padrino no le fue posible, a pesar de toda su paciencia y buena voluntad, hacerlo repetir de memoria y sin equivocarse por lo menos la mitad del padre nuestro; en lugar de decir "venga a nos tu reino" dice siempre "venga a nos el pan nuestro". Ir a misa o al sermón es para él el mayor de todos los suplicios, esto hace que el padrino a veces se desespere y hasta llegue a estar de acuerdo con la comadre en que el niño no tiene vocación de clérigo; pero son nubes pasajeras; siempre surge esto o aquello que hace renacer todas las esperanzas y el hombre se reanima para seguir adelante en su obra.

Pero lo que él esperaba no era lo que esperaban los demás y nadie veía en el niño sino a un futuro presumido de primera categoría; quien más segura estaba de ello era la vecina del barbero, aquella a quien él llamaba el mal augurio del pequeño. Esa tal vecina era una de esas mujeres a las que se les llama de uñas y dientes, valentona,

presumida y que se vanagloriaba de no tener pelos en la lengua: era viuda e importunaba a todo el mundo con las virtudes de su difunto. Cizañera y amiga de contrariar, no perdía ocasión de desmentir al vecino en sus esperanzas con respecto a su ahijado, declarando que no le veía talento para cosa alguna, que no quería para cosa alguna de su pertenencia el fin que él iba a tener y que cuando él creciese el mejor remedio era dar con sus huesos a bordo de un barco a ponerse una bayoneta al hombro. El barbero se desesperaba con ello; durante mucho tiempo consiguió contenerse, pero un día no pudo más y acabó insultando a la mujer.

Habiendo llegado por casualidad a la puerta de la barbería, la vecina que estaba en la ventana le dijo con tono de burla:

—Y bien, vecino ¿cómo va su reverendo?

Un viejo que vivía al frente, y que también se encontraba en la ventana, se echó a reír con la pregunta.

El compadre se enfureció, se le enrojeció la calva, frunció la frente, pero hizo como si no hubiera oído. La vecina se puso a reír también, dándose cuenta de su enojo y agregó:

—Cura amigo del fado... ¡habráse visto!... ¿Cuándo irá otra vez a casa de los Gitanos?...

El viejo de enfrente redobló las risotadas. La vecina continuó:

—¿Así que él ya recita el padre nuestro?

El compadre se exasperó por completo y estudiando una injuria bien grande para responderle, dijo finalmente:

—Ya... Ya... señora entrometida en la vida ajena... ya sabe el padre nuestro y yo le hago rezar todas las noches uno por su difunto marido que a esta hora está dando coces en el infierno!...

—¿Qué?... ¿qué dice usted, señor rapabarbas? ¿Usted mete a terceros en la conversación? —dijo la vecina erizándose—; sepa que ése de quien usted habla, nunca fue sangrador ni vivió de cortes de cabello... no se meta conmigo que le diré de todo y le sacaré los trapitos al sol... ¡¡¡Coces en el infierno!!! ¡Vaya blasfemia! un santo hombre... Coces en el infierno... Pues ahora sepa, porque yo no tengo pelos en la lengua, que ese su tal ahijado es un pedazo de malcriado que va a deshonar las barbas de quien lo crió... Y eso no importa, porque él es de mala índole... ¿Oyó? No se meta conmigo...

—Y usted —respondió el compadre mientras la vecina tomaba el aliento— ¿por qué se mete con lo que no es de su incumbencia?

Ella prosiguió:

—Me meto; eso a usted no le importa, ni venga a imponerme reglas que para eso yo no lo necesito.

—Pero ¿qué tiene usted que ver con un niño inocente que nunca le hizo daño? . . .

—Tengo mucho, porque no me deja en paz los tejados de pedradas, me hace muecas cuando me ve en la ventana y me trata como si yo fuese alguna aldeana o mujer de barbero. . . Le digo y le repito. . . ése tiene malos instintos y no terminará bien. . .

—Está bien, señora —respondió el compadre que tenía buen genio y que había sido llevado a aquel exceso, sólo por amor a su ahijado— basta de rencillas, mire a los vecinos.

—Pues, ojalá los vecinos se vieran libres de semejante diablo. . .

El niño llegó en ese momento a la puerta y poniéndose en puntas de pies, estirando el cuello, y abanicándolo como la vecina e imitando su voz, repitió:

—Se vieran libres de semejante diablo. . .

El compadre lo encontró tan gracioso que se dio por vengado y a su vez comenzó a reír.

—¡Ah! —dijo la vecina— agradece la buena voluntad, mi diablo con figura de niño; tú no tienes la culpa; la culpa la tiene quien te permite ser osado.

—La culpa la tiene quien te permite ser osado— repitió el niño imitándola.

El compadre reía sin poder parar.

La vecina desesperada golpeó el postigo y se metió adentro, aunque por mucho tiempo habló en voz alta, de modo que todo el vecindario la oía diciendo cuanto improprio le vino a la cabeza contra el barbero y el niño.

—El pequeño pagó mi deuda —se dijo a sí mismo el barbero— me vengó de ésta; ahora me falta aquel viejo de enfrente que también la acompañó en la risa; pero no faltará ocasión.

Se nos olvidó decir que al barbero, a pesar de haberlo sabido, poco le importó la prisión de Leonardo, y refiriéndose a la causa de la desgracia de éste apenas había dicho:

—Bien merecido, para que no se deje arrastrar por todas partes agarrado a cuanta falda se le aparece.

Ni siquiera fue a la cárcel a visitarlo, ni llevarle al hijo para que lo bendijera, lo que la comadre al saberlo mucho reprobó.

El viejo teniente coronel, después de haber puesto en libertad a Leonardo, informado detalladamente, como el lector ya sabe, por la comadre del destino de María, decidió tomar al niño bajo su pro-

tección, y creyó que si lograba hacerlo feliz, lavaría a su hijo del pecado de haber deshonrado a María. Por intermedio de la comadre le ofreció al compadre su ayuda a favor del pequeño, hasta le propuso que lo dejase vivir en su compañía. Pero el compadre no estuvo de acuerdo en modo alguno y si prometió aceptar para cualquier otra cosa la protección del teniente coronel fue a instancias de la comadre.

—No quiero —decía él— que me roben el placer de haberlo hecho alguien; comencé mi obra, he de acabarla.

—Hombre —le retrucaba la comadre— hace mal; mire que el viejo es un hombre importante; mire cómo él con dos o tres movidas puso a Leonardo en libertad.

—No, nada, no le daré el gusto aquí a esta manada de vecinos; yo mismo lo haré todo con mis propias manos. Claro que si el teniente coronel quisiera hacer alguna cosa por él, acepto; pero en cuanto a alejarlo de mi compañía, eso nunca. Ahora ya es capricho; me saldré con la mía.

XII

ENTRADA EN LA ESCUELA

AHORA ES preciso pasar por alto algunos años de la vida de nuestro personaje para no cansar al lector repitiendo la historia de las mil travesuras del niño, del tipo de las que ya se conocen; fueron diabluras de todo tamaño que exasperaron a la vecina, disgustaron a la comadre, pero de ninguna manera alteraron la amistad del barbero con su ahijado; ésta aumentaba cada vez más y, si es posible, se volvía más ciega. Junto con él, crecían esperanzas del hermoso futuro que el compadre soñaba para el pequeño, sobre todo porque durante este tiempo él había hecho *algunos* progresos: deletreaba tolerablemente, y por un inaudito triunfo de la paciencia del compadre había aprendido a ayudar en la misa. La primera vez que logró practicar con decencia y exactitud semejante acto, el padrino se entusiasmó; fue un día de orgullo y de placer: era el primer paso en el camino al que él lo había destinado.

—Y dicen que no tiene vocación de cura —se dijo a sí mismo— y bien, dí en el blanco, acerté de lleno. El nació para eso, será un clérigo de verdad. Voy a tratar de meterlo en la escuela y después . . . adelante.

En efecto, se ocupó del asunto y fue a hablar con el maestro para que recibiera al pequeño; éste vivía en una casa de la calle de la Vala, pequeña y oscura.

El barbero fue recibido en la sala, que estaba amueblada con cuatro o cinco largos bancos de pino ya sucios por el uso, una pequeña mesa que pertenecía al maestro y otra mayor donde escribían los discípulos, toda cubierta de pequeños agujeros para los tinteros; en las paredes y en el techo había una enorme cantidad de jaulas colga-

das de todos los tamaños y formas, dentro de las cuales saltaban y cantaban pajaritos de distintas calidades: eran la pasión predilecta del pedagogo.

Este era un hombre de proporciones infinitesimales, bajito, delgadito, de carita angosta y chupada, excesivamente calvo; usaba anteojos, tenía pretensiones de latinista, y palmeteaba a los alumnos por *quítame esa paja*. Por eso era uno de los más prestigiosos de la ciudad. El barbero entró acompañado por su ahijado, y quedó un poco atemorizado ante el aspecto de la escuela a la que nunca había imaginado. Era un sábado; los bancos estaban llenos de niños, vestidos casi todos con chaquetas o *guardapolvos* de lino, pantalones de cretona oscuros y un enorme portafolios de cuero o cartón colgado por un cordel en bandolera; los dos llegaron exactamente a la hora de la tabla cantada. Era una especie de letanía de números que por entonces se usaba en los colegios, cantada todos los sábados en una especie de *canto* gregoriano, monótono e insoportable, pero que a los niños les gustaba mucho.

Las voces de los niños, unidas al canto de los pajaritos, hacían una algaraza que producía dolor en los oídos; el maestro, acostumbrado a aquello, escuchaba impasible, con una enorme palmeta en la mano, y en medio de todo aquel barullo no se le escapaba el menor error que alguno de sus discípulos cometiese; hacía parar el canto, llamaba al infeliz, enmendaba cantando el error cometido y le descar-gaba por lo menos seis vigorosos palmetazos. Era el regente de la orquesta enseñando a marcar el compás. El compadre expuso, en medio del ruido, el objeto de su visita y presentó el pequeño al maestro.

—Tiene muy buena memoria; ya deletrea algunas cosas, no le dará mucho trabajo— dijo con orgullo.

—Y si me lo quisiera dar, tengo aquí el remedio; ¡*Sancta ferula!*—dijo el maestro blandiendo la palmeta.

El compadre se sonrió, queriendo dar a entender que había comprendido el latín.

—Es verdad: hace santos hasta de las fieras, —dijo traduciendo.

El maestro sonrió por la traducción.

—Pero confío que no ha de ser necesaria, agregó el compadre.

El niño se dio cuenta de lo que quería decir todo esto, y dio a entender que mucho no le gustaba.

—El lunes vendrá y le pido que no lo rechace, —dijo finalmente el compadre despidiéndose. Buscó al niño y lo vio en la puerta de la calle presto a salir, puesto que allí no se encontraba muy cómodo.

—Entonces, muchacho ¿sales sin pedir la bendición al maestro?

El niño se volvió constreñido, tomó de lejos la bendición, y entonces salieron.

El lunes volvió el niño armado del correspondiente portafolios al hombro, su pizarra de escribir y su tintero de hueso; el padrino lo acompañó hasta la puerta. Ya en ese día se portó de tal manera que el maestro no se pudo contener de darle cuatro palmetazos, lo que le hizo perder todo el entusiasmo con el cual había entrado: le declaró desde ese instante la guerra viva a la escuela. Al medio día vino el padrino a buscarlo y la primera noticia que le dio fue que no volvería al día siguiente ni siquiera esa tarde.

—¿Pero tú no sabes que es necesario aprender? . . .

—Pero no es necesario ser golpeado. . .

—¿Así que ya fuiste golpeado?

—No fue nada, no señor; fue porque volqué el tintero en el pantalón de un chico que estaba junto a mí, el maestro me regañó y yo empecé a reírme mucho. . .

—Pues tú vienes a reírte justo cuando el maestro te regaña. . .

Esto contrarió sobremanera al barbero. ¿Qué diablos no diría la maldita vecina cuando supiese que el niño había sido castigado, ya en su primer día de escuela? Pero no había reclamos que valiesen, lo que el maestro hacía estaba bien hecho. Le costó bastante convencer al niño para que volviese esa tarde a la escuela, lo que sólo consiguió con la promesa de que hablaría con el maestro para que no le pegase más. Pero eso no era cosa que se hiciese y no fue más que un engaño para arrastrar al pequeño. Este entró desesperado en la escuela y no hubo forma de mantenerlo quieto y callado en su banco; el maestro lo llamó y lo hizo ponerse de rodillas a pocos pasos de él; al poco tiempo se volvió disimuladamente y lo sorprendió justo en el momento en que él levantaba la mano para tirarle una bola de papel. Lo llamó de nuevo y le dio una docena de palmetazos.

—Ya desde el primer día —dijo— tú prometes mucho. . .

El niño rezongando le dirigió cuanta injuria sabía de memoria.

Cuando el padrino volvió de nuevo a buscarlo lo encontró con la firme y decidida convicción de no dejarse engañar otra vez y de no volver nunca más, así lo partieran en dos. El pobre hombre se desesperó con el asunto.

—¡Válgame Dios, desde el primer día! . . . —se dijo— esto es cosa de aquella maldita mujer. . . pero insistiré y veremos quién vence.

XIII

CAMBIO DE VIDA

A COSTA de mucho trabajo, de mucha fatiga y sobre todo de mucha paciencia, el compadre consiguió que el niño frecuentara la escuela durante dos años y que aprendiese a leer muy mal y a escribir aún peor. En todo ese tiempo no pasó un solo día sin que él no recibiese una remesa mayor o menor de palmetazos; y a pesar de la fama de la que gozaba su pedagogo de muy cruel e injusto, es preciso confesar que pocas veces lo había sido con él: el niño tenía el don de la desenvoltura, y esto, unido a los gustos que le daba el padrino, tenían como resultado la más refinada mala educación que se puede imaginar. Encontraba un placer suavísimo en desobedecer todo cuanto se le ordenaba; si se quería que estuviese serio, estallaba en carcajadas como un perdido con el mayor gusto del mundo; si se quería que estuviese quieto, parecía que un resorte oculto lo impelía y daba la idea poco más o menos aproximada de un continuo movimiento. Nunca un portafolios, un tintero, una pizarra, le duraron más de 15 días: era tenido en la escuela por el más refinado bellaco; vendía a sus colegas todo lo que podía tener algún valor, fuese suyo o ajeno, con tal que le cayese en las manos: un lápiz, una pluma, un cuaderno, todo le venía bien; el dinero que obtenía lo empleaba siempre del peor modo que podía. Apenas al finalizar los primeros cinco días de escuela le declaró al padrino que ya conocía las calles y que no necesitaba que él lo acompañase más; el primer día en que el padrino consintió en que se fuese solo hizo una tremenda rabona; después le tomó el gusto a ese hábito y en poco tiempo adquirió entre sus compañeros el mote de rabón-mayor de la escuela, lo que quería decir también recibe-palmetazos mayor. Uno de los principales lugares en que él pasaba alegremente las mañanas y las tardes en

que huía de la escuela era la Catedral. Como el lector comprenderá de ningún modo se trataba de una inclinación religiosa; en la Iglesia a la hora de la misa e incluso fuera de ella, se reunía gente, sobre todo mujeres de mantilla por las que sentía un particular rechazo por causa de su semejanza con la madrina, y eso es lo que él justamente quería, porque internándose en la multitud de los que entraban y salían, pasaba desapercibido y tenía la seguridad de que de buscarlo no lo encontraría con facilidad.

Por su hábito de frecuentar la Iglesia había conocido y había trabado estrecha amistad con un pequeño sacristán que, digamos de paso, era tan buena pieza como él; apenas se encontraban se limitaban a intercambiar significativas miradas mientras el amigo andaba ocupado en el servicio de la iglesia, pero en cuanto se terminaban las misas y salían las verdaderas beatas, los dos se reunían y comenzaban a contar sus diabluras más recientes, trazando el plan de otras mil nuevas. Por complacencia, o mejor aún en prueba de verdadera amistad, el compañero le confiaba a nuestro raboneador una caña, y hacían juntos el servicio y las diabluras: la más pequeña que hacían era ir de altar en altar bebiendo hasta la última gota del vino de la misa, lo que les avivaba aún más el deseo de hacer travesuras.

Esta vida duró mucho tiempo; pero finalmente las rabonas se hicieron tan repetidas, que el padrino se vio forzado a acompañarlo otra vez a la escuela todos los días, lo que deshizo todos los planes que los dos habían concertado. Nuestro futuro clérigo había pensado muchas veces cuán agradable sería verse revestido como su compañero por una sotana y una sobrepelliz, y ser también sacristán, tener a su disposición a toda hora cuantas cañas quisiese, tener para él y para su amigo toda la iglesia, poder en los días de fiesta, balanceando el turíbulo, ahogar con oleadas de humo la cara de la vieja que le quedase más cerca en ocasión de la misa. ¡Oh! ¡esto era un sueño de ventura! Viéndose privado por causa del padrino que lo acompañaba a gozar parte de estos placeres, como lo hacía en los días de huída, se le atizaron los deseos y comenzó a confesárselos al padrino, dándole a entender que ahora no había nada que le gustase tanto como ir a la Iglesia, para la cual, decía él, parecía haber nacido. Para el padrino esto fue una gran alegría, porque en este reciente gusto del pequeño, veía una salida a sus proyectos.

—Yo bien decía. . . —pensaba para sus adentros— no hay duda, sigo adelante; el muchacho me está saliendo bien.

Finalmente el niño un día tomó una resolución extrema y le propuso al padrino que lo hiciese sacristán.

—Eso sería muy bueno —dijo él— a fin de acostumbrarme para cuando sea cura.

Al principio la idea deslumbró al padrino, pero luego reflexionó y concluyó en que sería rebajar al niño y comprometer su futura dignidad. Pero tantos fueron los ruegos y argumentos del pequeño que finalmente se vio obligado a ceder. El niño encontraba en esto dos enorme ventajas; satisfacía sus deseos y salía de la escuela, ahorrándose así las diarias remesas de palmetazos.

—Está bien —se dijo a sí mismo el padrino— él ya sabe leer algo y escribir: para darle el gusto lo dejo por algún tiempo en la catedral, incluso para que le tome más amor a esa vida, y después, apenas lo vea con el juicio más asentado, seguiré adelante con la cosa. Fue, por lo tanto, a buscar a ese sacristán de la Iglesia que había danzado el minuetto en la fiesta de bautismo y que era nada menos que el padre del sacristancito con el que nuestro pequeño había trabado amistad, para conformar al ahijado que no quería otra iglesia que la Catedral. Felizmente pudo ser admitido; con la práctica que había adquirido en los días de rabona había aprendido más o menos todo el ceremonial que es menester para ser sacristán: ya sabía ayudar en la misa; las otras cosas las perfeccionó en poco tiempo.

En pocos días estaba listo y una hermosa mañana salió de casa vestido con la correspondiente sotana y la sobrepelliz, y fue a tomar posesión de su empleo. Al verlo pasar, la vecina de los malos augurios soltó al principio una exclamación de sorpresa, suponiendo alguna estupidez del compadre; pero observando mejor, comprendió lo que era y soltó una carcajada.

—¿Que tal? . . . Dios os guarde, Sr. cura —dijo haciendo un saludo.

El niño le lanzó una mirada de reojo y respondió entre dientes:

—Yo soy cura y te he de curar.

Aquella era una promesa de venganza.

—¡Vaya! —continuó la vecina consigo misma— ¡ese en la iglesia es un pecado!

El niño llegó a la Iglesia loco de contento; la sotana le parecía un manto real. Por fortuna hubo en seguida en ese día dos bautizos y un casamiento, y así él tuvo ocasión de entrar en pleno ejercicio de sus funciones, en las que comenzó revistiéndose de la mayor gravedad de este mundo. Pero al otro día, el asunto comenzó a cambiar de aspecto y las travesuras comenzaron.

La primera fue en una misa cantada. Le correspondió al pequeño sostener una antorcha, y al compañero el turíbulo al pie del altar.

Por desgracia, la vecina del compadre, a quien el niño había prometido *curar*, sin pensar en lo que hacía se colocó cerca del altar junto a los dos. En cuanto la vio, el nuevo sacristán le dijo algunas palabras a su compañero, señalándole a la mujer. Al rato se colocaron los dos disimuladamente a una distancia conveniente y de manera tal que ella quedase más o menos con uno de ellos atrás y otro adelante. Entonces comenzaron una obra meritoria: mientras uno, habiendo llenado el turíbulo de incienso y balanceándolo convenientemente, hacía que las nubes de humo que se desprendían golpearan de lleno en la cara de la pobre mujer; el otro a cada paso, con la antorcha, le derramaba sobre la espalda de la mantilla chorros de cera derretida, mirando disimuladamente hacia el altar. La pobre mujer se exasperó y les dijo no sabemos qué.

—Te estamos curando— respondió el niño tranquilamente.

Viendo que no sacaba ventajas, la devota quiso cambiar de lugar y salir, pero el apretujamiento era tan grande que no lo pudo hacer y tuvo que soportar el suplicio hasta el fin. Acabada la fiesta, se dirigió al maestro de ceremonias y le formuló una enorme queja que les costó a los dos tremendo sermón. Pero poco se preocuparon por eso puesto que ya habían realizado su plan.

NUEVA VENGANZA Y SU RESULTADO

EL SERMÓN que el maestro de ceremonias les había dado a los dos pequeños, en razón de lo que habían hecho a la pobre mujer, no produjo, como dijimos, ningún efecto en ellos en el sentido de enmendarlos; pero no perdonaron la humillación que sufrieron delante de su víctima y la venganza que ella había gozado; en la primera oportunidad que tuvieron se tomaron el desquite, jugándole también una mala pasada al maestro de ceremonias.

El caso fue así.

El maestro de ceremonias era un cura de mediana edad, de figura agradable, hijo de la Isla Tercera,¹⁸ pero que se las daba de portugués puro: se había graduado en Coimbra; por fuera un completo San Francisco de austeridad católica, por dentro un refinado Sardanápalo que podía ofrecer, por sí solo, a Bocage¹⁹ tema para un poema entero; era un predicador que buscaba siempre como tema la honestidad y la pureza corporal en todo sentido; pero interiormente era sensual como un sectario de Mahoma. Tal vez el público ignoraba semejante cosa, pero no sucedía lo mismo con los dos niños que estaban al tanto de todo; el maestro de ceremonias, confiado en que por su corta edad ellos le darían poca importancia a ciertas cosas, algunas veces los había empleado a su servicio, mandando recados a ciertas personas que, sepa el lector en secreto, era nada más ni

¹⁸Esto es, provinciano que se hacía pasar por gente de la capital. La Isla Tercera forma parte del Archipiélago de las Azores, y los naturales de Lisboa son llamados popularmente "lechuguitas".

¹⁹Manuel María Barbosa du Bocage (1765-1805), poeta portugués conocido popularmente por sus poesías satíricas y obscenas. A partir de entonces se le atribuyeron toda suerte de anécdotas y episodios de tipo licencioso.

nada menos que la gitana, objeto de los últimos cuidados de Leonardo, con la que S. R. vivía desde hacía cierto tiempo en estrechas relaciones, salvando, es verdad, todas las apariencias de la decencia.

Llegó el día de una de las fiestas más importantes de la iglesia en las que el maestro de ceremonias era siempre el predicador: era el sermón de ese día al que el hombre se entregaba mucho antes, echando abajo la *biblioteca* y haciendo un enorme esfuerzo de inteligencia (que en él no era cosa muy vigorosa). Se ve, pues, que él debía amar tanto su sermón que casi reventó de rabia un año en que, por estar enfermo, no lo pudo predicar. Consideraba que todos lo oían con sumo placer, que el pueblo se conmovía al escuchar su voz; en fin, aquel sermón anual era el medio por el cual él esperaba conseguir todos sus fines, al que confiaba deberle todo su futuro ascenso; era su talismán. Digamos sin embargo que el tal sermón era un pésimo camino, porque si él podía demostrar alguna cosa era la insuficiencia del cura para cualquier cosa de esta vida, excepto como maestro de ceremonias en lo que nadie lo superaba. Pues fue en ese delicado punto en el que los niños trataron de herirlo y la casualidad los favoreció, excediendo en mucho a sus deseos y esperanzas, haciendo su venganza completísima.

Llegó, como dijimos, el día de la fiesta; desde hacía tres o cuatro días el maestro de ceremonias no salía de su casa, empeñado en decorar la importante pieza. Fue nuestro novato sacristán el encargado de ir a avisarle la hora del sermón. Llegó a la casa de la gitana, donde el cura acostumbraba estar; golpeó y, a pesar de todas las recomendaciones que acostumbraba recibir, dijo en voz alta:

—¿El rev. maestro de ceremonias está ahí?

—Habla bajo, muchacho —dijo la gitana desde el otro lado del postigo—. ¿Qué quieres tú con el señor cura?

—Necesitaba hablar con él sobre el sermón de mañana.

—Entra, entra —dijo el cura que lo había oído.

—Vengo a decirle a V. R. —dijo el niño entrando— que mañana a las diez tiene que estar en la iglesia.

—¿A las diez? Una hora más tarde que de costumbre. . .

—Exacto —respondió el niño riendo por dentro de alegría, y salió.

Desde allí se fue en seguida a informar a su compañero que el plan había salido por completo de acuerdo con sus deseos, pues lo que él quería era que el padre faltase al sermón y, por eso, encargado de indicarle la hora, la había cambiado y en lugar de las nueve había dicho las diez.

Se dispusieron las cosas; se colocó la música de barberos en la puerta de la iglesia; todo era alboroto: a las nueve comenzó la fiesta.

Las fiestas de aquel tiempo se hacían con tanta riqueza y con mucho más boato, en ciertos aspectos, que las de hoy; tenían sin embargo algunos lados cómicos; uno de ellos era la música de barberos en la puerta. No había fiesta en la que se prescindiese de ella; era una cosa considerada casi tan esencial como el sermón; su asistencia era fácil de arreglar; media docena de aprendices u oficiales de barbería, generalmente negros, armados uno con un pistón desafiado, otro con una trompeta diabólicamente ronca, formaban una orquesta desentonada pero estruendosa que hacía las delicias de los que no cabían o no querían estar dentro de la iglesia.

La fiesta siguió su curso normal; pero apenas se fue aproximando la hora comenzó a preocupar la tardanza del predicador. Se prolongó más esta ceremonia, más que aquella otra, pero el hombre no aparecía. Se mandó con toda rapidez a uno de los niños que no había entrado a la fiesta a buscar al cura; él dio dos vueltas por el vecindario y vino diciendo que no lo había encontrado. Aumentó la preocupación; no había remedio: se necesitaba un sermón como quiera que fuese.

A la fiesta asistía un capuchino italiano que, por bondad, viendo el aprieto general, se ofreció para improvisar el sermón.

—Pero usted V. R. no habla nuestra lengua —le objetaron.

—¡*Capisco!* —respondió él— ¡*ed la necessitá!*

Después de alguna perplejidad se aceptaron finalmente los buenos oficios del capuchino y fue llevado al púlpito. Los niños triunfantes se sonreían uno al otro. Apenas apareció el predicador ante el pueblo hubo un murmullo general; los graciosos se reían contando ya con el partido que sacarían de esto para un buen par de carcajadas; algunas viejas se prepararon con recogimiento ante las inmensas barbas del predicador; otras, menos creyentes, viendo que no se trataba del orador acostumbrado, exclamaron despechadas:

—¡Dios me libre!

—Dios me perdone.

—¿Este va a predicar hoy?

Pero a pesar de todo esto, la atención fue profunda y general, y animaba a todos una gran curiosidad. El orador comenzó; hacía ya un cuarto de hora que hablaba sin que nadie le hubiese entendido. Algunas viejas ya comenzaban a protestar de que el sermón en latín no tenía gracia, cuando de repente se vio abrir la puerta del púlpito y aparecer la figura del maestro de ceremonias cubierto de sudor y

rojo de cólera; hubo un murmullo general. El se adelantó, apartó con la mano al predicador italiano, que sorprendido paró un instante, y entonó con voz ronca y estruendosa su *per signus crucis*. Ante aquella voz conocida el pueblo despertó de su aburrimiento, se persignó y se dispuso a escucharle. Pero no todos fueron de esa opinión; consideraban que había que dejar acabar al capuchino y comenzaron a murmurar. El capuchino no quiso ceder su derecho y prosiguió en su arenga. Fue una verdadera escena de comedia, de la que la mayoría de los asistentes se reía a más no poder; los dos niños, autores principales de la obra, nadaban en un mar de rosas.

—*¡O mei cari fratelli!* —exclamaba por un lado el capuchino con voz aflautada y tierna— *la voce della Provvidenza* . . .

—*Semejante a las trompetas de Jericó* —roncaba por otro lado el maestro de ceremonias.

—*Piage al cor* . . . —agregaba el capuchino.

—*Anunciando la caída de Satanás* —proseguía el maestro de ceremonias.

Y así estuvieron un buen rato los dos, acompañados por un coro de carcajadas y confusión, hasta que el capuchino resolvió abandonar el puesto murmurando despechado:

—*¡Chie Bestia, per Dio!*

Acabado el sermón, el maestro de ceremonias descendió del púlpito ya un poco más aplacado por haber conseguido hacerse oír, pero aún lo bastante furioso como para arrancar protestando una por una las cuatro orejas de los dos pequeños, de quienes sospechaba partía lo que acababa de sufrir. Llegó a la sacristía, que estaba llena de gente; viendo a los dos niños los embistió agarrando con una mano a cada uno por el cuello de la sobrepelliz.

—Entonces . . . entonces . . . —decía con los dedos cerrados— ¿a qué hora es el sermón?

—Yo dije a las nueve, sí señor; puede preguntarle a la muchacha que ella oyó muy bien . . .

—¿Qué muchacha, niño, qué muchacha? —dijo el padre exasperado por haber tanta gente escuchando aquello.

—Aquella muchacha gitana, allá donde V. R. estaba; ella lo oyó bien, yo dije a las nueve.

—¡Oh! —dijeron los asistentes.

—Es falso —respondió con fuerza el maestro de ceremonias apartando a los niños para evitar nuevas explicaciones y dándoles satisfacción a los presentes con la protesta de que era falso lo que los niños acababan de decir.

Sin embargo, se serenó el alboroto, se acabó la fiesta y el pueblo se retiró. El maestro de ceremonias sentado en un rincón pensaba:

—¿Y que tal? ¿No iba perdiendo el sermón de este año por causa de aquel endiablado? Después que el maldito muchacho entró en esta iglesia todo es un desastre. ¡Y encima de todo decir a la vista de tanta gente que yo estaba en casa de la gitana! Nada . . . voy a ponerlo de patitas en la calle.

Y en efecto trató de hacer que los dos niños, o por lo menos el más nuevo, fuesen despedidos. Lo consiguió sin mucho esfuerzo, porque él no gozaba por cierto de grandes simpatías.

Esta fue la peor jugada que se le podía hacer: él estaba como en un paraíso y lo expulsaban de él; además, la maldita vecina ¡cuán satisfecha iba a estar viéndolo despedido! y la madrina que se había opuesto formalmente a su entrada en la Catedral . . . todo esto lo hacía desesperar.

Y no se había engañado con sus predicciones; apenas llegó a casa y se supo en la vecindad lo que había pasado, la vecina, sorprendiendo indefenso al compadre, dijo:

—¡Vaya! ¿No le dije que ése tiene malos instintos?

—Señora, por el amor de Dios, métase en su vida . . .

—Estoy vengada . . . Creía que mi mantilla nueva iba a quedar así . . .

El compadre se retiró para evitar un nuevo desorden.

La comadre, apenas supo también del suceso, vino a ver al compadre para decirle:

—Yo le decía; él no sirve para eso; es mejor ponerlo en la Concepción; allá hay más disciplina; mire, yo podría arreglar eso con el teniente coronel . . .

Pero el compadre no pareció resuelto a aceptar el consejo.

ESCANDALO

A PESAR de todo cuanto había sufrido por amores, Leonardo de manera alguna quería enmendarse; mientras se acordó de la cárcel, de los granaderos y de Vidigal, se olvidó de la gitana o, mejor aún, sólo pensaba en ella cuando juraba olvidarla; pero cuando las burlas de los compañeros fueron cesando, comenzó a renovarse la pasión y se entabló una gran lucha entre su ternura y su dignidad, en la cual esta última casi salía triunfante, cuando un descubrimiento maldito vino a trastornarlo todo. No sabemos por qué medios Leonardo descubrió un día que el feliz rival que lo había puesto fuera de combate ¡era el reverendo maestro de ceremonias de la Catedral! Eso le hizo subir la sangre a la cabeza:

—¿Pues un cura? —decía él—. Es preciso que yo salve del infierno a aquella criatura, allí donde se está metiendo en vida . . .

Y comenzó de nuevo con las tentativas, con las promesas, con acercamientos a la gitana, que de ningún modo quería doblegarse. Un día en que la sorprendió distraída en la ventana, la abordó y comenzó *ex-abrupto* a hablarle de este modo:

—¡Tú ya estás en vida en el infierno! . . . ¡pues nada menos que con un cura! . . .

La gitana lo interrumpió:

—Había muchos alguaciles para escoger, pero ninguno me agradó . . .

—Pero estás cometiendo un pecado mortal . . . estás dejando perder tu alma.

—Hombre ¿sabes algo más? Tú no sirves para predicador, no tienes talento . . . yo estoy muy bien como estoy; no me llevé bien con los alguaciles; yo nací para algo mejor . . .

—¿Pues entonces tienes algo que decir de mí? . . . Me vengaré. . . y bien vengado.

—¡Bah! —respondió la gitana riéndose.

Y comenzó a tararear el estribillo de una *modiña*.

Leonardo comprendió que hablándole del infierno y de castigos en la otra vida, no lograba nada y decidió darle el castigo en esta misma vida. Se retiró murmurando:

—Haré un escándalo, sea como sea. . .

Pocos días después sucedió que la gitana cumplía años; según la costumbre, apenas surgió este pretexto se armó en seguida una fiesta; no vamos a tomarnos el trabajo de describirla; en uno de los capítulos anteriores ya vio el lector lo que eso era: guitarra, *modiñas*, fado, algarabía, y la fiesta estaba completa. Leonardo supo en seguida del evento y juró que ése sería el día de la venganza.

Ser valentón fue en algún tiempo un oficio en Río de Janeiro; había hombres que vivían de eso: daban palizas por dinero e iban a cualquier parte a armar a propósito un desorden, con tal que se les pagase fuese cual fuese el resultado.

Entre los honestos ciudadanos que se ocupaban de esto, había en la época de esta historia cierto Pancho-Pepe, afamadísimo y temible. Su verdadero nombre era Francisco y por eso lo llamaron al principio "Pancho"; pero, sucedió que habiendo conseguido con sus puños bajar del trono de la valentía a un compañero que en su género era el de mayor reputación de su tiempo, a quien llamaban "Pepe", juntaron este apodo al suyo como premio a la victoria, y de allí en adelante lo llamaron "Pancho-Pepe".

Este hombre era la desesperación de Vidigal; le había jugado ya algunas malas pasadas, pero aún no lo había podido agarrar. Los granaderos lo conocían a la legua, pero nunca consiguieron ponerle las manos encima.

Habiendo estado todo el día vigilando, Leonardo vio entrar sigilosamente al maestro de ceremonias, al regreso del Ave María, cuando aún no había comenzado la función.

—¡Ah! ¿no se quiere perder ni esta noche? Pues le saldrá cara la juerga.

Salió de allí y fue directamente a buscar a Pancho-Pepe, que era un antiguo conocido suyo; lo encontró en una taberna frente al Buen Jesús. Pancho-Pepe era un mulato alto, corpulento, de ojos enrojecidos, larga barba, cabello cortado al ras; usaba siempre chaqueta blanca, pantalón muy ancho en las piernas, chinelas negras y un sombrero blanco muy inclinado; normalmente era afable, chistoso,

lleno de bichos y bromas; pero en las ocasiones de *batalla*, como él las llamaba, era casi feroz. Así como unos tienen el vicio de la embriaguez, otros el del juego y otros el de las orgías, él tenía el vicio de la valentía; incluso cuando nadie le pagaba, bastase que le diese la gana para armar peleas y sólo después que se hartaba de dar puñetazos quedaba satisfecho; con eso ganaba mucho: no había tabernero que no le fiase y no lo tratase muy bien.

Estaba en la puerta de la taberna sentado sobre una bolsa cuando apareció Leonardo.

—¡Hola maestro pataca! —dijo apenas lo vio—. Pensé que estaba aún encarcelado adivinando la suerte por causa de la gitana.

—Es justamente por causa de ese diablo que te vengo a buscar.

—Hombre, son cabezazos y puñetazos lo que yo sé dar ¡pero fortuna! nunca tuve tal habilidad.

—No se trata de traer fortuna, —le dijo Leonardo bajito— se trata de dar puñetazos. . .

—¡Uy! ¿tenemos baile? Vamos. . . ¡tú no eres capaz de armar una *batalla*, siempre fuiste un cobarde!

—Bien lo sé, yo no soy capaz. . . pero tú. . . tú que eres maestro en esto. . .

—Yo. . . ¿entonces por qué diablos y dónde quieres que yo arme esa *batalla*?

—No te arrepentirás —dijo Leonardo golpeando significativamente con los dedos el bolsillo del chaleco.

Pancho-Pepe entendió la frase; inclinó el sombrero un poco más de lado y se puso a escuchar con curiosidad.

Leonardo le dijo entonces lo que quería: se trataba nada menos de que Pancho-Pepe fuese esa misma noche, de cualquier modo posible, a la fiesta de la gitana y armara un gran alboroto cuando la noche estuviese avanzada; lo previno de inmediato de que Vidi gal iba a estar cerca y así, en cuanto se armara la confusión, debía escaparse. La causa de todo esto Leonardo no la quiso explicar y tampoco él tuvo gran curiosidad en saberla: se trataba de un alboroto, fuese cual fuese el motivo, estaba siempre listo. Así, después de regatear un poco el precio, ambos llegaron a un acuerdo y todo quedó pactado.

Habiendo dejado a Pancho-Pepe, Leonardo fue a visitar a Vidi gal, le contó lo que aquella noche había en la casa de la gitana y le aseguró que la cosa necesariamente acabaría en desorden. Por lo tanto correspondía al Sr. Mayor aparecer por allá por lo que fuese a suceder.

—Está bien —le dijo Vidigal— tú quieres tener tu desquite; es justo. Allá iré y no necesitaba de tu advertencia, pues ya sabía que por allá había cumpleaños y tenía intención de aparecer.

Leonardo se retiró contento viendo que su plan salía a las mil maravillas y se dispuso a gozar del resultado, poniéndose a vigilar desde un lugar conveniente. Comenzó la diversión. Ya se había cantado media docena de *modiñas* y bailado por algún tiempo la *tirana*,²⁰ cuando Pancho-Pepe apareció y por intermedio de un conocido (él los tenía en todas partes) fue introducido en la sala y comenzó a observar lo que pasaba. En el fondo había un cuarto cuya puerta estaba cerrada; de vez en cuando la gitana entraba allí, se demoraba un poco y salía; al poco tiempo volvía a entrar llevando consigo a algunas de sus mejores amigas y volvía a salir; al poco tiempo entraba llevando aún a otra amiga. Algunos reparaban en esto, pero otros no tenían desconfianza alguna. La fiesta continuaba y allá por la media noche, cuando la fiesta comenzaba a *hervir*, fue interrumpida de repente. Se vio a uno de los muchachos que tocaba la guitarra parar súbitamente, e interrumpiendo el estribillo de la *modiña* que cantaba, gritar enfurecido:

—Esto es demasiado. . . todo menos eso, señor Pancho-Pepe; nada de gracias pesadas con esa muchacha que es cosa mía. . .

Pancho-Pepe estaba en efecto hacía más de media hora dirigiendo piropos de los suyos a una muchacha, que él bien sabía que era *cosa* del muchacho que estaba tocando; tanto hizo que éste, habiéndose dado cuenta, profirió esas palabras que acabamos de oír.

—¿Protestas? —respondió Pancho-Pepe dirigiéndose hacia él.

El muchacho, que no era tonto, se levantó y replicó:

—¡Ya he dicho, nada de gracias con ella!

No había pronunciado estas palabras cuando Pancho-Pepe, arrancándole la guitarra de la mano, le dio con ella de lleno en la cabeza; el muchacho reaccionó y comenzó la confusión.

Pancho-Pepe en un momento fue acorralado; pero ligero e intrépido, distribuía a cada cual su cuota de cabezazos y puntapiés; algunas mujeres se metieron en la pelea y daban y recibían como cualquier otro; pero otras se deshacían en la gritería. De repente Pancho-Pepe se lanzó puerta afuera y desapareció.

Justo a tiempo porque no había pasado mucho rato cuando asomó en la puerta que él había dejado abierta, la tranquila figura de Vidigal rodeada por un montón de granaderos. Pancho-Pepe se les

²⁰Danza de origen español que pasó a Portugal y de allí a Brasil.

había escapado a pesar de haberlo visto cuando salía, porque el mayor, teniendo en esa ocasión pocos soldados, no quiso mandar a seguirlo por miedo a que la faltase gente pues veía que dentro de la casa el asunto estaba feo. Entró, pues, dejándolo escapar.

Apenas lo vieron, se pararon todos aterrados.

—Muy bien, ¿qué pelea es esta? —dijo él reposadamente.

Todos comenzaron a disculparse como podían; según el crédito que merecían por su reputación así les era distribuida la justicia: si se trataba de un sujeto ya conocido, que no era la primera vez que lo sorprendían, quedaba a un lado y un granadero se ocupaba de él; los otros eran mandados a sus casas. En el ínterin la gitana muy perturbada mirada repetidamente hacía la puerta del cuarto, dando señales de la más viva inquietud. Esto no se le escapó a Vidigal, que finalmente dijo a un granadero:

—Revisa aquel cuarto.

La gitana dio un grito; el granadero obedeció y entró en el cuarto; se oyó entonces un pequeño ruido y Vidigal dijo en seguida:

—Trae para acá a quien esté ahí dentro.

En ese mismo instante se vio aparecer al granadero trayendo por el brazo al rev. maestro de ceremonias, de calzoncillos cortos y anchos, de medias negras, zapatos de hebilla y birrete en la cabeza.

A pesar de los apuros en que se encontraban, todos se echaron a reír; sólo él y la gitana lloraban de vergüenza.

Esta última se puso a los pies de Vidigal, pero él fue inflexible y el rev. fue conducido con los otros hacia la Casa de la Guardia, siéndole apenas permitido ponerse ropas más decentes.

XVI

EXITO DEL PLAN

PARA tranquilizar a los lectores, que estarán sin duda con pena del maestro de ceremonias, nos apuramos a decir que él no llegó a ir a la cárcel; Vidigal quiso darle solamente una lección y después de haberlo expuesto en la Casa de la Guardia por algunas horas, como ya le había sucedido a Leonardo ante la vista pública, lo dejó irse avergonzado, abatido, maldiciendo la idea que había tenido de asistir a la fiesta de cumpleaños de su amante desde adentro del cuarto. En cuanto a Leonardo, no cabía en sí de contento; su venganza había sido casi completa; vio a su rival detenido por los granaderos, como a él mismo le había sucedido, llevado a la Casa de la Guardia, expuesto allí a la vista de los curiosos; habían faltado, es verdad, la paliza y los días de cárcel, pero también él era un simple alguacil, mientras que el maestro de ceremonias un sacerdote respetado y por eso cualquier cosa bastaba para herirlo gravemente.

Además de esto el maestro de ceremonias, después de graves meditaciones, sabiendo que había quedado mal visto ante sus compañeros por el escándalo que había provocado, si bien era cierto que ninguno de ellos estaba a tal respecto en condiciones de tirarle la primera piedra, oyendo un murmullo sordo que se levantaba amenazándolo con la pérdida del lugar que ocupaba en la Catedral, se decidió a abandonar a la gitana y así lo hizo. Con esto Leonardo se dio por satisfecho totalmente y le renacieron las esperanzas de conquistar su antiguo puesto, ya que el principal enemigo lo había abandonado. La gitana, despreciada, no quería sin duda permanecer por mucho tiempo sola, y como él se encontraba en la lista de espera y contaba con servicios atrasados, era probable que obtuviese favora-

ble acogida, porque además ella ni soñaba que todo lo que había sucedido pudiese ser obra suya.

El sentimental Leonardo comenzó, pues, a rondar la puerta de su antigua amante; si la veía en la ventana, entonces se paraba en la esquina para dirigirle miradas suplicantes; o pasando junto a ella dejaba escapar un afligido suspiro o una queja amarga.

Todas estas escenas, desempeñadas por aquella figura de Leonardo, alto, corpulento, sonrosado, vestido de casaca, calzón y sombrero de picos, eran tan cómicas que toda la vecindad se divirtió con ellas por algunos días. Algunos imprudentes comenzaron, conversando desde las ventanas, a lanzarle indirectas a la gitana; ésta se sintió desafiada, y esa fue la *fortuna* de Leonardo. Un día que él pasaba, ella le guiñó el ojo para que entrase.

Leonardo tuvo una sensación inexplicable; su rostro se coloreó con todos los tonos, desde el rojo, que era su color habitual, hasta el morado ennegrecido; después descendió gradualmente hasta la palidez marmórea; caminando desde el lugar donde estaba hacia la puerta de la gitana, no sintió el suelo debajo de sus pies; cuando volvió en sí estaba con los ojos bañados en lágrimas en los brazos de la antigua amada que le pedía mil perdones, que prometía ser, de allí en adelante, fiel hasta la muerte, si bien no se olvidaba de declarar en medio de todo que si lo recibía de nuevo en su casa era porque quería que se tragarán sus palabras aquellas malas lenguas del vecindario que se estaban metiendo en su vida.

El pobre hombre no cabía dentro de sí; parecía un viajante que vuelve al viejo hogar, o un cabo de guerra que acaba de librar del poder del enemigo una plaza sitiada. En fin, se reataron del todo los aflojados lazos.

Leonardo decidió informar a sus compañeros de que había finalmente vencido la intrincada demanda; esto le costó una tremenda broma de todos y serias reprensiones de algunos. Como si cosa alguna le importaba en aquella ocasión: la felicidad le cegaba al punto de no ver aquello que estaba frente a sus propios ojos.

La comadre apenas supo lo que había sucedido fue a visitar a Leonardo y comenzó, con un largo sermón, a querer persuadirlo de que había dado un paso equivocado.

—Pues compadre —le dijo ella— ¡usted no se ha enmendado todavía!

—Nada, cuentos; yo soy temerario en estas cosas.

—Pero hombre, no se ha llevado bien con las aldeanas ni con las gitanas ¿por qué no se busca mejor una hija de esta tierra?

La comadre tenía una sobrina que vivía en su compañía y que le pesaba considerablemente sobre las espaldas; desde hacía mucho tiempo alimentaba por eso una idea que el lector conocerá más tarde, cuando ésta se realizará, o antes de eso si la percibirá por las palabras de la comadre.

—No, no me gusta esa gente. . .

—No tiene razón; hay muchas muchachas capaces; es verdad que lo que ellas quieren es el tema *toma y daca con altar y vestido blanco*. . .

—Y por eso mismo no me gustan.

Después de algunas otras tentativas la comadre se retiró un poco contrariada, pero no del todo desanimada; ella contaba con la gitana para ayudarla a realizar su plan y el lector verá más adelante que en eso tenía razón.

En cuanto a nuestro ex-sacristán, continuaba aún sin destino, lo que incomodaba sobremanera al compadre pero que no por eso se desanimaba. Coimbra era su idea fija y nada la arrancaba de su cabeza. Hasta el propio viejo teniente coronel había ido a hablarle personalmente, a petición de la comadre, pero nada había conseguido. Exasperado con esa obstinación había dejado el asunto de lado y no se preocupaba más por eso.

XVII

D. MARIA

UN DÍA DE procesión fue siempre en esta ciudad un día de gran fiesta, de gran despliegue, de movimiento y agitación; y si aún hoy es así, lo que los lectores bien saben, en la época en que vivieron los personajes de esta historia la cosa era mucho mayor; se llenaban las calles de pueblo, especialmente de mujeres de mantilla; se adornaban las casas, se colgaban de las ventanas magníficas colchas de seda, de damasco de todos los colores, y se armaban tablados en casi todas las esquinas. Es casi todo lo que aún hoy se practica, pero en mucha mayor escala y grandeza, porque era hecho por fe, como dicen las viejas de esa época, pero nosotros diremos porque era hecho por moda: estaba tan de moda adornar las puertas y ventanas en día de procesión o colaborar de cualquier otro modo con el brillo de las festividades religiosas, como tener un vestido con mangas abombadas, o llevar en la cabeza una formidable peineta de dos palmos de altura.

En ese tiempo las procesiones se multiplicaban y cada una de ellas quería ser la más rica y ostentar mayor lujo: las de la cuaresma eran de una pompa extraordinaria, especialmente cuando el rey se dignaba acompañarlas, obligando a toda la corte a hacer otro tanto; sin embargo la que se distinguía entre todas ellas era la llamada procesión de los orfebres. Nadie se quedaba en casa el día en que ella salía; o en la calle o en las casas de conocidos y amigos que tenían la ventura de vivir en un lugar por donde ella pasaba, todos encontraban los medios para verla. Había algunos tan devotos que no se contentaban con verla una sola vez; iban de la casa de éste a la casa de aquél, de esta calle a aquella, hasta lograr verla desfilar de principio a fin, dos, cuatro y hasta seis veces, sin lo cual no se daban

por satisfechos. La causa principal de todo esto, nosotros suponemos que, además de otras, era la de que esta procesión llevaba algo que no tenía ninguna otra: el lector la encontrará sin duda extravagante y ridícula; otro tanto nos sucede a nosotros, pero tenemos la obligación de referirla. Queremos hablar de un gran grupo llamado de las "Bahianas", que caminaba delante de la procesión, atrayendo tanto o más que los santos, las imágenes y los emblemas sagrados, las miradas de los devotos; ese grupo estaba formado por un gran número de negras vestidas a la moda de la provincia de Bahía, de donde le venía el nombre, y que en los intervalos de los *Deo-gratias* bailaban una danza de su tierra en su estilo. A decir verdad, la cosa era curiosa, y si no la hubiesen empleado como primera parte de una procesión religiosa hubiese sido ciertamente más disculpable. Todos conocen la forma en que se visten las negras de Bahía; es una de las formas de vestir más bonitas que hemos visto, pero aconsejemos que nadie la adopte; un país en que todas las mujeres usaran ese traje, especialmente si fuese de esos afortunados, en que ellas son blancas y hermosas, sería una tierra de perdición y de pecados. Intentemos describirlo.

Las llamadas Bahianas no usaban vestidos; traían solamente faldas prendidas en la cintura y que llegaban a un poco más abajo de la media pierna, todas ellas adornadas con magníficos encajes; de la cintura para arriba apenas traían una finísima camisa, cuyo cuello y mangas también estaban adornados por encajes; en el cuello se ponían un cordón de oro o un collar de corales, el de los más pobres era de ostras; adornaban la cabeza con una especie de turbante, al que llamaban *trunfas*, formado por un gran pañuelo blanco muy tieso y almidonado, calzaban una chinela de tacón alto y tan pequeñas, que apenas contenían los dedos de los pies, quedando fuera todo el talón; y además de todo esto se envolvían graciosamente en una capa de paño negro, dejando afuera los brazos adornados de argollas de metal simulando pulseras.

Pocos días después de los últimos acontecimientos narrados en los capítulos precedentes, llegó el día de la procesión de los orfebres. Nuestras costumbres de ese tiempo con respecto a la franqueza y hospitalidad no eran muy laudables; pero en ese día se hacía una excepción y, como dijimos, las puertas de aquellos que vivían en las calles por donde la procesión pasaba, se abrían a todos los amigos y conocidos. En virtud de esto sucedió que se encontrasen reunidos en casa de una cierta D. María, el compadre acompañado por el ahijado (ricamente vestido en ese día con su traje de lona negro

y su gorra con visera de pelo de nutria) la comadre y la vecina de los malos augurios.

D. María era una mujer vieja, muy gorda; debía haber sido muy hermosa en su tiempo, pero de esa hermosura sólo le quedaban el rosado de las mejillas y la blancura de los dientes; ese día usaba un vestido blanco de cintura muy alta y mangas abombadas, un pañuelo también blanco y muy almidonado en el cuello; estaba peinada con trenzas que eran dos gruesos racimos caídos sobre las sienes; el cabello estaba amarrado en la corona de la cabeza, de manera que simulaba un penacho. D. María tenía buen corazón, era bienhechora, devota y amiga de los pobres, pero en compensación a estas virtudes tenía uno de los peores vicios de aquel tiempo y de aquellas costumbres: era la manía de las demandas. Como era rica, D. María alimentaba este vicio ampliamente; sus demandas eran el alimento de su vida; al despertar pensaba en ellas; durmiendo soñaba con ellas; raras veces conversaba de otra cosa y apenas encontraba una ocasión caía en seguida en su asunto predilecto; por la larga experiencia que tenía en la materia, conocía todo eso como a la palma de su mano y no había procurador que la engañase; conocía todos aquellos términos jurídicos y toda la marcha del proceso de manera tal que nadie en eso le llevaba la delantera. Esa manía en ella llegaba a la impertinencia y molestaba desesperadamente a quien la oía, hablando de las últimas pruebas que le había presentado su letrado en el proceso de su demanda de tierras, en las razones finales que se habían presentado en la acción que intentaba contra uno de los testamentarios de su padre, de la audiencia de testigos en su proceso por causa de la venta de sus casas, de la citación que le había mandado hacer a un inquilino suyo al que le había dado un crédito de 20 doblas y que ahora negaba la deuda, y otras mil cosas de este género.

Apenas entró el compadre, de quien era antigua amiga y a quien no veía desde hacía mucho tiempo, D. María comenzó en seguida a contarle que aquella antigua demanda contra el testamentario de su padre aún no estaba resuelta y ya iba a proseguir por ahí conforme a su costumbre, cuando el compadre le presentó a su ahijado y comenzó a contar su historia.

Comenzó por el origen del pequeño; se remontó al pisotón y al pellizcón con los que María y Leonardo habían comenzado su enamoramiento durante el viaje de Lisboa a Río de Janeiro, lo que hizo a D. María reír de buena gana. Pasó en seguida a la fiesta del bautismo, que describió detalladamente. Hasta aquí el drama era risueño y feliz; siguió después la tragedia; contó todas aquellas histo-

rias de la perfidia de María, de los celos de Leonardo y de la pelea final, cuyo resultado había traído al pequeño a vivir a su lado.

D. María oyó todo la mayor atención, y sólo interrumpía al compadre de vez en cuando para lanzar una maldición a María, manifestar compasión por Leonardo, y emitir alguna risa por las travesuras del pequeño. Cuando la conversación se encontraba en este punto, la vecina de los malos augurios, que también estaba presente pero que hasta ese momento se encontraba distraída, se acercó para intervenir en la conversación, como ya se sabe, contra el pequeño. Refirió entonces algunas de sus gracias, agregando siempre al final de cada una, dirigiéndose al compadre:

—El vecino, por más que lo quiera bien, no podrá negar esta . . .

El compadre, que en medio de todo había pintado la historia del niño con colores muy favorables, sin cesar de elogiar su buen carácter, buenos sentimientos, y dándole a sus diabluras el título de inocencias, ingenuidades o cosas de niños, empezó a perder la paciencia con el desmentido que le hacía la vecina, quien al contrario pintaba todo con colores negros. La comadre intervino también en esa ocasión, pero conservando una posición dudosa: ora era de la opinión del compadre, ora de la opinión de la vecina.

D. María, que adoraba las conversaciones y sobre todo las novedades, ponía el mayor interés en la historia, y nadie recordaba que alguna otra vez ella se hubiese olvidado por tanto tiempo de sus demandas.

El pequeño, sentado en un rincón, observaba y oía todo en silencio. El compadre mal se podía contener, por respeto a D. María, de las invectivas de la vecina; ésta, considerándose segura entre el grupo en que estaba, desembuchaba ampliamente contra el pequeño. Finalmente terminó dirigiéndose a D. María con su frase de costumbre:

—Y bien, señora, ¿es o no es lo que yo digo? Tiene malos instintos . . .

—¿Malos instintos —atajó el compadre ya con la calva muy colorada— ¿malos instintos? Vaya esta . . .

El pequeño desde su lugar lanzó una mirada fulminante a la vecina, que más o menos quería decir:

—Quédate tranquila que ésta no quedará sin respuesta.

D. María, viendo que el compadre comenzaba a exasperarse, hizo de mediadora y, dirigiéndose a la vecina, dijo:

—Usted le tiene demasiada rabia; realmente el asunto de la cera en la mantilla es como para hacerle perder la paciencia, pero bien

dice el maestro: ¿cuál es la criatura que no hace travesuras? Todo esto pasará con la edad.

Y dirigiéndose después al pequeño:

—Venga acá, Sr. travieso —le dijo con bondad— venga a defenderse de lo que aquí están diciendo a su respecto.

El niño se acercó con un aire entre vejado y atrevido, se paró entre la madrina y la vecina.

D. María le hizo entonces algunas preguntas, a las que él respondió con prontitud, pero de mal modo. La vecina no se consideró muy segura con tan buen vecino a su lado y se quiso levantar. El niño, viendo esto, no quiso perder la ocasión de hacer cualquier cosa en contra de ella; extendió la punta del pie y pisó con todas sus fuerzas en el dobladillo de la falda negra que ella tenía puesta después de haberse quitado la mantilla. La vecina, viendo el gesto, aunque sin entender bien de qué se trataba, percibió que él le preparaba alguna de las suyas y quiso levantarse rápidamente: quedaron allá unos cuatro palmos del dobladillo de la falda.

—¡Ah! —dijo el niño, fingiéndose asustado.

—¡Vete al diablo, muchacho! —dijo la comadre.

La vecina contemplaba su falda rota, diciendo a los presentes:

—¿Y bien, es o no es como yo digo? ¡Tiene malos instintos!

El compadre sonreía disimuladamente viendo la venganza que el niño se cobraba de lo que la vecina acababa de decir.

—Bueno —dijo finalmente D. María, con aire de quien no está muy convencido de lo que dice— estaba distraído y fue sin querer. . .

El niño se fue a sentar y la conversación prosiguió.

Se trató sobre el destino que el padrino quería para el ahijado y, según era costumbre, comenzó de inmediato la gran divergencia entre el compadre y la comadre; ésta no hablaba más que de la Concepción, aquél no hablaba más que de Coimbra.

D. María, solicitada para dar su opinión, dijo:

—Pues vean, si viviese conmigo, yo lo pondría en una escribanía y haría de él un buen procurador de causas.

—¡Oh no! —respondió el compadre— perdóneme Sra. D. María, perdóneme si la ofendo con esto, pero yo le tengo una aversión del diablo a las tales demandas. . .

—Pues vea, no tiene razón, ellas me dan qué hacer, pero ya estoy acostumbrada. Por ejemplo, aquella demanda de tierras ha sido un caso interminable; los herederos de mi compadre Juan Bernardo, que aún no estaban habilitados en juicio, me citaron aquí. . .

Y así continuaba sin que nadie supiese cómo pararla, cuando felizmente tuvo que interrumpirse porque la procesión se aproximaba y todos corrieron a las ventanas.

Esto dio fin a la conversación; comenzó a desfilar la procesión que realmente producía un bonito efecto, sobre todo vista desde la casa de D. María que quedaba, y nos habíamos olvidado de esta circunstancia, en la misma calle de los Orfebres: las luces de las antorchas reflejadas en los adornos de los marcos de las puertas y en las vidrieras llenas de oro y plata trabajada, con que los orfebres en ese día acostumbraban adornar los frentes de sus casas, tenían el aspecto de mucha riqueza y lujo, a pesar del mal gusto. De todo lo que llevaba la procesión, lo que mereció la honra del agrado de los devotos fue el grupo de las Bahianas, que el lector ya conoce, y el sacrificio de Abrahán que se representaba en vivo.

Adelante caminaba un niño con un haz de leña sobre los hombros, representando a Isaac; inmediatamente detrás de él, un hombrón vestido con un traje extravagante, con una enorme espada de madera suspendida sobre la cabeza del niño: era Abrahán; un poco más atrás un ángel, suspendiendo la furibunda espada sostenida por una cinta de 3 a 4 varas de largo.

Terminada la procesión, los invitados se retiraron.

Al salir el compadre con el pequeño, D. María se acercó a él y le dijo significativamente:

—Venga a visitarme que tenemos que conversar con respecto al pequeño. . .

Como se ve, el niño no era de los más infelices porque, si bien tenía enemigos, también encontraba protectores por todas partes. Más adelante, los lectores verán el papel que D. María representará en esta historia.

XVIII

AMORES

LOS LECTORES ya deben estar cansados de historias de travesuras de niños; ya conocen suficientemente cómo fue nuestro personaje en su infancia, las esperanzas que despertó y el futuro que prometió. Ahora vamos a saltar unos años y vamos a ver realizadas algunas de esas esperanzas. Ahora comienzan historias que sí bien no son más importantes, por lo menos son un poco más serias.

Como siempre sucede a quien tiene muchas cosas entre las cuales escoger el pequeño, a quien el padrino quería hacer clérigo mandándolo a Coimbra, a quien la madrina quería hacer rábula colocándolo en alguna escribanía, y a quien, en fin, cada conocido o amigo quería darle un destino que consideraba más conveniente a las inclinaciones que en él descubría, el pequeño, dijimos, teniendo tantas cosas buenas, escogió la peor posible: ni fue a Coimbra, ni a Concepción, ni a escribanía alguna; no hizo ninguna de estas cosas, ni ninguna otra: se convirtió en un perfecto vago, vago maestro, vago tipo.

El padrino se desesperaba con ello veinte veces por día, por ver frustrado su bello sueño, pero ya no se animaba a contrariar a su ahijado y lo dejaba hacer su voluntad.

La comadre había logrado su objetivo respecto a su sobrina; tanto había hecho que Leonardo, sorprendiendo a la gitana en una nueva infidelidad, se resolvió... y sentó cabeza. Desde esa época comenzó a vivir tranquilo: el viento de la edad comenzaba a apagarle las llamas del ardor.

D. María había envejecido un poco, pero de ningún modo había perdido su manía favorita de las demandas; la última que había tenido fue tal vez la más disculpable, la más razonable de todas. La

tuvo por causa de la tutela de una sobrina que había quedado huérfana a la muerte de un hermano suyo. Este hermano tenía un compadre que no gozaba de buena reputación; ahora bien, habiendo la huérfana quedado dueña de unos mil cruzados²¹ que le había dejado su padre, a pesar de que éste no hubiese hecho testamento por ser ella hija única y legítima, el compadre se presentó pretendiendo ser su tutor.

D. María, dándose cuenta de la situación, se presentó también y al final venció: fue nombrada tutora y la sobrina fue a vivir a su casa; lo que le vino bien, tanto más que su edad ya le hacía necesitar, si bien no todavía de un apoyo, sí de una compañía.

Los demás personajes continuaron en el mismo estado.

De aquí en adelante llamaremos a nuestro personaje por su nombre de bautismo; no sabemos con certeza si ya dijimos que él tenía el nombre de su padre, pero si no lo dijimos, que ahora quede dicho. Y para que se pueda saber cuándo hablamos del padre, y cuándo hablamos del hijo, le daremos a éste el nombre de Leonardo, y cuando queramos referirnos a aquél, le añadiremos el sobrenombre "pataca" ya muy vulgarizado a estas alturas.

Leonardo había llegado, pues, a la época en que los muchachos comienzan a notar que su corazón late más fuerte y más de prisa en ciertas ocasiones cuando se encuentra con cierta persona, con quien, sin saber por qué, se sueña durante unas cuantas noches seguidas y cuyo nombre acude continuamente a cosquillear en los labios.

Ya dijimos que D. María tenía ahora en su casa a su sobrina. El compadre, como la propia María le había pedido, continuó visitándola y en esas visitas se pasaban largo rato conversando en privado. Leonardo acompañaba siempre a su sobrino y hacía diabluras por la casa, mientras estaba en edad de hacerlas; después que les perdió el gusto, se sentaba en un rincón y se dormía de aburrimiento.

Por este motivo detestaba profundamente las visitas y sólo se sometía a ellas obligado por el padrino.

En una de las últimas ocasiones en que fueron a la casa de D. María ésta, en cuanto los vio entrar, se dirigió al compadre y le dijo muy contenta:

—Vaya, finalmente vencí en mi campaña. . . ayer quedó a mi cargo la muchacha. . . El tal bellaco del compadre de mi hermano no consiguió su propósito.

²¹Moneda de plata que en aquel tiempo valía 480 réis.

—¡Mucha felicidad, muchas felicidades! —respondió el compadre.

Leonardo prestó poca atención a esto; hacía mucho tiempo que oía hablar de la tal sobrina; se sentó en un rincón y comenzó a bostezar como de costumbre.

Después de intercambiar entre los dos algunas palabras más, D. María llamó a su sobrina y ésta apareció. Leonardo le clavó la mirada y a duras penas contuvo la risa. La sobrina de D. María estaba ya muy desarrollada aunque, habiendo perdido las gracias de niña, aún no había adquirido la belleza de una mujer: era alta, delgada, pálida; caminaba con el mentón enterrado en el pecho, llevaba los párpados siempre bajos, y miraba de reojo; tenía los brazos finos y largos; el cabello cortado le llegaba apenas hasta el cuello y, como estaba mal peinada y traía la cabeza siempre baja, una gran porción le caía sobre la frente y los ojos, como una visera. Usaba ese día un vestido de cretona rosa muy largo, casi sin vuelo y de cintura muy corta; tenía en el cuello un pañuelo encarnado de Alcobaça.²²

Por más que el compadre le hiciese preguntas, sólo murmuró algunas frases ininteligibles con voz ronca y apagada. En cuanto la dejaron libre, desapareció sin mirar a nadie. Viéndola irse, Leonardo comenzó a reírse interiormente.

Cuando se retiraron, se rio a gusto por el camino. El padrino indagó la causa de su hilaridad; le respondió que no podía recordar a la muchacha sin reírse.

—Entonces te acuerdas de ella muy a menudo, porque muy a menudo te ríes.

Leonardo vio que esta observación era verdadera.

Durante algunos días, unas pocas veces habló de la sobrina de D. María, y apenas el padrino le anunció que tenían que hacer la visita de costumbre, sin saber por qué, saltó de contento y, al contrario de los otros días, fue el primero en vestirse y estar listo.

Salieron y se encaminaron hacia su destino.

²²Pañuelo grande de algodón, hecho en una famosa fábrica de tejidos situada cerca del pueblo de Alcobaça, en Portugal.

XIX

DOMINGO DE ESPIRITU SANTO²³

ESE DÍA era domingo de Espíritu Santo. Como todos saben, la fiesta de Espíritu Santo es una de las fiestas predilectas del pueblo fluminense.²⁴ Hoy mismo, en que se van perdiendo ciertas costumbres, unas buenas y otras malas, esta fiesta todavía es motivo de gran agitación; pero lejos está lo que pasa ahora de lo que pasaba en los tiempos a los que hemos hecho remontar a los lectores. La fiesta no comenzaba el domingo marcado en el almanaque, comenzaba mucho antes, creemos que nueve días, para que tuviese lugar las novenas. El primer anuncio de la fiesta eran los Foliás. El que escribe estas Memorias tuvo, en su infancia, la ocasión de ver las Foliás, pero ya fue en su último grado de decadencia y hasta tal punto que sólo los niños como él le prestaban atención y encontraban placer en ellas; los demás, si de ellas se ocupaban, era únicamente para lamentar la diferencia que había con las anteriores. Lo que se festejaba en el pasado, viéndolo bien, no estaba muy lejos de merecer censura; pero era la costumbre y nadie le va a decir a una vieja de aquel tiempo que eso por fuerza tenía que ser muy

²³La fiesta portuguesa del Divino Espíritu Santo, originada en la Edad Media, pasó a Brasil desde comienzos de la colonización y fue siempre una de las más importantes. Los recursos para su realización los obtenían los grupos que cargaban las llamadas "Banderas del Divino" (una paloma de plata en fondo rojo) que salían a recoger donativos y que eran llamados *Folias*, mencionados más abajo. La fiesta estaba presidida simbólicamente por un niño o un adulto, llamado el "Emperador del Divino". El lugar donde estaban su trono e insignias, que podía ser una casa o un balcón, era llamado "Imperio del Divino", al cual también se hace alusión más adelante.

²⁴Nombre dado hasta fines del siglo XIX a los nativos de la ciudad de Río de Janeiro quienes, a partir de entonces, pasaron a ser llamados "cariocas". La designación anterior quedó para los naturales del Estado del mismo nombre, del cual Río es actualmente la capital.

feo, porque rompe en carcajadas y comienza una tremenda crítica contra nuestras fiestas de hoy.

Sin embargo, vamos a decir lo que eran las Folías de entonces, a pesar de que los lectores, poco más poco menos, lo sabrán. Durante los 9 días que precedían al Espíritu Santo, e incluso no sabemos si aún antes de eso, salían por la ciudad un grupo de niños, todos entre 9 y 11 años, *caprichosamente* vestidos a la pastora: zapatos de color rosa, medias blancas, calzón del color de los zapatos, fajas en la cintura, camisa blanca de cuello largo y caído, sombrero de paja de anchas alas, o forrado en seda, todo esto adornado con guirnalda de flores y con una cantidad prodigiosa de lazos de cinta encarnada. Cada uno de estos niños llevaba un instrumento *pastoril* en el cual tocaban: pandero, guitarra y tamboril. Caminaban formando un cuadrado, en medio del cual iba el llamado emperador del Divino, acompañados por una música de barberos, y precedidos y cercados por una chusma de *hermanos* con hopa llevando banderas rojas y otros emblemas, los cuales recogían limosnas mientras ellos cantaban y tocaban.

El emperador, como dijimos, iba en el medio; generalmente era un niño más pequeño que los otros, vestido con casaca de terciopelo verde, calzón de igual tela y color, medias de seda, zapatos con hebilla, sombrero de fieltro y un enorme y rutilante emblema del Espíritu Santo en el pecho: caminaba pausadamente y con aspecto grave.

Confiesen los lectores si no era una cosa de veras extravagante ver a un emperador vestido de terciopelo y seda, recorriendo las calles cercado por un grupo de pastores, al son del pandero y de la guitarra. Sin embargo, en cuanto se oía a lo lejos la gangosa música de los barberos, todos corrían a la ventana para ver pasar a la Folia: los hermanos se aprovechaban de la oportunidad e iban recogiendo limosnas de puerta en puerta.

Mientras el grupo caminaba, sonaba la música de barberos; cuando se detenía, los pastores, acompañándose con sus instrumentos, cantaban; las coplas eran más o menos del género y estilo de esta:

*El Divino Espíritu Santo
es un gran Farrista,
Amigo de mucha carne,
mucho vino y mucho pan.*

He ahí lo que era la Folía; he ahí lo que el compadre y el ahijado encontraron en el camino.

A este episodio de la Folía le seguían otros de los que en breve vamos a dar cuenta a los lectores. Por ahora volvamos a nuestros visitantes.

Llegaron a la casa de D. María y encontraron a todos en la ventana porque acababa de pasar la Folía. D. María los recibió con su acostumbrada amabilidad. Leonardo al entrar le clavó enseguida la mirada a la sobrina de D. María, pero sin saber por qué, esta vez no tuvo ganas de reírse; sin embargo la muchacha continuaba siendo fea y desagradable; ese día estaba aun peor que los otros. D. María había tenido la pretensión de asearla; le había puesto un vestido blanco muy corto, un pañuelo de seda encarnado en el cuello y la había peinado con bucles. Por eso, ahora que ella se había sacado la acostumbrada visera de cabello, le podemos ver el rostro, digamos en honor a la verdad que, si bien ese día estaba en conjunto más desagradable que nunca, se podía notar que no era tan fea de cara como al principio pareció.

El caso fue que Leonardo comenzó a mirar hacia ella sin más voluntad de reírse; la miró una, dos, tres, cuatro, en fin, muchas veces, sin llegar a satisfacer lo que él interiormente llamaba curiosidad de apreciar aquella figura.

La muchacha, por su parte, continuaba su inalterable silencio y concentración, de ojos bajos y mentón en el pecho. Sin embargo, quien tuviese hábitos de fino observador, habría podido ver algún levantar de párpados rápido y alguna mirada fugaz dirigida en dirección a Leonardo.

D. María y el compadre conversaban según su costumbre.

En ocasión de la partida, D. María, dirigiéndose al compadre, le dijo:

—Oiga compadre, nosotros hoy vamos a ir al Campo²⁵ a ver el fuego; bien podríamos ir todos juntos ¿qué le parece?

—Sí podríamos —respondió el compadre— yo iba a ir sólo con mi muchacho; pero ya que me invita, iremos todos juntos. ¿Y va usted a llevar a la muchacha?

—¡Oh! claro que la llevo, pobrecita; ella nunca vio el fuego; cuando vivía con su padre nunca salía. . .

²⁵El "Campo" por excelencia, sin especificaciones, era, en Río de Janeiro, el de Santana, actualmente Plaza de la República, que en aquel tiempo era mucho más grande y estaba situado en la periferia.

Sin darse cuenta Leonardo se estremeció de contento: le pareció que de ese modo tendría más oportunidad de satisfacer su *curiosidad*. La muchacha ni se inmutó; aquello le fue absolutamente indiferente.

—Pues entonces quedamos así, —agregó el compadre—. Por la noche pasaremos por acá a buscarlas.

Y salieron.

EL FUEGO EN EL CAMPO

A LA HORA determinada vinieron los dos, padrino y ahijado, a buscar a D. María y a su familia, según lo habían convenido; era poco después del Ave María, y ya se encontraba por las calles una gran multitud de familias, grupos de personas que se dirigían cantando unas hacia el Campo y otras hacia la Lapa donde, como es sabido, también se festejaba al Divino. Leonardo caminaba y parecía completamente ajeno a lo que pasaba alrededor de él; tropezaba y daba contra los que encontraba; una única idea le roía el cerebro; si le hubiesen preguntado qué idea era esa, tal vez ni siquiera lo hubiese sabido decir. En fin, llegaron más rápido de lo que había supuesto el barbero, porque Leonardo, aquella noche parecía tener alas en los pies, tan rápidamente caminaba y obligaba al padrino a caminar con él.

D. María estaba lista y los esperaba junto con algunas otras personas en cuya compañía también había quedado en ir, y pronto se pusieron en camino. Todos formaban un gran grupo acompañado por un pequeño número de negras y negritas esclavas y criadas²⁶ de D. María, que llevaban cestos de comidas y esteras. D. María dio el brazo al compadre y lo mismo hicieron las otras señoras con los demás caballeros. Por broma, D. María hizo que Leonardo le diese el brazo a su sobrina; él aceptó la misión con gusto, pero no sin quedar algo confuso, y dio a la pobre muchacha algunos encontrones, embarazado por no saber si ponerse a la izquierda o a la dere-

²⁶Las "criadas" podían ser esclavas o, como en este caso, personas libres, criadas y mantenidas por una familia en su propia casa, desde su nacimiento o infancia, y en la que generalmente prestaban servicios domésticos.

cha; finalmente acertó y se colocó a la izquierda, quedando él del lado de la pared. Le ofreció el brazo, pero Luisita (llamémosla desde ahora por su nombre) pareció no entender el ofrecimiento o no creerle. Leonardo se contentó, pues, con caminar a su lado.

Así llegaron al Campo que estaba lleno de gente. En ese tiempo aún no se usaban los kioscos de muñecos, de la buena suerte, de baratijas y de teatros, como hoy; apenas se usaban algunos que servían de comederos. Después de haber pasado delante de ellos, D. María y su gente se dirigieron hacia el Imperio. Luisita estaba atónita en medio de todo aquel movimiento, ante aquel espectáculo que veía por primera vez, pues era verdad lo que había dicho D. María: cuando vivía su padre rara o ninguna vez salía de casa. Así, sin darse cuenta, se paraba embobada a mirar cualquier cosa y Leonardo muchas veces se veía forzado a arrastrarla por el brazo para obligarla a proseguir.

Llegaron al Imperio, que en ese tiempo quedaba casi frente a la Iglesia de Santa Ana, en el lugar ahora ocupado por uno de los extremos del cuartel de Fusileros. Todos saben lo que es el Imperio y por eso no lo describiremos. Allá en su silla estaba el emperador, al que el lector ya vio paseando por la calle en medio de sus farristas. Luisita, viéndolo se puso en puntas de pie, estiró el cuello y lo miró extática y absorta por mucho tiempo. Leonardo viendo esto sintió por dentro un no sé qué contra el niño que atraía la atención de Luisita, y le pasó por la mente el loco deseo de volver atrás siete u ocho años de su existencia y ser también el emperador del Divino.

En las escaleras del Imperio se hacían subastas, como aún se ve, y el pueblo allí apiñado se divertía mucho con las bromas pesadas del subastador. Nuestros conocidos estuvieron durante algún tiempo allí entretenidos y después fueron a buscar en medio del Campo un lugar donde pudiesen hacer un alto para cenar y ver el fuego. Lo encontraron, no sin alguna dificultad, puesto que muchas otras familias se habían adelantado tomando las mejores posiciones. Gran parte del Campo ya estaba cubierta de aquellos grupos sentados en esteras, cenando, conversando, cantando *modiñas* al son de guitarra y mandolina. Daba gusto pasear entre ellos, y oír aquí la anécdota que contaba un convidado de buen gusto, allí la *modiña* cantada en ese tono apasionadamente poético que es una de nuestras raras originalidades, con lo cual se podía apreciar el movimiento y la animación que generalmente reinaban. Esa era la

parte (permítasenos la expresión) verdaderamente divertida de la diversión.

Nuestros conocidos se sentaron como los otros alrededor de las esteras y comenzaron a cenar. Leonardo, a pesar de las emociones nuevas que experimentaba desde hacía cierto tiempo, y principalmente en aquella noche, no por eso perdió el apetito y por algún tiempo se olvidó de su compañera para ocuparse únicamente de su plato. En lo mejor de la cena fueron interrumpidos por el ronquido de un cohete que subía: era el fuego que comenzaba. Luisita se estremeció; levantó la cabeza y por primera vez dejó oír su voz exclamando extasiada al ver caer las lágrimas encendidas del cohete que aclaraban todo el campo:

—¡Vean, vean, vean!

Algunos de los presentes se echaron a reír. Leonardo se irritó con aquellas carcajadas y las encontró muy fuera de lugar. Felizmente Luisita estaba de tal manera extasiada que no prestó atención a nada y mientras duraron los fuegos no quitó los ojos del cielo.

A los cohetes siguieron, como ya sabe el lector, las ruedas. En esa ocasión el éxtasis de la muchacha pasó al frenesí; aplaudía con entusiasmo, levantaba el cuello por encima de la cabeza de la multitud, tenía deseos de tener dos o tres varas de largo para ver todo a su gusto. Sin saber cómo, se unía a Leonardo, se apoyaba con las manos sus hombros para poder sostenerse más tiempo en puntas de pie, le hablaba y le comunicaba su admiración. La alegría acabó por familiarizarla completamente con él. Cuando se lanzó la *luna*, su admiración fue tan grande que, queriendo afirmarse en los hombros de Leonardo, casi le dio un abrazo por la espalda. Leonardo se estremeció interiormente y pidió al cielo que la luna fuese eterna; volviendo el rostro vio sobre sus hombros aquella cabeza de niña iluminada por la claridad pálida de la mezcla que ardía, y a su vez quedó también extasiado; entonces le pareció el rostro más lindo que había visto y se asombró profundamente de que hubiese podido alguna vez reírse de ella y encontrarla fea.

Al terminar el fuego, todos se pusieron en marcha, se levantaron las esteras, se dispersó el pueblo. D. María y su gente también se pusieron en marcha hacia su casa, conservando la misma disposición con que habían venido. Pero esta vez Luisita y Leonardo no se puede decir que vinieron del brazo, como éste último había querido cuando fueron hacia el Campo, fueron más lejos que eso: vinieron tomados de la mano muy familiar e ingenuamente. Este *ingenuamente* no sabemos si con razón se podrá aplicar a Leonardo.

Conversaron durante todo el camino como si fuesen dos antiguos conocidos, dos hermanos de la infancia, y tan distraídos iban que pasaron por la puerta de la casa sin parar, y ya estaban muy adelante cuando los silbidos de D. María los hicieron volver. La despedida fue alegre para todos y tristísima para ambos. Sin embargo, como siempre que se despedía, el compadre prometió volver y eso sirvió de algún alivio, especialmente a Leonardo, quien había tomado muy en serio todo lo que acababa de pasar.

CONTRARIEDADES

CREEMOS, por lo que hemos referido, que ninguno de los lectores tendrá todavía duda de que para Leonardo había llegado la hora de pagar el tributo del cual nadie escapa en este mundo, aunque para algunos éste sea fácil y liviano y para otros pesado y arduo: el muchacho estaba enamorado. Es innecesario decir de quien.

Cómo es que la sobrina de D. María, que al principio tanto había desafiado su hilaridad por desagradable y fea, le viniera después a inspirar amor, eso es secreto del corazón del muchacho que no nos es posible penetrar; el hecho es que él amaba, y eso nos basta. Conviene recordar que si por la suerte de un padre se puede augurar la de su hijo, Leonardo, en materia de amor, ciertamente no prometía mucho. Y en efecto, inmediatamente después de la noche del fuego en el Campo, en que las cosas comenzaron a tomar forma, el asunto comenzó a irle mal en todos los sentidos. Luisita, una vez extinguido el entusiasmo que, suscitado por las emociones que había experimentado la noche del fuego, la despertaron de su apatía, había vuelto de nuevo a su antiguo estado y, como habiéndose olvidado de todo, en la primera visita que el barbero y Leonardo hicieron a D. María después de esos acontecimientos, no levantó la vista ni para este último; se mantuvo con la cabeza baja y la mirada clavada en el piso.

Ahora bien, para quien, como Leonardo, le hubiese dado por construir esos castillos de extravagante arquitectura con los que soñamos en los días felices del primer amor, eso fue ya una contrariedad sin nombre; cuando se vio tratado así, casi se echó a llorar; sólo lo contuvo el miedo de no poder justificar su llanto con algún pretexto. A este primer movimiento le sucedió un momento de

calma, después le creció por dentro una llama de rabia y estuvo a punto de acercarse a la muchacha, desenterrarle el mentón del pecho y llamarla cuatro o cinco veces torpe y fea. Al final meditó un poco y murmuró un ¡qué importa! que pretendía ser desprecio, pero que no era otra cosa que despecho.

A la primera visita después de la noche del fuego le siguieron muchas otras en que las cosas pasaron más o menos de la misma manera.

Pero un nuevo suceso vino un día a dar otro color y enfoque a los acontecimientos; fue el encuentro de los dos, padrino y ahijado, en la casa de D. María, con un personaje extraño a ambos. Era un conocido de D. María que hacía tiempo había llegado de un viaje a Bahía. Imagine el lector a un hombrecito nacido en días de mayo, de más o menos treinta y cinco años de edad, flaco, narizón, de mirada viva y penetrante, vestido con calzón y medias negras, zapatos con hebilla, abrigo y sombrero de pico, y tendrá una idea del físico del Sr. José Manuel, el recién llegado. Con respecto a la moral, si las señales físicas no fallan, quien mirase la cara del Sr. José Manuel de inmediato le asignaba un lugar distinguido en la familia de los bellacos de quilate. Y quien así lo hiciese no se engañaba en modo alguno; el hombre era lo que parecía ser. Si tenía alguna virtud, era la de no engañar a nadie con su cara. Entre todas sus cualidades poseía una que, infelizmente, caracterizaba en aquel tiempo y tal vez aún hoy, positiva y claramente, al fluminense: era la maldicencia. José Manuel era una crónica viva, pero crónica escandalosa, no sólo de todos sus conocidos y amigos y de las familias de estos, sino de los conocidos y amigos de sus amigos y conocidos y familias.

Con el más fútil pretexto tomaba la palabra y enfilaba un discurso de dos horas sobre la vida de fulano y de mengano.

Por ejemplo, conversando sobre cualquier asunto, sucedía que se hablaba sobre doña Francisca Brites.

—Conocí mucho a doña Francisca Brites —atajaba inmediatamente el incansable hablador— era la mujer de Juan Brites, hijo bastardo del capitán Sánchez; en la época en que estaba casada decían ciertas cosas de ella y la culpa la tenía Pedro d'Aguiar, sujeto que no gozaba de buena reputación, principalmente después que se metió en el negocio de un testamento falso que le atribuían a Lorenzo da Cunha, que en honor a la verdad, era bien capaz de eso, pues no era sujeto de manos limpias. Fue él quien robó de casa a la hija de doña Ursula, que fue amante de Francisco Borges, a quien

dejó para seguir a Pedro Antunes, que por su parte le dio una mala vida. Y ella no debía esperar otra cosa de él, porque hombre que se atrevió a hacer lo que él hizo a las tres hijas que tenía, es capaz de todo. Llegó a echar con un palo a las tres muchachas, después de haberlas golpeado despiadadamente. Sin embargo, una de ellas fue muy feliz: encontró a un capitán de barco que se encargó de ella; las otras no, pobres.

—¿Pobres por qué? —intervenia por casualidad alguno de los presentes— ellas se casaron. . .

—Sí, se casaron, es verdad —replicaba él tomando nuevo aliento— ¿pero con qué marido? Uno tenía amantes de toda clase, el otro gastó todo cuanto tenía en el juego. Los conocí a ambos muy bien. . .

Y así proseguía y se internaba hasta perderse de vista en toda la generación de los maridos, y era capaz de gastar en ese trabajo horas enteras.

Desde el primer día en que padrino y ahijado se encontraron con José Manuel en casa de D. María, ninguno de los dos por cierto quedó queriéndolo mucho, y este no querer fue creciendo día a día, especialmente por parte de Leonardo. Y el caso es que él tenía razón; fue su instinto el que le avisó que allí había un enemigo. Tan exageradas eran las atenciones de José Manuel para con D. María, y tanto repartía él esas atenciones con Luisita, que se vio bien claro que en ellas había un fin oculto. Al final el asunto se aclaró. D. María era, como dijimos, rica y vieja; no tenía otro heredero que su sobrina; a la muerte de D. María, Luisita quedaría en buena posición y como era muy niña y mostraba ser muy simple, era una esposa conveniente para cualquier experto que la encontrase, como José Manuel, disponible; éste, pues, le hacía la corte a la vieja con intenciones respecto a la sobrina. Cuando Leonardo, informado por la sagacidad del padrino, supo estas cosas, quedó fuera de sí, y la idea más pacífica que tuvo fue la de que muy bien podía, cuando fuese a visitar a D. María, munirse de una de las más afiladas navajas de su padrino y en la primera ocasión oportuna cortar en dos de un solo golpe el cuello de José Manuel. Pero tuvo que aplacarse y ceder a las amonestaciones del padrino, que sabía de todos sus sentimientos y que los aprobaba.

Si LEONARDO se había afligido del modo que acabamos de ver por el contratiempo que había surgido con la aparición y con la forma de actuar de José Manuel, al padrino no le molestaba menos; viendo que el ahijado se hacía hombre y habiendo abortado definitivamente su aquel gigantesco plan de mandarlo a Coimbra, vislumbraba en la sobrina de D. María un excelente medio de vida para su muchacho. Es verdad que D. María podía con toda razón, de continuar las cosas del mismo modo, rehusar, cuando llegase el momento del desenlace de las cosas, dar su sobrina a un joven que no se ocupaba de cosa alguna y que no tenía futuro. Por este motivo muchas veces instaba al ahijado para que ensayase en la cara de algún cliente tonto la entrada en el oficio; pero éste rehusaba obstinadamente. La comadre, cuando aparecía alguna vez por la casa del barbero, no cesaba de insistir en su antiguo proyecto de hacer que el muchacho entrase en la Concepción. En una ocasión en que habló de ello delante de éste, la historia le costó un fuerte sermón: el muchacho le había tomado gusto a la vida de vago y por ningún motivo quería dejarla. Y si en otras ocasiones él había estado con humor para escuchar, ahora, después de los últimos acontecimientos, cuando el amor y los celos le ocupaban el alma, no quería oír hablar de semejantes cosas; creía que su mejor ocupación consistía en liquidar al rival que se le había interpuesto.

En medio de todo esto, lo peor era que José Manuel parecía progresar cada vez más; astuto como era, se insinuaba diestramente en el ánimo de D. María y la cautivaba con atenciones de todo tipo. El compadre comenzó a pensar en el asunto y un día se le ocurrió una idea: era preciso poner a la comadre al corriente de lo que su-

cedía e interesarla en el caso; ella era suficientemente capaz, si se lo proponía, de ocuparse de José Manuel y ponerlo fuera de combate; gozaba de buena fama en cuanto a tener talento para *esas cosas*. En efecto, mandó a llamar a la comadre y le expuso todo.

—¿Sí? —respondió ella al oír la narración— ¿con que así es el caso? pues deje a ese sujeto en mis manos; le mostraré lo que valgo. Y hoy mismo voy a visitar a D. María.

No sabía José Manuel qué tormenta se levantaba en contra de él. Hacía mucho tiempo que ya se había dado cuenta de que Leonardo y su padrino no lo podían tragar, e incluso que tenían segundas intenciones con respecto a Luisita, pero nunca le había pasado por la mente que sería menester luchar contra ellos. Al poco tiempo tuvo que reconocer que se engañaba. La comadre, tal cual lo había prometido, fue a la casa de D. María, y al encontrar allí a José Manuel intentó hacerse su amiga en forma muy evidente, aunque de vez en cuando en voz baja soltaba algunas indirectas contra él a D. María.

Cuando José Manuel acababa de contar una historia con todos los detalles acostumbrados sobre la vida de éste o de aquél, la comadre, por ejemplo, murmuraba:

—¡Qué lengua! ¡Dios me libre!

Y con estas y otras exclamaciones iba poniendo de relieve, sin demostrar que tenía esa intención, el carácter del adversario.

Además de la cualidad de maldiciente, José Manuel mentía con un descaro que raras veces se encuentra. D. María, amiga de las novedades, además de eso muy crédula, se tragaba ingenuamente cuanto él quería hacerle creer. Una de sus historias más comunes era la que él titulaba *El naufragio de las vasijas*. Le había sucedido en su último viaje a Bahía y él la contaba de la manera siguiente:

“Estábamos casi llegando al amarradero; al lado de mi barco viajaba una enorme jangada²⁷ cargada únicamente de vasijas. De repente se desató un temporal que desde el mar, a pesar de la oscuridad, se veían volar en el aire las tejas arrancadas de la Ciudad Alta.²⁸ Finalmente, cuando todo pareció sosegado y el tiempo comenzaba a aclarar, vino una ola tan fuerte y en una dirección tal que las dos embarcaciones chocaron una contra la otra con mucha fuerza. Ya muy maltratadas por el temporal que acababan de sopor-

²⁷En este caso, jangada (*peru*) se usa con el significado de una gran embarcación de carga en forma de canoa, con una sola vela.

²⁸Bahía tiene una parte construida en una colina, que es llamada Ciudad Alta, y otra a nivel del mar, llamada Ciudad Baja.

tar, no pudieron resistir más y ambas se partieron por la mitad; el barco vació toda su carga de pasajeros y la jangada todo su cargamento de vasijas; el mar quedó cubierto de ellas ¡tal cantidad había! Los marineros y otros pasajeros trataron de agarrarse de las tablas, cajones y otros objetos para salvarse; pero el único que escapó fui yo, y eso lo debo a la feliz idea que tuve; del pedazo de barco en el que había quedado dí un salto sobre la vasija que flotaba más cerca. Con mi peso la vasija se hundió y al llenarse de agua desapareció debajo de mis pies; pero esto no sucedió antes de que yo, dándome cuenta de lo que iba a pasar, saltase inmediatamente de esta vasija a otra. A esta otra y a todas las demás les sucedió la misma cosa, pero me serví de ese mismo medio y así, como la fuerza de las olas las impelía hacia la playa, vine de vasija en vasija a tierra ¡sin el menor accidente!”

Como ésta, José Manuel contaba millares de historias.

Fue también éste un tema del que se valió la comadre para desacreditarlo en el ánimo de D. María, pero siempre, es verdad, muy sutilmente.

Veremos cuáles fueron los resultados que el compadre y Leonardo obtuvieron con la alianza con la comadre contra el pretendiente de Luisita.

XXIII

DECLARACION

MIENTRAS la comadre disponía su plan de ataque contra José Manuel, Leonardo ardía de celos, de rabia, y no había nada que lo consolase en su desesperación, ni siquiera las promesas de un buen resultado que le hacían el padrino y la madrina. El pobre muchacho veía siempre ante sí la detestable figura de su rival que le alteraba todos sus planes y le destruía todas sus esperanzas. En las horas de sosiego a veces se entregaba a la construcción imaginaria de magníficos castillos; castillos de nubes, es verdad, pero que por momentos le parecían los más sólidos del mundo; de repente, de un rincón se le aparecía el terrible José Manuel con los mofletes hinchados y, al soplar sobre la construcción, la arrasaba en un abrir y cerrar de ojos.

Sin embargo, lo que había de notable es que Luisita, causa de tantas tormentas, ignoraba todo y todo le seguía siendo indiferente. Leonardo llegó a entender, después de mucho meditar, que éste constituía uno de los principales defectos de su posición; si la comadre y el compadre no conseguían derrotar a José Manuel y ponerlo en una situación tal que no pudiera más entrar en combate ¿quién podría decir que el triunfo era completo? ¿No había aún que librar otra batalla contra la indiferencia de Luisita? De ahí concluyó que ya era menester ir rompiendo fuego por ese lado; y como eso le pareció de la mayor importancia, no quiso confiar su ataque a ninguno de sus aliados y decidió hacerlo en persona. Debía comenzar —como muy bien sabe de memoria y sin ella la mayoría de los lectores, quienes sin duda son muy entendidos en la materia— por una declaración formal.

Pero en asuntos de amor, así como en todo, la primera salida es la más difícil. Cada vez que esa idea venía a la cabeza del pobre muchacho, una nube oscura le pasaba por delante de los ojos y se le bañaba el cuerpo en sudor. Muchas semanas le llevó componer, estudiar, lo que le diría a Luisita cuando llegase el momento decisivo. Encontraba con facilidad millares de ideas brillantes; pero en cuanto decidía decir esto o aquello, ya esto y aquello no le parecía bien. Varias veces había tenido la ocasión favorable para desempeñar su tarea, pues había estado a solas con Luisita; pero en esas ocasiones no había nada que pudiese vencer el temblor de piernas que se apoderaba de él y que no le permitía levantarse del lugar en que se encontraba, y del atragantamiento que le sobrevenía y que le impedía articular palabra. Finalmente, después de muchas luchas consigo mismo para vencer su timidez tomó un día la resolución de acabar con el miedo y decirle la primera cosa que le viniese en mente.

Luisita estaba en la ventana espiando hacia la calle por la celosía; Leonardo se aproximó temblando, paso a paso, se paró y quedó inmóvil como una estatua detrás de ella que, entretenida con lo de afuera, no se había dado cuenta de nada. Estuvo así por largo tiempo calculando si debía hablar de pie o si debía arrodillarse. Después hizo un movimiento como si quisiese tocar el hombro de Luisita, pero retiró rápidamente la mano. Le pareció que por ahí no iba bien; prefirió tironearla suavemente del vestido, y ya iba a levantar la mano cuando también se arrepintió. Durante todos estos movimientos el pobre muchacho transpiraba a más no poder. Finalmente, un incidente vino a librarlo de la dificultad. Oyendo pasos en el corredor, comprendió que alguien se aproximaba y asaltado por el terror de verse descubierto en aquella posición, dio repentinamente dos pasos atrás y soltó un "¡ah!" muy atragantado. Luisita, volviéndose, dio con él en las narices y retrocediendo se apretó de espaldas contra la celosía; le vino también otro "¡ah!" pero no pasó de su garganta y apenas consiguió hacer una mueca.

El ruido de pasos cesó sin que nadie hubiese entrado en la sala; los dos continuaron por algún tiempo en esa misma posición, hasta que Leonardo, en un esfuerzo supremo, rompió el silencio y con voz trémula y el tono con menos gracia que se pueda imaginar, preguntó torpemente:

—¿Sabe... usted... una cosa?

Y se rio con una risa forzada, pálida y tonta.

Luisita no respondió. El repitió en el mismo tono:

—¿Y bien... usted sabe o... no sabe?
Y se volvió a reír del mismo modo. Luisita se mantuvo muda.
—Usted bien lo sabe... sólo que no lo quiere decir...
Ninguna respuesta.
—Si usted no se enojase... yo le diría...
Silencio.
—Está bien... se lo digo de todos modos... ¿pero usted va o no va a enojarse?
Luisita hizo un gesto como de quien se está impacientando.
—Pues entonces yo le digo... usted no sabe... yo... yo...
la quiero... mucho.
Luisita se puso del color de una cereza; y dando media vuelta a la derecha se fue caminando por el corredor dándole la espalda a Leonardo. Muy a tiempo, pues alguien se aproximaba.
Leonardo la vio irse, un poco estupefacto por la respuesta que ella le había dado, pero no del todo descontento: su ojo de amante había percibido que lo que acababa de pasar no había sido del todo desagradable para Luisita.
Cuando ella desapareció, el muchacho dejó escapar un suspiro de alivio y se sentó, pues se encontraba tan fatigado como si hubiese acabado de luchar cuerpo a cuerpo con un gigante.

SEGUNDA PARTE

I

LA COMADRE EN ACCION

LOS LECTORES deben recordar que nuestro antiguo conocido, del cual por algún tiempo nos hemos olvidado, Leonardo-Pataca, se había enredado en lazos amorosos con la hija de la comadre y que vivía con ella en santa y honesta paz. Pues esta vida santa y honesta le dio en el momento oportuno su resultado. Chiquita (ese era el nombre de la hija de la comadre), se encontró en la *dulce espera* y pronta a dar a luz. Ya ven los lectores que la raza de los Leonardos no se va a extinguir con facilidad. Leonardo-Pataca no perdía en modo alguno aquellos hábitos de ternura con los que siempre lo vimos, y en las actuales circunstancias, cuando él veía en la madurez de la vida un fruto de su último amor, le crecía en el alma aquella violenta llama amorosa; el pobre hombre ardía todo por dentro y por fuera, y se deshacía en cariños para con su compañera.

Llegó finalmente el día previsto para aparecer el esperado resultado: al amanecer había manifestado los primeros síntomas. Leonardo en seguida armó un revuelo en la casa: se movía pretendiendo hacer mil cosas y sin hacer cosa alguna, confuso y atontado. Mandó a llamar a la comadre, que lista acudió al llamado y comenzaron a arreglarse los preparativos. Tal vez algunos lectores tengan una idea del infinito mundo de arreglos que en aquel tiempo se ponía en práctica en semejantes ocasiones. La primera cosa que Leonardo dispuso fue mandar a dar las nueve campanadas en la campana grande de la Catedral. Esta práctica sólo se acostumbraba cuando la parturienta se encontraba en peligro, pero él quiso prevenir todo minuciosamente. Después, se le pidió a la vecina, pues por un imperdonable descuido no había en casa, un poco de palma bendita; la comadre trajo un par de pequeñas imágenes de Nuestra

Señora del Monte Carmelo que contaba con gran reputación de milagrosas y las enlazó en el cuello de Chiquita. Puso la palma bendita al lado de la cabecera; en la sala se improvisó un altar con un mantel, un vaso con ruda y una imagen de Nuestra Señora de la Concepción, de loza, adornada con cordones de oro. Chiquita, para no olvidarse de ninguna de las reglas establecidas, se amarró en la cabeza un pañuelo blanco, se metió debajo de las sábanas y comenzó a orar al santo de su devoción. La comadre se sentó a los pies de la cama en una banqueta para rezar también un gran rosario, observando sin embargo a Chiquita e interrumpiéndose a cada instante para dar órdenes a Leonardo-Pataca y responder a lo que se decía fuera del cuarto.

Leonardo-Pataca, una vez que todo estuvo arreglado, cuando vio que lo único que faltaba era *esperar a la naturaleza*, como decía la comadre, se puso en paños menores, quiero decir, se quitó los calzones y el chaleco, quedó en calzoncillos largos y pantuflas, se ató en la cabeza, según una antigua costumbre, un pañuelo encarnado y se paseó de un lado a otro de la sala con una cara que daba lástima: parecía que fuera él y no Chiquita quien se encontraba con dolores de parto. De vez en cuando se paraba ante la puerta del cuarto que se encontraba cerrada, lanzaba hacia adentro un mirada de curiosidad y de miedo y meneando la cabeza murmuraba:

—No sirvo para esto. . . estas cosas no se llevan bien con mi carácter. . . Estoy temblando como si el asunto fuese conmigo. . .

Y realmente ante cada gemido fuerte que salía del cuarto el hombre se estremecía y se ponía de todos los colores.

Dentro del cuarto la comadre exhortaba a la paciente más o menos en estos términos:

—No se porte como una criatura, muchacha. . . esto no es nada. . . es un quítame de allí esa paja; ya no tarda en salir el angelito y estarás libre. Estas cosas en mis manos funcionan de prisa. Es verdad que es el primero, y eso causa miedo, pero no es para que te desanimes; también es necesario ayudar a la naturaleza. “¡Pon de tu parte que yo te ayudaré!” son palabras de Jesús Cristo.

Pero la paciente estaba muriéndose del susto: ni se movió ante la exhortación de la comadre. Sin embargo el tiempo iba pasando y la pobre muchacha sufriendo; la comadre ya le había arreglado de diversos modos las imágenes en el pecho, ya había inclinado más sobre la cama la palma bendita, y todavía nada nuevo. Leonardo-Pataca comenzaba a impacientarse; de vez en cuando se acercaba a la puerta del cuarto y preguntaba con voz débil:

—¿Entonces? . . .

—Compadre —respondía la comadre— ya le dije que no es bueno para quien está en este estado estar oyendo voz de hombre; quédese callado y espere allá.

El tiempo continuaba pasando: la comadre salió del cuarto y fue a encender una nueva vela bendita a Nuestra Señora y, luego de una breve oración, volvió a su puesto. Sacó entonces del bolsillo de la falda una larga cinta azul y la enrolló alrededor de la cintura de Chiquita; era una cinta bendita de Nuestra Señora del Parto. Después dijo con aire de triunfo:

—Bien, ahora vamos a ver, porque esto ya no marcha a mi gusto. . . Pero la culpa también es tuya, muchacha, ya te dije que era necesario ayudar a la naturaleza. Transcurrió algún tiempo. De repente la comadre gritó fuera del cuarto:

—Compadre, tráigame una botella. . .

Leonardo-Pataca obedeció rápidamente. Se oyó entonces desde adentro del cuarto el sonido que produce una boca humana al soplar con todas sus fuerzas dentro de alguna cosa. Era Chiquita que por orden de la comadre soplabá hasta morir de cansancio dentro de la botella que ésta había hecho traer.

—Con fuerza, muchacha, con mucha fuerza, que Nuestra Señora no desampara a los fieles. Animo, ánimo; esto sucede como mucho una vez por año. Desde que nuestra madre Eva comió aquella maldita fruta quedamos sometidas a esto. “Yo multiplicaré los trabajos de tu parto”. ¡Son palabras de Jesús Cristo!

Como se puede ver, la comadre era hábil en historia sagrada.

A Leonardo-Pataca, allá afuera, le temblaban tanto las piernas que no había podido continuar más con el paseo y se encontraba sentado en un rincón con los dedos en los oídos.

—Sopla, muchacha —continuaba siempre desde adentro la comadre— sopla con Nuestra Señora, sopla con S. Juan Bautista, sopla con los Apóstoles Pedro y Pablo, sopla con los Angeles y Serafines de la Corte Celeste, con todos los Santos del Paraíso, sopla con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo.

Finalmente hubo un instante de silencio, que fue interrumpido por el llanto de una criatura:

—Pues allá va el mal tiempo —exclamó la comadre—; bien decía yo que esto no era más que un quítame de allí esa paja... ¡Ah! Sr. compadre, acérquese, que ahora es su turno, venga a ver su pequeñita. . .

—¡Es una pequeñita —exclamó Leonardo-Pataca fuera de sí—; vaya, esto es de buen augurio, porque con el otro que me salió macho no fui feliz.

Se expandió entonces por la casa un agradable perfume de lavanda; la comadre vino a la sala, apagó las velas que estaban encendidas al pie de Nuestra Señora; después fue a desatar la cinta de la cintura de Chiquita y a sacarle del cuello las imágenes.

La recién nacida, apañalada, enfajada, encorsetada, adornada y con un manojito de amuletos y medias lunas, talismanes y otros preventivos contra el mal de ojo, sujetos a la faja, pasaba de las manos de Chiquita a las de Leonardo-Pataca que no cabía en sí de contento; era una hermosa criatura, opuesta en todo a su hermano paterno, nuestro amigo Leonardo, tranquila y risueña.

Leonardo-Pataca recurrió inmediatamente al almanaque para ver qué nombre traía la niña; pero como éste no le agradó, armó enseguida una discusión con Chiquita con respecto al nombre que se le debía poner.

La comadre aprovechó esto para ocuparse de los últimos arreglos, después se puso la mantilla y salió para ayudar a otras necesitadas.

II

INTRIGA

ASI COMO en esta escena que acabamos de pintar, la comadre participaba en muchas otras todos los días, porque era una de las parteras más solicitadas de la ciudad; gozaba de una gran reputación de entendida, y aun en los casos más graves era siempre la elegida; con sus milagrosas imágenes, la palma bendita, la cinta de Nuestra Señora, la botella soplada, y la invocación de todas las legiones de santos, de serafines y de ángeles, ella se libraba de los mayores aprietos. Y que nadie le fuese a dar instrucciones porque no las oía, ni de partera profesional, si se metía en eso; le bastaba mirar a una mujer en la *dulce espera* y sin mucho trabajo le decía en seguida el sexo y el tamaño del hijo que traía en las entrañas, y con una puntualidad milagrosa el día y la hora en que habría de parir; a veces, hasta llegaba a decir, por ciertas señales que sólo ella conocía, cuál sería el genio y las inclinaciones del ser que iba a ver la luz. Como se ve, esta vida era trabajosa y demandaba serios cuidados; pero la comadre disponía de una gran cantidad de trabajo; y, a pesar de dedicar mucho tiempo a los deberes del oficio y a la iglesia, siempre le sobraba alguno para otras cosas. Como dijimos, ella había tomado muy a pecho la causa de los amores de Leonardo con Luisita y había jurado poner a José Manuel, el nuevo candidato, fuera de lista.

Comenzó pues a ocupar su tiempo disponible en ese grave asunto e inició una intriga sutilísima y constante contra el rival de su ahijado. Gozando de la intimidad y de la confianza de D. María, junto a ella no perdía ocasión de desprestigiar a José Manuel, lo que le resultaba tanto más fácil en cuanto que él se prestaba a ello y

D. María, de espíritu curioso y tramposo, daba cualquier cosa por un chisme. He aquí una de las que armó a su adversario.

En esta ciudad saben dónde queda el Oratorio de Piedra;²⁹ pero lo que tal vez nadie sepa es para qué sirvió en otros tiempos. Sin duda en aquel oratorio había la imagen de algún santo ¿y el pueblo *devoto* iba a rezar allí? ¿Pero por qué es que hoy no continuaba esta práctica? ¿Por qué apenas se conserva sobre la pared aquella especie de garita de piedra, sin imagen alguna, sin luz en la noche, y ante la cual todos pasan irreverentes sin quitarse el sombrero ni inclinarse? Ante todo, se extinguió por la misma razón por la que se extinguieron muchas cosas buenas de aquel buen tiempo; todos comenzaron a aburrirse de encontrarlas buenas y acabaron con ellas. Más tarde existieron, con respecto al Oratorio de Piedra, muy buenas razones policiales para que dejase de ser lo que fuera.

El lector, quien sin duda sabe muy bien cuán creyentes eran nuestros padres, devotos y temerosos de Dios, quizás se asombrará al leer que hubo razones policiales para la eliminación de un altar. Sin embargo es la verdad, y si aún estuviese vivo nuestro amigo Vidi-gal, de quien ya tuvimos ocasión de hablar en algunos capítulos de esta historieta, él podría decir cuántos muchachos pilló en flagrante delito, allí mismo, al pie del Oratorio, arrodillado, conrito y beato.

Cuando pasaba la Vía Sacra y se encendía la lámpara del oratorio, todo padre de familia que vivía por allí cerca, tomaba su abrigo, llamaba a toda la gente de la casa, hijos, hijas, esclavos y criados, e iban a rezar arrodillándose entre el pueblo delante del oratorio. Pero sucedía que si un incauto devoto se olvidaba de su hija mayor que se arrodillaba un poco más atrás y absorto en sus oraciones no estaba alerta, le ocurría, a veces, volver a su casa con la familia diezmada: la muchacha aprovechando la oportunidad, y sigilosamente, se escapaba en compañía de un devoto que se había arrodillado allí cerca, envuelto en su abrigo y quien hacía dos minutos aún había sido visto por todos entregado fervorosamente a sus súplicas a Dios.

Aquello era la ejecución del plan concertado en la víspera a la hora del Ave María, a través de los postigos de la celosía. Otras veces, mientras todos los presentes estaban entregados a la devoción, y la plegaria entonada a un ritmo llenaba aquel circuito de contri-

²⁹El Oratorio de Piedra, situado en una esquina del centro de Río de Janeiro, era uno de los muchos existentes; pero éste era especialmente importante sobre todo porque era un punto de estación de la Vía Sacra del Buen Jesús, descrita en el capítulo III.

ción, se oía un grito agudo y doloroso que interrumpía el himno; todos corrían hacia el lugar desde donde había partido y encontraban a un hombre extendido en el suelo con una o dos cuchilladas.

Aún no hemos tenido en cuenta las inocentes bromas que en todo momento hacían los graciosos. He aquí el porqué; además de otros motivos, dijimos que hubo razones policiales para acabar con las piadosas prácticas del Oratorio de Piedra.

En la época en que sucedían las cosas que hemos narrado, el Oratorio de Piedra estaba en su apogeo. Uno o dos días después del nacimiento del segundo hijo de Leonardo-Pataca, corrió por la ciudad la noticia de un gran escándalo que se había producido en ese lugar clásico de los escándalos: una joven que vivía en compañía de su madre, vieja, rica y devota, al ir con ella a rezar al Oratorio, en ocasión de pasar la Vía Sacra, había huído llevándose una media negra que contenía buena parte de piezas de oro. Se hablaba mucho del asunto, no porque en aquel tiempo fuera cosa de extrañarse, sino porque había un misterio en el suceso: nadie sabía con quién había huído la muchacha.

D. María, como todos, estaba ansiosa por ver esclarecida la cuestión, cuando la comadre fue a visitarla a su casa.

D. María estaba sentada en su banquetta, tenía delante de sí un enorme bastidor de hacer encaje cargado con seis o siete docenas de bolsillos, y se esmeraba en hacer un amplio tejido. A su lado, sentada en una estera, rodeada por una cantidad de negritas criadas de D. María, estaba Luisita ocupada también en hacer encajes.

Cuando la comadre entró D. María apartó inmediatamente el bastidor del regazo, inspiró por la nariz, se puso en la cabeza un par de anteojos con armazón de plata con los que trabajaba y comenzó directamente a hablar del asunto que la preocupaba. La comadre le hizo señas de que mandase a Luisita y a las demás niñas a retirarse y la conversación se desarrolló libremente.

—¿Qué me dice, señora, de la desgracia de la pobre vieja? ¡Criar a una jovencita con todo cariño y al final tener esa recompensa...! En mi tiempo no se veían cosas así. . .

—¿Qué quiere, señora? respondió la comadre— pues fue allí, en la cara de todos. No había pasado un instante que ella había llegado con la vieja y que las dos se habían arrodillado a mi lado. . .

—¿Al lado de usted, comadre? ¿usted estaba allí? . . .

—Pues estaba.

—Pero lo terrible, señora —agregó D. María— es que nadie sabe quién fue el maldito que huyó con ella. . .

La comadre interrumpió con una risita sardónica . . .

—Le he preguntado a todos y nadie sabe decirme.

—Es porque todos estaban ciegos . . .

—¿Cómo?

—Pero yo no lo estaba, por castigo de Dios, y es preferible que lo estuviese . . .

—Pues entonces sabe y vio con quién fue . . . —dijo D. María revolviéndose de placer en la banqueta.

La idea de poder saber una novedad que todos ignoraban la llenó de satisfacción.

—Pero entonces ¿quién fue? Vamos; quiero saber quién fue el ladrón de la muchacha y del dinero . . .

—Sólo se lo diré —respondió la comadre después de alguna vacilación— si me promete guardar el secreto, ya que el asunto es muy serio.

—Vaya, pues, sabe que yo . . . es lo mismo si cayese en un pozo.

A pesar de estar solas, la comadre se inclinó al oído de D. María y le dijo lo más bajito que pudo:

—Fue nuestro gran camarada . . . la buena pieza de José Manuel . . .

—¿Qué es lo que dice, comadre?

—Yo lo vi —respondió ésta señalando con los dedos sus ojos— con éstos que la tierra ha de comer . . . Si ellos estaban a mi lado...

D. María quedó por algún rato muda de estupefacción.

III

DERROTA

LAS ÚLTIMAS palabras de la comadre produjeron en D. María el efecto de un rayo: la vieja se revolvió en la banqueta, presa de la mayor decepción.

—Vaya, comadre —exclamó después de la primera emoción— ésta la inventó el diablo . . . por eso yo sigo la regla antigua de no fiarme de cosa que use calzones . . . ¡Dios me libre! que ésta sirva de lección.

La comadre, viendo esta buena disposición, la aprovechó para hacer mejor su papel y respondió:

—Pues también, ¿qué se podía esperar de un sujeto como ése? Un hombre que no abre la boca si no es para mentir . . . ¡que tiene una lengua de Lucifer! . . . quien confiase en él se perdería ciertamente.

—Es verdad, señora; nunca vi mentiroso ni maldiciente mayor...

Nunca hasta entonces D. María había notado en José Manuel las cualidades que ahora descubría bruscamente.

—Si yo fuese pariente de la muchacha le pondría una tal demanda a ese diablo, que le habría de enseñar . . . Por eso es que él no se me aparecía por aquí hace tanto tiempo . . . andaba ocupado en sus asuntos.

D. María no acababa de pronunciar estas palabras cuando se oyó golpear a la puerta y la voz de José Manuel pedir permiso.

—Allí está él . . . secreto . . . no quiero que sepa que fui yo —dijo la comadre rápidamente.

—No se preocupe —respondió D. María— yo soy buena para esto.

José Manuel entró. D. María, que no acostumbraba ocultar lo que sentía, lo recibió fríamente; pero la comadre lo saludó calurosamente.

—Sea bienvenido —dijo— dichosos los ojos que lo ven.

—He estado por allí ocupado con algunos asuntos. . .

—Asuntos. . . —dijo D. María intercambiando con la comadre una significativa mirada.

José Manuel, inocente de todo, quedó asombrado, sin entender lo que aquello quería significar; sin embargo, según su costumbre, no perdió ocasión de armar una patraña.

—Sí, unos arreglos —agregó— hubo un negocio muy serio en el que estuve metido y que me dio mucho qué hacer; siento no poder contarles, porque es un secreto.

La comadre hizo un gesto como queriendo decir “ahí viene una mentira”; pero D. María que estaba preocupada con la conversación que poco antes había mantenido, entendió que José Manuel se refería al robo de la muchacha y meneando la cabeza dijo entre dientes:

—Hum. . . entiendo. . .

La comadre se estremeció temiendo que D. María soltase la lengua y que la cuestión del robo de la muchacha se averiguara en su presencia; porque en ese caso ella sería atrapada en flagrante mentira y todo estaría perdido. Por lo tanto comenzó a provocar a José Manuel para que declarase cuál era el negocio serio en que había estado metido; contaba con que él continuase mintiendo y así se desviaría la conversación del punto que ella no quería ver tratado en su presencia.

Dejémosla en su empeño de luchar contra las negativas y fingidos misterios de José Manuel.

Desde el día en que Leonardo había hecho su declaración de amor, un notable cambio comenzó a operarse en Luisita, a cada momento se volvía más sensible la diferencia de su físico como de su moral. Sus contornos comenzaban a redondearse; sus brazos, hasta ese momento finos y siempre caídos, se hacían más llenos y más ágiles; sus mejillas delgadas y pálidas, se llenaban y tomaban ese color que sólo suele tener el rostro de la mujer en cierta época de la vida; la cabeza, que habitualmente llevaba baja, ahora se erguía graciosamente; los ojos, hasta ahora mortecinas, comenzaban a despedir destellos brillantes; hablaba, se movía, se agitaba.

El orden de sus ideas también se alteraba; su mundo interior, hasta entonces limitado, estrecho, oscuro, despoblado, empezaba a

ampliar sus horizontes, a iluminarse, a poblarse de millones de imágenes, ora amenas, ora melancólicas, pero siempre bellas.

Hasta entonces indiferente a lo que pasaba en torno suyo, ahora parecía participar de la vida, de todo lo que la rodeaba; pasaba horas enteras contemplando el cielo, como si recién ahora hubiese descubierto que era azul y bello, que el sol lo iluminaba de día, que se recamaba de estrellas a la noche.

Todo esto daba como resultado, en lo que atañe a nuestro amigo Leonardo, un considerable aumento del amor; además fue el primero en darse cuenta de aquellos cambios en Luisita. Sin embargo, a pesar de crecer su amor, no por eso le nacían más esperanzas.

Después de la declaración no se había adelantado ni una pulgada más, y tal vez la única cosa que lo alentaba era cierto rubor que súbitamente subía a las mejillas de Luisita cuando sucedía (raras veces) que sus ojos se encontraran con los de ella. La suma total de estos elementos le producía una gran rabia que le crecía en el alma, alimentando todos los días su intensidad, contra José Manuel, a quien le atribuía todo el retraso en sus cálculos.

Dadas esas explicaciones, volvamos a ocuparnos del resto de la escena que dejamos en suspenso.

A fuerza de súplicas, la comadre consiguió que José Manuel refiriese cuál era el negocio de sumo secreto en el que se había visto envuelto.

—Pues bien —dijo finalmente— si me prometen total discreción, lo contaré.

—Vaya, ni tiene que recomendarnos eso.

Con las negativas y misterios que había manifestado hasta entonces, José Manuel no había hecho otra cosa que ganar tiempo para imaginar la mentira que habría de inventar: la comadre contaba con ello.

El comenzó:

—Sepan que en estos días fui llamado a palacio. . .

—¡Uy! —exclamó la comadre.

—Ahí está el resultado —dijo D. María— pero no se paga en la otra vida y sí en esta.

—¿Resultado de qué? —preguntó José Manuel sorprendido.

—De nada; continúe.

José Manuel, tomando como tema aquellas primeras palabras que le habían venido a la boca, les contó una mentira muy desabrida, que nosotros le ahorraremos a los lectores. Pero no fueron sa-

tisfechas las intenciones de la comadre, que quería desviar la conversación del robo de la muchacha.

Terminada la historia, José Manuel comenzó a instar a D. María para que le diese una explicación de las dudosas palabras que hacía un momento había dicho a su respecto. La comadre, en cuanto vio el asunto a esta altura, trató de retirarse, después de intercambiar con D. María una mirada que quería decir: "no me comprometa".

D. María quiso al principio mantener el secreto; pero al final no se pudo contener y soltó una gran perorata contra José Manuel diciendo que toda la ciudad estaba cubierta por el horroroso escándalo que él acababa de cometer robando a una hija de familia.

El hombre estaba anonadado, y juró y requetejuró que era inocente de todo aquello. Pero de nada le valió.

D. María fue inflexible.

Afirmó de nuevo que de ser ella la pariente de la muchacha, el señor José Manuel se habría de ver en camisa de once varas con el asunto; y terminó dándole a entender que él era un hombre muy peligroso para ser admitido en una casa de familia.

José Manuel salió prácticamente expulsado y pensando en quién podría haber sido el autor de semejante intriga.

En cuanto a D. María, quedó muy satisfecha, pues habiendo en su carácter un gran fondo de honestidad, consideraba que había hecho una buena acción rompiendo con José Manuel quien, en efecto, como lo había calculado la comadre, había perdido mucho en su concepto.

IV

EL MAESTRO DE REZO

TODO LO que había pasado últimamente en casa de D. María, había puesto a funcionar la cabeza de José Manuel; comprendió que allí tenía un enemigo, fuese quien fuese, pues aquello no era otra cosa que una intriga bien urdida. Pero le faltaba saber quién era ese enemigo; y por más que se rompiera la cabeza no conseguía descubrirlo. Por el tipo de intriga se dio cuenta que la causa de lo que le hacían estaba relacionada seguramente con su pretensión con respecto a Luisita, que sin duda había sido percibida; comenzó a sospechar que tenía que vérselas con un rival. En el grupo que frecuentaba la casa de D. María no veía a nadie que le pareciese poder estar en esa situación; muchas veces le pasó por la memoria el joven Leonardo pero lo encontraba incapaz de meterse en esas cosas.

¡Así son los bellacos! ¡Cuántas veces están tocando al enemigo con las manos y no lo ven!

Pero partiese de donde partiese el golpe que lo había herido, el hecho es que había sido certero, y con las dos manos.

D. María, exagerada en sus afectos como en sus odios, consentiría con inmensa dificultad la rehabilitación de José Manuel; sin embargo él no se desanimó por ello y puso manos a la obra. Y por una singularidad, así como Leonardo había encontrado en la comadre a una protectora de su causa, también José Manuel encontró a un defensor para la suya.

Vamos a decir ya a los lectores quién era el defensor de José Manuel.

En la época en que pasan estos hechos, había *instituciones* muy curiosas en Río de Janeiro; algunas eran notables por sus fines, otras por sus medios. Entre aquellas había una de la que aun en

nuestra infancia tuvimos ocasión de ver algunos vestigios, era la institución de los maestros de rezo.

El maestro de rezo era tan respetado en aquel tiempo como el propio maestro de escuela; además del respeto ordinariamente tributado a los preceptores, se daba una circunstancia muy notable, y era que los maestros de rezo eran siempre viejos y ciegos. No eran muchos, y por eso mismo vivían en gran actividad y ganaban medianamente. Andaban por las casas enseñando a rezar a los hijos, criados y esclavos de ambos sexos.

El maestro de rezo no usaba traje especial; se vestía como todos y la única cosa que lo distinguía era verle fuera de uno de los bolsillos el cabo de una tremenda palmeta, de la que andaba armado, único instrumento mediante el cual enseñaba a sus discípulos.

Al entrar a la lección, reunía a su alrededor en un semicírculo delante de sí a todos los discípulos; sacaba del bolsillo la tremenda férula y la colocaba en el piso, apoyada en la silla en la que estaba sentado, y comenzaba el trabajo.

El maestro se persignaba en voz alta, pausada y lentamente, y lo acompañaban en el coro todos los discípulos. Con respecto a la persignación, él casi siempre era burlado, como fácilmente se puede imaginar, pero en cuanto a la repetición de las palabras, tan práctico estaba que, por mayor que fuese el número de discípulos, se daba cuenta en medio del coro si había faltado esta o aquella voz, o si alguien se atrevía a quedarse callado. Entonces, se suspendía inmediatamente el trabajo y el culpable era obsequiado con una cuota de palmetazos que de ningún modo desmentían la reputación de la que gozaba el golpe del ciego. Hecho esto, recomenzaba el trabajo, regresándose siempre al principio cada vez que había un error o una falta. Acabada la persignación, que con las distintas interrupciones que comúnmente tenía, demoraba su buena media hora, el maestro repetía solo, siempre en voz alta y acompasada, la oración que le viniera a la cabeza; después repetían lo mismo los discípulos, desde el primero hasta el último, de una manera que no era cantada ni hablada y siempre, como ya se sabe, interrumpidos ante cada error por la correspondiente cuota de palmetazos. Después de una oración seguía otra, y así sucesivamente hasta terminar la lección con la letanía cantada.

Al salir, el maestro recibía una pequeña contribución del dueño de la casa.

D. María, teniendo en su casa un número no pequeño de criadas, no prescindía de tener, como todos los que estaban en sus circuns-

tancias, su maestro de rezo. Este era un ciego muy afamado por su excesivo rigor para con sus discípulos y, en consecuencia, uno de los más solicitados; en ese tiempo, ante todo se exigía esa cualidad. Tenía también otro mérito: tenía la fama de ser buen componedor de matrimonios.

He ahí el defensor de José Manuel.

José Manuel ya lo había puesto de su lado, y ahora que se vio en peligro recurrió a él; le expuso el caso, le comunicó sus intenciones y le pidió su cooperación. Le hizo sentir sobre todo que había un rival que combatir, y muy temible, puesto que no era conocido. El viejo comenzó entonces a pedir las más minuciosas informaciones y, después de cavilar un rato, dijo:

—Ya sé con quien me las tengo que ver...

—¿Con quién es? —preguntó José Manuel rápidamente.

—Quédese tranquilo, no se preocupe por el resto.

—Pero hombre, vea que es preciso tener mucho cuidado; porque quien quiera que sea, es astuto como los diablos...

—Vaya... cuentos... de esos arreglos entiendo yo durmiendo y en eso, siendo ciego, veo mejor que muchos con sus ojos perfectos.

—Lo que me da vueltas en la cabeza es no poder descubrir quién se entromete en mis asuntos... vea que el tal cuento del robo de la joven fue un golpe maestro.

—Yo también soy maestro, y veremos quién enseña mejor.

Quedaron los dos en esto, y el ciego puso manos a la obra.

Debemos prevenir al lector de que la causa, en semejantes manos, si bien no se podía considerar definitivamente ganada, por lo menos tenía muchas posibilidades; la suerte es que del otro lado estaba la comadre.

El viejo comenzó su trabajo metódicamente; en seguida, en la primera noche que fue a dar la lección en casa de D. María comenzó por hacer recaer la conversación en el tema del robo de la joven y dio a entender que sabía lo del asunto y que sabía perfectamente quién había sido el autor del mismo. D. María dijo también que sabía quién era y que hasta le conocía mucho. El viejo sonrió, dejando apenas escapar en tono de duda un significativo "pues...". D. María frunció el entrecejo, levantó los anteojos y exclamó:

—¿Pues así que piensa que yo ando atrasada en estas cosas?... Vaya, pues... sé quién fue y lo sé muy bien. Es un pedazo de bribón con cara de zonzo que sólo vivirá en mi casa si algún día yo seré carcelera.

—Esto es verdad, pero usted, Sra. D. María, no conoce al hombre, se lo digo yo que también estoy al tanto de todo este asunto.

—Bien lo sé. . . bien lo sé. . . pero vea que yo también lo supe de fuente bien informada. . . y no hay nada más fácil que darse cuenta cuando alguien está engañando. . . Diga usted de una buena vez quién fue.

—¡Oh no! ¡eso nunca! —exclamó rápidamente el viejo poniéndose en pie— nada, yo no digo el secreto de nadie.

D. María se agitó llena de aflicción y por más que insistiese nada pudo arrancarle al viejo quien, para hacer mejor su papel, de inmediato se fue retirando, dando así a entender que quería interrumpir la conversación en aquel punto.

Aunque mucho no había conseguido, el viejo al menos había lanzado la duda en el espíritu de D. María con respecto al hecho que era para ella la piedra de escándalo contra José Manuel.

TRASTORNO

MIENTRAS TODAS estas cosas sucedían, un triste suceso, y de la mayor importancia, vino a alterar la vida de Leonardo, o incluso a trastornarla: el compadre cayó gravemente enfermo. Al principio la molestia pareció cosa de poca importancia y la comadre, que fue la primera en ser llamada, pretendió que todas las molestias desaparecerían dentro de dos días, si el enfermo tomaba algunos baños de alecrín. Pero nada se consiguió con la receta; el mal continuó. Entonces recurrieron a un farmacéutico conocido de la comadre, que había agregado a su profesión, no sabemos si con permiso de las leyes o sin él, la de médico.

Era un viejo, hijo de la ciudad de Porto,³⁰ que hacía muchos años había venido a establecerse aquí y que con su oficio había reunido una buena cantidad de dinero. Apenas llegó y vio al enfermo, declaró que en pocos días lo pondría de pie; bastaba que tomase unas píldoras que le mandaría de su farmacia: eran un santo remedio, según decía, pero costaban un poquito caro aunque bien lo valía la vida de un hombre. La comadre, cuando oyó hablar de píldoras, arrugó la frente.

—Píldoras —se dijo a sí misma— entonces el asunto es serio; y yo que le tengo mala fe a las píldoras; aún no vi a una sola persona que después de haberlas tomado se salvase.

Y se le enrojecieron inmediatamente los ojos.

El farmacéutico se retiró llevándose a Leonardo, quien trajo las píldoras. La comadre, mirándolas, meneó la cabeza.

³⁰Nacido en la ciudad de Porto, la más importante del Norte de Portugal.

—Vaya —dijo— yo pensé que él le iba a mandar algunos baños; si por mí fuera, con alecrín se pondría bueno.

Hasta cierto punto la comadre tenía razón, pues al cabo de tres días después de haber hecho todos los preparativos religiosos, el compadre entregó su alma a Dios.

D. María había sido llamada ese mismo día y compareció junto con Luisita y con todo su cortejo de criados; habían venido también algunas personas de la vecindad.

Estaban todos sentados en un gran sofá, en el balcón, y conversaban muy entretenidos sobre los más diversos temas; algunos incluso encontraban en la conversación motivo para buenas carcajadas; de repente se abrió la puerta del cuarto y la comadre salió de allí con el pañuelo en los ojos, sollozando violentamente y repitiendo con fuertes gritos:

—Bien decía yo que tenía poca fe en las píldoras; quisiera ver al primero que las tome y se salve. . . Pobre compadre. . . tan buena persona. . . nunca me constó que le hizo mal a nadie. . .

Estas palabras de la comadre fueron la señal de remate dado al dolor de los que se encontraban presentes; todo el mundo se echó a llorar y cada quien lo más alto que podía.

Leonardo sufrió un gran golpe y en medio del aturdimiento se encogió sobre el sofá con la cabeza sobre las rodillas, acercándose *naturalmente* sin quererlo, porque el dolor lo perturbaba, lo más cerca posible a Luisita. Los demás continuaron su coro de llanto dirigido por la comadre; pero no se conformaban con el llanto, algunas veces soltaban exclamaciones en memoria del difunto.

—Siempre fue muy buen vecino, nunca tuve peleas con él —decía una.

Era la vecina que le auguraba un mal fin a Leonardo y con quien el compadre había peleado por este motivo unas cuantas veces.

—Un alma de Dios —decía D. María— un alma de Dios; tendría que ser como él quien quisiese ser un alma de Dios.

—Yo que lidié con él —decía la comadre— sé lo que valía; era un santo en un cuerpo de pecador.

—Buen amigo. . .

—Y muy temeroso de Dios. . .

Prolongada esta escena por un buen rato, algunas personas se despidieron, otras se quedaron todavía. El llanto se fue calmando y al poco tiempo D. María, secándose aún los ojos, estaba explicándole detalladamente a otra señora que se encontraba junto a ella la

historia genealógica de cada una de sus criadas que se hallaban presentes.

Finalmente se retiraron todos, excepto D. María, su gente y la comadre, que desde que el compadre enfermara se había ocupado de la casa.

Llegó la noche; se encendieron las velas junto al difunto; se hicieron todos los arreglos de costumbre.

D. María y la comadre comenzaron a conversar, aunque bajito.

—Pues yo creo —comenzó D. María— que este hombre no debió morir así sin haber hecho su testamento; pues él no querría dejar desamparado a su ahijado en el mundo, para que los ausentes gozaran de lo que a él le costó tanto trabajo conseguir.

—A mí —respondió la comadre— nunca me habló de semejantes cosas, pero en fin, como se trata de asuntos secretos... tal vez...

—Sería bueno buscar; tal vez se encuentre en algún cajón; es imposible que el *difunto no dispusiese en vida*; cuántas veces yo le aconsejé que lo hiciera.

—Tiene razón, D. María, yo también creo que debe haber alguna cosa.

Y las dos trataron de encontrar el testamento en los cajones de una gran cómoda que había en el cuarto del difunto. Mientras se ocupaban de ello, Luisita y Leonardo conversaban, o más bien cuchicheaban, como vulgarmente se dice. Lo que ellos se decían no puedo decírselo al lector, porque no lo sé; sin duda la muchacha consolaba al muchacho por la pérdida que acababa de sufrir en la persona de su amado padrino.

Finalmente, las dos encontraron en efecto un testamento y con ello quedaron muy satisfechas.

Volvieron al balcón y sorprendieron a los jóvenes en lo mejor de la conversación. La comadre al verlo se sonrió, y D. María haciendo, con respecto a lo que estaban hablando, sin duda el mismo juicio que nosotros, dijo enternecida:

—¡Ella tiene buen corazón!

—Y el de él no es peor —respondió la comadre.

E intencionadamente agregó:

—Forman una linda pareja.

—¡Oh señora! —dijo D. María con ingenuidad— deje usted a la niña, que aún es muy pronto...

—No digo ahora, sino a su tiempo.

D. María sonrió con una sonrisa que a la comadre no le disgustó. Cambiaron de conversación.

La noche pasó; al día siguiente salió el entierro con todas las formalidades del estilo. Después del mismo se trató de resolver una importante cuestión: ¿en compañía de quién iría a vivir Leonardo? La lectura del testamento hecha ese mismo día resolvió el problema. El compadre había instituido a Leonardo en su heredero universal. La comadre le informó de ello a Leonardo-Pataca y éste se presentó para ocuparse de su hijo. El joven no pareció muy satisfecho con la broma: no sé cómo le vino a la cabeza el recuerdo de aquel terrible puntapié que lo había corrido de su casa; además de eso, después de ese episodio rarísimas veces había visto a su padre y estaba completamente desacostumbrado a él. Pero no había otro remedio; tuvo que obedecer y acompañarlo a su casa, donde encontró a su pequeña hermana y a quien lo había puesto en el mundo.

Leonardo-Pataca comenzó a ocuparse del testamento como hombre entendido en la materia y en poco tiempo terminó con todos los trámites.

Cumple señalar que si en vida del compadre corrían rumores que parecían exagerados con respecto a lo que él poseía, cuando murió pudo saberse que esos rumores se habían quedado muy cortos con respecto a la verdad, pues le había dejado un buen par de mil cruzados en especie. Entregados algunos legados de poco monto, etc., todo lo demás vino a caer en manos de Leonardo-Pataca, como herencia de su hijo.

Durante los primeros días todo fueron flores en casa de Leonardo-Pataca, aunque, a decir verdad, desde la primera mirada, el joven Leonardo no simpatizó con la cara del objeto de los nuevos y últimos cuidados de su padre, es decir, de su madrastra.

La comadre decidió que debía substituir al compadre en su amor por el ahijado y decidió ir a vivir con él en la casa de Leonardo-Pataca; de ese modo también se reunía con su hija y con su nieta. Leonardo-Pataca, que era condescendiente, aceptó la idea y de esa manera se reunió toda la familia.

Como dijimos, todo fueron flores al principio; el joven Leonardo y la comadre continuaron con sus visitas a la casa de D. María y, digámoslo de una vez, el muchacho y la muchacha se iban mostrando más desinhibidos; también es verdad que José Manuel trabajaba ayudado por su ciego maestro de rezo y tampoco perdía las esperanzas.

Poco tiempo duró el sosiego en casa de Leonardo-Pataca; Chiquita (ese era el nombre de la hija de la comadre) comenzó a tener aversión a su hijo adoptivo; éste que, como dijimos, no había simpatizado mucho con ella, comenzó un alboroto de todos los diablos. Todos los días se trababan en lucha por cualquier motivo y todo volaba por los aires. Leonardo-Pataca y la comadre hacían el papel de conciliadores, pero ambos eran bravísimos y muchas veces el conciliador salía mal parado, porque aquel a quien no daba la razón se volvía contra él. Si por ejemplo era la comadre, y le daba la razón a Leonardo, la hija acudía quejándose de que su madre la abandonaba para tomar partido por el ahijado; si por el contrario le daba la razón a Chiquita, Leonardo era el que acudía quejándose de que desgraciado era el hijo sin madre, pues nunca encontraba quien le diese la razón. Otro tanto le sucedía a Leonardo-Pataca cuando se metía a apaciguar los ánimos de ambos.

Las cosas así iban mal, pues día más día menos habría un gran barullo en casa.

VI

TRASTORNO PEOR

UN DÍA LEONARDO volvió a su casa muy mortificado, pues habiendo ido a visitar a D. María había estado con ella largo tiempo sin que Luisita hubiese aparecido; de manera que le había sido forzoso, al cabo de algunas horas, retirarse sin verla. Quien ya tuvo un amor, por menos serio que este haya sido, y sufrió una decepción como esta; quien se vio obligado a soportar por mucho tiempo la conversación de una vieja, teniendo que estar de acuerdo con ella en todo para no resultarle desagradable, con el único fin de intercambiar con *alguien* una rápida mirada, una disfrazada sonrisa u otra cosa similar, y que finalmente ni siquiera esto consiguió, tiene que comprender que Leonardo tenía toda la razón de estar ardiendo con lo que le había sucedido y le disculparía cualquier arrebató que en la ocasión cometiese. Pero hay espíritus de tal manera *tercos* que se divierten aumentando la irritación ajena, y que cuando más preocupado sorprenden a un infeliz, tanto más les gusta lanzarle alfilerazos.

Chiquita, la amante de Leonardo-Pataca, era de esa clase de genio; y a partir del momento en que vivieron todos juntos, no perdió una sola de esas ocasiones, en virtud de la antipatía que tenía por el muchacho, de fustigarlo implacablemente. Este, de un genio colérico y poco acostumbrado a ser contrariado, perdía la cabeza con semejante actitud; y si en ocasiones comunes en que estaba de buen humor las discusiones en casa eran constantes, calcúlese lo que no haría en ocasiones como aquella a la que nos referimos ¡en que estaba lleno de razones y sobre todo por ese motivo! Viendo Chiquita que Leonardo entraba con cara enojada y sin decirle a nadie

el *Deus te salve*, sonrió con malignidad y aclaró la garganta diciendo entre dientes:

—Que el mañana traiga mejor cara.

Leonardo, que había notado lo que aquello quería decir, hizo un gesto violento y se sentó en una silla, pero con tan mala suerte que tiró al suelo un bastidor de tejer encaje que se encontraba junto a él: con la caída se reventaron los hilos y una cantidad de bolillos rodaron por la casa. Para mayor desgracia el bastidor era de Chiquita, y Chiquita sentía gran celo por su tejido. Se levantó de su sitio hirviendo de rabia; se puso las manos en las caderas y balanceando la cabeza a medida que hablaba, exclamó:

—¡Habrás visto una falta de respeto semejante! . . . ¡venir de la calle amargado, nervioso y a propósito, y muy a propósito, hacerme lo que están viendo, sólo para molestarme, como si él fuese aquí el dueño de la casa que puede ofender a cualquiera sin motivo alguno! . . .

Leonardo oyó todo sin interrumpir, intentando contener su furor; y mientras Chiquita tomaba aliento, respondió con voz trémula y entrecortada:

—No te metas en mi vida, porque yo no me meto en la tuya; si estoy amargado . . .

—¡Ah un buen látigo! —atajó Chiquita— ¡ah, a bordo de un barco! ¡ah, mayor Vidigal!³¹

—Ya le dije . . .

—¡Qué ya le dije! . . . enamorado sin suerte . . .

Estas palabras produjeron el efecto de una chispa en un barril de pólvora. Leonardo avanzó hacia Chiquita con los puños cerrados y escupiéndole de cólera.

—Si me dices media palabra más . . . te pierdo el respeto . . . yo nunca te di confianza; a pesar de ser la señora de mi padre . . . te pierdo el respeto . . .

—Tú siempre demuestras que tienes raza de aldeano —dijo Chiquita enderezándose y sin retroceder un paso.

Leonardo-Pataca, que estaba en el interior de la casa, acudió de inmediato ante el barullo y encontró a ambos en actitud hostil; viendo a su hijo casi agrediendo al adorado objeto de sus postreros afectos, no dudó en arrojarle contra él.

³¹Las tres exclamaciones parecen expresar sucesivamente: el deseo de ver a Leonardo reclutado a la fuerza por el Ejército (y castigado con un látigo disciplinario del tamaño de un *covado* y medio, más o menos igual a un metro); o por la Marina (y confinado a bordo de un barco, donde los castigos eran todavía más severos); o preso por la policía, a través del mayor Vidigal.

—Pedazo de sinvergüenza... piensas que esto aquí es como la casa de tu padrino de donde saliste... aquí quiero mucho respeto para todos... de lo contrario... si ya una vez te di un puntapié que por muchos años te hizo andar fuera, ahora te doy otro que te pone lejos de aquí para siempre...

—Nunca pensé —interrumpió Chiquita dirigiéndose a Leonardo-Pataca, queriendo empeorar el asunto— nunca pensé que con él se fuese a sufrir semejante cosa...

—No hagas caso, muchacha, éste es un pedazo de sinvergüenza a quien he de domar; por ningún otro motivo le doy una paliza que no sea por tu causa...

—¡Por causa de ella! —atajó el muchacho—. ¡Habrás que ver! te pagaré bien; tan bien como la gitana...

—Pero nunca le daré —replicó Chiquita enfurecida por el insulto— nunca le daré lo que le dio tu madre...

Con esto Leonardo-Pataca se descorazonó completamente ¡qué diluvio de amargos recuerdos hicieron caer sobre su cabeza tan pocas palabras!

—Espera, andrajoso, espera que te enseñe —exclamó rojo de cólera— espera que te enseñe...

Y entrando repentinamente en el cuarto de la sala, salió de allí armado con el espadín del uniforme y arremetió contra su hijo. Conviene decir que el espadín estaba envainado.

—No te vayas a perder por mi causa —exclamó Chiquita agarrándolo por la camiseta de algodón con la que estaba vestido.

Pero el miedo de Chiquita era inútil porque el muchacho, viendo que el asunto se iba poniendo feo y habiéndole quedado un instintivo terror hacia el padre después de aquel puntapié que nunca se le había borrado de la memoria, se había puesto a salvo en la calle, cerrando la puerta detrás de sí.

—¡Oh malcriado! —dijo Leonardo-Pataca— que te iba a apalear...

Leonardo huía por un lado y la comadre entraba por el otro, pues había estado ausente durante toda la escena. Apenas se quitó la mantilla y vio a los dos actores que habían quedado en escena, aún en las posiciones del último cuadro, trató de indagar cuál había sido el drama que se acababa de representar.

—Pues fue una de las acostumbradas del ahijado de tus amores —respondió Chiquita, aún no sosegada lo suficiente.

—Pero le estaba costando caro esta vez —replicó Leonardo-Pataca.

—¿Pues de veras? —atajó indignada la comadre— ¿pues de veras el compadre estaba armado de espada para atacar al muchacho?

—¡Pues sí! ¡Estaba por recibir!

—¿Pero por qué? ¿Cuántas muertes produjo él de una vez? ¿Prendió fuego a la casa? ¡Es una cosa triste un hijo sin madre! . . . ¡Apuesto a que si yo hubiese estado aquí nada hubiese sucedido. . .

—Sí —respondió Chiquita, porque sabía que iba a tomar partido por él, según su costumbre—. Ahí está, muchos hijos tienen madre, y sin embargo ellas sirven para esto: toman partido por los otros y nos dejan de lado.

—¡Cuentos! Todos tienen su lado malo.

—¡Oh señora! —atajó Leonardo-Pataca— si esto continúa así, no tendremos ni un momento de sosiego en esta casa, acaba una y comienza la otra; ¿Qué no dirán los vecinos? Miren que esta es la casa de un Oficial de Justicia.

—En fin —dijo la comadre— ¿dónde está el muchacho? ¿Dónde lo enterraron?

—Salió por allí desenfrenadamente y ojalá que no vuelva.

—¡Pero qué bonito! ¡Oh pero esto no puede ser así! echaron al muchacho de la casa. . . El no es ningún desgraciado, pues siempre tiene lo que le dejó su padrino.

—Esas y otras cosas son las que lo echaron a perder.

—Sí, métanle humos de rico en la cabeza y ya verán en lo que para.

—Pobre —dijo lamentándose la comadre— nació con mala suerte.

Y tomando de nuevo la mantilla, salió con lágrimas en los ojos en busca de Leonardo.

Al salir la esperaban en la ventana tres o cuatro vecinas.

—¿Y bien, que le hicieron al joven?

—¿Qué sucedió, Sra. comadre?

—Pasó por aquí a diez leguas por hora.

—Déjeme, déjeme —respondió la comadre— que esto no acabará bien.

VII

REMEDIO A LOS MALES

EL POBRE MUCHACHO había salido, como dijimos, y caminando rápidamente de vez en cuando miraba hacia atrás, pues imaginaba ver aún empuñado contra sí el espadín con que su padre lo había amenazado, y con el cual parecía querer acabar la obra que con un puntapié había comenzado. Anduvo con paso fuerte por largo tiempo, y fue a dar por allí por las inmediaciones de los Cajueiros;³² cansado, jadeante, se sentó sobre unas piedras, y quien lo hubiese visto con aire tristón y pensativo tal vez hubiese considerado que él meditaba de su posición y del camino que habría de tomar. Quien así pensase se engañaba rotundamente; pensaba en una cosa mucho más agradable: pensaba en Luisita. Es verdad que pensando en ella no podía abstenerse de ver surgir ante sus ojos al terrible José Manuel; y esto explicaba ciertos movimientos de impaciencia que de vez en cuando se podían observar en él. Había demorado mucho tiempo en esa meditación, cuando repentinamente fue despertado por unas ruidosas carcajadas que partían de unos matorrales vecinos. Se estremeció de la cabeza a los pies; le pareció que le habían leído los pensamientos y que se reían de él. Se volvió, no vio nada; guiado por un ruido que oía, comenzó a buscar y sin mucho trabajo vio detrás de unos matorrales un poco altos a unos muchachos y muchachas que sentados en una estera entre los restos de una cena, se asomaban curiosos sobre dos compañeros que, con un mazo de cartas arrugado y sucio, disputaban una intrincada partida de truco. Las carcajadas que hacía poco había oído, habían sido consecuencia de una derrota que uno de ellos acababa de sufrir.

³²Este lugar quedaba al norte de la Ciudad Nueva, ya mencionada.

Ante la vista de aquellos restos de cena, que si bien no parecía haber sido muy abundante le hizo recordar que había salido de casa en ocasión de ponerse la mesa, el estómago le produjo unos formidables sonidos. Sin embargo, intentó volver, porque no quería meterse en fiesta ajena, cuando al levantar la cabeza, uno de los jugadores reconoció en él a su antiguo camarada, el niño que había sido sacristán en la Catedral. Aunque a pesar de eso quisiera retirarse ya era tarde, porque con el movimiento que había hecho, el jugador al verlo, también lo había reconocido.

—¡Pero si es Leonardo! ¿Cómo diablos has venido a parar aquí? Pensé que ya el diablo te había lamido los huesos, pues después de aquel maldito día en que nos vimos en apuros por causa del maestro de ceremonias, nunca más te puse la vista encima.

Leonardo se acercó al grupo, e intercambiando el saludo con su antiguo camarada fue invitado a servirse alguna cosa de lo que aún había. Quiso hacer ceremonia, pero no estaba en circunstancias de hacerlo: una de las muchachas le sirvió y mientras continuaba el juego él comió desenfrenadamente.

—Escúrrete esa botella que ahí quedó —le dijo el amigo— y ve si el vino tiene el mismo gusto de aquél que en otro tiempo nos escurriamos juntos de los altares de la Catedral, con la desesperación de mi padre y el furor del maestro de ceremonias.

Cuando Leonardo acabó de comer, los dos compañeros acabaron también de jugar; entonces llamó al amigo aparte y le preguntó:

—¿Y bien, quién es esta gente con la que te encuentras aquí de juerga?

—Es mi gente.

—¿Tu gente?

—¿Sí, pues, no ves a aquella muchacha morena que está allí?

—Sí, ¿por qué?

—¡Vaya!

—¿Te has casado?

—No. . . pero ¿qué hay con eso?

—¡Ah. . . estás de novio!

—¿Y tú?

—Yo. . . para qué voy a contarte. . . murió mi padrino.

—Sí, oí decir.

—Fui a parar a la casa de mi padre. . . y de repente, hoy mismo, me peleo con la *cuya* de él; él corre con su espada detrás de mí y yo me escapo. Paré allí adelante, y las carcajadas que ustedes soltaron. . .

—Conozco el resto... y ahora ¿no tienes a dónde ir?

—Hombre, yo iba a ver...

—¿Ver qué cosa?

—Ver por ahí...

—¿Por ahí, por dónde?

—Ni siquiera lo sé...

Y los dos se echaron a reír. Cuando tenemos apenas de 18 a 20 años sobre los hombros, lo que es un peso aún liviano, despreciamos el pasado, nos reímos del presente y nos entregamos descuidados a esa confianza ciega en el día de mañana, que es la mejor virtud de la juventud.

—¿Sabes una cosa? —continuó el amigo de Leonardo— ven con nosotros y no te arrepentirás.

—¿Pero con ustedes adónde?

—¿Adónde? ¿Tienes un partido mejor que escoger? ¿Estás haciendo cumplidos?

Comenzaba a caer la noche.

—Vamos a terminar el juego muchachos —dijo uno de los presentes.

—Sí, vamos.

—Nada de eso, todavía no; Vidita va a cantar una *modiña*.

—Sí, sí, primero una *modiña*; aquella: “Si mis suspiros pudiesen”.

—No, esa no, antes canta aquella: “Cuando las glorias que yo gocé”³³.

—Vamos, decíanse —respondió una voz de muchacha aflautada y lánguida.

Vidita era una pequeña mulata entre 18 y 20 años, de altura regular, amplios hombros, pecho levantado, cintura fina y pies pequeños; tenía los ojos muy negros y muy vivos y los labios gruesos y húmedos, los dientes blanquísimos y la manera de hablar era un poco reposada, dulce y afinada.

Cada frase que pronunciaba era interrumpida por una carcajada prolongada y sonora y por cierta caída de la cabeza hacia atrás, tal vez graciosa si no tuviese mucho de afectación.

Finalmente se decidió que ella cantara la *modiña* “si mis suspiros pudiesen”.

Vidita tomó una guitarra y cantó, acompañándose con una tona-

³³Son dos famosas *modiñas* brasileñas; la primera del compositor Cândido Inácio da Silva, muerto en 1839.

da insípida hoy, pero de gran aceptación en aquella época, lo siguiente:

*Si mis suspiros pudiesen
A tus oídos llegar
Verías que una pasión
Tiene el poder de matar.*

*No son de desvelo
Mis quejas,
Ni son de celo
Abrasador;
Son de nostalgias
Que me atormentan
En la dura ausencia
De mi amor.*

Leonardo, que tal vez hereditariamente tenía afición por aquellas cosas, oyó la *modiña* boquiabierto, y le causó tal impresión que después de esto nunca más quitó los ojos de encima a la cantante. La *modiña* fue aplaudida como correspondía. Entonces se levantaron, arreglaron todo lo que habían llevado en los cestos y se pusieron en camino. Leonardo acompañó al grupo.

VIII

NUEVOS AMORES

LLEGARON DESPUÉS de mucho caminar, y cuando ya brillaba en el cielo una de esas magníficas lunas que sólo existen en Río de Janeiro, a una casa de la calle de la Vala. En aquellos tiempos, una noche de luna era muy aprovechada, nadie se quedaba en su casa; los que no salían de paseo se sentaban junto a las puertas sobre esteras y allí pasaban largas horas cantando, cenando, conversando, muchos dormían la noche entera a la intemperie.

Como nuestros conocidos ya habían dado un gran paseo, adoptaron la solución de las esteras junto a la puerta, y continuaron así por el resto de la noche la juerga a la que habían dedicado el día, pues aquello que Leonardo había visto en los Cajueiros, y en el que también había tomado parte, era el final de una juerga que había comenzado al amanecer, de una de esas romerías consagradas al placer que por entonces eran tan comunes y apreciadas.

Ahora debemos dar a conocer al lector la nueva gente en medio de la cual se encontraba nuestro Leonardo. Si el amigo José Manuel nos pudiese socorrer en esto, sin duda él nos deshojaría todo el árbol genealógico de esa familia a quien el amigo de Leonardo llamaba *su gente*; pero conténtense los lectores con el presente, sin indagar el pasado. Sepan pues que la familia estaba compuesta por dos hermanas, ambas viudas, o que por lo menos decían serlo, una con tres hijos y otra con tres hijas; pasando cada una de ellas de sus cuarenta años; ambas gordas y excesivamente parecidas. Los tres hijos de la primera eran tres formidables muchachones de 20 años para arriba, todos empleados en el Ferrocarril; las tres hijas de la segunda eran tres muchachas espigadas, rozando la misma edad de sus primos, y bonitas cada una en su tipo. A una de ellas los

lectores ya la conocen; es Vidita, la cantante de *modiñas*; era soltera como una de sus hermanas; la última era soltera también, pero no como las otras dos. Que el amigo de Leonardo explique lo que eso quiere decir y, explicándolo, dará también a conocer lo que él mismo era para la familia. Los demás presentes eran en su mayor parte vecinos que se reunían para aquellas juergas, tradicionales en la familia.

Cuando llegaron a casa, el amigo de Leonardo llevó a las dos viejas aparte y comenzó a conversar con ellas, sin duda con respecto a Leonardo, pues los tres lo miraban durante la conversación; y quien tuviese el oído agudo habría incluso escuchado estas palabras de las viejas:

—¡Pobre muchacho!

—¡Pero vean qué padre de mala entraña!

Cualquier otro que tuviese más edad o, mejor aún y hablando claro, más juicio y otra educación, tal vez se hubiese avergonzado mucho de encontrarse en la situación en que se encontraba Leonardo, pero él ni siquiera pensaba en esto, y lo que es más, ni siquiera pensaba en aquello que hasta entonces no se le iba de la cabeza, o sea, en Luisita por un lado y en José Manuel por el otro; ahora no veía sino los ojos negros y brillantes y los blancos dientes de Vidita; no oía sino el eco de la *modiña* que ella había cantado. Estaba embebido, pues, en un éxtasis contemplativo.

En lo demás pensaría cuando le quedase tiempo.

En cuanto se sentaron todos en una amplia estera junto al umbral de la puerta, en la vereda, Leonardo propuso de inmediato que se cantase una nueva *modiña*.

—Qué... —respondió Vidita acompañando este *qué* con su acostumbrada risa— ya estoy tan cansada... ¡no puedo más!

—Vamos... vamos... —dijeron unas cuantas voces. Además de la costumbre de las carcajadas, Vidita tenía otra, y era el de comenzar todo lo que tenía que decir siempre con un *qué* muy acentuado; por lo tanto respondió aún:

—Qué... pues si yo canté todo lo que sabía. ¡Qué, Dios mío! ¡ya no puedo más!

—Aún no cantó mi canción favorita —dijo uno de los presentes.

—Ni la mía —dijo otro.

—Yo también —agregó otro— aún no le pedí aquella que me toca el alma.

—¡Qué Dios mío! ¡Adónde va a parar esto!

—Vaya, hermana, no se haga rogar.

—Ay, criatura —dijo una de las viejas— ¿queréis que os rece un responso para que cantéis una *modiña*?

Leonardo viéndose apoyado tantas veces, se mantuvo callado. Hechos aún algunos otros intentos y respondidas algunas negativas más, Vidita se decidió y tomando la guitarra cantó, por indicación de las viejas, lo siguiente:

*Duros hierros me prendieron
En el momento de verte.
Ahora quiero quebrarlos;
Es tarde, no puede ser.*

Este último verso acabó de desorientar completamente a Leonardo; aún no habían expirado del todo las últimas notas del canto y ya, pasándole por la mente un torbellino de ideas, se asombraba de cómo había podido inclinarse por un sólo instante hacia Luisita, muchacha desabrida y desagradable, cuando en el mundo existían mujeres como Vidita.

Decididamente estaba apasionado por esta última.

El lector no debe sorprenderse por ello, pues no hemos cesado de repetirle que Leonardo había heredado de su padre aquel gran caudal de fluido amoroso que era su principal característica. Pero parece que además de esa herencia él había recibido otra, y era la de que siempre sobrevenía una contrariedad en casos semejantes. José Manuel fue la primera; ahora veamos cuál era o, mejor dicho, quién era la segunda.

Si el lector pensó en lo que hace poco dijimos, o sea, que en aquella familia había tres primos y tres primas, y si ahora agregamos que vivían todos juntos, debe haberse imaginado alguna cosa al respecto. Tres primos y tres primas, viviendo en la misma casa, todos jóvenes. . . no hay nada más natural; un primo para cada prima y todo está arreglado. Pero aún cumple observar que el amigo de Leonardo se había ocupado de una de las primas, y de este modo venían a haber tres primos para dos primas, o sea, un primo sobrante. En vista de esto el asunto ya se vuelve más complicado. Para abreviar razones, sépase que había dos primos pretendientes de una sola prima, y esa era Vidita, la más bonita de todas; sépase además que uno era correspondido y otro despreciado; por lo tanto, nuestro amigo Leonardo tendrá que luchar esta vez con dos contrariedades en lugar de una.

Pero por ahora él nada sabía al respecto y se entregaba tranquilo a sus emociones sin recordar lo que cualquier otro recordaría, y es que entre primos y primas hay algo así como cierto derecho mutuo en asuntos de amor, que perjudica en mucho a cualquier pretendiente externo.

Permanecieron gran parte de la noche allí sentados y se fueron a dormir ya muy tarde.

El amigo de Leonardo, a quien de aquí en adelante llamaremos por su propio nombre, Tomás, y el sobrenombre "de la Catedral", ambos heredados de su padre, declaró que su amigo iba a quedarse allí por aquella noche, por ser muy tarde ya; quiso así ahorrarse una vergüenza y con esto demostró ser un buen amigo.

Ahora que nuestro Leonardo está instalado en cuartel seguro, vamos a ocuparnos de una cosa importante que habíamos dejado en suspenso.

IX

JOSE MANUEL TRIUNFA

LA COMADRE había recorrido toda la ciudad y en ninguna parte había encontrado a Leonardo; mientras de este modo ella se cansaba buscándolo, él estaba tranquilo y descansado mirándose en los ojos de Vidita, dedicándose a oír *modiñas*, como los lectores saben, sin acordarse de lo que pasaba en el mundo.

La pobre mujer, después de mucho cansarse, fue a dar a la casa de D. María. Ya era noche cerrada.

Cuando estaba entrando, iba saliendo el maestro de rezo que acababa de dar su lección a las criadas de la casa. La comadre hacía algún tiempo que desconfiaba del maestro de rezo; combinando lo que por allí se decía acerca de su prestigio en ciertas cosas que había tenido ocasión de presenciar, estaba casi segura de que él era emisario de José Manuel en la corte de D. María. Por lo tanto no le gustó nada el encuentro y se quedó intrigada al verlo salir a aquella hora, pues por lo común las lecciones no se demoraban hasta tan tarde. Para sonsacarle algo le dijo:

—La lección de hoy fue larga, devoto. . . parece que a las muchachas les gusta más el chismerío³⁴ que el rezo.

—No —respondió el viejo con su voz gangosa— ellas no van mal, se atascan en algunas partes, pero siempre continúan adelante; además bien sabe que siempre traigo conmigo el santo remedio.

Y acarició el extremo de la palmeta con la que siempre andaba armado.

³⁴En este caso el sentido es dudoso. *Lambeta* es: (1) intrigante, (2) adulator o (3) amante de diversiones con comida y bebida. *Lambetice* puede ser en este caso intriga, por alusión sardónica a las actividades del Maestro de Rezo; o diversión, juego.

—¡Ah! Entonces usted estuvo conversando, también le gusta darle a la lengua. . .

—No me disgusta; pero también no digo sino aquello que sé, o sea, aquello que oigo; los otros pierden su tiempo en ver y oír; yo, como no puedo más que oír, empleo en hablar lo que los demás emplean en ver; hablo, y hablo mucho; pero qué quiere si me sobra tiempo para eso; y además, Ud. sabe que no es trabajo cansador. Mis padres eran Algarves y yo no quiero desmentir mi paternidad.

—Entonces ya veo que hoy se desenterraron muertos y se enterraron vivos; pues yo no puedo hacer otro tanto, porque aquí estoy muy, pero muy enojada. Si usted, como hombre que gira mucha por toda esta ciudad, tuviera por ahí noticias de mi ahijado Leonardo, tenga a bien venir a comunicármelas, pues se nos fue hoy de la casa por culpa de unas tonterías y no sé por dónde andará.

—Vaya, que esto queda por mi cuenta; no hay nada más fácil que dar con él.

Y aquí terminó esta conversación que tenía lugar en la puerta de la calle y con la cual la comadre no había quedado muy contenta. D. María, que había oído todo, salió al encuentro de la comadre y en seguida le dijo, antes de darle tiempo de quitarse la mantilla:

—¿Así que el muchacho ya no está en casa? Señora, eso es mal genio, nació con él y con él irá a la sepultura. Bien me decían lo que él era, y a pesar de su aire zonzo nunca le tuve confianza.

—Pues vea que usted está echando la culpa a quien no la tiene; el muchacho esta vez tiene toda la razón. . .

—Vaya, vueltas de la vida; eso lo dice porque lo estima como si fuese su madre; pero escuche lo que yo le digo: los muchachos de ahora andan con la cabeza levantada. . . Pero el difunto padrino

—Dios lo tenga en su gloria— fue el culpable de todo esto, con aquellos humos de Coímbra que le metió en la cabeza. . .

—Pero señora de Dios, si el bruto del padre hasta llegó a correrlo espada en mano. . .

—¡Vaya a saber lo que haría él! ¿Eso qué tiene? El padre no lo iba a descuartizar. . . por cierto, que le conozco el genio; eso era rabia y se le pasaría; él debió haberse sometido. . . después de todo es su padre.

—¡Ay Virgen Santa! pues si todo eso fue por una cosa de nada, por causa de un bastidor de hacer encaje. . . ¿Le parece posible? ¿Y ahora para dónde irá el pobrecito?

—Debe estar metido por ahí en algún carromato de gitanos. ¿Se acuerda lo que hizo cuando el padrino estaba vivo?

—Vaya, cosas de muchacho. . . ¿para qué hablar de eso?

Este diálogo se iba haciendo interminable sobre el mismo asunto, cuando D. María, cambiando repentinamente de conversación, le dijo a la comadre:

—Siéntese aquí que tenemos cuentas que ajustar.

—¡Cuentas!

—Y muy largas, comienzo por decir —agregó D. María, que en esta ocasión no parecía estar de muy buen humor— comienzo por decirle en su propia cara que cuando vaya a confesarse este año trate de que la absuelvan de un gran pecado que cometió.

—Y yo que no tengo pocos; ¿pero entonces cuál es?

—Es una calumnia, señora, una calumnia muy grande que recayó sobre una persona que no merecía tal cosa.

La comadre no necesitó más para saber a dónde iba a parar todo aquello; conocía la calumnia más moderna de la que la acusaba su conciencia. Comenzó a ver todo claro como el día; vio a José Manuel justificado completamente ante los ojos de D. María con respecto a la historia del robo de la joven en el Oratorio de Piedra y vio también, como mediador de esa justificación, al ciego maestro de rezo. Se sintió pues visiblemente incómoda; se movía de un lado a otro como si la banqueta en la que estaba sentada estuviese llena de espinas y tuvo un fuerte acceso de tos cuando D. María acabó de pronunciar aquellas últimas palabras.

—Todo cuanto me dijo con respecto a José Manuel en aquella historia del robo de la joven —continuó D. María poniéndose roja, lo que en ella era una mala señal— es falso y muy falso. Esto lo sé de fuente segura.

Un nuevo acceso de tos acometió a la comadre.

—Pues vea —prosiguió D. María— yo le había creído siempre, tanto que en un impulso había roto con el pobre hombre, pero no caigo otra vez, ésta me sirvió de lección.

La comadre vio que el viento se le estaba volviendo totalmente en contra; comprendió que D. María estaba muy bien informada y que sería inútil cualquier apoyo que pretendiese hacer respecto a lo que había inventado; ello sólo serviría para agravar su posición.

Forjó pues, repentinamente, un nuevo plan y dijo:

—No me dice nada nuevo, señora; lo sé todo muy bien; el hombre está en este asunto como Pilatos en el Credo.

—Pero recuerde que me había dicho que lo había visto con sus propios ojos.

—¡Ah! señora, era el diablo en lugar de él; nunca vi a nadie que se le pareciese tanto. Pero el otro día lo supe todo y ahora estoy arrepentida.

—Por eso mandé a llamar al pobre hombre —continuó D. María— que estaba tan ofendido por el modo en que yo lo había tratado que me costó mucho que viniese, y me sinceré con él. Y voy a decirle una cosa, y es que usted no quedó bien parada en este asunto; él me expuso ciertas cosas a las que yo . . . en fin, no quise creer.

—Pues entonces, señora, le dijo que yo soy la que . . .

—No fui yo quien le dijo; él ya lo sabía y no era posible negarlo. Fue entonces cuando él me quiso abrir los ojos sobre otros punos . . .

La comadre que veía el caldo derramado con aquellos *otros puntos*, trataba de desviar la conversación, haciendo como que no había prestado atención a esas últimas palabras.

—Pero entonces —preguntó— ¿por quién supo cómo había sucedido todo? Quiero ver si coincide con lo que yo sé .

—Hace poco acaba de salir de aquí quien puso luz en todo el asunto.

—¡Ah! —dijo la comadre.

Y se mordió los labios haciendo un gesto que quería decir “¡nunca me engañé!”

D. María prosiguió contándole a la comadre cómo, habiendo hablado de semejante asunto con el maestro de rezo, éste le había negado todo cuanto le dijera ella con respecto a José Manuel; que había luchado mucho tiempo con el viejo para que le dijese lo que sabía al respecto y en qué fundaba su negativa; que finalmente, después de gran resistencia, él le había traído a la casa, el mismo día anterior, al padre de la joven que confesó todo, declarando hasta el nombre de la persona con la cual se encontraba su hija, a la que él ya conocía y con quien ya había hecho las paces.

—Es exactamente lo que yo sabía —dijo la comadre al final de la narración— todo sucedió de esa manera; vea, señora, a lo que una está sujeta en esta vida: a levantar calumnias contra los demás.

Ahora informemos al lector que todo lo que acababa de suceder había sido, en efecto, obra del maestro de rezo. Poco a poco se había informado de lo que pasaba en casa de D. María con respecto a su cliente José Manuel. Había conseguido saber quién había armado la intriga; indagó también lo que pasaba en casa de Leonar-

do-Pataca, y como allí se hablaba en voz alta con respecto a las pretensiones de Leonardo, asociando una cosa con otra, llegaron a la segura conclusión de aquello que realmente había sucedido.

D. María pareció creer en el arrepentimiento de la comadre y comenzó a aplacarse el humor colérico en que se encontraba.

Volvieron al asunto de la huida de Leonardo y esta vez D. María ya no se mostró inflexible con el muchacho. Sin embargo a la comadre no se le iban de la cabeza aquellas palabras de D. María: *me abrió los ojos sobre otros puntos* y una vez que vio a D. María más apaciguada, intentó llevar la conversación hacia ese punto, tratando más o menos de pedir explicaciones. Adivinaba el significado de esas palabras, que sin duda alguna se referían a sus pretensiones o a las de su ahijado sobre Luisita, pero quería conocer los colores con que ese asunto le había sido pintado a D. María por José Manuel.

Pero eso le fue fatal porque supo (lo que no fue nada agradable) que el asunto venía muy mal barajado con respecto a su ahijado y, por el contrario, muy adelantado a favor de su adversario. D. María, después de declarar que José Manuel se había quejado de la comadre, atribuyéndole todo lo que había pasado, que no era más que una intriga urdida con el fin de apartarlo de su casa, porque sobre él habían recaído sospechas que confesaba justas, agregó finalmente que José Manuel, completamente justificado, gracias a la intervención del maestro de rezo, había acabado por darle a entender algo con respecto a Luisita, lo que D. María confesó no haberle sido del todo desagradable porque, en fin, según alegaba, José Manuel era un hombre serio y de buen juicio, había corrido mundo y no era ningún niño (esta palabra le dolió a la comadre) que no fuese capaz de tratar bien a una joven. La comadre con estas últimas palabras se descorazonó por completo ¿pero qué hacer en este caso? Ella misma había confesado el riesgo que se corre a cada momento de ser injusto con el prójimo y no podía aventurar sin peligro, por lo menos en aquella ocasión, cosa alguna contra José Manuel, tanto peor cuando había quedado tan mal parada en la primera intriga que había armado. Se contentó, pues, con repetir una observación que la misma D. María le había hecho un poco antes y dijo, refiriéndose a Luisita.

—¡Vaya, la criatura ya está para esas! . . .

—Sí —respondió D. María— aún está un poco verde; de todos modos no es algo que deba hacerse mañana.

La comadre suspiró, pues vio que aún había tiempo de ganar.

EL AGREGADO

PASARON ASI algunas semanas. Leonardo, una vez acabadas todas las ceremonias, fue declarado agregado a la casa de Tomás de la Catedral y allí continuó convenientemente instalado. Nadie se sorprenda de la facilidad con que se hacían semejantes cosas; en la época en que sucedían estos hechos que estamos narrando, no había nada más común que tener en casa a uno, dos, y a veces más, agregados.

En ciertas casas los agregados eran muy útiles porque la familia obtenía gran provecho de sus servicios y ya tuvimos ocasión de dar un ejemplo de ello cuando contamos la historia del finado padrino de Leonardo; pero otras veces, y estas eran más numerosas, el agregado, vago rematado, era un verdadero parásito que se prendía al árbol familiar, que compartía la savia sin ayudarlo a dar sus frutos y, lo que es más, llegaba incluso a echarlo por tierra. Y el caso es que, a pesar de todo, si en la primera hipótesis lo aplastaban con el peso de mil exigencias, si a cada paso le echaban en cara los favores, si el hijo mayor de la casa lo tomaba como diversión, y ante la menor y más justa queja los padres le saltaban encima tomando partido por su hijo, en la segunda, soportaban cuanto desorden había con paciencia de mártires y el agregado se convertía casi en el rey de la casa, hacía y disponía, castigaba a los esclavos, reprendía a los hijos y, en fin, intervenía en los asuntos más privados.

¿En cuál de los dos casos estaba o empezaría a estar en poco tiempo nuestro amigo Leonardo? Que el lector lo decida por lo que va a suceder.

Comencemos por declarar que las dos viejas hermanas habían sentido desde el primer momento una decidida simpatía por él, y

ese era el único punto en que lo podemos considerar un poco feliz; si a cada paso encontraba contrariedades y antipatías, también es cierto que no le faltaban como contrapeso simpatías y favores. Con esto ya tenía medio camino andado para cualquier proyecto que se propusiese, cualquier intención que tuviese o deseo que se le despertase. Pero nótese, dejando de lado la ley de las compensaciones que pesaba constantemente sobre él, que justamente el proyecto, la intención, el deseo que tenía, resultó recaer sobre una *cosa* que ya había despertado igual proyecto, intención y deseo en otras dos personas, lo que equivale a decir, como ya lo hicimos, que él tenía que luchar contra dos dificultades.

Vidita era una muchacha que tenía tanto de bonita como de inconstante y liviana: un vientecito, por leve que fuese, la hacía volar, otro de igual naturaleza la hacía revolotear, y volaba y revoloteaba en la dirección de cuantos vientos pasasen cerca de ella; esto quiere decir, en lenguaje llano y despojado de los adornos de la retórica, que ella era una formidable enamoradiza, como se dice hoy, por no decir intrigante, como se decía en aquel tiempo. Por lo tanto no fueron en modo alguno mal recibidas las primeras atenciones de Leonardo, que esta vez actuó en forma mucho más desenvuelta, sea porque ya el asunto con Luisita lo hubiese instruido, sea porque ahora la pasión era más fuerte, aunque esta última hipótesis vaya en contra de la opinión de los ultrarrománticos que se desangran por el tal "primer amor"; aprendan, en el ejemplo que nos da Leonardo, cuanto tiene él de duradero.

Si uno de los primos de Vidita, que como dijimos era el correspondido en aquella ocasión, tuvo motivos para levantarse contra Leonardo como rival, el otro primo, que dijimos era el rechazado, tuvo dobladas razones para ello, porque además del hermano se presentaba Leonardo como segundo pretendiente, y el furor de quien se defiende contra dos es, o sin duda debe ser, mucho mayor del que se defiende contra uno.

Por lo tanto, desde el momento en que comenzaron a aparecer los síntomas de lo que quiera que fuese entre Vidita y nuestro huésped, se declaró una guerra de dos contra uno, o de uno contra dos. Al principio ella fue sorda y muda; era una guerra de miradas, de gestos, de agravios, de malas caras, de malos modos de unos para con los otros; después, a medida que Leonardo progresaba, pasó a ser de dicterios, indirectas y motejos. Finalmente, un día se desató en violentos insultos, en amenazas del tamaño de la Torre de Babel, y la causa de esto fue que uno de los primos sorprendió al feliz

Leonardo en flagrante goce de una primicia amorosa, un abrazo que él intercambiaba con Vidita en el huerto.

—Ahí está, tía mía —había dicho enfurecido el muchacho dirigiéndose a la madre de Vidita— ahí está la ganancia que se obtiene metiendo dentro de la casa a un par de piernas que no pertenecen a la familia.

—¿Dónde, dónde se está prendiendo el fuego? —dijo la vieja en tono de escarnio, suponiendo que era alguna burrada del muchacho, muy exagerado en todo.

—Fuego —replicó éste— si allí se enciende el fuego no habrá agua que lo apague. . . y vea lo que le digo, si no se está encendiendo el fuego. . . se está juntando leña para eso.

Vidita, que estaba llegando en ese momento, tomó la palabra y habló durante media hora sin interrupción, descargando contra los dos primos (puesto que ya el otro había intervenido también) una tremenda catilinaria en la que la palabra “qué” fue repetida una enorme cantidad de veces. Leonardo también tuvo que defenderse y habló hasta por los codos. Las dos viejas acompañaron a los cuatro, seguidas por las otras dos muchachas, que de vez en cuando metían también su cuchara.

Sería inútil la tentativa de querer repetir las textuales palabras de cada uno de los habladores; eso sería una cosa más o menos semejante a querer contar durante una tempestad las gotas de agua que caen. Sólo quien tuvo ocasión de presenciarlas puede evaluar bien lo que era, y tal vez aún es, una de esas peleas dentro de una familia. Todos hablan al mismo tiempo, esforzándose cada uno por hablar más alto que los otros; nadie parece tener en cuenta las disculpas que se presentan, ni las recriminaciones que se hacen y, sin embargo, de minuto a minuto, cada uno acalorándose más se considera doblemente ofendido; los juramentos se cruzan, las amenazas chocan; no queda en el diccionario término especial que no salga a luz; unas cuestiones traen a otras, éstas otras más; se recurre a las ofensas pasadas, presentes y futuras para descargar contra los adversarios. En fin, todo se dice y nada se consigue; la pelea dura muchas horas, al término de las cuales los contendientes, *fatigatis sed non satiatis*, abandonan el campo quedando más encarnizados unos con los otros de lo que estaban al principio. Y si por acaso, tocando la retirada, alguien osa soltar aún una última imprecación, comienza de nuevo la cosa y dura aún un buen tiempo. La mayoría de las veces queda todo en palabras.

Pero esta vez no fue así; uno de los primos, que estaba *recalentado*, avanzó hacia Leonardo después de haberle mandado como preámbulo, una gran injuria, le dio dos sacudones y lo agarró por el cuello de la camisa. Leonardo, que en este mundo sólo le tenía miedo a su padre, reaccionó contra el agresor; las dos viejas y Vidita, intentando apartarlos, no hacían más que romperles la ropa y enardecerlos más; las demás personas se ocupaban de golpear las paredes y llamar a los vecinos. Los dos lucharon por algún tiempo sin que de ello resultase accidente grave para ninguno de ellos, y finalmente se apartaron. Leonardo apenas se vio libre del adversario, quiso salir a la calle: sobre el infeliz pesaba desde niño una especie de Judío Errante. Pero las viejas que en medio de todo el barullo habían tomado partido por él, no consintieron esto; alegaron que estaban en su casa y podían mandar como quisiesen. Leonardo insistió a pesar de esto y a pesar de los ruegos de Vidita; pero en el momento en que intentaba abrir la puerta de la calle, entró la comadre.

—Vaya, gracias que lo encuentro, señor loco perdido. . .

Leonardo retrocedió dos pasos; en aquel momento, así como le sucedió desde que salió de la casa de su padre, ni le pasaba por la mente la idea de que tuviera una madrina, un padre o cualquier pariente que fuese. Hubo en todos un movimiento de admiración y curiosidad, pues nadie en la casa conocía a la comadre.

Tantas había hecho la buena mujer que finalmente había sabido del nido que había acogido a su ahijado e inmediatamente, se dirigió hacia allí. Habiendo entrado y dicho aquellas primeras palabras, se disponía de inmediato a continuar con una gran exhortación a su sobrino cuando, al ver a las dos viejas, decidió que era mejor dirigirse a ellas en primer lugar. En efecto, así lo hizo, y las tres entraron a conferenciar.

XI

DENUNCIADO

LAS TRES viejas conversaron durante largo tiempo, no porque hubiesen muchas cosas que decir con respecto a lo que acababa de pasar, sino porque la comadre, remontándose al más remoto pasado, había entendido que para decir que le interesaba mucho la vuelta de su ahijado a casa, era menester contar desde sus orígenes la vida entera de éste, de su madre, de su padre, y la suya propia, que había sido la más larga de todas; y porque las dos viejas entendieron que para decir que Leonardo allí estaba muy bien, y que no consentirían en que él se fuese, era preciso hacer lo que había hecho la comadre, contar su vida y la de toda la familia desde las eras primitivas. Ahora bien, como todas esas historias contadas por una y otra parte estaban llenas de episodios, ya sentimentales, ya conmovedores, ya alegres, sucedió que entre muchas carcajadas corrieron también algunas lágrimas durante la conversación. No hay nada más eficaz para hacer nacer y afirmar la amistad, e incluso la intimidad, que la risa y las lágrimas: aquellos que rieron y principalmente aquellos que una vez lloraron juntos, tienen mucha facilidad en hacerse amigos. En efecto, al final de la conversación, las tres viejas se estimaban mutuamente de una manera increíble.

Si esta facilidad de expansión no hubiese sido al mismo tiempo causa de rupturas e intrigas, hubiera sido una de las grandes virtudes de aquella época. Pero las simpatías que se creaban en una hora de conversación se transformaban en odio en un minuto de desavenencia.

Mientras las viejas conversaban, los contendientes se calmaron, pasó la tormenta, y si no todo quedó olvidado en seguida, por lo menos quedó olvidado por algún tiempo. Leonardo ya se encon-

traba dispuesto a atender a las súplicas de Vidita y de las otras muchachas que no querían en modo alguno que se fuera de la casa y los dos rivales derrotados parecían resignarse.

Cuando la conferencia de las tres terminó, la comadre entendió que había llegado el momento de sermonear a Leonardo y comenzó en estos términos:

—Muchacho de todos los demonios, te valgan los serafines... tú tienes en la cabeza piedras en lugar de sesos; el sol no cubre a criatura más renegada que tú. Eres un vagabundo; andas hecho un bellaco sin era ni vera ni rama de higuera, sin oficio ni beneficio, siendo un peso para todos en esta vida... .

—Si se refiere a nosotros —acudió una de las viejas— déjelo donde está que está muy bien.

—¡Pues no señora, puesto que viene a armar camorra en casa ajena! Es un gallo de riña.

—Pero esto es cosa de muchachos y muchachas; hay que dejarlos que ellos se arreglarán —arguyó la vieja.

¡Ingenuidad infantil de aquel tiempo!

La comadre iba a proseguir; pero ya que a cada paso se le interrumpía, consideró conveniente dar la cosa por terminada. Se retiró quedando convenido que Leonardo permanecería donde estaba.

Vidita se puso contentísima con semejante resultado; pero los primos pusieron mala cara porque no esperaban tal cosa. Desde el momento en que vieron que todo iba a continuar de la misma forma, les renació el despecho. Lanzaron algunas indirectas, con las cuales todo iba a encenderse nuevamente, pero pudieron contenerse; uno de ellos llamó al otro en privado y comenzaron a su vez a conversar, pero en secreto. No había nada más natural: el enemigo era común, se unían para atacarlo; una vez él fuese derrotado, la cuestión se decidiría entonces entre ellos dos.

Tomada esta decisión todo se serenó definitivamente; cada cual retomó su puesto y pasaron muchos días en santa paz. Durante esos días se estrecharon más los lazos entre Leonardo y Vidita. Sucede siempre así: ¿queréis que nos liguemos estrechamente a una cosa? Hacednos sufrir por ella. Los dos habían sufrido uno por el otro y esta era una fuerte razón para que se amaran cada vez más.

La comadre venía regularmente a ver a su ahijado y a visitar a sus nuevas amigas.

En fin, todo parecía seguir en el camino natural; pero los dos primos tramaban, y tramaban largamente. Nadie sin embargo acertaba con lo que sería.

Leonardo hacía una vida ociosa; metido en casa todo el santo día, sin darle la menor importancia a lo que pasaba en el mundo. Su mundo consistía únicamente en los ojos, en las sonrisas y en los requiebros de Vidita.

Un día hicieron una juerga semejante a la que había originado el encuentro entre Leonardo y la familia. Debían salir de madrugada de la ciudad y pasarían el día fuera. Se preparó todo: cestas de comida, esteras y demás arreglos. Vidita mandó a encordar de nuevo su guitarra; se avisaron a los invitados de costumbre.

A la hora establecida, partieron.

Quien estuviese menos distraído por el placer del jolgorio de lo que estaba cualquiera de los juerguistas, hubiese notado que los dos primos de vez en cuando se quedaban atrás y cuchicheaban como si tramasen una conspiración. Pero nadie había prestado atención a semejante actitud.

Al romper el día llegaron al lugar determinado. Apenas comenzaron a prepararse para el almuerzo, vieron surgir, nadie sabe de dónde, a la figura alta, delgada, severa y sarcástica de nuestro célebre mayor Vidigal. Se notó en todos un gesto de poca alegría, excepto en los primos que intercambiaron entre sí una mirada de inteligencia y de triunfo.

Los ojos de Vidita se dirigieron instintivamente hacia Leonardo.

El mayor Vidigal dejó pasar el primer momento de sorpresa y después sonriendo dijo, como acostumbraba, con su voz tranquila:

—No tengan miedo de mí, que no soy ningún come-niños, ni vengo a desbaratar los placeres de nadie. Sólo quiero saber quién es aquí el amigo Leonardo.

Vidita puso en seguida cara de llanto. Leonardo se levantó sin saber cómo y dijo todo trémulo:

—Soy yo. . .

—Pues vean —respondió Vidigal en tono de mofa— ¡yo no lo sabía! . . . Amigos míos, no se asusten que el caso no es para tanto: un juerguista menos en una fiesta no hace ninguna falta. Este amigo viene con nosotros. Si puede volverá pronto. . . pero creo que no llegará a tiempo para acabar la juerga.

—¡Qué! ¡Dios mío! ¿Por qué? ¿qué mal hizo él?

—El no hizo ni hace *nada*; pero es justamente por no hacer nada que le sucede esto. Lléveselo, granadero.

Y uno de los granaderos con el que el mayor había venido acompañado se llevó a Leonardo.

Vidigal los siguió tranquilamente, sin alterar el paso y diciendo cortésmente:

—Adiós muchachos.

Vidita se echó a llorar, exclamando:

—¡Fue denunciado!

—¡Fue denunciado! —repitieron todos, menos los dos primos.

La juerga se levantó.

XII

COMPLETO TRIUNFO DE JOSE MANUEL

ERA UN SÁBADO por la tarde; en casa de D. María había una inmensa agitación; las criadas y demás esclavos andaban de aquí para allá; se barría la sala; se arreglaban las sillas; se corría, se hablaba, se gritaba.

La dueña de la casa vestía, fuera de lo común, un rico vestido de muselina bordado en plata, talle muy corto y mangas de un volumen enorme. Dicho sea de paso que la plata del bordado ya estaba deslustrada, y el resto del vestido un poco percutido. D. María traía además un peinado de altura desmedida, un formidable par de aros de crisólito en las orejas y diez o doce anillos de diversos tamaños y formas en los dedos.

Luisita también llevaba un vestido que el menos entendido en la materia hubiese sospechado que fuese hijo legítimo del de su tía; traía un sombrero de plumas blancas en la cabeza y un rosario de oro de cuentas muy gruesas en la cintura.

Así preparadas acababan de salir las dos del cuarto de vestir, cuando se oyó que se acercaba un carruaje y que se paraba frente a la puerta de la casa. Luisita se estremeció; D. María se llevó el pañuelo a los ojos y al poco tiempo lo retiró empapado en lágrimas.

—Allí está el carruaje —gritó una de las criadas que estaba de centinela en la ventana.

El carruaje era un formidable, un monstruoso mecanismo de cuero, balanceándose pesadamente sobre cuatro ruedas desmesuradas. No parecía cosa muy nueva, y con diez años más de vida muy bien podría entrar en la lista de los infelices restos del terremoto del que habla el poeta.

En cuanto este coche se paró en la puerta, se oyó acercarse otro que vino a parar junto a él. Lo que dijimos con respecto a los vestidos de D. María y su sobrina, puede perfectamente aplicarse a los dos coches; el segundo parecía hijo legítimo del primero.

Del último en llegar se apeó José Manuel y entró en casa de D. María, quien fue a recibirlo en la puerta.

Es inútil mencionar que todos los vecinos estaban en las ventanas y veían todo aquel movimiento con ojos poseídos por la más terrible curiosidad.

José Manuel vestía casaca de seda negra, calzones de la misma tela y color; traía medias también negras y zapatos de empeine bajo, adornados con enormes hebillas de plata, espadín y sombrero de fieltro.

Lo acompañaban dos amigos vestidos del mismo tenor.

José Manuel estaba entre compungido y triunfante, y se deshacía en atenciones para con D. María.

Después de todo esto ¿todavía el lector quiere que le declaremos que la sobrina de D. María se casaba esa tarde con José Manuel?

Llegó el momento de la partida; Luisita, conducida por D. María, que le iba a servir de madrina, se embarcó en uno de los restos del arca de Noé, al que llamamos carruaje; José Manuel, acompañado por quien le iba a servir de padrino, hizo otro tanto, y partieron rápidamente, porque si se hubiesen demorado algunos minutos corrían el riesgo de ser devorados por los ojos de los vecinos.

Apenas cesó la bulla de los carruajes, estos últimos comenzaron una reñida conversación, de la que aquí damos una pequeña muestra.

—Señora —decía una mujer que vivía junto a la casa de D. María a otra que vivía en frente— ese tal novio podrá ser buen partido, pero por su cara no doy nada.

—¿Y la novia? —respondía la otra— reniego de esa tonta...

—¿Y el hijo de Leonardo quedó viendo estrellas?

—Por fuerza; éste venció porque es un perfecto vivo.

—Si la vieja le deja todo a la sobrina, no es un mal arreglo...

—Por cierto, ¿no sabe que su difunto marido era un hombre que viajaba a la India?

Continuaron en ese tono hasta que volvieron los carruajes.

Ahora demos al lector algunas explicaciones con respecto al triunfo de José Manuel.

Después de las buenas obras del maestro de rezo, de las que los lectores fueron informados, José Manuel se rehabilitó por comple-

to ante D. María; había vuelto a frecuentar la casa y poco a poco fue afirmando su posición. Un suceso inesperado vino a ayudarlo muy oportunamente. El testamento del finado hermano de D. María, padre de Luisita, que ya había tenido como D. María, como los lectores tal vez no hayan olvidado, un pleito por causa de esta última, surgió de repente con una prebenda relativa a una tontería respecto al testamento y D. María tuvo que entrar nuevamente en una lucha judicial. Esto coincidió con la muerte inesperada del procurador de D. María. José Manuel se ofreció para ocuparse de la causa; arregló todo con tanto talento, que en muy poco tiempo se decidió el pleito a favor de D. María, cosa que ningún procurador hubiese hecho.

Ahora bien, los lectores recordarán la manía que D. María tenía por una demandita; se lanzaba a ella con gusto y era tal el empeño que ponía en la más insignificante cuestión judicial, que en tales casos parecía poner en juego su vida. Por lo tanto se podrá inferir la satisfacción que habrá sentido el día en que fue vencedora y cómo se consideraría agradecida para con quien le había proporcionado la victoria.

José Manuel se aprovechó de esto; el día en que fue a leerle a D. María la sentencia final que resolvió el pleito a su favor, le pidió la mano de su sobrina, la cual le fue prometida sin muchos escrúpulos.

Luisita estaba en esa ocasión en uno de esos períodos de abatimiento que acostumbra producirse en las jóvenes que aún van por ese camino florido que va de los 13 a los 25 años, cuando las oprime el aislamiento.

Ahora bien, como saben todos los que me leen, Leonardo había abandonado a Luisita; por lo tanto ella aceptó indiferentemente la propuesta de su tía.

XIII

HUIDA

DEJEMOS a los novios el tranquilo goce de su luna de miel; dejemos a D. María deshacerse en cariños y consejos con su sobrina, quien los recibía indiferentemente, y en atenciones para con José Manuel, cuya cabeza repentinamente se había vuelto una completa aritmética, toda guarismos, toda cálculos, toda multiplicaciones y volvamos a Leonardo, para saber qué se hizo de él, a quien dejamos en ocasión de ser arrancado por Vidigal de los brazos del amor y de la farra.

Vidigal lo había puesto delante de sí, al lado de un granadero, y caminaba pocos pasos atrás. Mientras caminaban, el granadero pretendió darle conversación; pero él no le respondió nada y parecía absorto y en grave meditación.

Quien estuviese muy atento habría notado que Leonardo algunas veces parecía, aunque muy ligeramente, apurar el paso, que otras veces lo retardaba y que su mirada y su cabeza se volvían de vez en cuando, casi imperceptiblemente, para la izquierda o para la derecha. Vidigal, a quien no se le escapaba nada de esto, en todas estas ocasiones encontraba pretextos para dar señales de su presencia; tosía, pisaba más fuerte, arrastraba por el suelo su paraguas que siempre traía en la mano, como queriendo decirle a Leonardo, respondiendo a sus íntimos pensamientos:

—¡Cuidado! Yo estoy aquí —y Leonardo entendía todo aquello a las mil maravillas; contraía los labios de rabia e impotencia. Sin embargo, no por eso abandonaba su idea: quería huir. Sospechaba que iba hacia la Casa de la Guardia y pedía interiormente a sus dioses que alargasen en muchas leguas las calles que tenía que recorrer. Cuando veía de lejos una esquina se decía a sí mismo: “Es

ahora; escapo por allí y me largo". Pero al llegar cerca de la esquina, Vidigal encontraba alguna cosa que decirle al granadero y se pasaba la esquina. Si se le aparecía a la derecha o a la izquierda un callejón abierto, se decía a sí mismo: "Arremeto por allí adentro y me esfumo". Pero en el momento en que iba a tomar la última decisión, le parecía sentir la mano de Vidigal agarrándolo por el cuello de la chaqueta, y se enfriaba. No eran los granaderos los que le daban miedo; en ninguno de los planes para huir que en esa ocasión le pasaban por la cabeza se ocupó una sola vez de ellos; sino Vidigal, el cruel mayor, era la cantidad constante de sus cálculos.

El pobre muchacho, durante aquellos combates íntimos, sudaba más que el día en que le hizo la primera declaración de amor a Luisita. En su vida sólo había un trance que se parecía a aquel en el que se encontraba, y era el que le había sucedido cuando niño, en aquel medio segundo que le había tomado recorrer el espacio en las alas del tremendo puntapié que le había dado su padre.

Repentinamente una circunstancia vino a favorecerlo. No sabemos por qué causa se oyó un tremendo alarido en la calle: gritos, silbidos y carreras. Leonardo sintió una especie de vértigo; le zumbaron los oídos, se le oscurecieron los ojos y . . . dando un empujón al granadero que estaba cerca de él se echó a correr. Vidigal dio un salto y extendió el brazo para agarrarlo; pero apenas lo rozó con la punta de los dedos en la espalda. El muchacho había calculado bien: Vidigal se distrajo con el ruido que se había hecho en la calle y aprovechó la ocasión. Vidigal y los granaderos inmediatamente corrieron a su alcance. Leonardo se lanzó por el primer callejón que encontró despejado, sus perseguidores entraron incontinenti detrás de él y subieron en tropel el primer trecho de la escalera. Apenas lo habían doblado y estaban subiendo el segundo, se abrieron las cortinas de una litera³⁵ que se encontraba en la entrada, por la cual ellos habían pasado, salió de ella Leonardo y de un salto ganó la calle. Al entrar, habiendo dado con aquel refugio, se metió dentro; los granaderos y Vidigal no habían reparado en ello por la precipitación con que habían entrado, y eso lo ayudó.

Es imposible describir lo que sintió Leonardo cuando por entre las cortinas de la litera los vio pasar y subir las escaleras. Fue una rápida alternativa de frío y de calor, de temblor y de inmovilidad, de miedo

³⁵La litera, de las que existía más de un tipo, era cargada por dos esclavos y constituía el transporte urbano de las mujeres de cierta categoría.

y de coraje; le vino otra vez al recuerdo el puntapié paterno; era el constante término de comparación para todos sus sufrimientos.

Mientras Vidigal y los granaderos revisaban la casa en la que habían entrado, Leonardo ganaba distancia y en cuatro saltos se encontraba en casa de Vidita, que lo recibió con un abrazo exclamando:

—¡Qué! ¡Aquí está él!

Un rayo de alegría iluminó todos los semblantes, menos el de los dos hermanos rivales, que quedaron horriblemente desorientados. Las dos viejas se sacaron las mantillas de la cabeza que se habían colocado para tomar las medidas del caso. La presencia de Leonardo fue una aureola bienhechora que disipó las nubes de una gran tormenta, que habiendo comenzado a tronar cuando Leonardo fue preso con aquellas palabras “fue denunciado”, en casa se había desatado del todo y prometía durar mucho tiempo.

Vidita, habiendo al principio intercambiado con sus primos algunas indirectas con respecto a la prisión de Leonardo, consideró conveniente dejarse de rodeos y fue directamente al grano, como se dice, descargándoles una serie de improperios y atribuyéndoles lo que acababa de suceder.

Ellos lo negaron y se trabaron en explicaciones. Las dos viejas al principio estaban de parte de Vidita, pero ya que ésta habían lanzado tres o cuatro insultos demasiado fuertes a sus primos, la tía se ofendió y tomó partido por sus dos hijos; la otra vieja, madre de Vidita, protestó contra la parcialidad de su hermana y reforzó todavía más, acompañada por los que quedaban, el partido de Vidita. Divididos y extremados así los dos campos, con campeones de uno y otro lado, es fácil prever lo que habría sucedido si Leonardo no hubiese llegado tan a tiempo para calmar todo.

Invasado por el placer de verse libre, no tuvo tiempo de hacer recriminaciones a sus enemigos: ya sabía con certeza quién había sido la causa de lo que acababa de sufrir, puesto que se había dado cuenta a través de la conversación que el granadero había intentado entablar con él.

El mayor Vidigal se enfureció con el asunto: nunca un solo muchacho a quien hubiese atrapado alguna vez, se le había podido escapar y, sin embargo, aquél lo había hecho pasar por tonto; lo había ofendido en su vanidad de comandante de policía y degradado delante de los granaderos. Quien le hubiese confesado al mayor Vidigal, fuese en la forma que fuese, alguna fechoría cometida, quedaba bajo su protección y contaba con él en toda ocasión. Si Leonardo no hubiese huido y hubiese arreglado después su libertad por cual-

quier medio, Vidigal era capaz al fin de cuentas hasta de ser su amigo; pero habiéndolo dejado mal parado, lo tenía por su irreconciliable enemigo mientras no se desquitara por completo.

Como se ve, pues, la suerte de Leonardo siempre terminaba mal; realmente era un mal en aquel tiempo tener por enemigo al mayor Vidigal, principalmente cuando se tenía, como Leonardo, una vida tan *regular* y tan *licita*.

Veremos ahora lo que pasó en la casa en la que el mayor Vidigal había entrado con los granaderos en busca de Leonardo.

VIDIGAL DECEPCIONADO

EL MAYOR Vidigal, viéndose burlado, bramó de rabia y, como ya sugerimos a los lectores, se prometió a sí mismo vengarse de Leonardo.

—Vaya —se decía a sí mismo— perder mi tiempo en esta vida; gastar mis sesos pensando en la manera de cazar a cuanto vagabundo gira por esta ciudad; conseguir, a costa de muchos días de fatiga, de muchas noches pasadas sin pegar un ojo, de mucha carrera y de mucho trabajo, hacerme temido, respetado por aquellos que no respetan ni temen a nadie, los vagos y presumidos; y ahora, a final de cuentas, venir un pequeño mequetrefe a burlarse de mí ¡a avergonzarme delante de estos soldados y de toda esta gente! ¡Ahora no habrá muchacho por ahí que, sabiendo esto, no se esté riendo de mí y no cuente ya con la posibilidad de verme burlado una segunda vez!

El mayor tenía razón: en efecto se reían de él y los primeros en hacerlo eran los granaderos. A pesar de que, esclavos de la disciplina, empleaban los más sinceros esfuerzos por ayudarlo; y a pesar de que recaía sobre ellos algo de la gloria de las hazañas del mayor, no pudieron sin embargo dejar de encontrarle gracia en lo que acababa de suceder, pues conocían la presunción de Vidigal y observaban la cara decepcionada con que él había quedado. Después, apenas el mayor puso un pie fuera del umbral de la casa por donde se le había escapado Leonardo, una inmensa multitud que había presenciado todo se echó a reír estruendosamente.

—Vaya, Sr. Mayor —le decía uno de los de la turba— esta vez

*El pajarito se fue
Dejándome las plumas en la mano.*

—Sr. Mayor —decía otro— busque en los bolsillos.

—Dentro del gorro —enmendaba otro.

—Detrás de la puerta —replicaba aquél.

Y un coro de risas acompañaba cada uno de esos consejos.

—¡Allí está el bicho dentro de la litera! —gritó uno repentinamente.

Vidigal, instintivamente, corrió hasta la litera y le abrió las cortinas.

En esta ocasión las risas fueron homéricas; el mayor comprendió entonces cuál había sido el medio por el cual se le había escapado Leonardo y soltó un “¡ah!” prolongadísimo. Finalmente, se retiró cabizbajo y rumiando proyectos para su rehabilitación.

—Si aquellos muchachos de la Concepción —se decía a sí mismo Vidigal— que me fueron a llevar la noticia de tal malandro, me hubiesen avisado que él era de esa calaña, yo no habría pasado por esta inmensa vergüenza.

Por estas palabras los lectores ven cómo las imputaciones de Vidigal contra los primos tenían más que fundamento. En efecto, lo que acababa de pasar no era otra cosa que el resultado del acuerdo que el día de la gran pelea, por el motivo que el lector bien sabe, habían hecho los dos rivales; ellos habían denunciado a Leonardo. Fueron a encontrarse con Vidigal y sin necesidad de mentir le armaron una trampa muy bien hecha: era un hombre sin oficio ni beneficio, viviendo a costa de los otros, disponiendo de la casa de dos mujeres viejas, a quien la experiencia no le había servido para nada y, lo que es más, robando a los primos el amor de su prima.

Vidigal había quedado boquiabierto oyendo la narración y había quedado muy agradecido a los dos muchachos por la nueva que le llevaron: era un pendón más que se agregaría a los laureles de sus hazañas policiales. Pero la primera tentativa le costó bien caro.

He aquí más o menos las reflexiones en que el mayor estaba sumido. Le pareció que nada le sería más agradable que el día menos pensado, cuando nadie lo esperara, acompañado por una escolta de granaderos, pudiera dirigirse a la casa de las dos viejas, cercarla y sorprender a Leonardo sin que se le pudiese escapar. Pero eso repugnaba a su orgullo ofendido. Muchas veces, es verdad, se había servido de ese medio, pero lo había hecho para poder atrapar a malvivientes de larga trayectoria, tenidos y habidos como tales y viejos en el oficio. No quería pues servirse del mismo medio para agarrar a un recluta del oficio, quien recién ahora comenzaba. No, no lo haría; no iba a hacer el cerco, y lo que es más, no quería en modo

alguno ayuda de los granaderos; se juraba a sí mismo que él solo, sin el apoyo de nadie, habría de echarle mano a Leonardo.

Vidigal iba entrando en la Casa de la Guardia, hacia donde se dirigía después de la derrota, cuando se sintió repentinamente agarrado por las piernas y vio a sus pies a una mujer de mantilla que lloraba, sollozando mucho, con un pañuelo en el rostro.

—¿Qué significa esto, señora? Déjeme. Vaya pues, hoy es día de mala suerte.

Como única respuesta continuaron los sollozos.

—Señora ¿va o no va a soltarme las piernas? No me gustan las lloronas. . . ¿entiende?

Seguían los sollozos.

—Vaya, lo único que faltaba. . . si se le murió alguien, vaya a llorar a la cama que es un lugar tibio.

Redobló el llanto.

—¡Por todos los diablos! . . . ¿cuándo va a terminar esto? . . . Esta mujer terminará por tirarme al suelo. . .

Ya se había reunido mucha gente en la puerta.

Después de un buen rato de silencio, cuando ya el mayor estaba dispuesto a emplear alguna medida de rigor para verse libre de la llorona, ésta levantó la cabeza y, sacando el pañuelo de la cara, exclamó entre lágrimas:

—Señor mayor, suelte, suelte a mi ahijado; suelte, suelte al pobre muchacho; es un loco, es verdad, pero. . .

Y los sollozos le embargaron la voz.

Era la comadre que, al saber de la prisión del ahijado, había venido a hacer aquella llorona en su favor ignorando que él se había escapado. Consiguió provocar el efecto esperado. Los granaderos cada vez que decía "suelte, suelte", se echaban a reír y, habiéndole explicado todo, en voz baja, a los demás presentes, éstos los acompañaban.

El mayor tomó todo aquello como un escarnio que el genio de la vagancia y de la mocedad le atestaba: ¿era menester que él, para verse libre de la comadre que no le soltaba las rodillas, declarase por su propia boca, delante de toda aquella gente, que Leonardo había huido? Lo declaró y huyó de todas aquellas miradas, en cada una de las cuales veía un insulto.

La comadre, apenas oyó la declaración trató de retirarse y tampoco pudo dejar de encontrarle gracia al asunto.

EL CALDO DERRAMADO

LA COMADRE, habiendo dejado al mayor entregado a sus proyectos de venganza, se había dirigido inmediatamente hacia la casa en que se encontraba Leonardo para felicitarlo y contarle la desesperación de Vidigal. Leonardo contaba con eso y no se sorprendió; pero Vidita y las dos viejas, entre muchas maldiciones y conjuras, soltaron grandes carcajadas a costa del mayor. La comadre, según su costumbre, aprovechó la oportunidad y después que se aburrió de hablar del mayor, le dio un sermón a Leonardo, en el cual, dejando de lado algunas exageraciones, había un gran fondo de verdad; tanto, que hasta la propia Vidita llegó a darle entera razón con respecto a algunos pasajes. El tema del sermón se basó en la necesidad de que Leonardo buscara una ocupación, de que abandonara la vida que llevaba, agradable sí pero sujeta a emergencias tales como la que acababa de producirse. La sanción de todas las leyes que la predicadora imponía a su oyente eran las garras de Vidigal.

—Al final terminarás cayendo en sus garras —decía ella al final de cada párrafo— y entonces te colgarán también el fusil al hombro.

Esta idea del fusil al hombro abrió una brecha en el espíritu de Leonardo; ser soldado era en quel tiempo, y tal vez aún hoy, la peor cosa que podía sucederle a un hombre. Prometió pues sinceramente enmendarse y tratar de buscar una manera para estar al abrigo de cualquier capricho policial del terrible mayor. Pero encontrar ocupación para quien nunca se preocupó por eso hasta cierta edad, y así de un día para otro, no era una de las cosas más fáciles.

Sin embargo, el celo de la comadre se puso en acción y pocos días después, ella entró muy contenta y vino a participarle a Leonardo

que había encontrado un excelente empleo que tenía posibilidades según pensaba, de un gran futuro, y lo ponía perfectamente a cubierto de las iras de Vidigal; era el empleo de servidor en la cocina Real. Dejando de lado el sustantivo "cocina", y teniendo en cuenta sólo el adjetivo "real", todos los interesados y el propio Leonardo quedaron boquiabiertos con el hallazgo de la comadre. ¿Empleado de la casa real? ¡oh! esa no era cosa de rechazar; ¡y además empleado en la cocina! esa mina inagotable tan productiva y tan rica! . . . la propuesta de la comadre fue aceptada sin ningún pero por parte de nadie.

Cómo la comadre había conseguido semejante cosa para su ahijado, es algo que poco nos debe importar.

A los pocos días, Leonardo se encontró instalado en su puesto, muy orgulloso y contento de sí mismo.

El mayor, que no lo perdía de vista, supo de sus pasos y se mordió los labios de rabia cuando lo vio tan bien acuartelado; sólo dejando la vida que llevaba Leonardo podía eliminarle al mayor cualquier pretexto para ponerle la mano encima tarde o temprano.

—¿Si se enmienda? —decía apesumbrado el mayor— si se enmienda yo pierdo mi venganza . . . pero . . . (y esta esperanza lo alentaba) él no tiene cara de haber nacido para enmiendas.

El mayor tenía razón: Leonardo no parecía haber nacido para enmiendas. Durante los primeros tiempos de servicio todo marchó a las mil maravillas; sólo algún mal intencionado podría notar en casa de Vidita una cierta holgura desacostumbrada en la despensa; pero no era cosa que alguien tomara en cuenta.

Pero Leonardo parece que había recibido de su padre la fatalidad de que los infortunios le llegaban por culpa de los devaneos de su corazón.

Dentro del patio de la cocina real vivía un *funcionario*³⁶ en compañía de una joven que lo cuidaba: la joven provocaba pena a quien la veía en manos de tal poseedor.

Leonardo, cuyo corazón era compasivo, tuvo, como todos, pena de la joven; y, apurémonos a decirlo, era tan sincero ese sentimiento que no pudo dejar de despertar también la más sincera gratitud. Quién pagó el pato de la pena de uno y de la gratitud de la otra fue el *funcionario*.

³⁶En el original *toma-largura*. Nombre genérico dado popularmente a los empleados subalternos de la Casa Real.

Vidita comenzó a extrañarse de la asiduidad del nuevo empleado en su cargo y a notar cierto enfriamiento de él para con ella.

Un día el *funcionario* había salido de servicio; nadie lo esperaba tan temprano: eran las 11 de la mañana. Leonardo, por uno de esos millares de pasadizos que existen en la cocina real, había ido de visita a la casa del *funcionario*. Pero nadie piense que era con malas intenciones. Por el contrario, era con el muy loable propósito de llevarle a la pobre muchacha un tazón de caldo del que hacía poco había sido mandado al rey. Obsequio de empleado de la cocina. No hay aquí nada de censurable. Sería sin embargo muy digno de reprobación que, quien recibiera tal obsequio no intentase pagar con un gesto de cordialidad; la muchacha invitó pues a Leonardo para que la ayudara a tomar el caldo. ¿Y sería él tan grosero de no aceptar tan gentil ofrecimiento? Aceptó.

De repente se oye abrir una puerta: la muchacha, que tenía el tazón en la mano, se estremece y el caldo se derrama.

El *funcionario* que acababa de llegar inesperadamente, fue el causante de todo. Leonardo corrió precipitadamente por el camino más corto que encontró; sin duda fue a buscar otro caldo, una vez que el primero se había derramado. El *funcionario* también corre para darle alcance, sin duda para pedirle que esta vez trajese una cantidad que alcanzase para un tercero.

El caso fue que al rato se oyó allá adentro un barullo de platos rotos, de muebles tirados al piso, gritos, alaridos; se vio después a Leonardo atravesar el patio de la cocina a la carrera y al *funcionario* volver con los galones del uniforme arrancados y éste con un faldón menos.

.....
Al día siguiente, Leonardo fue despedido de la cocina real.

XVI
CELOS

AL DÍA siguiente Vidigal ya sabía de principio a fin lo que le había sucedido a Leonardo y se puso alerta puesto que la ocasión era oportuna.

Leonardo había entrado a la cocina real con el pie izquierdo: la tormenta por la que había pasado, no fue nada en comparación con la que le cayó en las espaldas cuando en casa se supo de la verdadera causa de su despido.

Es una gran desgracia que la mujer que amamos no corresponda a nuestros afectos; pero tampoco es pequeña desventura el caer en manos de una mujer a quien se le metiöen la cabeza querernos mucho de verdad. Leonardo podía dar prueba de esta última verdad. Vidita era celosa hasta más no poder; ahora bien, las mujeres tienen una infinidad de maneras de manifestar ese sentimiento. A algunas se les da por llorar en un rincón y allí derraman con aire de mártires diluvios de lágrimas: esto es muy cómodo para quien las tiene que soportar. Otras recurren a las represalias y, en ese caso, superan incontinenti a quienquiera que sea: esa manera es seguramente muy agradable para ellas mismas. Otras no usan la más leve represalia, no vierten una lágrima, pero por el espacio de ocho a quince días, desde que despunta la aurora hasta que cae la noche, rezongan un rosario de lamentaciones en el que entran su padre, su madre, sus parientes y amigos, su compadre, su comadre, su dote, sus hijos e hijas y todo lo demás; esto sin cesar un solo instante, sin un segundo de descanso; de manera que dejan en la cabeza del pobre que la escucha un vocerío eterno, capaz de ablandar a un cerebro de piedra. Otras entienden que deben aparentar desprecio y hacer poco caso; éstas se vuelven divertidas y

da gusto verlas. Otras, en fin, se hacen presa de un furor violento e irreprimible: maldicen, blasfeman, rompen los muebles, desgarran la ropa, golpean a los esclavos e hijos, insultan a los vecinos: esta es la peor de todas las manifestaciones, la más desesperante, la menos económica y también la más infructífera. Vidita pertenecía a este último grupo.

Apenas, como hace poco decíamos, se supo la verdadera causa del despido de Leonardo, se desató un temporal que sólo tendrá semejante el que ha de preceder al fin del mundo. Después de gritar, llorar, maldecir, blasfemar, amenazar, romper, quebrar, destruir, Vidita se paró un instante, se concentró, meditó y después, como tomando una gran resolución:

—Madre mía —dijo dirigiéndose a una de las viejas— quiero su mantilla. . .

—Hija de Dios —respondió la vieja— ¿qué desatino es este? ¿adónde vas a ir ahora de mantilla?

—Yo sé adónde voy. . . quiero su mantilla. . . se lo dije. . . quiero su mantilla. . .

Todos se reunieron alrededor de Vidita, sorprendidos por aquella resolución.

Leonardo estaba sentado, o mejor dicho, encogido en un rincón, quieto y silencioso.

—Quiero su mantilla, madre mía; la quiero y la quiero. . .

—¿Pero adónde vas a ir muchacha? ¡Ay Dios mío! . . . esto es cosa de hechicería.

—Quiero ir a la cocina real.

—¡Jesús!

—Quiero ir. . . ¿Qué me importa que sea la casa del rey? Iré. . . he de buscar al tal *funcionario*. . . quiero hacerle dos preguntas. . . y, como que el niño Jesús es hijo de la Virgen, en la tal cocina real no quedará nada en pie.

—¡Qué locura, muchacha. . . qué desatino!

Los dos primos se reían interiormente de lo que estaba sucediendo.

No hay cosa más eminentemente prosaica que una mujer cuando se enfurece. Todo cuanto en Vidita había de requiebro, de languidez, de voluptuosidad, había desaparecido, estaba fea y hasta repugnante.

Nadie la pudo desviar de su propósito: se colocó la mantilla y se dispuso a salir; ruegos, llantos, nada la pudo detener.

Leonardo vio que el asunto se ponía peor y habiendo permanecido hasta entonces callado, se decidió también a pedirle a Vidita que no saliese. Fue, como se acostumbra decir, peor el remedio que la enfermedad.

—¡Qué! —responde Vidita— ¡eso es lo único que faltaba! ¿por qué no he de salir? ¡Habrás visto! ¿por qué el señor me lo pide? vaya . . .

Y salió.

Comenzaba a anochecer.

La gente de la casa quedó sumida en la mayor aflicción; nadie sabía lo que se debía hacer. Leonardo tomó la resolución de acompañar a Vidita para ver si podía detenerla en el camino.

Vidita caminaba tan rápido que al principio Leonardo casi la perdió de vista; finalmente consiguió alcanzarle y le pidió que volviese, haciéndole las mayores promesas de enmendarse de allí en adelante y de no darle más motivos de disgusto. Pero Vidita no entendía razones y continuaba caminando. Leonardo recurrió a las amenazas: Vidita redobló los pasos; volvió de nuevo a rogarle: Vidita continuaba caminando.

Ya estaban en la plaza de Palacio; Vidita, casi corriendo, dejó a Leonardo algunos pasos atrás, entró mucho antes que él en la cocina real y desapareció. Leonardo se paró un instante vacilando entre seguirla o no. Finalmente se decidió a entrar. En el momento en que iba trasponiendo el umbral del portón, retrocedió repentinamente y ya se iba a disparar a la carrera cuando una mano delgada pero vigorosa lo detuvo agarrándolo por el cuello de la chaqueta: era la mano del mayor Vidigal, con quien había tropezado al querer entrar y de quien pretendía huir. Viendo que le sería inútil cualquier tentativa, porque por allí cerca había guardias, Leonardo se resignó. El mayor lo miró soltando una risita maligna y sólo le dijo muy pausada y tranquilamente:

—Bien, vamos . . .

Leonardo entendió bien el significado de esas dos palabras y caminó, al lado del mayor, en la dirección que éste le indicaba.

XVII

FUEGO DE PAJA

DEJEMOS a Leonardo con su destino acompañado del mayor Vidigal y vamos a ver lo que pasó en la cocina real después de su prisión. Vidita indagó aquí y allá y entró como un rayo en la casa del *funcionario*. La joven del *caldo*, encontrándose en esa ocasión desprevenida, sufrió un gran susto con la llegada de Vidita que, dándose cuenta por instinto que aquélla era la causa de sus males, dejó la mantilla sobre una silla y se abalanzó sobre ella.

—Vengo aquí —le dijo— para decirle en su propia cara que usted es una criatura sin sentimientos. . .

La joven, no pudiendo atinar cuál era el significado de eso, quedó asombrada y sin saber qué responder.

Vidita prosiguió:

—No tiene sentimientos, se lo digo, y nadie me va a contradecir.

—¡Quiero saber qué diablos de historia es esta! —bramó una voz fuerte.

Era el *funcionario* que, encontrándose en casa en aquella ocasión y habiendo oído las dos primeras acusaciones de Vidita, se acercó para enterarse de lo que pasaba.

Por más arrogante que fuese la voz del *funcionario* y por más amenazadora que fuese su figura casi hercúlea, Vidita no retrocedió un solo paso y no deshizo una sola arruga de la frente, más bien pareció mostrar que su presencia allí favorecía sus intenciones; tanto, que dirigiéndose a él lo apostrofó de la siguiente manera:

—Usted es un hombre que no sé para qué tiene barba en la cara...

La sorpresa, e inclusive también la figura de Vidita descompuesta de rabia, lo desarmaron un poco y respondió suavemente:

—Entonces, muchacha ¿vino sólo para decir cosas tan bonitas? ¿quién la trajo aquí?

—Vaya ¿quién me iba a traer? —respondió Vidita en tono de mofa, lanzando al tercer personaje de esta escena una significativa mirada— vaya ¿quién me iba a traer? ¡Qué! yo sólo vine a ver si podía tomar un *caldo*.

La joven del *funcionario* empalideció, éste abrió desmesuradamente los ojos y meneó la cabeza como diciendo “entiendo” y ya estaba por enojarse por el recuerdo de aquel hecho, que la humildad de su compañera y tal vez hasta su humor había hecho olvidar. Pero Vidita, para decir aquellas últimas palabras había serenado un poco su semblante y habían ganado mucho sus encantos hasta entonces desfigurados por la rabia; además de esto, al pronunciar el “qué” de costumbre, esbozó una ligera sonrisa, dejando ver sus magníficos dientes.

El *funcionario* parecía pertenecer a la familia de los Leonardos; se enterneció inmediatamente y no tuvo ánimo más que para sonreírse y para responder en tono desconcertado:

—¡Vaya!

—Vaya —replicó Vidita— todo lo que se le ocurre decir es “vaya”. ¡Pero es preciso no tener una pizca de vergüenza! estas dos criaturas nacieron una para la otra: Dios los hizo y el diablo los juntó; una toma *caldo* y el otro dice “vaya”. . .

Recogió la mantilla y trató de salir.

Todo había resultado un fuego de paja. Ella había esperado encontrar respuestas enérgicas a sus invectivas y con este proyecto había imaginado mil planes de ataque, de defensa, de gritería, de golpes, de prisiones, etc. Pero nada de eso había sucedido y sin saber por qué, ella misma se sentía un poco aliviada, incluso hasta casi satisfecha. Soltó algunas descargas más contra ambos; explicó quién era, pero no dijo lo que quería. Al final sin haber hecho nada, salió diciendo:

—¡Ah! ¿Pensaban que la cosa quedaría así? Les dije pocas, pero buenas.

El corazón de la mujer es así; parece hecho de paja, se incendia con facilidad, produce mucho humo, pero en cinco minutos se convierte en ceniza que el más leve soplo dispersa y desvanece.

El *funcionario*, apenas la vio salir, en lugar de prorrumpir en insultos contra su compañera, como ella lo esperaba, pálida y trémula, se mostró incluso tranquilo, pretextó un quehacer y salió también inmediatamente. Le daba vueltas en la cabeza un plan cuya

realización sería como se acostumbra decir, matar dos pájaros de un tiro.

Vidita lo había encantado; Leonardo lo había ofendido; conquistar aunque sólo fuese una diminuta parte del amor de Vidita sería al mismo tiempo, vengarse de Leonardo y alcanzar el triunfo de un deseo. Por más imposible que le pareciese el asunto, no por eso se desanimó; era tenaz y paciente.

Acercándose al portón de la cocina real le preguntó al centinela la dirección que Vidita había tomado, la siguió y al poco tiempo la alcanzó; la acompañó de lejos para saber dónde vivía y la vio entrar en su casa.

XVIII

REPRESALIAS

CUANDO VIDITA llegó a la casa encontró a toda la familia en el mayor susto y confusión por el desatino que ella acababa de cometer; las dos viejas al verla entrar se le echaron al cuello y la cubrieron de abrazos, de besos y lágrimas. Pero ella estaba aún bajo la influencia de las emociones violentas por las que acababa de pasar y no pudo corresponder a aquellas pruebas de afecto; se dejó caer sobre una banqueta y permaneció callada por algún tiempo, sin dar la menor respuesta a las mil preguntas que le eran dirigidas. Ese silencio aumentaba más la ansiedad de la familia; finalmente decidió romperlo, exclamando:

—¿Pensaban que el asunto iba a quedar así? Se engañaron. . . ¡Qué! quiero que sepan quién soy yo. . .

—Entonces muchacha, fuiste a hacer alguna burrada. . .

—Burrada. . . hice lo que cualquier mujer que tiene sangre en las venas hace. . . Y ahora que él venga acá, que aún tenemos cuentas que ajustar. . .

—En verdad, no está aquí. . . ya tendría que haber llegado, pues salió detrás de ti. . .

—Cierto. . . —agregó Vidita con cierto susto— él no entró en la cocina real y cuando salí no lo vi más. . .

—¿No le habrá sucedido algo? ¡El mayor se la juró!

—¡El mayor! —repitieron todos con visible susto.

Y la confusión renació en casa porque, como los lectores habrán visto, a pesar de los sinsabores que Leonardo causaba a aquella familia, todos allí, excepto los dos primos rivales, lo querían mucho. Hablarle a los dos primos para que lo fuesen a buscar, era actitud

que a nadie se le ocurría, seguros de que se negarían. Tuvieron, pues, que esperar a que llegase de la calle el antiguo sacristán de la Catedral, para darle instrucciones precisas.

Los lectores tal vez se habrán extrañado de que en todo cuanto ha sucedido en casa de Vidita, no hayamos hablado de este último personaje; lo hemos hecho a propósito, para dar así a entender que él no ha tomado parte alguna en nada de lo sucedido.

La causa remota y primordial de todos estos acontecimientos fue a consecuencia de su amistad mediante la cual Leonardo se unió a la familia y se puede considerar muy feliz de que no hayan caído sobre él culpas de las que con dificultad se podría defender; hombre de tacto, había conservado una posición absolutamente neutral en todas aquellas luchas. He aquí, pues, la causa de nuestro silencio sobre él.

Infelizmente, aquella noche se recogió más tarde que de costumbre y cuando llegó ya no estaba a tiempo de hacer nada. La familia pasó la noche en la mayor ansiedad, desvanecidas, desde cierta hora en adelante, las esperanzas de ver llegar a Leonardo. Nadie dudaba de que alguna cosa le había sucedido y en las tenebrosas escenas que cada uno imaginaba, la figura del mayor Vidigal aparecía siempre en primer plano; nadie dudaba tampoco que cualquier cosa que le hubiese sucedido a Leonardo, el mayor tendría por fuerza parte activa e importante si no principal.

Así, al amanecer del día siguiente, el primer lugar adonde mandaron a preguntar por él, fue en la Casa de la Guardia. Pero, con sorpresa no se encontraba allí ni tenían noticias suyas; se le buscó en diversos lugares y nada nuevo, ni nuevas ni recados. Por idea de Vidita fueron a buscar a la comadre y le informaron de lo ocurrido; la pobre mujer que ignoraba todo se llevó las manos a la cabeza:

—Ese muchacho nació en mal día —dijo ella— o le echaron mal de ojo; de lo contrario no puede ser. . .

Y en seguida se puso en camino para buscar al ahijado.

En la comadre estaban fundadas todas las esperanzas; nadie dudaba que apenas ella se pusieran en acción, rápidamente se sabría el destino de Leonardo. Todos se engañaron, porque ni la propia comadre fue capaz de dar con él, por tan buen camino lo había llevado el mayor. Pasaron muchos días en la más completa ignorancia con respecto a su destino y comenzaron desde entonces a aparecer sospechas de que él mismo tal vez había tenido interés en ocultarse y de que esa era la causa por la cual no lo habían descubierto. Esas

sospechas crecieron y cierta indignación comenzó a aparecer en toda la familia contra semejante proceder. La indignación aumentó y tomó repentinamente proporciones de intenso odio, hasta por parte de las dos viejas.

Realmente, de ser verdad lo que pensaban, no habría peor ingratitude que la de Leonardo para con aquella familia que tan benignamente lo había acogido. En las invectivas dirigidas a cada momento contra él Vidita tomaba siempre el primer lugar, y tenía razones para ello; además de tener contra él las razones que tenían todos los otros, tenía aún el despecho del amor ofendido. En ciertos corazones el amor es así, todo cuanto tiene de tierno, de delicado, de fiel, desaparece después de ciertas pruebas y es transforma en un odio incurable.

Una cosa singular había notado Vidita desde que había ido a la cocina real, y fue que no pasaba un solo día en que no viese por lo menos dos veces al *funcionario*. Ella lo había mostrado a la familia y ya todos lo conocían. Al principio eso la incomodó, y aún más, el hecho de que él no dejara pasar una sola oportunidad sin sacarse el sombrero con aire risueño; semejante cosa le parecía una prueba de gran falta de vergüenza. Más tarde comenzó a sospechar que aquel pasar constante y aquellos saludos debían necesariamente tener alguna explicación.

Sucedió que una de las viejas, la madre de Vidita, confesó no encontrar mal parecido al *funcionario* y esta idea pasó a toda la familia. Un día, una de las viejas que se encontraba en la ventana con Vidita en la ocasión en que pasaba el *funcionario*, dijo entre dientes y como indiferentemente:

—Si fuese conmigo, yo sabría lo que tendría que hacer. . .

Vidita, si bien no le pidió explicación de lo dicho, con todo no dejó de prestarle atención y de pensar en eso por algún tiempo.

Al día siguiente, la misma vieja la llamó desde la ventana a la misma hora que el día anterior; el *funcionario* pasó como siempre y la saludó. La vieja dijo en esta ocasión, como completando su pensamiento de la víspera:

—Pues yo le haría una mala pasada al tal Leonardo. . . y estaría muy bien hecho, porque sería hacerla contra él y contra *ella*.

Leyendo en la intimidad del pensamiento de la vieja con nuestra libertad de narrador de cuentos, diremos al lector que no lo haya adivinado, que aquel *ella* se refería a la muchacha del *caldo*.

Dada esta explicación, los menos perspicaces sin duda compren-

derán en qué consistía la mala pasada que la vieja le jugaría a Leonardo.

Vidita, que no tenía nada de tonta, comprendió todo a las mil maravillas y con tanta mayor facilidad, digamos a los lectores, por cuanto el pensamiento de la vieja correspondía a sus propios pensamientos. Después de esto se repitieron algunas indirectas más por parte de la vieja, y finalmente Vidita accedió a comenzar el juego.

Ahorraremos a los lectores ciertos detalles y diremos que el resultado de todo aquello pudo verse, pocos días después, cuando el *funcionario* fue a la casa de Vidita ¡¡para hacer una visita a la familia!!

Las visitas continuaron y por el vecindario comenzó a oírse un rumor que tenía tanto de malévolos como de verdadero.

Así estaban las cosas. La paz había sido restablecida en la familia. No sé quién propuso que se festejase el restablecimiento de la tranquilidad en la casa con una juerga fuera de la ciudad. La idea se puso en marcha. Por casualidad escogieron como lugar de la fiesta los "Cajueiros", donde la familia había conocido a Leonardo.

El *funcionario* fue invitado, no podía dejar de serlo porque él era uno de los motivos de la fiesta. Pero infelizmente tenía un defecto: como cosa común acostumbraba beber más de la cuenta; cuando tenía algún motivo para estar alegre acostumbraba doblar la dosis y cuando esto sucedía se le daba por ser valentón y peleador. De esto resultó que en medio de la juerga, en ocasión de la cena, se dio por ofendido, pero no sabemos por qué y comenzó a tomar la estera que servía de mesa por las puntas y hacer volar sobre la cabeza de los invitados platos, botellas, vasos y todo lo demás. Los dos primos quisieron contenerlo, pero no lo consiguieron; Vidita lloraba, las viejas se maldecían; unos intentaban restablecer la paz y otros aumentaban el desorden. En consecuencia reinaba una gritería infernal.

Cuando menos lo esperaban, se vio surgir entre los arbustos al mayor Vidigal cerrando un círculo de granaderos que partían de su derecha y de su izquierda y que rodeaban a todo el grupo.

—Prenda a aquel hombre, granadero —dijo el mayor a uno de sus soldados, apuntando hacia el *funcionario* que se hallaba de pie tambaleando y sosteniendo en una mano un cesto en que había traído la harina y en la otra una botella con la que amenazaba a los presentes.

Ante la orden del mayor, el granadero titubeó; toda la familia reuniéndose en grupo, soltó un grito de terror señalando al soldado.

—¡Y bien! —insistió el mayor viendo aquel titubeo.

El granadero dio un paso hacia el *funcionario*.

—Despacio con la vajilla, camarada —le bramó— recuerde que aún no ajustamos cuentas respecto a aquel *caldo* . . .

El *funcionario* acababa de reconocer en el granadero a nuestro amigo Leonardo, como toda la familia lo había reconocido en cuanto apareció.

En efecto, era él.

EL GRANADERO

ESTABAN PUES, ajustadas totalmente las cuentas entre Leonardo y el *funcionario*; se habían vengado uno del otro; el último golpe en la lucha le había competido a Leonardo; él bendijo la casualidad y al mismo mayor Vidígal, por haberle concedido la ocasión de ir a arrancar de labios de su rival la copa de la ventura. Hasta agradeció el que lo hubiesen hecho recluta; y bien dijimos nosotros que para él no había fortuna que no se transformase en desdicha, y desdicha de la que no resultase fortuna.

El *funcionario*, como dijimos, había sido detenido por Leonardo y los lectores, familiarizados con el destino que tenían todos los prisioneros del mayor Vidígal, ya adivinan que lo destinaron a la Casa de la Guardia en la plaza de la Catedral. Pero el estado en que se encontraba no permitió que lo llevasen hasta allá. Los vapores que del estómago le habían subido a la cabeza, se fueron poco a poco condensando y, en medio del camino, le pesaban sobre el cerebro veinte arrobas; al no poder sostener la cabeza, se abandonó al tronco, que encontrando el peso excesivo quiso apelar a las piernas; pero éstas no eran muy fuertes y, curvándose trémulas y bamboleantes, hicieron que el valentón de hace poco quedase tendido en la ladera. Los soldados no lo pudieron levantar, porque era, como dijimos al principio, de una corpulencia colosal. Fue pues menester abandonar a la presa; el mayor no tuvo gran dificultad en hacerlo, primero por el trabajo que daría cualquier otra resolución, segundo, porque el *funcionario* no dejaba de ser persona de la casa real y en esa época tal cualidad traía consigo no pocas inmunidades.

Leonardo intentó aún algunas medidas para que no se le escapase así, sin un resultado más pomposo, la primera presa que ob-

tenía, pues esto era de mal augurio para su futuro militar, pero de todos modos su mejor venganza estaba tomada.

El *funcionario* quedó, pues, abandonado en la ladera.

Satisfagamos ahora en pocas palabras la curiosidad que sin duda tienen los lectores de saber cómo había llegado Leonardo a la posición en que se encontraba. Atrapado por el mayor en la puerta de la cocina real, como se sabe fue conducido a un lugar seguro por él mismo en persona, de donde sólo había salido para ser reclutado en el Regimiento Nuevo. Todos los batallones que había en la ciudad tenían una compañía de granaderos y, habiendo una vacante en la del Regimiento Nuevo, Leonardo fue elegido para cubrirla. Al enterarse de esto, el mayor lo reclamó para su servicio (porque era de esas compañías de granaderos que proporcionaba soldados para el servicio policial) pues como hombre de experiencia en aquellas cosas, había presentido que él sería un valioso auxiliar. Hasta cierto punto el mayor no se equivocó. En efecto, Leonardo, siendo naturalmente astuto y habiendo vivido hasta ese momento en una rica escuela de vagancia y holgazanería, debía conocer todas las mañas del oficio. Pero había una circunstancia que le impedía prestar buenos servicios, y era que en el propio Leonardo, con sus propias hazañas, muchas veces el mayor tenía que perder el tiempo que necesitaba para lo demás. El poder de los hábitos adquiridos era tal en él, que ni siquiera el rigor de la disciplina le servía de barrera.

Relatemos la primera diablura que se le ocurrió poner en práctica después de vestir uniforme y que fue tanto más sensible por cuanto al principio se había mostrado como un soldado de tal manera serio que casi iba adquiriendo reputación de rígido.

A los graciosos y juerguistas de la ciudad, a quienes el mayor Vidigal daba caza constantemente, se les ocurrió inmortalizar sus hazañas de alguna manera e inventaron un fado con el siguiente estribillo:

Papá lelé, seculorum

En este fado, el personaje principal representaba al mayor que, haciéndolo figurar como muerto, quedaba amortajado en medio de la sala; los demás personajes le cantaban alrededor cánticos alusivos, que terminaban todos con el estribillo que antes indicamos.

El mayor, que supo de esto, andaba en busca de una ocasión oportuna para tomar revancha de semejante burla que daba a entender cuál era a su respecto el deseo de los que lo habían inventado. Recibió un día la denuncia de que en una casa del monte de la Con-

cepción se preparaba para esa noche un riguroso *papá lelé* y dispuso las cosas para sorprender a los del grupo en flagrante.

A la hora oportuna mandó a dos o tres granaderos adelante, de a uno por vez, para examinar lo que sucedía, habiendo convenido en principio una señal positiva y otra negativa que indicase a unos y a otros si había o no ocasión y motivo para dar el asalto; el granadero que debía aproximarse más a la casa debía comunicar estas señales al que estuviese después de él; éste se la pasaría al otro, quien haría lo mismo hasta llegar al lugar en que se encontraba el mayor; era un verdadero sistema de reconocimiento del campo enemigo, como si se tratase de una gran campaña. En caso de darse la señal positiva, marcharían para el asalto; dada la señal negativa, se dispersarían en silencio, porque uno de los mayores caprichos del mayor era no demostrar nunca que había sido burlado. A Leonardo le cupo la función de ser la centinela más próxima al enemigo y de dar la primera señal. Marchó pues adelante y los compañeros se apostaron a la espera. Esperaron por largo tiempo y se cansaron de esperar; finalmente, cuando ya se disponían a contravenir las órdenes y a abandonar su puesto para buscar a Leonardo, oyeron tres veces seguidas un largo silbido que era la señal negativa convenida. En virtud de esto se dispersaron exasperados y fueron a reunirse luego con el mayor ladera abajo, en el lugar que da a la entrada del Aljube. Allí reunidos, esperaron durante mucho tiempo a Leonardo sin que éste apareciese. El mayor comenzó a preocuparse con el caso; de nuevo y repentinamente dio orden de subir al cerro. En efecto, subieron y esta vez marchando el mayor adelante fueron a visitar a la casa indicada. Para sorpresa de todos, apenas se fueron acercando vieron luces y oyeron el zum-zum de las guitarras y la tonada de las canciones. Adentro hervía el riguroso fado. Sin precisar de grandes precauciones, porque todos parecían estar entregados a la mayor seguridad, el mayor cercó la casa y sorprendió a todos con las manos en la masa. Estaban exactamente en el punto solemne de la ceremonia.

El personaje que representaba el *Papá*, amortajado en una sábana con la cabeza cubierta, estaba acostado en el piso y la chusma alrededor cantaba y bailaba.

Cuando el mayor golpeó la puerta y entró, acompañado de su gente, todos quedaron helados de miedo; el sujeto que se encontraba amortajado sufrió un tremendo estremecimiento y después quedó inmóvil, como si fuera de piedra, representando con más propiedad de lo que tal vez desease el papel de muerto. Según su cos-

tumbre, el mayor hizo continuar por algún tiempo más la diversión en su presencia. Después comenzó a indagar las ocupaciones de cada uno y, conforme a lo que escuchaba, los iba mandando a sus casas o poniéndolos aparte, para darles mejor destino. Durante toda esta escena, que llevó su tiempo, el amortajado se mantuvo inmóvil, en la misma posición, con la cabeza cubierta.

Indagado todo el grupo, el mayor le dijo:

—¡Hey! camarada amortajado ¿así que usted realmente quiere que de allí lo lleven al nicho?

Ni un movimiento como respuesta.

—¡Ah! está muerto; perdió la palabra; es natural.

Silencio profundo.

El mayor hizo una señal a uno de los granaderos, quien tocó al sujeto con la punta de la bayoneta; pero ni siquiera con esto se movió. A una nueva señal del mayor el granadero le descargó un tremendo latigazo. Con esto el muerto resucitó, se puso de pie de un salto, pero intentó escaparse por la ventana, conservando siempre la cabeza cubierta; los granaderos lo agarraron y el mayor le dijo:

—Hombre, no por estar muerto tiene que tener tanto apuro en ir al infierno: primero hable con nosotros.

Y sacándole la tela de la cara agregó:

—Ahora vamos a ver la cara del difunto. . .

Un grito de espanto, acompañado por una estruendosa carcajada de los granaderos, interrumpió al mayor. Descubierta la cara del *muerto* ;reconocieron en él a nuestro amigo Leonardo!

NUEVAS DIABLURAS

NO SABEMOS si para Leonardo valió el hecho de que aquella era la primera ocasión en que incurría en error, habiendo mantenido hasta entonces la más rigurosa observancia de todos sus deberes, o si su misma audacia le granjeó más de hecho las simpatías del mayor; el caso fue que además de las risas, de las burlas de sus camaradas y del trance pasado durante la media hora en que había estado amortajado, no le sucedió nada más; para espanto de todos y principalmente de él mismo, el mayor había dado de ese modo una gran prueba de desusada benevolencia. Leonardo, pues, estuvo por algunos días cabizbajo y pensativo, como aplastado por el peso de grandes remordimientos; sus camaradas le sacaban partido a eso: lo hacían objeto de burlas y no le dejaban dentro de la compañía un solo instante de sosiego.

—Aún no está bien resucitado —decía uno pasando al lado de él.

—Pero no —decía otro— él ya no es de este mundo.

—*Papá lelé, seculorum* —entonaban otros en coro.

El no daba la menor respuesta a ninguna de estas cosas y en esto hacía bien porque de ese modo le ahorraba a sus despiadados camaradas el tema para nuevas burlas. Pasados aquellos momentos todo fue olvidado y las cosas siguieron en su camino natural.

Un día el mayor anunció que había una gran e importante investigación que hacer.

Había un endiablado juerguista que era el ejemplo perfecto del mal viviente de aquella época y cuyos pasos hacía muchos meses seguía el mayor, sin que encontrase ocasión de pillarlo; pequeño sujeto cuya ocupación era una indescifrable adivinanza para mucha

gente, andaba siempre más o menos equipado: todo cuanto de mayor valor poseía era un abrigo en el que constantemente andaba enfundado y una guitarra que jamás dejaba. Gozaba de reputación de hombre muy divertido y no había fiesta de cualquier género a la cual no se le invitara. En cumplir con esas invitaciones gastaba todo su tiempo. Comúnmente amanecía en una juerga que había comenzado en la víspera, un cumpleaños por ejemplo; al salir de allí iba a una comida de bautismo; a la noche tenía una cena de casamiento. La fama que tenía de hombre divertido y que le proporcionaba tan buenas oportunidades de pasar el tiempo, la debía a ciertas habilidades y, principalmente, a una en la cual no tenía rival. Tocaba la guitarra y cantaba muy bien *modiñas*, bailaba el fado con gran perfección, hablaba como los negros³⁷ y como ellos cantaba admirablemente, fingía tener un defecto físico con mucha naturalidad, imitaba perfectamente la forma de hablar de los niños del campo, sabía millares de adivinanzas y, finalmente —he aquí su más raro talento— sabía con tanta perfección hacer una variedad infinita de muecas que nadie era capaz de imitar. Era en consecuencia la delicia de las divertidas reuniones en las que participaba. A quien daba una fiesta en su casa, y quería tener un grupo y buena compañía, le bastaba solamente anunciar a los invitados que Teotonio (así se llamaba) se encontraría presente.

Ahora bien, con respecto a su ocupación o medio de vida, que para muchos era, como dijimos, un impenetrable secreto, el mayor Vidigal tanto hizo que la descubrió; en determinados días de la semana se reunían en el sótano donde él vivía cierto número de personas que hasta altas horas de la noche permanecían allí metidas: Teotonio era banquero de un grupo de juego.

El mayor quería sorprenderlo en flagrante, y como intentaba hacerlo desde hacía mucho sin poder conseguirlo, por ser siempre burlada su vigilancia debido al cambio constante que los del grupo hacían de sus días de reunión, resolvió detener a Teotonio en la primera ocasión y después servirse de él para la captura de los otros compañeros.

Como los lectores recordarán Leonardo el viejo, o sea Leonardo Pataca vivía con la hija de la comadre; de ella tenía un descendiente a cuyo nacimiento nosotros los hicimos asistir. Pues a pesar de haber ya pasado algún tiempo, la criatura aún no estaba bautizada.

³⁷Probablemente quiere decir que imitaba en forma burlesca las lenguas habladas por los esclavos africanos.

Leonardo-Pataca, a instancias de la comadre que se afligió mucho con esa demora, decidió finalmente el día en que ella se haría cristiana. Según los inmutables hábitos, debía haber fiesta en esa ocasión y, según la moda, Teotonio fue invitado. El mayor se había enterado de todo; era exactamente allí donde lo esperaba y había decidido detenerlo. Para ello había dado a sus soldados las instrucciones que antes mencionamos.

Era el destino del mayor tener siempre que andar desbaratando placeres ajenos; e infelicidad para nosotros que escribimos estas líneas estar cayendo en la monotonía de repetir casi siempre las mismas escenas con ligeras variantes; pero la fidelidad con que acompañamos la época, de la cual pretendemos esbozar una parte de las costumbres, nos obliga a ello.

A la hora convenida el mayor llegó a la casa de Leonardo-Pataca; como no había el menor motivo para violencias, porque todo se desarrollaba en la más perfecta paz, el mayor entró solo, con permiso previo de Leonardo-Pataca y asistió a la diversión. Cuando él llegó, Teotonio estaba justamente en escena con sus habilidades. Habiendo agotado ya todas ellas iba a recurrir a la última, que era la de las muecas. Es preciso hacer notar que él no solamente sabía hacer muecas a capricho, sino también las sabía hacer imitando más o menos una u otra cara conocida; era eso lo que hacía morir de risa a los presentes.

Estaban todos sentados y Teotonio, de pie en medio de la sala, miraba a uno y representaba una cara de viejo, se volteaba repentinamente hacia otro y representaba una cara de bobo riéndose neciamente; y así durante un buen rato mostrando cada vez un tipo nuevo. Finalmente, habiendo agotado todo su arte, corrió a un rincón, se colocó en una posición en que pudiese ser visto por todos al mismo tiempo y representó su última hazaña. Todos se echaron a reír estruendosamente apuntando hacia el mayor.

Acababa de imitar con mucha semejanza la cara larga y chupada de Vidigal.

El mayor se mordió los labios dándose cuenta de la burla de Teotonio; y si ya tenía buenas intenciones con respecto a él, fueron mejores las que tuvo en esa ocasión.

Las risas continuaron por mucho tiempo y él, no pudiendo afrontarlas impasible y no existiendo, como ya dijimos, un motivo justo para una redada, consideró más conveniente retirarse, poniéndose en posición conveniente y esperar que la juerga se desbandase, para

entonces invitar a Teotonio a hacer algunas muecas a los granaderos en la Casa de la Guardia.

Salió pues sumamente ofendido.

Encontrando a sus granaderos que habían quedado a poca distancia, se dirigió a Leonardo y le dio a entender que, queriendo a toda costa prender a Teotonio aquella noche, temía que los de la casa lo sospechasen y lo hicieran escapar por cualquier medio; era pues menester que una persona lo fuese a vigilar de cerca sin que despertase sospechas: esa persona debía ser Leonardo.

—Soy mal visto en casa de mi padre —replicó éste ante la propuesta del mayor.

—Hoy es un buen día para la reconciliación. . .

—Tal vez no quieran recibirme. . .

—¿Y su madrina no se encuentra allí?

—Pero. . . ¿y la hija que es una víbora?

—Víbora o no, irás; la disciplina lo ordena. . . no quiero que ese vago ande tomando impunemente mi cara como original de muecas.

Los granaderos que conocían a Teotonio y sabían de su habilidad, comprendieron de inmediato lo que había sucedido a través de lo dicho por el mayor y a su vez se echaron a reír. Leonardo, con aquel llamado a la disciplina, con la cual no se encontraba en muy buenas relaciones desde la noche del *papá lelé*, venció todas las dificultades y la repugnancia que había manifestado en el desempeño de la misión que le había encargado el mayor y se puso en camino hacia la casa de su padre.

Llegó y golpeó; cuando desde adentro notaron los colores del uniforme y la birretina hubo un grito de miedo y en un movimiento que parecía combinado (¡el mayor tenía razón!) fueron apagadas repentinamente todas las velas de la sala y comenzó a reinar una confusión tla que parecía haberse trabado una lucha entre todos.

Leonardo vio en eso una primera contrariedad, pero no dejó de encontrarle gracia el susto que había causado. Decidió entonces hablar desde afuera para tranquilizar a los medrosos.

—¡Bonito modo de ser recibido un hijo en casa de su padre! Para ser miércoles de cenizas sólo le faltan las matracas. . .

La comadre, que había oído y reconocido la voz de su ahijado, se echó a reír y exclamó:

—¡Vean qué broma! Es Leonardo; traigan las velas, gente; no pasa nada, que el cabo de la guardia es nuestro compadre.

—Ese bribón —rezongó Leonardo el viejo— siempre ha de andar haciendo de las suyas; vean qué susto le causó a toda esta gente. . . amigo Teotonio, baje que no pasa nada. . .

Bajo la luz de la primera vela que traían se vio descender por una puerta a Teotonio, del sotabanco de la sala donde se había escondido.

Apenas puso el pie en el piso hizo de inmediato una mueca de miedo con tanta expresividad que en todos hubo una explosión de hilaridad. Comenzó a salir gente de diversos rincones de la casa y, en presencia de Leonardo, recomenzó la farra.

Algunas personas no dejaron de extrañarse y de recelar de la presencia de Leonardo en aquella ocasión y con aquellas vestimentas después de la salida del mayor; pero la comadre tranquilizó a todos, diciendo que habiendo obtenido él licencia en el cuartel, por no estar de servicio aquel día, había venido al bautismo de su hermana.

—Es medio loco —le repetía a todos— pero es muy cariñoso y nunca se olvida de la familia.

Leonardo confirmaba estos argumentos de la comadre y entretanto iba tomando parte en la diversión, una vez que, en contra de lo que esperaba, todos lo habían recibido bien en casa. A medida que se iba entusiasmando con el placer del fado y de las canciones, Leonardo comenzó a sentir remordimientos por el papel de judas que estaba representando allí; cuando miraba a Teotonio, que desde que había entrado lo había hecho reír tanto, se le oprimía el corazón recordando que él mismo lo iba a entregar al mayor. No pocas veces le pasó por la cabeza hacerlo escapar al avisarle, pero la disciplina y el *papá lelé* le venían a la mente y titubeaba.

Asaltado por estos pensamientos miraba constantemente a Teotonio.

Este, que de tonto no tenía nada, desconfió del asunto; no sabemos con qué instinto leyó lo que pensaba Leonardo y se puso en guardia.

Leonardo tomó repentinamente su resolución.

—Vaya, adiós disciplina —se dijo a sí mismo— haré escapar a este hombre como sea.

Y desde el lugar en que estaba agregó en voz alta:

—¡Ah! Sr. Teotonio, ¿quiere saber una cosa? Pues si pone el

pie afuera de aquella puerta el mayor le pone la gatra encima; que para eso él está afuera esperándolo y para acá me mandó. . .

—¡Diablos! —exclamaron todos.

—Pero nada de sustos; todo se arreglará, que yo no tengo mala voluntad.

—Pero no te comprometas, muchacho —agregó la comadre al oído de Leonardo— mira que con el mayor no se juega y te puede ir mal.

—Vaya, tengo pena de él sólo por esas muecas.

Entonces se juntaron los dos, Leonardo y Teotonio, y juntos concertaron un plan de manera que éste pudiese escapar del mayor, sin que aquél se comprometiese.

La noche estaba ya muy avanzada, los dos ordenaron que saliesen al mismo tiempo muchos invitados y Leonardo, saliendo delante de ellos, fue corriendo a encontrarse con el mayor.

—Allí viene el bicho, Sr. mayor.

—¡Cerco, cerco! —dijo el mayor.

Y se dividieron cada uno por un lado.

El mayor se colocó ante la puerta de un corredor y se puso a vigilar alerta.

Se fue acercando un bulto silbando tranquilamente el estribillo de una *modiña*. Cuando se encontró a corta distancia del mayor éste dio un salto hasta donde él estaba y lo agarró.

Un “ay” débil se hizo oír acompañado por un:

—¡Déjeme! ¿qué es esto?

El mayor prestó atención, no reconoció la voz de Teotonio y vio que había agarrado a un pobre jorobado, además lisiado de la pierna derecha y del brazo izquierdo.

—Váyase al infierno —dijo el mayor— desaparezca de aquí. Yo no sé qué andan haciendo a estas horas por las calles estas figuras.

El lisiado se vio rápidamente libre del susto y por allí se fue, volviendo a silbar su estribillo.

Después de esto se hizo el más profundo silencio; el mayor no vio pasar más que a los invitados de la fiesta y entre ellos no vio a Teotonio.

Y entonces se enfureció y reuniendo a los granaderos le dijo a Leonardo:

—El no salió. . .

—Salió —replicó éste— vestía chaqueta blanca y sombrero de paja, yo lo vi caminar desde allí hasta la puerta donde estaba usted.

—¿De chaqueta blanca y sombrero de paja? —preguntó el mayor.

—Sí señor, y de pantalones negros; no lo atrapé porque en seguida me di cuenta que no iba a escapar de usted, Sr. mayor.

—¡Ah canalla, canalla! —rezongó— esto nunca me había pasado... era el jorobado, el lisiado...

—El sabe hacer muy bien de jorobado y de lisiado —dijo uno de los granaderos— ya lo vi una vez hacer eso, y era tal...

En efecto, era Teotonio el lisiado que el mayor había atrapado.

Leonardo se reía a hurtadillas de la burla que había recibido el mayor.

Pero no tardó mucho tiempo en que no se le amargara ese placer, cuando el mayor supo que todo aquello se había hecho en combinación con él.

DESCUBRIMIENTO

ES MUY ANTIGUO el dicho de que hay algo todavía peor que un enemigo, y es un mal amigo. Uno de los invitados de Leonardo-Pataca se decía muy amigo de Teotonio, y por el empeño que Leonardo había mostrado en librarlo de las garras del mayor, insistió desde luego en compartir con él parte de esa amistad, sin que ninguno de los dos quedase perjudicado. Pocos instantes después de su insistencia, dio la primera prueba de que estaba dispuesto a cumplirlo.

Mientras transcurrían las escenas que acabamos de describir había amanecido; el mayor y su gente se ponían en retirada, pero aún se encontraban en las inmediaciones del lugar en que se había hecho la tentativa de prender a Teotonio, cuando el tal amigo al que nos referimos, que había sido uno de los últimos en salir, encontrando a la patrulla y viendo que Teotonio no iba en medio de ella, llegó a la conclusión de que los planes habían surtido efecto y que el mayor esta vez había sido burlado. Por eso tuvo un acceso de alegría y, olvidando la presencia del mayor, corrió hacia Leonardo, lo abrazó y exclamó con arrebatado ímpetu:

—¡Bravo! ¡como ésta no haces dos en toda tu vida; fue limpia; *él* te quedará agradecido para siempre, y yo con *él* porque soy su amigo y tuyo también!

Leonardo quedó petrificado ante semejante imprudencia. El mayor, que iba cabizbajo pensando en la burla que le acababan de hacer, se volvió repentinamente: la palabra *él* proferida por el terrible amigo, le abrió los ojos. Leonardo salió del torpor en que se encontraba por la voz del mayor que le decía lentamente:

—Regrese preso al cuartel.

Ante esta sentencia, a Leonardo se le llenó el alma de todo cuanto había allí de despecho y de rencor y lanzó una mirada sobre el

imprudente que lo había provocado y que aún muy dueño de sí mismo le apretaba despiadadamente la mano y no parecía estar dispuesto a soltarla tan pronto.

Dejemos ahora a Leonardo, víctima de su dedicación, caminar hacia el cuartel y pasemos a otras cosas. Hace mucho tiempo que no hablamos de D. María y de su gente. Sepan los lectores que, pasada la luna de miel, en que todo habían sido rosas, nuestro amigo José Manuel había mostrado la cara, como se acostumbra decir, e hizo tales cosas que en pocos meses la situación era de guerra declarada; junto a su mujer, Luisita, él se había mudado de la casa de D. María, y por causa de la dote va y la dote viene, herencia aquí y herencia allá, D. María le había puesto una demanda de tal suerte complicada que era de sospechar que los días que le quedaban de vida a la pobre vieja no alcanzarían para verle fin.

José Manuel se había vuelto para Luisita un verdadero marido-dragón, de esos que sólo en aquella época los había tan perfectos y que eran un suplicio constante para las mujeres. Después de mudarse de la casa de D. María, nunca más Luisita había respirado el aire de la calle sino a hurtadillas por las hendijas de la celosía; entonces ella lloraba por aquella libertad de la que gozara otrora; aquellos paseos y aquellas conversaciones junto a la puerta en noches de luna; aquellos domingos de misa en la Catedral, al lado de su tía con su grupo de criollitas atrás;³⁸ las visitas que recibía y Leonardo de quien sentía nostalgia y todo aquello, en fin, que no valoraba mucha en ese tiempo, pero que ahora le parecía tan bello y tan agradable. Habiéndose casado con José Manuel para cumplir con la voluntad de D. María, demostraba hacia su marido una gran indiferencia, que es tal vez el peor de todos los odios.

La vida de Luisita, pues, después de casada, representaba con exactitud la de la mayoría de las muchachas que por entonces se casaban; era por eso que las Viditas no eran raras y que había pocas familias que no tuviesen que lamentar un disgustito del género del que sufrió aquella pobre familia que, habiendo ido al Oratorio de Piedra, había vuelto diezmada a la casa, y cuya historia sirvió de tema a las intrigas de la comadre, cuando quiso poner a José Manuel fuera de combate.

Ahora bien, es natural que, habiendo quedado D. María un poco

³⁸En Brasil, la palabra *crioulo* designó al principio tanto al blanco como al esclavo negro nacido en la colonia, aunque de preferencia a éste. Luego, por extensión, pasó a referirse a cualquier negro, que es la acepción usada en nuestros días. En el texto parece referirse indistintamente a las negras libres y a las esclavas criadas en la casa, siendo prácticamente sinónimo de "cria".

enojada con la comadre por causa de toda aquella intriga que había precedido al casamiento de José Manuel con su sobrina, ahora que estaba en malas relaciones con éste se reanudase el lazo de amistad que por un tiempo se había aflojado; así sucedió en efecto.

Un día las dos se encontraron en la misa y se volvieron a hablar; las desgracias de Leonardo, que formaron parte de esa conversación, enternecieron a D. María, que a su tiempo también refirió a la comadre cuanto le sucedía ahora a la pobre Luisita.

—¡Ay, señora! —decía la comadre, refiriéndose a José Manuel— algo malo presentí cuando veía a aquel maldito; reniego del hombre que es un vagabundo. Ese llevará a la pobre muchacha a la sepultura. ¡Pobrecita! bien criada y mal casada.

—¡Nunca pensé, criatura, nunca pensé que fuese así! ¡Pero qué experto era él! ¡Qué palabritas dulces! ¡Qué santidad aquella! Ahora, señora, ahora soy capaz de creer en la historia de la muchacha robada en el Oratorio de Piedra: tiene valor para hacer tal cosa... Pero me veré vengada. ¡Oh! ¡sí lo haré! tan cierto como que yo estoy aquí; los abogados allí están y me darán ese gusto; en eso confío en Dios.

De esta conversación y de lo demás que siguió, nació la reconciliación entre ambas.

Cuando ciertas amistades se han interrumpido una vez, habiendo incluso sufrió una leve rotura, es difícil que después vuelvan al estado primitivo; pero con otras amistades sucede lo contrario: las interrupciones son provechosas, regresa la paz y parecería que después de esto se vuelven más estrechas. La amistad que existía entre D. María y la comadre era de este último tipo. Por lo tanto, después de aquella conversación en la misa, no sólo volvieron las relaciones entre las dos a su primitivo estado, sino que se volvieron más sólidas que nunca. De allí en adelante no hubo un solo secreto entre ambas que no fuese mutuamente comunicado e hicieron el pacto de ayudarse recíprocamente para poner remedio, una a los males de su sobrina, otra a las diabluras de su ahijado.

Leonardo, como dijimos, se encontraba preso; había logrado informar de esto a la madrina, que en seguida se alborotó no sólo por el hecho en sí como por el generoso motivo que lo había ocasionado. El primer paso, pues, que tuvieron que dar las dos, D. María y la comadre, en virtud de su pacto, fue tratar de lograr la liberación de Leonardo y librarlo de lo demás que (sabe Dios) le estaría preparado.

Vamos a ver cómo les fue en semejante empeño.

XXII
EMPEÑOS

EL PRIMER paso que dio la comadre fue dirigirse a la casa del mayor e interceder por Leonardo, pero el mayor se mostró inflexible: el asunto era grave, ya no era la primera vez; la disciplina no podía ser impunemente ofendida; el castigo debía ser infalible y grande. La comadre, que había ido llena de esperanzas, supo por el mayor lo que ignoraba, lo que ni siquiera suponía: Leonardo no sólo permanecería preso por más tiempo, sino que tendría que ser azotado. La pobre mujer, apenas el mayor le declaró esto cayó de rodillas, lloró, se lamentó; pero todo en vano. Salió desesperada, con la mantilla caída y toda desaliñada; corrió, voló a casa de D. María. Al verla entrar en aquel estado, D. María se levantó de su banqueta y dejó caer el encaje que tejía.

—¿Qué tiene, criatura? ¿qué tiene? —exclamó— ¡Santo Cristo! ¿Qué sucede? ¡Hable!

—¡Ay Sra. D. María de mi corazón! ¡Qué desgracia! —respondió la comadre— qué mala suerte la del muchacho... Pues vea lo que le sucedió por haber hecho una buena acción!... Y yo que sufro y que siento como si fuese mi hijo...

Y los sollozos la sofocaron.

—Hable, señora —replicó D. María— hable, que me hace sentir una aflicción...

—Le van a pegar, D. María... le van a pegar con el látigo... a él... a Leonardo...

—Dios mío... pobre muchacho; vaya, vea en qué terminó todo; ¡es mala suerte, pobrecito! Ese muchacho no nació en buen día; no, comadre, eso yo soy capaz de jurarlo por la salvación de mi alma... ¿Pero no habló con el mayor? ¿Qué le dijo él?

—Duro como una piedra, señora; no se conmovió ante nada: le pedí por las Cinco Llagas, por la Virgen Santísima . . . todo en balde, todo en vano.

—Está bien, no se aflija, comadre; aún existe un medio que yo pienso que no ha de fallar; vamos a la casa de *ella*, que por allí es el camino correcto; ella se da mucho conmigo y pedirá por el muchacho.

—Ya me había acordado de eso; pero en la confusión en que venía se me olvidó; si con ella no se puede arreglar, está todo perdido.

Los lectores ya estarán curiosos por saber quién era *ella* y tienen razón; vamos a satisfacerlos. El mayor era pecador antiguo y en su tiempo había sido de aquellos de quien se dice que no pagaban su deuda con el vicario; le quedaba aún hoy *algo* que a veces le recordaba el pasado; ese *algo* era María-Sonriente que vivía en el litoral. María-Sonriente había sido en su tiempo una mocetona de primer orden, como vulgarmente se dice, era de un temperamento jovial, vivía en continua alegría, se reía de todo y cada vez que se reía lo hacía por mucho tiempo y con mucho gusto: de allí le venía el mote de "Sonriente" que habían unido a su nombre.

Esto de los sobrenombres era, en la época de esta historia, una cosa muy común; no se extrañen pues los lectores de que muchos de los personajes que figuran aquí tengan ese apéndice a su nombre.

Todos dicen, y los poetas lo juran y requetejuran, que el verdadero amor es el primero; hemos estudiado la materia y creemos actualmente que no hay que fiarse de los poetas; por nuestras investigaciones llegamos a la conclusión de que el verdadero amor, o son todos o es uno solo, y en este caso no es el primero, es el último. El último es el que es verdadero, porque es el único que no cambia. Las lectoras que no estén de acuerdo con esta doctrina convénzanme de lo contrario, si son capaces de hacerlo.

Viene al caso decir que María-Sonriente sentía un verdadero amor por el mayor Vidigal y el mayor le pagaba con la misma moneda. Ahora bien, D. María era una de las camaradas del alma de María-Sonriente. He aquí por qué hablando de *ella* D. María y la comadre se mostraban tan esperanzadas con respecto a la suerte de Leonardo.

Ya en aquella época (y dicen que es defecto de la nuestra) el compadrazgo era un verdadero resorte de todo movimiento social.

—Ve a preparar una litera —dijo D. María a una de sus esclavas.

—Vamos, señora, vamos; que estos son mis viejos pecados.

D. María se preparó y se metió en su litera; la comadre tomó la mantilla y partieron hacia el litoral.

María-Sonriente las recibió con una buena carcajada.

—¡Qué milagro de Santa Engracia!³⁹ ¡qué fortuna! ¡que alegrón!
¿Qué la trae por aquí? ¡Esto es una gran sorpresa!

—Es una sorpresa, sí —respondió D. María— pero una triste sorpresa.

Con los cumplidos de estilo, que en esa época no eran muchos, la comadre fue presentada, porque no era conocida de María-Sonriente. Primero D. María, después la comadre, contaron cada una a su vez, la historia de Leonardo con todos los detalles; después de innumerables rodeos, que hicieron arder la impaciencia de la oyente y casi la hicieron morir de curiosidad, llegaron finalmente al punto importante, al motivo que las había llevado allí; querían nada menos que el perdón para Leonardo y su liberación; para alcanzar semejante cosa contaban con la influencia de María-Sonriente sobre el mayor.

—Vaya —dijo ésta adoptando un aire de modestia— yo no sirvo para nada. . . eso era posible en otros tiempos. . . ahora. . . el mayor. . . las cosas han cambiado después que él se metió en la policía. . . y eso no sucedió ayer, quién sabe en qué anda. . . Pero en fin D. María, yo no sé decir que no, tengo el corazón así y siempre lo tuve. . . en mi tiempo mucha gente se aprovechó de eso. . . Haré lo que pueda; voy a hablarle. . . tal vez él me quiera escuchar. . .

—Ecuchará, lo hará —respondió la comadre— él no es tan viejo como para haberse olvidado del tiempo de antes.

—Veremos, veremos, Sra. comadre, usted sabe como son los hombres. . .

—¡Dígame a mí si lo sabré! —respondió ésta rápidamente.

—Pues entonces —atajó D. María— el asunto requiere rapidez, porque de un momento a otro puede caer el látigo sobre el cuerpo del pobre muchacho, y después ni San Antonio lo salva.

—Lograremos llegar a tiempo, con la gracia de Dios. Para mayor seguridad nos vamos las tres de aquí a la casa del mayor, y cada una por nuestro lado haremos todo para liberar al joven.

María-Sonriente se vistió rápidamente, tomó la mantilla y al lado de la litera en la cual iba D. María, partieron hacia la casa del mayor.

³⁹La expresión *obra de Santa Engracia* significa algo excesivamente demorado, por alusión a una iglesia de ese nombre en Lisboa, cuya construcción se alargó durante mucho tiempo y no fue concluida. *Milagro de Santa Engracia* es la realización de una cosa difícil.

TRES MUJERES EN COMISION

PARTIERON, pues, las tres hacia la casa del mayor, que por entonces vivía en la calle de la Misericordia, una de las más antiguas de la ciudad. El mayor las recibió en pijama de percal y zuecos, sin suponer al principio el primor de la visita; pero apenas reconoció a las tres, corrió inmediatamente a la recámara vecina y se puso lo más rápido que pudo el traje de militar; como el tiempo urgía y era una falta de delicadeza dejar solas a las señoras, no completó el uniforme y volvió nuevamente a la sala en chaqueta militar, pantalones, zuecos y un pañuelo de Alcobaza sobre el hombro, según su uso. La comadre, al verlo así, a pesar de la aflicción en que se encontraba, mal pudo contener una carcajada que le vino a los labios. Los saludos del recibimiento, pasaron sin novedad. En medio del atropello en que había entrado el mayor, la comadre vislumbró de inmediato un buen augurio con respecto al resultado de su problema. Se agregaba además a su favor el hecho de que el mayor guardaba en su vejez dulces recuerdos de su juventud y apenas se veía rodeado por mujeres, si no era en lugar público y en circunstancias en que la disciplina pudiera ser lesionada, se volvía un baboso como el viejo Leonardo. Si éstas además le tocaban un punto débil, si le hacían un elogio, si le hacían una caricia, por más estúpidamente fingida que fuese, obtenían de él todo cuanto querían; él mismo, espontáneamente, se ofrecía para lo que pudiesen desear y encima de todo quedaba muy agradecido. Con todo, a pesar de que la comadre sabía esto con anticipación o lo había presentido por las apariencias, la gravedad del asunto del que se trataba era tal que ni esto bastó para tranquilizarla. Se dispuso para el ataque ayudada por sus compañeras que, aunque más extrañas a la suerte de Leonardo, no por eso

se unían menos a su causa. Hubo un momento de indecisión sobre quién sería el orador de la comisión. El mayor se dio cuenta de esto y tuvo una chispa de orgullo por ver a tres mujeres confundidas y perturbadas ante su alta persona; hizo un movimiento como para animarlas, arrastrando sin querer los zuecos.

—¡Oh! recibir las en zuecos y uniforme no está del todo mal. . . señoras mías, cosas de viejo; en mi tiempo yo no hacía estas cosas. . .

—Que lo diga D. María —dijo en seguida la comadre refiriéndose a María-Sonriente y queriendo hacer brecha fuese por donde fuese— pero no importa; el asunto es otro. . .

—Es verdad, Sr. mayor, el buen tiempo se fue.

—Y Dios perdone a quien tiene nostalgias de él —replicó el mayor riéndose con una sonrisa arrugada de vieja sensualidad.

—Sí, sí —replicó María-Sonriente— pero deje esas cosas para después. . .

—Ay, criatura —dijo D. María, que hasta entonces había permanecido callada, cansada tal vez del número prodigioso de reverencias que hiciera al entrar— dejad a cada uno acordarse de su tiempo, eso consuela; a mí me gusta mucho cuando encuentro. . .

—Es como yo —respondió el mayor— en que si me tocan en las antiguas heridas. . .

—Pues es justamente por acordarme de estas heridas antiguas —atajó María-Sonriente— es que vengo aquí con estas señoras que usted, Sr. mayor, bien conoce; y si no fuera por ellas no hubiera venido aquí, pues el asunto es serio. . .

La comadre consideró la situación bien encaminada e hizo con la cabeza una señal de aprobación.

—Vamos a ver de qué se trata ese tal asunto serio —respondió el mayor, adivinando, por la presencia de la comadre, más o menos de lo que se trataba, por lo que hizo una dudosa señal con la cabeza, o para hacerse el bueno o porque realmente no quería despertar grandes esperanzas.

La interlocutora prosiguió:

—Su granadero Leonardo es un buen muchacho.

El mayor frunció las cejas y apretó los labios, como no concordando *in totum* con aquello.

—No me empiece ya con cosas, Sr. mayor. Pues sí lo es, señor, muy buen muchacho y no hay razón para que sea castigado por causa de una insignificante. . . No hay motivo, no señor, para mandar a dar latigazos a un joven que no es ningún vagabundo, pues usted Sr. mayor, bien sabe que el padrino cuando murió le dejó algunas co-

sas, que bien podrían ya estar en sus manos y por lo tanto libre del maldito uniforme, al que siempre le tuvo antipatía (menos el de uno que bien usted sabe) si el padre que tiene... pero dejemos al padre que no viene al caso...

—Ya lo sé todo, ya lo sé todo —atajó el mayor.

—Aún no, Sr. mayor —observó la comadre— aún no sabe lo mejor y es que lo que él hizo en aquella ocasión no estaba casi en sus manos. Bien sabe que un hijo en casa de su padre...

—Pero un hijo cuando es soldado —replicó el mayor con toda la gravedad disciplinaria...

—No por eso deja de ser hijo —continuó D. María

—Bien lo sé, pero... ¿y la ley?

—Vaya, la ley... ¿qué es la ley, me lo puede decir Sr. mayor?

El mayor sonrió con cándida modestia. Así, la discusión se fue animando, pero el mayor no cedía una pulgada, por el contrario parecía más inflexible que nunca; llegó incluso a ponerse de pie y hablar muy exaltadamente contra el atentado de Leonardo y de la necesidad de un severo castigo. Era gracioso verlo en el bonito uniforme que indicamos, de pie, dando un sermón sobre la disciplina ante aquellas tres oyentes incrédulas que resistían a los más fuertes argumentos.

Pero aún las tres no habían agotado contra él su último recurso; lo pusieron pues en acción.

Cuando más compenetrado estaba el mayor, las tres a un mismo tiempo, y como en combinación, se echaron a llorar... el mayor se paró... las miró un instante: su semblante se fue visiblemente conmoviendo, arrugando y finalmente también se echó a llorar de enternecimiento. Apenas las tres percibieron este triunfo cargaron sobre el enemigo. Fue entonces una gritería, un lloriqueo sin nombre, capaz de conmover hasta a las piedras.

El mayor, de la ternura pasó al aturdimiento y quedó algo así como avergonzado por las lágrimas que le corrían por sus mejillas; las enjugó e intentó reasumir toda su antigua gravedad.

—Nada —dijo desembarazándose de las tres y paseando a grandes pasos por la sala— nada, ¿qué dirían de mí, si me viesen aquí en estos lloriquos de niño? ¡Yo, el mayor, yo, Vidigal, llorando en medio de tres mujeres: Señoras mías el asunto es grave y no le veo remedio; el ejemplo, la disciplina, las leyes militares... nada, no puede ser...

Y les dio la espalda a las tres, continuando su paseo y haciendo resonar con fuerza los zuecos en el piso.

María-Sonriente les dijo bajito a las otras, en cuyos semblantes ya no se traslucía el más pequeño vislumbre de esperanza:

—Aún no está todo perdido . . .

Y dirigiéndose al mayor agregó:

—Bien señor mayor; aguas pasadas no mueven molinos . . .

—¡Pasadas nada, señora mía! más bien vea que el asunto es grave . . .

—Sea por lo que sea, siento haber perdido mis pasos y no servir a quien deseaba; es verdad que yo sabía lo que sucedería y tampoco prometí . . . Pero en última instancia, quiero pedirle una cosa; pero ha de ser en privado.

—Adelante, estoy listo.

Quien tuviese algo de perspicacia hubiese reconocido, no con gran facilidad, que el mayor estaba hacía mucho tiempo dispuesto a ceder pero que quería hacerse rogar.

María-Sonriente llevó entonces al mayor a un rincón de la sala y le dijo algunas palabras al oído. El mayor serenó su rostro, se agitó, se rascó la cabeza, se balanceó con las piernas, se mordió los labios.

—¡Vaya con esa! —dijo a su interlocutora en voz baja— ¿era necesario hablar de esto? En fin . . .

—Vaya, gracias que se le acabaron las manías —respondió ella en voz alta.

—¿Sí? —exclamaron las dos sonriendo de esperanza.

—Yo decía que el Sr. mayor tenía buen corazón . . .

—Yo nunca lo dudé, a pesar de todo . . . pero ahora, el pasado, pisado; el asunto era grave, como él lo decía, y nos hizo este favor . . .

—¿Y bien D. María? Quién fue rey siempre tiene majestad.

—¡Majestad, eso no! Eso ya no es para mí . . .

El mayor atajó esta explosión de gratitud que tenía todo el aspecto de ir lejos:

—Quedarán aún más contentas conmigo . . . no les digo por qué, pero verán . . .

—Debe ser algo importante; veremos de qué se trata . . .

—Ya sé; es . . .

—Se me ocurre que . . .

—Estoy casi adivinando.

—¿Saben qué? —atajó el mayor— hay que hacer una diligencia indispensable. . . El muchacho está libre de todo; siempre que —agregó dirigiéndose a María-Sonriente— lo dicho, dicho. . .

—Yo nunca falté a mi palabra —replicó ésta.

Las tres se retiraron llenas de la mayor alegría y después el mayor salió también para cumplir su promesa.

LA MUERTE ES JUEZ

D. MARÍA se dirigió de inmediato a su casa en la litera. Al llegar notó gran ruido y alboroto y de inmediato trató de indagar la causa. Un esclavo de su sobrina la esperaba con una carta. Apenas la leyó D. María, no diremos que se entristeció pero sí que se mostró muy confundida.

—No entren la litera; esperen allí que vuelvo a salir.

Y en efecto, se metió nuevamente en ella y mandó que marchasen hacia la casa de su sobrina.

El problema era el siguiente: José Manuel había entrado en su casa en brazos, porque había sido acometido en la calle por un violento ataque de apoplejía al volver de la escribanía, donde había tenido una grave respuesta del procurador de D. María por causa del juicio que seguían. Luisita, la pobre, viéndose en aquellos apuros y sin saber qué hacer, había mandado al portador a la casa de su tía.

D. María apenas entró mandó llamar al licenciado, que después de examinar al enfermo declaró que era caso perdido. Sin embargo se hicieron algunas aplicaciones que no surtieron efecto alguno.

—Serás viuda, muchacha —dijo D. María algo compungida con la declaración del médico.

Luisita se puso a llorar, pero como hubiese llorado por cualquier vivo, porque tenía corazón tierno.

Estaban presentes algunas personas de la vecindad y una de ellas dijo bajito a otra, viendo el llanto de Luisita:

—No son lágrimas de viuda. . .

Y no lo eran, nosotros ya lo dijimos: el mundo hace de esto, la mayor parte de las veces, un crimen. ¿Y los antecedentes? ¿Real-

mente en el corazón había sido José Manuel marido de Luisita? Nunca lo había sido sino ante las conveniencias, y para las conveniencias aquellas lágrimas bastaban. Ni el médico ni D. María se habían engañado: en la noche José Manuel expiró.

Al día siguiente se hicieron los preparativos para el entierro. La comadre, informada de todo, llegó apesumbrada a prestar sus buenos oficios, sus consuelos.

El cortejo salió acompañado por la gente de amistad; los esclavos de la casa hicieron una gritería tremenda. Los vecinos se pusieron en la ventana y todo fue analizado, desde las argollas y galones del cajón hasta el número y calidad de los invitados; y sobre cada uno de estos puntos surgieron tres o cuatro opiniones distintas.

En aquella época aún no se usaban los discursos necrológicos que hoy andan tan en boga; nos salvamos pues también de esta. José Manuel duerme en paz en su postrer morada.

Como lo había prometido la comadre, alguien llegó casi al anochecer. Era Leonardo. Cuando entró en la sala, D. María no pudo contener un grito de sorpresa.

¡Venía con el uniforme completo de sargento de la compañía de granaderos!

—¡Cómo! miren el mayor. ¿Y entonces?

—Es verdad, señora mía —respondió Leonardo— a él le debe todo.

Esto provocó un escándalo general. Hubiesen quedado todos muy contentos simplemente con la liberación de Leonardo; y él no sólo aparecía suelto y libre, sino elevado al grado de sargento, lo que en el ejército no es poca cosa.

Leonardo comenzó a buscar con los ojos algo o alguien que tenía curiosidad por ver; dio con lo que buscaba: Luisita. Hacía mucho que los dos no se veían: no pudieron ocultar la perturbación de la que eran presa. Y esa emoción fue tan grande que ambos se quedaron sorprendidos. Luisita encontró a Leonardo convertido en un guapo muchachote de bigotes y patillas, elegante hasta donde puede serlo un soldado de granaderos, con su uniforme de sargento bien asentado. Leonardo encontró a Luisita convertida en una muchacha espigada, realmente airosa, de ojos y cabellos negros, habiendo perdido la timidez física de otrora. Además de esto, sus ojos enrojecidos por las lágrimas, su rostro empalidecido, si bien no realmente por causa de los disgustos de aquel día sino seguramente por los anteriores, tenían en esa ocasión un toque de belleza melancólica que, por regla general, no debía llamar mucho la atención a un sargento

de granaderos, pero que enterneció al sargento Leonardo, quien a pesar de todo no era un sargento como cualquiera. Y hasta tal punto no lo era que durante la muda escena que se desarrolló, cuando los dos se miraron, pasaron rápidamente por la cabeza de Leonardo los lances de su vida de antes, y revisando hecho por hecho llegó a aquella ridícula pero ingenua escena de su declaración de amor a Luisita. Le pareció que entonces había escogido mal la ocasión y que ahora tendría lugar en forma mucho más acertada.

La comadre, que prestaba una perspicaz atención a todo lo que sucedía, como habiendo leído en el alma de su ahijado todos aquellos pensamientos, hizo un gesto imperceptible de alegría: le daba vueltas en la cabeza alguna idea luminosa. Entonces comenzó a replantear un antiguo plan en cuya ejecución trabajaba hacía mucho tiempo y cuyas posibilidades de éxito habían reaparecido con lo que acababa de pasar.

Pasada la primera emoción, Luisita se levantó y le hizo a Leonardo un tímido saludo; éste le respondió con algo que estaba entre cortesía paisana y desplante militar.

Después de esto, la comadre inició la conversación intentando entretener a D. María y dejar a ambos entregados a sí mismos.

—Dígame —dijo ella dirigiéndose a D. María— ¿y su querrela con el difunto?

—Esta vez la muerte fue el juez. El no tiene herederos; estaba solo en el mundo. . . Yo no llevé la mía *avante*, es verdad, porque, en fin, no pude decir que vencí; pero tampoco perdí. Ahora sí, tengo mucho gusto en entregar todo a la muchacha, pero no quería que se llevasen mis cosas sino por mi libre voluntad.

—Está bien; lo pasado pisado: Dios es así, escribe derecho en líneas torcidas.

Y de ahí en adelante se sumieron en la conversación. Los dos, después de algún tiempo de silencio, como ya se habían retirado todas las visitas, fueron poco a poco, de palabra en palabra, trabando diálogo y al cabo de algún tiempo conversaban tan entretenidamente como la comadre y D. María, con la diferencia de que la conversación de aquellas dos era en voz alta, desembarazada, y la de ellos baja y reservada.

No hay nada que, interrumpido, se reanude más rápido que la familiaridad en la que el corazón está interesado. No se extrañe pues que Luisita y Leonardo se entregasen a ella.

¿Y quieren saber una singularidad que a veces se repite? Desde que se había convertido en una joven y tomado conciencia de ello,

nunca Luisita había tenido momentos de tan verdadero placer como los que estaba gozando allí, en pleno luto, cuando acababa de salir el cajón que llevara a la sepultura a aquel que debía haber constituido su felicidad. Pero Leonardo también, a su vez, en medio de todas las vicisitudes de su extravagante vida nunca había tenido instantes que le corriesen tan rápido como aquellos en los que veía al objeto de sus primeros amores bajo el peso del infortunio en un día de llanto.

Pues parece que estas mismas circunstancias reavivaron el pasado; la comadre, en su sitio, se alegraba con todo aquello y pareciendo prestar toda su atención a D. María no se perdía un solo detalle.

Finalmente llegó la hora de retirarse, no la comadre, que se ofreció para hacer compañía a la viuda, sino Leonardo, a quien el mayor esperaba porque era día de servicio y él apenas había obtenido la licencia para cumplir el deber de dar el pésame a D. María y agradecer el interés que había tomado por él, haciendo por intermedio de María-Sonriente que el mayor no sólo lo perdonase del castigo que le estaba destinado, sino también que lo ascendiese repentinamente.

Luisita, involuntariamente, al despedirse le extendió la mano a Leonardo, que se la apretó con fuerza.

¡Esto en aquella época era suficiente para dar que hablar al mundo entero!

CONCLUSION FELIZ

LA COMADRE pasó junto a la viuda y a su tía casi todo el tiempo de pesar, y las acompañó a la misa del séptimo día. Leonardo compareció también en esa ocasión y llevó a la familia a casa después de acabado el sacrificio.

Aquel apretón de manos que el día del entierro de su marido Luisita le había dado a Leonardo no se le había escapado a D. María, así como tampoco se le escaparon muchos otros hechos consecutivos a éste.

La cuestión es que no le parecía extravagante cierta idea que le rondaba la cabeza.

Muchas veces, al caer la tarde, cuando la buena vieja se sentaba a rezar en su banqueta en un rincón de la sala, entre un Padre Nuestro y un Ave María de su bendito rosario, le venía la idea de casar de nuevo a la fresca viudita, que corría el riesgo de quedar de un momento a otro desamparada en un mundo en que maridos como José Manuel no son difíciles de aparecer, especialmente si se trata de una viuda adinerada.

Al mismo tiempo que le asaltaba esta idea se acordaba de Leonardo, que había amado a su sobrina cuando era un niño y que a pesar de sus extravagancias era un buen muchacho, no del todo descarriado gracias a la benevolencia de su padrino barbero.

Es verdad que no se sabían bien las cuentas que su padre había hecho a este respecto, pero como era una cosa que constaba en el testamento, D. María no veía nada más fácil que interponer una demanda, cuyo resultado no sería dudoso.

Pero había en medio de todo una circunstancia que desconcertaba sus planes. Leonardo era soldado. Ahora bien, ser soldado en aquel tiempo era una cosa temible.

Cuando D. María llegaba a este punto de sus meditaciones, las abandonaba y continuaba con su rosario.

La comadre por su parte hacía casi exactamente los mismos cálculos y esta se le antojaba también la única dificultad para la realización de sus proyectos.

Mientras ellas dos pensaban, los otros dos obraban.

Luisita y Leonardo habían reanudado el antiguo romance; y quien quiere ver algo que marche de prisa sólo tiene que ver romance de viuda.

En la primera ocasión Leonardo quiso recurrir a una nueva declaración; pero Luisita hizo el proceso sumario, aceptando la declaración de hacía tantos años.

Sin que los viesen, los dos se encontraron muchas veces y disponían de sus asuntos.

Infelizmente se les presentaba la misma dificultad: un sargento de línea no se podía casar. Había tal vez un medio mucho más simple de remediar eso. Pero ante todo los dos se amaban sinceramente y la idea de una unión ilegítima les repugnaba.

El amor los inspiraba bien.

Ese medio del que hablamos, esa caricatura de la familia, por entonces muy de moda, es seguramente una de las causas que produjo el triste estado moral de nuestra sociedad.

Sólo esa dificultad se interponía entre ambos. Sin embargo, Leonardo encontró un día una solución y le fue a comunicar a Luisita la solución definitiva: podía seguir siendo soldado y casarse, consiguiendo la baja en la tropa de línea y pasándose con el mismo grado a las Milicias.

Pero la dificultad aún estaba en conseguir esa baja y ese paso: Luisita se encargó de vencer este obstáculo.

Un día en que su tía estaba rezando su rosario, justamente en uno de aquellos intervalos entre el Padre Nuestro y el Ave María del que antes hablábamos, Luisita se acercó a ella y le contó con confianza todo lo que pasaba, haciendo preceder su narración de la siguiente declaración que cortaba el asunto de raíz:

—Para obedecerla y darle el gusto me casé una vez y no fui feliz; quiero ver si ahora acierto, haciendo una nueva elección por mí misma.

Pero más tarde supo que había sido inútil su precaución, porque D. María confesó que desde hacía mucho tiempo rumiaba aquel mismo plan.

Ambas se combinaron, pues.

La bondad del mayor les inspiraba mucha confianza y por eso acordaron en recurrir a él nuevamente.

Fueron a visitar a María-Sonriente, que justamente en la víspera les había informado que se había mudado del litoral y les abría las puertas de su nueva casa.

La comadre, enterada de todo, formó parte de la comisión.

Cuando entraron en la casa de María-Sonriente, la primera persona que les apareció fue el mayor Vidigal, lo que es más, el mayor Vidigal en paños menores, en pijama y zuecos.

—¡Ah! —dijo la comadre en tono malicioso, apenas apareció María-Sonriente— por lo que veo esto por aquí va bien. . .

—¿No se acuerda —respondió María-Sonriente— de aquel secreto con el que obtuve el perdón del muchacho? ¡Pues era esto!

María-Sonriente había resistido durante mucho tiempo a los deseos ardientes que el mayor nutría de ir a vivir definitivamente en su compañía. No atribuimos esta resistencia sino al *capricho*, para no formarnos mal juicio de nadie; la cuestión es que el mayor ponía en ello el mayor empeño; tendría sus razones.

El secreto que María-Sonriente había dicho al oído del mayor aquel día en que había ido acompañada por D. María y la comadre a pedir por Leonardo, fue la promesa de que, de ser complacida, satisfaría el deseo del mayor.

Está, pues, explicada la benevolencia de éste para con Leonardo que había llegado al punto de, no sólo pasar por alto y perdonar todas sus faltas, sino hasta otorgar aquel rápido ascenso de grado.

Queda también explicada la presencia del mayor en casa de María-Sonriente.

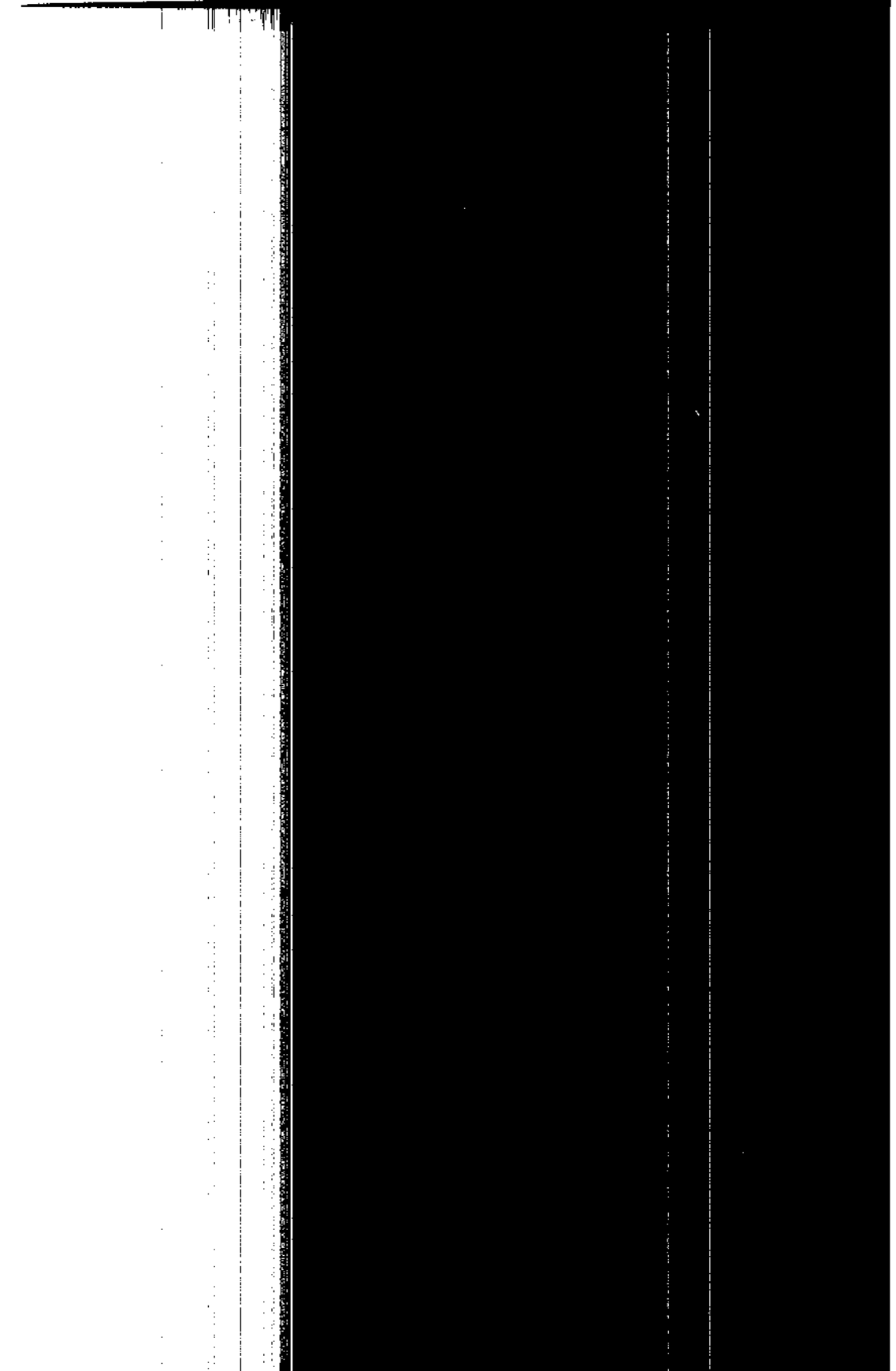
Después de esto, comenzaron todos a conversar. Esta vez el mayor halló muy justo el pedido, como consecuencia del fin que se tenía en vista. Con su influencia todo se logró y una semana después entregó a Leonardo dos papeles: uno era de su baja de la tropa de línea, el otro su nombramiento de Sargento de Milicias.

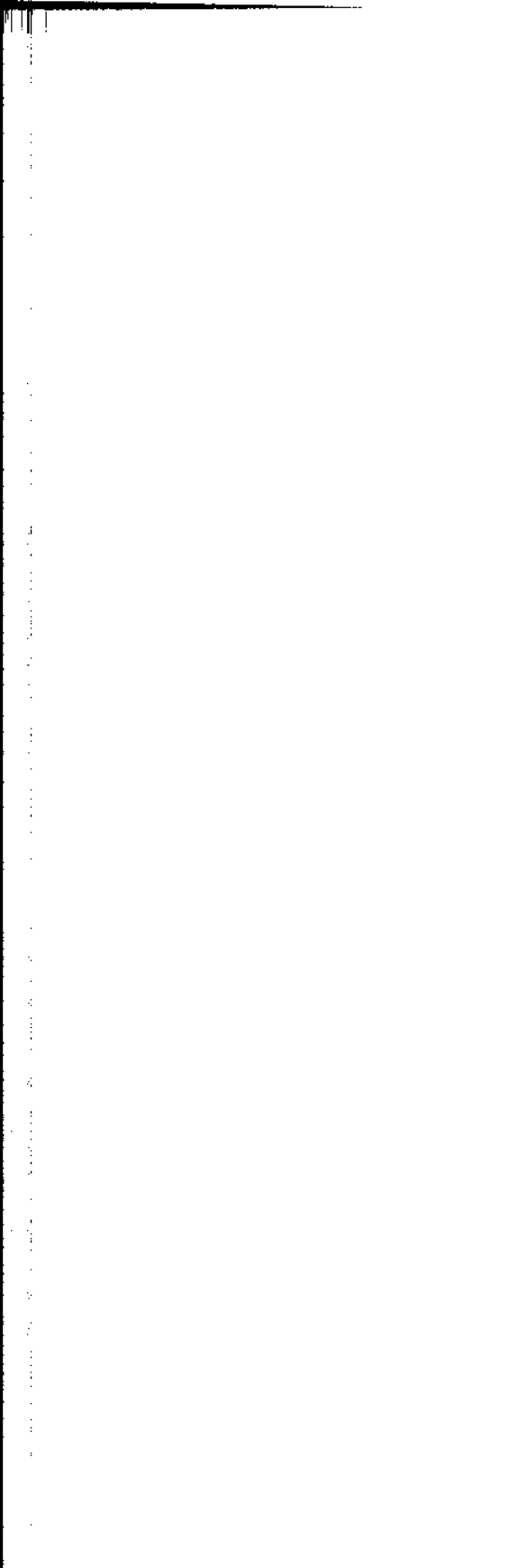
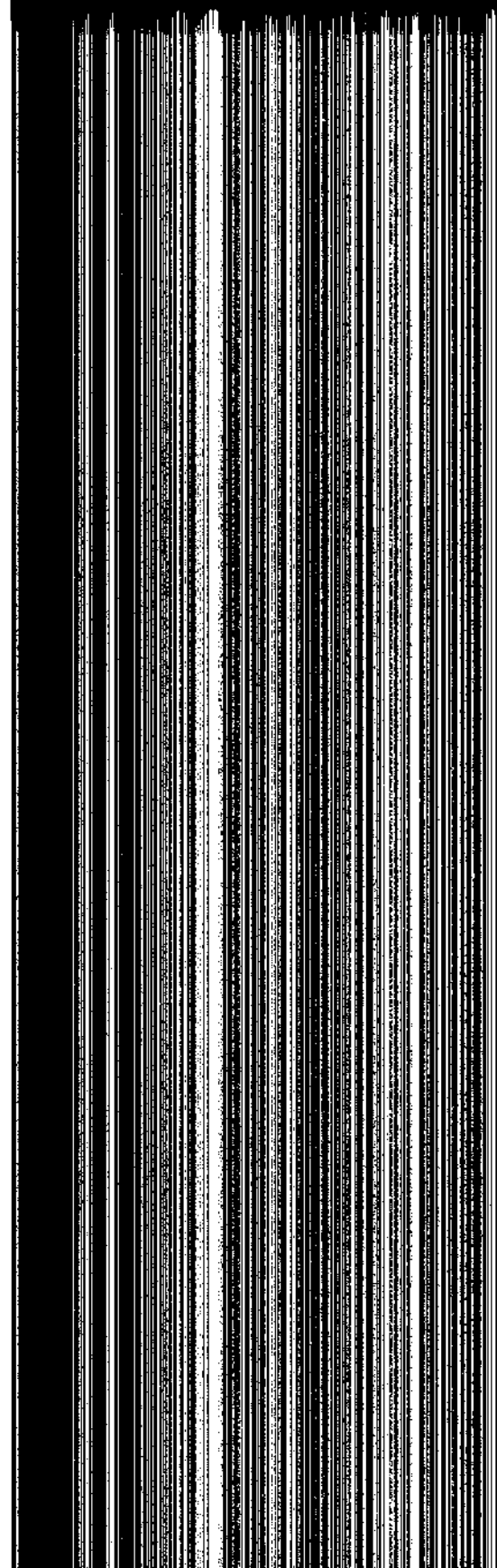
Además de esto, Leonardo recibió al mismo tiempo carta de su padre en la cual lo llamaba para hacerle entrega de lo que le había dejado su padrino, que se encontraba religiosamente intacto.

.....

Pasado el tiempo indispensable del luto, Leonardo, en uniforme de Sargento de Milicias, se casó en la Catedral con Luisita, asistiendo a la ceremonia la familia en pleno.

De ahí en adelante aparece el reverso de la medalla. Siguió la muerte de D. María, la de Leonardo-Pataca y una sucesión de acontecimientos tristes que ahorraremos a los lectores poniendo aquí el punto final.





CRONOLOGIA*

* La Cronología de este volumen ha sido revisada y completada por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

1831

Nace en Río de Janeiro, en el barrio Gamboa, Manuel Antonio de Almeida, segundo hijo de un militar pobre, el Teniente Antonio de Almeida, y de su mujer, Doña Josefina María de Almeida, ambos portugueses. "Maneco", como era llamado en su casa, tenía un hermano y dos hermanas.

1832

Su infancia transcurrió en la ciudad natal, de la que podemos hacernos una idea a través de la descripción de Marqués Rebelo, en su libro sobre Manuel Antonio: "En 1831, Río de Janeiro, de acuerdo a la voz unánime de los viajeros, no constituía ningún modelo de limpieza —calles estrechas y torcidas, interrumpidas en el centro por una zanja donde se acumulaba toda clase de inmundicias, casas sin luz, nubes de moscas, nubes de mosquitos, tifus, malaria y fiebre amarilla endémicas que las procesiones nocturnas de encapuchados no dominaban, y por todas partes cucarachas, insectos, hormigas, fealdad, descuido, negligencia y abandono (...) La playa de Gamboa (...) era casi un suburbio de Río y un tristísimo suburbio".

B: "Noite das Garrafadas": conflicto en Río de Janeiro entre los partidarios de la facción exaltada y el partido portugués (14/3). D. Pedro I renuncia al Ministerio en ejercicio y forma un gabinete reaccionario (5/4). El pueblo y la tropa piden su vuelta al ministerio dimitido (6/4). Abdicación de D. Pedro. Elección del Triunvirato Regente Provisional (7/4) y del Permanente (17/6): Lima e Silva, Costa Carvalho y Bráulio Muniz. Feijó, Ministro de Justicia (5/7). Creación de la Guardia Nacional, compuesta por milicianos.

Se funda en Río de Janeiro la Sociedad Defensora de la Libertad y la Independencia Nacional, de gran influencia política en el país hasta 1836. Nace Paulo Alvares de Azevedo.

AL: Triunfo de F. Quiroga en Argentina, que asegura el de la Liga Federal.

Revista *Bimestre Cubana* (-34). Luis Pérez: *La Gaucha*. Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, en México.

B: Tentativa de golpe y caída de Feijó del Ministerio de Justicia. Publicación del Código de Procesamiento Criminal. "Abrilada", movimiento revolucionario en Pernambuco. Sedición en Río de Janeiro, para deponer la Regencia, encabezada por el mercenario alemán autotitulado Barón de Bulow.

João Caetano estrena *Antonio José o el Poeta y la Inquisición*, de Gonçalves de Magalhães, primera tragedia de tema nacional escrita por un brasileño. Creación de las Facultades Nacionales de Medicina de Río de Janeiro y de Bahía. Nace Salvador Junqueira Freire.

AL: F. de Paula Santander presidente

Mayoría liberal en la Cámara de los Comunes de Inglaterra. Mazzini funda la "Joven Italia". Levantamiento polaco contra los rusos. Separación de Holanda y Bélgica. Tentativa frustrada de sedición en Lisboa. Ruptura de relaciones entre Portugal y Francia. Los egipcios atacan Siria turca. Roma: elección de Gregorio XVI.

Primer motor eléctrico. Darwin inicia su viaje alrededor del mundo. Balzac: *La piel de zapa*. Poe: *Poemas*. Hugo: *Notre-Dame de París*. V. Bellini: *Norma*. Goethe: *Poesía y verdad*. Daumier: *Gargantúa. El Libertador*, periódico antiesclavista, en EE.UU.

Ley de reforma electoral en Inglaterra. Epidemia de cólera en Europa. Formación del gabinete Thiers-Guizot-Broglie en París. Nuevas revueltas en Italia. Regencia de María Cristina en España. Amenaza de guerra de secesión en EE.UU. Represión rusa sobre Polonia, que vuelve a integrar el Imperio Ruso. Encíclica "Mirari Vos" contra católicos liberales. Othon de Baviera, primer rey de los griegos. Koniah: victoria de Mehmet Alí sobre los turcos. Desembarco de los liberales en Portugal y comienzo de la guerra civil. Regencia de D. Pedro IV, ex-Emperador del Brasil.

Pellico: *Mis prisiones*. Goethe: *Fausto* (2ª parte). Sand: *Indiana*. Larra inicia la

1833

1834

de Colombia. Guerra entre Ecuador y Nueva Granada. Minas de plata en Charrillo, Chile. Los "Yorkinos" deponen al presidente mexicano Bustamante. Avance de la "frontera" en la provincia de Buenos Aires. Extinción de los últimos charrúas en Uruguay.

Echeverría: *Elvira o la novia del Plata*.
A. Bello: *Principios de derecho de gentes*.

B. Sedición militar sofocada en Ouro Preto contra el presidente de la Provincia de Minas Gerais. José Bonifácio de Andrade e Silva destituido de sus funciones de tutor del futuro D. Pedro II.

Se forma la Compañía teatral de João Caetano. Nace Sousândrade.

AL: Los ingleses se apoderan de las Islas Malvinas. Gobierno del gral. español Tacón en Cuba. Guerra civil en Perú, Orbegoso presidente. El Congreso venezolano, a pedido de Páez, decreta honores a Bolívar. Constitución conservadora en Chile.

F. Pardo y Aliaga: *Una huérfana en Chorrillos*.

B: El Ministro Aureliano de Sousa Coutinho vota el Acto Adicional a la Constitución, estipulando la Regencia Una.

AL: Santa Anna, presidente de México: victoria de los centralistas o unitarios. Reforma liberal de la Constitución del Perú. Libertad de cultos en Venezuela. Rivera deja la presidencia del Uruguay

publicación de sus *Artículos de costumbres*. W. Irving: *Cuentos de la Alhambra*. Mueren W. Scott, J. Bentham y Goethe.

Gran Bretaña posee cien mil telares mecánicos. Ley sobre el trabajo de menores. Muere Fernando VII en España, lo sucede su hija Isabel. Levantamiento carlista de Talavera. Conspiración de Mazzini contra Carlos Alberto. Supresión de privilegios de la Compañía inglesa de las indias. Entrevistas de Munchengraetz: acuerdo entre los emperadores de Rusia y Austria y el rey de Prusia. Insurrección de Abd-el-Kader e inicio del proceso de conquista de Argelia por Francia. D. Pedro I de Brasil y IV de Portugal domina la situación en Porto y parte a Lisboa. Gobierno de D. María II reconocido por Inglaterra, Francia y Bélgica. Congreso de obreros en Filadelfia. Organización de las misiones católicas en Oceanía.

Faraday estudia los fenómenos electrolíticos. Gauss inventa el telégrafo eléctrico. Michelet inicia publicación de la *Historia de Francia*. Heine: *De la Francia*. Balzac: *Eugenia Grandet*. Rude: *La Marsellesa* (-36).

Cuádruple alianza: Francia, Inglaterra, España y Portugal. Primer Ministerio Peel en Gran Bretaña. Continúa guerra carlista en España. Deposición de D. Miguel, muerte de D. Pedro y gobierno de D. María II; interrupción de relaciones con Roma; expulsión de los jesuitas. Crecimiento en Francia de movimientos sociales de Fourier y Saint-Simon. En vigor

1835

A falta de datos, el referido biógrafo imagina cómo habrían sido sus años escolares, por analogía con los del protagonista de las *Memorias*: “vestido con chaqueta o guardapolvos de lino, pantalones de algodón oscuro y un enorme portafolios de cuero o cartón colgado por un cordel en bandolera, frecuentaría, probablemente, una escuelita en algún oscuro piso de rejas de madera en la estrecha calle de los Cachorros, bajo el régimen de la palmatoria (...) engullendo la escasa enseñanza que le era suministrada, pero abundantemente atemperada con principios de religión y moral cristiana”.

1836

y Oribe asume el poder. Abolición de la esclavitud en las posesiones americanas de Gran Bretaña.

Echeverría: *Los consuelos*. Pardo y Aliaga: *La jeta* (-39).

B: Diego Antonio Feijó electo Regente Unico del Brasil. Inicio de la "Cabangem" en Pará; los agitadores toman Belém y la dominan por un año. Estalla en Río Grande do Sul la revolución separatista: la "Guerra dos Farrapos".

J. I. de Abreu e Lima: *Bosquejo histórico, político y literario del Brasil*.

AL: Establecimiento de la Confederación peruano-boliviana A. de Santa Cruz presidente. J. M. Vargas presidente de Venezuela, Rocafuerte de Ecuador; insurrecciones en ambos países. Facundo Quiroga asesinado y Rosas gobernador de Buenos Aires con la suma del poder. San Salvador se subleva contra el gobierno de la República de la América Central. Guerra civil y Congreso en México: Constitución unitaria. Texas se declara república autónoma. Franquicias en los puertos de Panamá y Porto Belo.

Olmedo: *Al general Flores vencedor de Miñarica*. Bello: *Principios de ortología y métrica castellana*. Lira: *El Parnaso Oriental*.

B: Proclamación de la independencia de la Provincia de Río Grande do Sul bajo el nombre de República de Piratini. Batalla de Fanfa; los "farroupilhas" derrotados y Bento Gonçalves prisionero. La "Cabangem" vencida en Pará, con ex-

Zollverein general de los estados germanos. Garibaldi se incorpora a la "Joven Italia". Abolición de la esclavitud en las colonias inglesas. Insurrección en Arabia.

Federico Ozonam funda la Sociedad de San Vicente de Paul. Gogol: *Relatos de Mirgorod*. Musset: *Lorenzaccio*. Balzac: *Papá Goriot*. (-35) y *La mujer de treinta años*. Lamennais: *Palabras de un creyente*. Daumier: *La calle Trasonain*. Muere Malthus.

Predominio político de los liberales ingleses. atentado de Fieschi en París contra Luis Felipe; leyes represivas contra la prensa y los republicanos. Influencia de Metternich en Austria.

Fundación del *New York Herald* y de la Agencia Havas. Ferrocarril Liverpool-Birmingham. Primeras experiencias de Morse con el telégrafo eléctrico. Aparición del cometa Halley. Tocqueville: *La democracia en América* (-40). Andersen: *Cuentos*. Gautier: *Señorita Maupin*. Hugo: *Cantos del crepúsculo*. Musset: *Las noches* (-37). Duque de Rivas: *Don Alvaro o la fuerza del Sino*. Büchner: *La muerte de Danton*. Browning: *Paracelso*. Donizetti: *Lucía de Lammermoor*. Nace M. Twain.

Ministerio Thiers en Francia. Grave crisis financiera en Francia e Inglaterra. El Cartismo gana fuerza en Inglaterra. Austria, Rusia y Prusia ocupan Cracovia. Disolución de las Cámaras, revolución de setiembre y supresión de la Carta Cons-

1837

cepción de la comarca de Río Negro.

Gonçalves de Magalhães funda en Francia la revista *Niterói*; publica *Suspiros poéticos y saudades*. El gran predicador Monte Alverne queda ciego y se retira al convento.

AL: Revuelta de Rivera contra Oribe en Uruguay, quien pide ayuda a Rosas. Vargas renuncia a la presidencia de Venezuela. Chile declara la guerra a Perú. España reconoce la independencia de México.

Milanés: *La isla de Cuba tal cual está*. F. Xavier Foxá: *Pedro de Castilla*. De Mora: *México y sus revoluciones*. Agustín Zárraga y Heredia traduce *Hernani*, de Víctor Hugo.

B: Renuncia de Feijó; Pedro de Araújo Lima asume la Regencia interinamente. Nuevo ministerio: por primera vez en el poder el partido conservador (recién formado por fusión de parte del liberal-moderado con el restaurador). Irrumpe la "Sabinada" en Bahía, movimiento por la república y la independencia de la Provincia durante la minoría de edad de D. Pedro II. Bento Gonçalves huye de prisión y vuelve a liderar los "farroupilhas".

Muere Evaristo da Veiga.

AL: Abolición de la esclavitud en México. Argentina se prepara para la guerra con Bolivia. Asesinado en Chile Diego Portales. Tratado de Paucarpata entre Chile y la Confederación. Epidemia de cólera morbo en América Central.

Echeverría: *Rimas* (incluye *La Cautiva*). M. Marín de Solar: *Canto fúnebre a la muerte de Diego Portales*. "Salón literario" de los jóvenes románticos argentinos.

titucional en Portugal. Prohibición de importar y exportar esclavos en las colonias portuguesas al sur del Ecuador. Revolución de La Granja en España y retorno a la Constitución del 12.

Berzelius descubre los fenómenos catalíticos. Bolyai y Lobachevsky: trabajos de geometría no-euclidiana. Musset: *Confesiones de un hijo del siglo*. Dickens: *Papeles póstumos del club Pickwick* (-37). Gogol: *El Inspector General*.

Reinado de Victoria en Gran Bretaña, hasta 1901. Ley Sálica: Hannover se separa del trono de Inglaterra. Tratado de Tafna entre Francia y Argelia. En Portugal, apertura del Congreso Constituyente y sedición militar de los mariscales, derrotada. Kossuth impulsa reivindicaciones liberales en Hungría. Crisis financiera en EE. UU.

Construcción de los ferrocarriles París-Saint Germain-en-Laye y Londres-Birmingham. Dickens: *Oliver Twist*. Balzac: *Las ilusiones perdidas* (-43) y *César Biotteau*. Espronceda: *El estudiante de Salamanca* (1ª versión). Sand: *Mauprat*. Muerte de Pushkin. Suicidio de Larra.

1838

1839

B: Elección de Pedro de Araújo Lima para la Regencia. Grave revés de las fuerzas imperiales en Río Pardo y victoria de los "farroupilhas". Se inicia en Maranhão la "Balaiada", revuelta de carácter acentuadamente popular. Muere el "Patriarca de la Independencia" José Bonifácio de Andrade e Silva.

Martins Pena: *El juez de paz talando el bosque*. Fundación del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño. Inauguración del Colegio D. Pedro II. Nace Casimiro de Abreu.

AL: Disolución de la Federación Centroamericana y división en cinco repúblicas: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Expedición francesa invade Veracruz. Bloqueo francés a las costas de Buenos Aires. Predominio de Rivera en la lucha por el poder, Orbe abandona la presidencia del Uruguay.

Milanes: *El expósito*. F. Tristán: *Peregrinaciones de una paria*. Pesado: *El amor frustrado*. *El Iniciador*, en Montevideo (Lamas y Cané). "Asociación de Mayo" o de la Joven Generación Argentina en Buenos Aires.

B: Proclamación de la República Catarinense en la Villa de Laguna. Saqueo de la ciudad de Caxias por los agitadores de la "Balaiada". Araújo Lima nombra a Luis Alves de Lima e Silva, futuro Duque de Caxias, comandante de armas y presidente de la Provincia de Maranhão.

Nacen Antonio Carlos Gomes, Joaquim María Machado de Assis y Tobias Barreto.

AL: México concluye la guerra con Francia. Batalla de Yungay: derrota de la Confederación peruano-boliviana en la

Convención de Dresde unifica la moneda en Alemania. Cobden y la Ley de Granos en Inglaterra. Ocupación de Aden. Los franceses evacuan Ancona. Juramento de la Constitución portuguesa; tumultos radicales en Lisboa; primera exposición industrial. Preparativos de Egipto para la guerra de Independencia; intervención anglo-francesa y sumisión de Mehmet Alí.

Boucher de Perthes sienta las bases de la prehistoria. Poe: *Arthur Gordon Pym*. Hugo: *Ruy Blas*. Dickens: *Nicolás Nickleby*. Exitos musicales de Liszt y Chopin.

Agitación cartista en Inglaterra. Fin de la guerra carlista en España. Crisis europea por la cuestión egipcia; los egipcios vencen a los turcos en Nezhib; potencias intervienen a favor de Turquía. Guillermo I de Holanda reconoce la independencia de Bélgica.

Daguerre inventa la daguerrotipia. Good-year crea el proceso de vulcanización del caucho. Reunión del primer congreso científico italiano en Pisa. Louis Blanc: *Sobre la organización del trabajo*. Stendhal: *La Cartuja de Parma*. F. Cooper: *El guía*. Macaulay comienza la *Historia de Inglaterra* (-61). P. Borel: *Madame*

1840

Para ese entonces la familia se había mudado ya al centro de la ciudad, y poco después moría el padre. Las obligaciones recayeron totalmente sobre Josefina María, que sustentó a sus hijos con gran esfuerzo. La energía ante la adversidad, demostrada más tarde por Manuel Antonio, la habría heredado de su madre. Parece que deseaban encaminarlo hacia el sacerdocio, pero terminó estudiando en el Colegio San Pedro de Alcántara, en donde fue un alumno razonablemente aplicado, pero de asistencia irregular debido a la falta de recursos. Por este tiempo estudió dibujo en la Academia de Bellas Artes.

1841

guerra con Chile. Ballivián presidente de Bolivia, Gamarra de Perú. Guerra civil en Colombia hasta el 42. Rivera triunfa en Cagancha; crece hegemonía de Rosas en el interior de Argentina.

C. Villaverde: *Cecilia Valdés* (1ª parte). Ascasubi: *Paulino Lucero* (-51) Echeverría: *El matadero*.

B: Ley de interpretación del Acto Adicional. Golpe de Mayoridad: D. Pedro II es declarado mayor de edad a los 14 años. La "Cabanagem" es definitivamente vencida. Garibaldi hecho prisionero en la Batalla de Capivari. Derrota de los "farroupilhas".

AL: Fin del largo gobierno de Francia en Paraguay. Guerra civil en México y Colombia. Línea de vapores entre Valparaíso y Londres.

Pardo: *El espejo de mi tierra* (periódico). A. L. Guzmán; periódico *El venezolano*. Cuba: la "habanera".

B: Reforma del Código de Procedimiento. Luis Alves de Lima e Silva pacifica la "Balaiaada" en Mahanhão. Convenciones secretas de auxilios recíprocos entre Bento Gonçalves y Fructuoso Rivera.

Fundación del Conservatorio de Música de Río de Janeiro. Nace Fagundes Varela.

AL: El presidente peruano Gamarra invade Bolivia; derrota y muerte en Ingaivi. Herrán presidente de Colombia. Convenio de Pasto con Ecuador: Túquerres

Putiphar. Longfellow: *Voces de la noche*. E. Cabet: *Viaje a Icaria*. Wagner en París.

Ministerio Guizot, en Francia, hasta la crisis del 48. Inglaterra realiza más del 30% del comercio internacional. Espartero regente de España. Guillermo II en los Países Bajos. Tratado de Londres: Inglaterra, Austria, Francia y Prusia obligan a Mehmet Ali a retirar sus tropas de Siria. Disolución de la Cámara y tumulto setembrista en Lisboa. El Canadá unificado y dotado de autonomía. Partido abolicionista en los EE. UU. Comienzo de las misiones de Livingstone. Los ingleses en N. Zelandia. Primeras importaciones de guano en Europa. Guerra del opio en China.

Primera línea de transatlánticos. Liebig: *De la química aplicada a la agricultura*. Proudhon: *¿Qué es la propiedad?* Guérin: *El centauro*. Sainte-Beuve: *Port-Royal* (-59). A. Thierry: *Narraciones de los tiempos merovingios*. Nerval traduce el *Fausto*. Zorrilla: *Los cantos del trovador*. Espronceda: *Poesías*. Nace E. Zola.

Avance del monarquismo constitucional en reinos escandinavos. Caída del gabinete liberal en Inglaterra. Desastre de Auckland en Afghanistan. Sindicato de mineros ingleses. Primera ley de protección al trabajador en Francia. Consagración de la hereditariadad del Visirato de Egipto en la familia de Mehmet Ali. Tylor presidente de EE. UU.

Ley de Joule sobre energía eléctrica. Carlyle: *Los héroes*. Gogol: *Almas muertas*.

1842

1843

anexado al territorio ecuatoriano. Derrocamiento de Bustamante en México y nueva presidencia de Santa Anna. Buñes presidente de Chile.

Baralt: *Resumen de la historia de Venezuela*.

B: La Corona disuelve le Cámara de Diputados: frustración de las esperanzas liberales y revolución en San Pablo y Minas Gerais. Suspensión de garantías constitucionales y pacificación de la revolución a cargo de Caxias; San Pablo se rinde a fines de junio y Minas Gerais en agosto, tras la Batalla de Santa Luzia. Apresados y deportados los principales jefe liberales. Caxias, Comandante del Ejército de Río Grande del Sur.

Nace Franklin Távora.

AL: Fusilamiento de Francisco Morazán, héroe de la independencia centroamericana. Anarquía en Perú; campaña de Castilla en Tacna. Término de la guerra de Nueva Granada, con la victoria de los liberales.

En Chile, inauguración de su Universidad (rector Andrés Bello); fundación de la *Sociedad Literaria*; aparición del primer periódico, *El Progreso* (D. F. Sarmiento su fundador); polémica literaria Bello-Sarmiento. J. B. Alberdi: *El gigante Amapolas*.

B: Tratado de alianza con Argentina contra el oriental Rivera; sin la ratificación de Rosas, Brasil vuelve a la neutralidad mantenida hasta entonces. Matrimonio de D. Pedro II con D. Tereza Cristina de Bourbon, princesa de las dos Sicilias. Muerte de Feijó.

Teixeira e Sousa: *El hijo del pescador*. José Inácio de Abreu e Lima: *Compendio de historia de Brasil*. Joaquim Nor-

Feuerbach: *La esencia del cristianismo*. Schopenhauer: *Los dos problemas fundamentales de la moral*. Emerson: *Ensayos* (-44). E. Sue: *Matilde o las memorias de una joven*.

Aumenta concentración de obreros textiles en fábricas de Inglaterra. Fijación de la frontera EE.UU.-Canadá. Los ingleses reocupan Cabul y penetran Beluchistán. Tratado de Nankín: fin de la guerra del opio, adquisición de Hong-Kong y apertura de los puertos chinos al comercio inglés. En Portugal reimplantación de la Constitución de 1826.

Utilización del éter como anestésico. *La Nación*, órgano de la Joven Irlanda. A. Bertrand: *Gaspar de la noche*. Sue: *Los misterios de París* (-43) S. Mill: *Lógica*. Gogol: *Las almas muertas*. Poe: *El escarabajo de oro*. Franck: *Tríos*. Nace S. Mallarmé. Muere Stendhal.

Agitación en Irlanda. Revuelta en España: exilio de Espartero. Revolución en Atenas. Los ingleses se anexas Natal. Segundo Trek de los boers. Leyes favorables a los negros fugados en Massachusetts y Vermont.

Kierkegaard: *Diario de un seductor*. Macaulay: *Ensayos críticos e históricos*. Dickens: *Martin Chuzzlewit*. Donizetti: *Don Pascual*.

1844

1845

berto de Souza e Silva, Santiago Nunes Ribeiro y otros, fundan la revista *Minerva Brasiliense*. Nace Alfredo d'Escragolle Taunay.

AL: Santa Anna: "Bases orgánicas o nueva Constitución" en México. Soublotte presidente de Venezuela y Vivanco Director Supremo de Perú. Peste amarilla en Ecuador. Chile ocupa el Estrecho de Magallanes. Guerra Grande en el Río de la Plata: sitio de Montevideo por Oribe y Rosas, y defensa de Rivera y las legiones franco-inglesa e italiana.

Lastarria: *El mendigo*. G. de la Concepción (Plácido): *El hijo de la maldición*.

B: Amnistía a los liberales de la revolución de 1824 y a los separatistas gauchos que depusieran las armas.

Joaquim Manuel de Macedo: *La Moreninha*.

AL: Independencia de Dominicana; Boyer derrotado en Haití. Insurrección negra en Cuba. Revueltas militares en México contra Santa Anna. Crisis económica en Montevideo, a consecuencia del bloqueo. Convención de alianza y amistad entre Rivera y los insurgentes de Río Grande do Sul. En Perú, comienzo de la explotación de guano. En Paraguay, el Congreso vota la Constitución y establece período presidencial por diez años; Carlos López presidente.

F. Bilbao: *Sociabilidad chilena*. Vélez de Herrera: *Elvira de Oquendo*.

B: Davi Canabarro, jefe de los rebeldes de Río Grande del Sur, resuelve aceptar la amplia amnistía; Caxias proclama la pacificación de la zona. Protesta del Ministro de Relaciones Exteriores ante Bill Aberdeen, quien sometía a juicio de los

Encuentro de la reina Victoria y Luis Felipe en Windsor. Caso Pritchard entre Francia e Inglaterra. Sunderbund o liga de los siete cantones católicos en Suiza. Reforma de la organización de justicia en Portugal; nueva ley electoral. Movimiento cooperativo de Rochdale. Reorganización del Banco de Inglaterra. Mazzini funda la "Joven Europa". Guerra franco-marroquí.

Primer telégrafo eléctrico de Baltimore a Washington. Zorrilla: *Don Juan Tenorio*. Dumas: *Los tres mosqueteros* y *El conde de Montecristo*. E. Sue: *El judío errante* (-45). E. Barret Browning: *Poemas*. Carlyle: *Pasado y presente*. Marx, refugiado en París, redacta los *Manuscritos económico-filosóficos*. Dostoievski traduce al ruso *Eugenia Grandet*. Berlioz: *Tratado de instrumentación y orquestación modernas*.

Hambre en Irlanda. Los jesuitas en Lucerna. Nueva Constitución española. Tratado franco-chino de Whampoa. Las potencias extranjeras interfieren en la cuestión del Sunderbund. Promulgación de Bill Aberdeen en Inglaterra. Polk pre-

1846

1847

tribunales ingleses a los navíos y súbditos brasileños sospechosos de complicidad con el tráfico de africanos.

J. M. de Macedo: *El mozo rubio*.

AL: Castilla presidente de Perú, Mosquera de Colombia, Roca de Ecuador tras el Tratado de Virginia y la deposición de Flores. España reconoce independencia de Venezuela.

Sarmiento: *Facundo*. M. Payno: *El pistol del Diablo*. Segura: *Na Catita*. "Jotabache" funda *El Copiapino*, en Chile. En Montevideo, *El Comercio del Plata* (Florencio Varela). *El Paraguayo Independiente* en Asunción.

B: Mauá construye los Astilleros de Punta Arena, los primeros de América del Sur. Nace la princesa Isabel.

Gonçalves Dias: *Primeros cantos*. Primer baile de máscaras en Río de Janeiro, el sábado de carnaval.

AL: EE.UU. invade México; derrota mexicana en Palo Alto y ocupación norteamericana de Monterrey y Nueva California. Reelección de Bulnes en Chile. Flores propone a España "la reconquista de América". Monagas presidente de Venezuela.

Echeverría: *Dogma socialista* J. M. Gutiérrez: *América poética*. Gómez de Avellaneda: *Guatimozín*.

B: Decreto creando la presidencia del Consejo de Ministros. El senador Verguero inicia en su hacienda de Ibicaba el sistema de parcelamientos rurales con colonos alemanes. Muere Bento Gonçalves.

Nace Antonio de Castro Alves.

sidente de EE.UU.; anexión de Texas.

El ferrocarril del Norte, financiado por los Rotschild, une París con Lille y Bélgica. Faraday: *Estudios sobre la polarización de la luz*. Dostoievski: *Pobre gente*. Verdi: *Hernani*. Poe: *El cuervo*. Disraeli: *Sybil*. Wagner: *Tannhauser*. A. von Humboldt: *Cosmos* (-62). Marx escribe sus tesis sobre Feuerbach.

Abolición de la Ley de Granos en Inglaterra. Escisión en el partido conservador. Ministerio liberal Russell. Manifestaciones anti-austríacas en Milán. "Asamblea intelectual del pueblo alemán" en Francfort. Austria se anexa Cracovia. Revolución de "María da Fonte" en Portugal; guerra civil (-47); creación del Banco de Portugal. Tratado anglo-americano de Washington. Régimen parlamentario en Canadá.

Fundación de la Escuela Francesa de Atenas. Le Verrier descubre el planeta Neptuno. Proudhon: *Sistema de contradicciones económicas*. Michelet: *El Pueblo*. Thackeray: *Feria de vanidades*. Keller: *Poesía*. Balzac: *La prima Bette*. Merimée: *Carmen*. Berlioz: *La condenación de Fausto*.

Crisis económica general en Europa. Movimiento italiano del "Risorgimento". Ley inglesa sobre duración de trabajo femenino. Ministerio liberal Rogier en Bélgica. Guerra civil suiza: radicales contra Sunderbund; victoria de los radicales. Campaña de los banquetes en Francia;

1848

El 1º de abril da exámenes de preparatorios, como se llamaban a las materias exigidas para la admisión en cursos superiores, y con resultados mediocres: "plenamente" en latín, "simplemente" en francés, filosofía, aritmética y geometría. Los exámenes se presentaron en la Facultad de Medicina en la cual ingresó. Posteriormente trataría en su obra a todos los personajes enfermos mediante sangrías de barbero, como ironizando la profesión que nunca ejerció. Sin embargo, en una época en que ser doctor era de suma importancia, formarse en Medicina constituía el recurso modesto más en boga para los que no podían ser bachilleres en San Pablo u Olinda, las dos únicas Facultades de Derecho con que contaba entonces el país.

1849

Siempre en lucha con las dificultades económicas, Manuel Antonio sólo termina el primer año al finalizar 1849, siendo aprobado *nemine discrepante* (equivalente a "regular") el 9 de noviembre.

En este año publica sus primeras producciones en la revista *Arpegios Poéticos*: "A una joven española" y "El morir de la virgen", reflejando la moda romántica más corriente. En las revistas *Guaracinga* y *Guaraciaba* publicó otras, que no se conocen por no conservarse ningún ejemplar.

AL: Nueva declaración de independencia de Guatemala. Veracruz capitula ante la flota norteamericana. Primeras sociedades obreras chilenas.

A. J. de Irisarri: *El cristiano errante*. A. Bello: *Gramática de la lengua castellana*.

B: Revuelta "Praiera" en Pernambuco, dirigida por los diputados del partido liberal de la provincia.

Gonçalves Dias: *Segundos cantos y Sextillas del Hermano Antao*. Muere Martins Pena.

AL: Tratado Guadalupe-Hidalgo: México cede California, Nuevo México y Texas. Castilla convoca en Perú un Congreso Internacional. Constitución de Honduras. Monagas disuelve el Congreso venezolano. Belzú, presidente de Bolivia, inicia era de "caudillos bárbaros". Inglaterra se apodera del puerto nicaragüense de San Juan.

N. Aréstegui: *El padre Horán*. De Paula Vigil: *Sobre la autoridad de los gobiernos*.

B: Joaquim Manuel de Macedo, Gonçalves Dias y Pôrto Alegre fundan la revista *Guanabara*.

AL: Soulouque se proclama Faustino I, Emperador de Haití. Fuerzas paraguayas ocupan Misiones. Insurrección de Páez contra Monagas en Venezuela; exilio de Monagas. Perú acrecienta ventas de gua-

rendición de Abd-el Kader y pacificación de Argelia. Tumultos en Lisboa; bloqueo de Douro por la escuadra inglesa; los españoles ocupan Porto. Convención de Gramido y fin de la guerra civil. Yacimiento de oro en California.

Helmholtz formula el principio de conservación de la energía. Gervinus funda la *Gaceta alemana*. Lamartine: *Historia de los girondinos*. Michelet: *Historia de la revolución francesa* (-53). E. Brontë: *Cumbres borrascosas*. Emerson: *Poemas*.

Revolución de Febrero en Francia. Caída de Luis Felipe. Proclamación de la Segunda República. Insurrecciones proletarias de Julio. Represión de Cavaignac. Luis Bonaparte, presidente. Abolición de la esclavitud en las colonias francesas. República húngara de Kossuth. Caída de Metternich. Asamblea de Francfort por un Reich alemán. Alzamiento contra los Habsburgo en Italia. República de Venecia. Guerra anglo-boer. Primera Constitución danesa.

S. Mill: *Principios de economía política*. J. Grimm: *Historia de la lengua alemana*. A. Dumas (h): *La dama de las camelias*. Marx y Engels: *Manifiesto comunista*. Muere Chateaubriand.

Mazzini y Garibaldi derrotados por los austríacos. Actuación de Luis Bonaparte y la "Montaña". Ministerio extra-parlamentario de L. Bonaparte. Alianza austro-rusa contra los húngaros. República de Roma. Invasión francesa. Alianza de los tres Emperadores. Taylor presidente de EE.UU. Descubrimiento de oro en Aus-

1850

Del 20 de marzo es el manuscrito que, durante mucho tiempo, fue el único que se conoció del puño de Manuel Antonio. Se trata del siguiente requerimiento, dirigido al Emperador:

“Señor —dice Manuel Antonio de Almeida— un alumno aprobado en el primer año médico de la Escuela de Medicina, que habiéndose retirado fuera de la ciudad poco antes de abrirse la matrícula, y no habiendo podido regresar por razones de salud, sino después de cerradas las mismas matrículas, se encuentra imposibilitado de ser admitido en el segundo año sin la Gracia Imperial de V.M.I., por lo que pide a V.M.I. se digne concederle benignamente esa gracia”. El Emperador se la concedió; pero no fue la enfermedad sino la pobreza la causa de su alejamiento. El 15 de noviembre obtiene su segundo *nomine discrepante* en los exámenes de segundo año.

1851

A fin de costear sus estudios comienza a hacer traducciones para *A Tribuna Católica* entre las cuales se encontraba “Gomdicar o el amor del cristiano”, de Luis Friedel. Su ingreso definitivo al periodismo parece datar de esa fecha y fue debido en gran parte al hecho de tener que mantener a sus hermanas Eulalia Josefina y Adelia Guillermina, ya que su madre había muerto. En una carta a Emilio Zaluar, periodista y poeta portugués que vivió algunos años en Brasil, se refiere a su nueva profesión: “...no es el tipo más admirable, sino el más simpático, más del siglo, más moderno, el del periodista. Abracé esta profesión por instinto, cuando aún no podía medir bien toda su importancia: oscuro entre los oscuros, sin tener todavía lo que ella tiene de glorioso y bello sino la parte diminuta que corresponde a la insignificancia de mi esfuerzo, confieso con placer que todavía no he tenido un día de arrepentimiento, y que sólo la fuerza de las circunstancias me apartará de la carrera comenzada”.

Comienza a trabajar en el *Correio Mercantil*, el más importante día-

no a Europa. Guerra racial en Yucatán.

L. Alamán: *Historia de México* (-55). J. A. Márquez: *La bandera de Ayacucho*. En Chile, fundación de la Academia de Pintura.

B: Promulgación del Código de Comercio. Ley Eusebio de Queirós aboliendo el tráfico de negros hacia Brasil. Pago de subvención al Uruguay para sostener la defensa de la plaza contra Rosas. Tratado de alianza con Paraguay contra Rosas. La producción del café suplanta a la del azúcar. Gran foco de fiebre amarilla en Río de Janeiro.

AL: Acuerdo entre la Confederación y el comisionado inglés en el Plata. Muere San Martín en Francia y Artigas en el Paraguay. Noboa presidente de Ecuador. Los jesuitas expulsados de Colombia y reincorporados en Ecuador.

M. Cervantes: *Caramurú*. Sarmiento: *Recuerdos de provincia*. A. Bello: *Compendio de la historia de la literatura*.

B: Tratado de alianza con Uruguay y el Estado de Entre Ríos para combatir a Oribe, quien ayudado por Rosas sitiaba Montevideo. Se adhiere Paraguay a la alianza, pero sin contribuir con tropas. Caxias invade Uruguay. Se establece una red comercial regular entre Brasil e Inglaterra.

Gonçalves Dias: *Ultimos cantos*.

AL: Insurrección de Sierra Madre y ataque de Matamoros en México. Insurrección de Agüero en Cuba. Fin del sitio de Montevideo. Abolición de la esclavitud en Colombia y Ecuador. Fracaso de la Revolución Liberal, en Chile.

tralia.

Experiencias de Fizeau sobre la velocidad de la luz. Dickens: *D. Copperfield* (-50). Ruskin: *Las siete lámparas de la arquitectura*. Courbet: *Los peones*. Simulacro de ejecución y prisión de Dostoievski. Muere Poe.

Crece poder político de L. Bonaparte. Ley Falloux sobre enseñanza y ley electoral Thiers. Nueva Constitución prusiana. Acuerdo austro-ruso contra Prusia. Regreso del Papa a Roma. Ministerio de Cavour. Compromiso Clay sobre la esclavitud en California. Ley sobre colonización en Argelia. Expedición de Barth a África Central.

Primer cable submarino entre Douvres y Calais. Fundación de la Agencia Reuter. Hawthorne: *La letra escarlata*. Schopenhauer: *Parerga y Paralipomena*. Wagner: *Lohengrin*. Goya: *Los proverbios*. Muere Balzac.

Golpe de Estado de Luis Bonaparte y presidencia por diez años. Supresión de la libertad de prensa. Bismarck representante de Prusia en la Dieta germánica. Federación de mecánicos en Inglaterra. Revuelta militar de Saldanha en Portugal y toma de Lisboa. Reforma de la ley electoral. Revuelta de los Tai-ping en China.

Primera Exposición Internacional en Londres. Invención de la prensa rotativa. Melville: *Moby Dick*. Beecher Stowe: *La cabaña del tío Tom*. Nerval: *Viaje a Oriente*. Hermanos Goncourt: *Diarios* (-84). Longfellow: *La leyenda dorada*. Macaulay: *Ensayos biográficos*. Murger: *Esce-*

rio de la Corte, de larga tradición liberal. De Manuel Antonio dice Francisco Otaviano de Almeida Rosa, redactor jefe del diario: "Adivinaba con nada más que un poco de atención todo lo que no había estudiado, y escribía sobre asuntos examinados de pasada como si los hubiese conocido a fondo". Aprueba *nemine discrepante* el 27 de noviembre los exámenes de tercer año de Medicina.

1852

Animado por su compañero de trabajo, el sargento de milicias retirado Antonio César Ramos, comienza a publicar las *Memorias de un sargento de milicias* en *Pacotilha*, importante suplemento del *Correio Mercantil*. Los capítulos no estaban firmados, y su publicación va de junio de 1852 a julio de 1853. Las recomendaciones de su amigo parecen haberle sido de gran valía, pues era un hombre ya maduro, tal vez de la época colonial.

Es de este año un curioso artículo para el *Jornal do Comércio* en que critica muy duramente y con bastante intención un escrito de Francisco Adolfo de Varnhagen, ya entonces historiador consagrado. Se llamaba "Dos palabras al autor de *Memorial Orgânico*" y denunciaba las atrocidades cometidas por el colonizador contra los indígenas, como se ve en el pasaje que sigue:

"Cuando los portugueses llegaron a Brasil, toda su extensión estaba cubierta de inmensas tribus salvajes; parece increíble: cuando se reunían para algún combate o para cualquier otra finalidad, dice un testimonio ocular que parecían tantos como las hojas de los árboles. Sin embargo, a pesar del número, raras veces fueron los primeros en iniciar las hostilidades, a pesar de la reputación de infidelidad que les atribuían, guardaban la fe muchas veces de un modo muy noble en los tratados y las promesas. Los portugueses, no obstante, venían a buscar riquezas y no a traer civilización; despreciaron estas buenas inclinaciones; trataron de matar a los indígenas para apoderarse de sus tierras; mataron a muchos, y en número espantoso (...) No se puede pues hablar de blandura empleada con los indios sin mentir a la Historia".

El 12 de noviembre es aprobado *nemine discrepante* en los exámenes de cuarto año. No habiendo sido encontradas las actas de los exámenes de quinto año, no sabemos si lo frecuentó en 1853 o 1854, siendo cierto que, o interrumpió sus estudios por un año o, lo que es poco probable, tuvo que repetir un año por haber sido reprobado.

1853

Por esta época, frecuentaba las reuniones de un alegre grupo de amigos —Laurindo Rabelo entre ellos— en la casa del padre del poeta Bethencourt da Silva, su gran amigo, que más tarde escribiría el prefacio de la cuarta edición de su novela. Las reuniones eran frecuentemente ruidosas, lo que no impedía a Manuel Antonio ir escribiendo sus folletines de manera pintoresca, como lo consigna Marques Rebelo:

Mármol: *Amalia* (-55) y *Armonías*. Lassarria: *Diario político*. Maitín: *Obras poéticas*. Muere Echeverría.

B: Comienzan los trabajos del ferrocarril de Mauá, donde también se organiza la compañía de navegación a vapor del Amazonas.

José Francisco Lisboa inicia publicación del *Diario de Timón*. Muere Alvares de Azevedo.

AL: Caída de Rosas en Caseros, exilio, gobierno provisional de Urquiza. Urbina presidente de Ecuador; destierro de los jesuitas.

Alberdi: *Bases*. M. Bilbao: *El inquisidor mayor*.

nas de la vida de bohemia. Ruskin: *Las piedras de Venecia*. Heine: *Romancero*. Verdi: *Rigoletto*.

Nueva Constitución francesa y restablecimiento del Imperio de Francia. Proyectos de Haussman de remodelación de París. Cavour preside consejo piemontés. Negociaciones de Austria con Alemania del sur para unión aduanera. Coalición de Darmstadt. Prusia denuncia el Zollverein. Independencia de Montenegro. Inglaterra reconoce independencia de Transvaal.

Se funda el primer "gran magazin" en París: el *Bon Marché*. Los Grimm inician el *Diccionario* alemán. Gautier: *Esmeraldas y camafeos*. Leconte De Lisle: *Poemas antiguos*. Turgueniev: *Relatos de un cazador*. Comte: *Catecismo positivista*. F. Caballero: *Clemencia y Cuadros de costumbres*. Baltard construye los Halles centrales de París (-58).

B: Período de tregua política. Gabinete de Conciliación, bajo la presidencia de Honório Hermeto Carneiro Leão, Marqués de Paraná, que reúne elementos de los partidos liberal y conservador. Se firma en Londres contrato para la cons-

Rusia propone a Inglaterra el reparto de Turquía. Flotas franco-inglesas en los Dardanelos. Ocupación rusa de principados danubianos. Rusos y americanos reclaman acceso al Japón. Pierce, presidente de EE.UU. Los Tai-pong se apoderan

“en posición bien extravagante —estirado en un canapé, con pereza de cambiar la actitud horizontal, ponía el sombrero alto sobre el vientre y encima de él iba llenando a lápiz sus tiras de papel, indiferente a las carcajadas de sus compañeros, sin darle gran importancia a su trabajo, que no era firmado y cuyos capítulos muchas veces traían la numeración errada o repetida...”

1854

Aparece el primer volumen de *Memorias de un sargento de milicias* publicado por el proceso de suscripciones y con el seudónimo de “Un Brasileiro”. Ya extinto el suplemento *Pacotilha*, es sustituido por *Páginas Menores*, donde Manuel Antonio escribirá con frecuencia, junto a José de Alencar (cuya columna se llamaba “Ao Correr da Pena”). A fines de año publica una *Revista Bibliográfica*, inaugurada con una crítica muy dura sobre el “Ensaio Corográfico do Império do Brasil”, del Dr. Melo Moraes y de Inácio Acioli, y firmada, como todas las críticas posteriores, apenas con su apellido.

1855

Fecha probable de la única foto que de él se conoce. No habiéndose agotado la primera edición de las *Memorias*, Manuel Antonio publica un pequeño anuncio en el *Correio Mercantil* de 13/4: “*Memorias de un sargento de milicias*”. —Habiéndose terminado la distribución para los suscriptores de esta curiosa novela, se venden los ejemplares sobrantes únicamente en la tipografía de este periódico. Cuestan \$200 los dos volúmenes en rústica. Advertimos que la edición se encuentra casi agotada”. Pero ni así las *Memorias* se agotaron. El

trucción del Ferrocarril D. Pedro II. Fundación de un nuevo Banco del Brasil.

Las Academias de Derecho de Olinda y San Pablo pasan a denominarse Facultades. Monte Alverne: *Obras oratorias*. A. de Azevedo: *Poesías*. L. Rabelo: *Trovas*.

AL: Sublevación de Castilla en Perú. En México, caída y exilio de Arista y restauración de Santa Anna. Nueva Constitución en Colombia. Urquiza presidente de Argentina.

Blest Gana: *Una escena social*. M. N. Corpancho: *Brisas de mar y La Lira patriótica* (recopilación). Nace José Martí.

B: Iluminación a gas en Río de Janeiro. Subsidio mensual y empréstito extraordinario al gobierno de Flores en Uruguay; Intervención armada en Montevideo.

Por insistencia del Emperador, Monte Alverne vuelve a predicar, produciendo el célebre Panegírico de San Pedro de Alcántara. Varnhagen: *Historia general de Brasil*, Tomo I.

AL: Abolición de la esclavitud en Venezuela y Perú. Plan de Ayutla contra Santa Anna en México. Buenos Aires formaliza su segregación del resto de las provincias. Dictadura de Melo en Colombia.

J. J. Pesado: *Los aztecas*. V. F. López: *La novia del hereje*.

B: José Inácio de Abreu e Lima: *El socialismo*. Junqueira Freire: *Inspiraciones del claustro*. Machado de Assis publica sus primeros trabajos en la *Marmota Fluminense*. Muere Junqueira Freire.

AL: Segunda presidencia de Castilla en Perú y de Monagas en Venezuela. Exilio

de Nankín. Muerte de D. María II de Portugal y regencia de su marido D. Fernando II durante la minoría de D. Pedro V.

Exposición Universal en Nueva York. Gobineau: *Ensayos sobre la desigualdad de las razas* (-55). Hugo: *Los castigos*. Gogol: *Taras Bulba*. Verdi: *La Traviata* y *El Trovador*.

Guerra de Crimea entre Rusia y alianza anglo-francesa. Revuelta de O'Donnell en Madrid. Se inicia el conflicto Kansas en EE.UU. Fundación de la primera hilandería de algodón en Bombay. Tratado entre Japón y EE.UU. para la franquicia de Yokohama, Nagasaki y Hakodate. Dogma de la Inmaculada Concepción.

Saint Claire Deville: fabricación industrial de aluminio. Riemann: geometría anti-euclidiana. Berthelot y los principios de la termodinámica. Mommsen: *Historia de Roma*. Nerval: *Las quimeras y Silvia*. Tennyson: *La carga de la brigada ligera*. Melville: *Benito Cereno*. Viollet-le-Duc: *Diccionario razonado de la arquitectura francesa*. Tiutchev: *Poesías*. Wagner: *El oro del Rin* (estrenada en 1869). Nace A. Rimbaud.

Atentados contra Napoleón III. Leyes sobre trabajos y propiedad industrial. Batalla de Sebastopol y derrota aliada. Se inicia el reinado de Pedro V en Portugal. Autorización a Lesseps para construir canal de Suez. Masacre de musulmanes en Yunnan.

Exposición Internacional en París. Los

hecho es que, como señalara Darcy Damasceno, el libro "hería doblemente el gusto literario del momento: primero, oponiendo el humanismo a lo sentimental; segundo, levantando contra la retórica la espontaneidad del lenguaje afectivo". Las revistas literarias no se ocuparon de la obra.

En ese año, publica en la *Revista Bibliográfica* una crítica sobre las *Inspiraciones del Claustro*, de Junqueira Freire: "No hay necesidad de prometer futuro al poeta, de pedirle que ande, de enseñarle el horizonte que se le abre espléndido y risueño. Su libro entero es una promesa, que se ha de cumplir".

Presenta su tesis de Doctorado, la defiende, y se gradúa en Doctor en Medicina.

1856

Parece que en este año intenta vivir de la Medicina, pero no inspira confianza por ser también poeta y periodista. Acaba regresando al *Correio Mercantil*. El último artículo firmado por él es del 7 de octubre, sobre el *Libro del pueblo* de Luis Antonio Navarro de Andrade.

1857

Se funda la Imperial Academia de Opera Nacional y Manuel Antonio es llamado para dirigirla.

de Santa Anna, lo sucede Alvarez; Benito Juárez Ministro e iniciación de la Reforma. Código Civil en Chile, obra de Andrés Bello.

L. B. Cisneros: *El pabellón peruano*.

B: Se inicia la construcción de la primera carretera pavimentada del país, la União e Indústria, que une Petrópolis a Juiz de Fora. Adelantos en la cuestión de fronteras con Paraguay; las sucesivas complicaciones culminarán en la guerra.

Gonçalves de Magalhães: *La Confederación de los Tamoios*, y polémica con José de Alencar.

AL: Alianza centroamericana para rechazar al norteamericano Walker en Nicaragua. Ley de desamortización en México. Se fijan fronteras entre Ecuador y Colombia; Robles decreta amnistía en Ecuador. Constitución liberal en Perú.

Vélez de Herrera: *Romancero cubano*.

B: Nuevo gabinete conciliador, bajo la presidencia del Marqués de Olinda, Pedro de Araujo Lima.

J. de Alencar: *El guaraní*. Gonçalves Dias: *Los Timbiras*, *Cantos* (edición colectiva) y *Diccionario de la lengua tupi*. Inauguración del Liceo de Artes y Oficios de Río de Janeiro. Muere Monte Alverne. Nace Aluísio Azevedo.

AL: Ospina presidente de Colombia. Nueva Constitución en Venezuela. Colonización inglesa en Ecuador en una zona

Rotschild fundan el Kreditanstalt de Viena. Le Play: *Los obreros europeos*. Whitman: *Hojas de hierba* (-91). Browning: *Hombres y mujeres*. Baudelaire: *El Spleen de París*. Nerval: *Aurelia*. Spencer: *Principios de psicología*. Gourbet: *El taller*.

Ley sobre sociedades anónimas en Inglaterra. Caída de O'Donnell en España. Tratado de París y fin de la Guerra de Crimea. Caída de la "Regeneración" en Portugal. Memorandum de Cavour sobre Italia. Convención internacional sobre la guerra naval. Guerra anglo-persa.

Nueva era del acero: horno de oxidación de Bessemer. Descubrimiento del hombre de Neanderthal. Taine: *Ensayo sobre Tito Livio*. Barret Browning: *Aurora Leigh*. Aksakov: *Crónica familiar*. Wagner: *La Walkiria*.

Grave crisis financiera en Inglaterra. Aumenta lucha por los mercados y expansión colonial. Entrevista entre Napoleón y el Zar. Constitución esclavista en Kansas. Revuelta de los cipayos en la India. Los franco-ingleses ocupan Cantón. Guerra anglo-persa: Paz de París y condiciones de integridad para Afghanistan. Renovación de la cuestión de la soberanía de los ducados. Fiebre amarilla en Lisboa.

Flaubert: *Madame Bovary*. Baudelaire: *Las flores del mal* y traducción de las

1858

A través del Ministro Sousa Franco es nombrado Administrador de la Tipografía Nacional, con un sueldo muy modesto. Fue en este cargo que conoció y pasó a proteger al entonces aprendiz de tipógrafo Joaquim María Machado de Assis.

Manuel Antonio de Almeida se encontraba entre los fundadores del Liceo de Artes y Oficios: "suficientemente conocido en esta Corte como hombre de talento y amante de las Bellas Artes, se ocupará de la enseñanza de la Geometría", registró Bethencourt da Silva en el discurso pronunciado en el acto de fundación. Pero no se sabe si realmente enseñó esa materia.

1859

Traduce, con Francisco Ramos Paz, Remígio de Souza Pereira, Machado de Assis y Rinaldo Montoro, la parte descriptiva de *Brasil pintoresco*, de Charles Ribeyrolles.

Deja la Tipografía Nacional y, nuevamente por intermedio de Souza Franco, es nombrado Segundo Oficial de la Secretaría de Negocios de Hacienda, donde le encargaron escribir, "para aprovechar sus talentos", la historia de la administración de Hacienda así como rever su legislación. Por considerar que esta tarea era para un economista, la abandona honestamente.

Su situación financiera continuaba siendo precaria, de acuerdo a lo confesado a su amigo Quintino Bocaiúva, en carta de 27/4: "Se tranquilizó la gran tormenta, como te mandé decir, pero no imaginas en qué condiciones y por qué cantidad de vejámenes he pasado. Libre de aquel gran peligro, no puedo sin embargo estar en circunstancias

del Amazonas. Walker expulsado de Centroamérica. Confederación Granadina (-61) Nueva Constitución en México, rechazada por los conservadores militares y eclesiásticos; se inicia resistencia de Benito Juárez.

E. del Campo: *Carta de Anastasio el Pollo sobre el beneficio de la señora La Grúa.*

B: Convenio con Paraguay para asegurar la libertad de navegación en el río Paraguay.

Sousândrade: *Harpas salvajes.*

AL: Juárez establece cuartel general en Veracruz. J. Castro presidente de Venezuela. Bloqueo de Castilla a puertos ecuatorianos. Abolición de la república unitaria y reconstitución de la república federativa de los Estados Unidos de Colombia. Segunda Revolución Liberal en Chile.

J. L. Mera: *Poesías.* Heredia, Quintero, Zenea: *El laúd del desterrado.*

B: Casimiro de Abreu: *Primaveras.* El editor Garnier inicia la publicación de la *Revista Popular.* Inauguración de la Pinacoteca de la Imperial Academia de Bellas Artes de Río de Janeiro.

AL: Tratado de Napasingue entre Perú y Ecuador. Notorio desarrollo de Paraguay bajo el gobierno autonomista de C. A. López. Buenos Aires incorporada a la Confederación. Primer ferrocarril en Argentina. Miramón dirige a los anti-juaristas en México. Separación iglesia-estado.

J. V. González: *Biografía de J. F. Ribas.* Orgaz: *Las tropicales.*

Historias extraordinarias, de Poe. O. Feuillet: *La novela de un joven pobre.* Eliot: *Escenas de la vida clerical.* Champfleury: *Manifiesto El realismo.* Ibsen: *Olav Liljekrans.* Courbet: *Muchachos a la orilla del Sena.*

Atentado de Orsini contra Napoleón III, Supresión de la Compañía de las Indias, transferida a la corona en forma de Virreinato; Carta constitucional de la India inglesa. Admisión de los judíos en el Parlamento. Liberación de siervos del dominio imperial ruso. Europa reconoce la independencia de Montenegro. Campaña electoral de Illinois: Douglas contra Lincoln. Exploración de las minas de oro de Nueva Caledonia. Comercio de China abierto a ingleses y franceses; reglamentación del comercio de opio. Derrota final de los cipayos. Los franco-ingleses toman Tien Tsin.

Polémicas entre Pasteur y Pouchet sobre generación espontánea. Carlyle: *Historia de Federico II.* Offenbach: *Orfeo en el infierno.* Proudhon: *La justicia en la revolución y en la iglesia.*

Guerra italiana por la unidad: Francia y Cerdeña contra Austria. Austria ataca Reino de Cerdeña. Batallas de Magenta y Solferino. Paz de Villa Franca. Garibaldi inicia campaña libertadora en Italia. Fortalecimiento del ejército prusiano bajo Guillermo Hohenzollern. Parma y Modena anexadas. Los franceses en Saigón. Segunda "Regeneración" en Portugal. Formación de Rumania.

Primer empleo de la sonda para búsqueda de petróleo en EE.UU. Darwin: *El origen de las especies.* Marx: *Crítica de la economía política.* Hugo: *La leyenda*

más desesperadas: todos los días se me vence un vale, una cuenta, una letra que no pago porque no tengo con qué, y que quedan suspendidos para caerme otra vez encima al día siguiente. Todavía no me mudé para Santo Amaro por no tener dinero. Para peor, estoy reducido a la mitad de lo que ganaba, porque me retiraron las pruebas de la Tipografía, lo que quiere decir que estoy literalmente sin un vintén”.

1860

Huyendo de los acreedores, va a Nova Friburgo, en la provincia de Río de Janeiro, donde permanece hasta julio de 1861 junto con sus dos hermanas. Se empeña en traducciones que poco alcanzan para su sustento y el de su familia. En este año había abandonado su cargo en la Imperial Academia de Opera Nacional, puesto que había sido cerrada.

1861

Continúa su situación financiera aflictiva. Dice en carta a Quintino Bocaiúva: “Tengo agotada ya toda resignación, y hay momentos en que me entrego a una verdadera desesperación, por otra parte ineficaz”. “Hace un año que él vivía como en estado de desesperación, desencantado de los hombres y de sí mismo”, escribe de él Francisco Otaviano.

Traduce *El rey de los mendigos*, de Paul Feval, e, inspirado en el *Corsario* de Byron, hace el libreto para *Los dos amores*, ópera en tres actos (la partitura era de una condesa polaca, Rozwadowska, quien la dedicó a la Emperatriz D. Tereza Cristina). Fue montada en diciembre, después de la muerte del autor, con dirección de Carlos Gómez, y la crítica la recibió muy mal. Dice el *Jornal do Comércio* de 4/3: “Es una hilera de ruidos que se suceden sin nexo ni orden, pedazos sueltos e infelizmente todos más o menos triviales”.

Teniendo en vista una probable candidatura para la Asamblea Provincial de Río de Janeiro, y llevando cartas de presentación para políticos locales, embarca para Campos en el vapor “Hermes”; según

B: Creación del Ministerio de Agricultura, Comercio y Obras Públicas. El café representa el 48,8% del valor total del las exportaciones brasileñas. Inauguración de la primera máquina a vapor para mollienda de caña de azúcar.

Francisco de Paula Batista: *Compendio de hermenéutica jurídica*. Muerte Casimiro de Abreu.

AL: Constitución conservadora en Perú. Nueva guerra civil en Colombia. Triunfo de las reformas liberales en México. Unificación a sangre y fuego de Ecuador: dictadura de García Moreno.

Vicuña Mackenna: *Historia de la independencia en el Perú*. Blest Gana: *La aritmética en el amor*.

B: Caxias presidente del Consejo de Ministros y simultáneamente Ministro de Guerra.

Fagundes Varela: *Nocturnas*. Apertura de la Primera Exposición Nacional. En Río de Janeiro, estreno de la primera ópera de Carlos Gómez: *La noche del castillo*.

AL: Santo Domingo reincorporado al Imperio Hispánico. México suspende pago de deuda externa y expulsa obispos; reforma agraria. Intervención armada de Francia, Inglaterra y España; ocupación de San Juan de Ulloa por tropas españolas. Dictadura de Páez en Venezuela. Revuelta de Mitre en Argentina contra

de los siglos. F. Mistral: *Mireia*. Becquer publica su primera *Rima*. Ingress: *El baño turco*. Gounod: *Fausto*. Wagner: *Tristán e Isolda*.

Garibaldi en Calabria. Nápoles y Sicilia se unen al reino de Italia. Saqueo de Pekín por fuerzas europeas. Crémieux funda la Alianza Israelita Universal. Lincoln presidente de EE. UU. Secesión de Carolina del Sur.

Construcción del Metropolitano de Londres. Speke y Grant descubren las fuentes del Nilo. Lenoir inventa el motor a explosión. Baudelaire: *Los paraísos artificiales*. Turgueniev: *Padres e hijos*. Taine: *La Fontaine y sus fábulas*. Burckhardt: *La cultura del Renacimiento en Italia*. Saint-Saëns: *Oratorio de Navidad*. Muere Shopenhauer.

Proclamación del Reino de Italia, Víctor Manuel I Rey. Convención anglo-franco-española para la expedición a México. Muerte de D. Pedro de Portugal y reinado de D. Luis I; ley de desamortización de los bienes conventuales y establecimientos píos. Parlamento italiano. Muerte de Cavour. Estatuto de campesinos liberados de la esclavitud en Rusia. Principado de Rumania. Formación de los Estados Confederados de América. Secesión de Virginia; bloque de estados sudistas.

Dickens: *Las grandes esperanzas*. S. Mill: *Sobre el utilitarismo*. Proudhon: *Teoría del impuesto*. Eliot: *Silas Marner*. Dos-

parece tenía un mal presentimiento. Cerca de Macaé, el navío choca con unos arrecifes y se hunde. Muere Almeida a los treinta años de edad y sin el reconocimiento de sus contemporáneos.

los federalistas del Congreso; guerra civil y victoria de Mitre. El Congreso contra Urquiza.

Cisneros: *Julia*. Mera: *La virgen del sol*. Juan María Gutiérrez, Rector de la Universidad de Buenos Aires. Nace J. Rizal.

toievski: *Recuerdos de la casa de los muertos*. Garnier inicia la construcción de la Opera de París.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS DEL AUTOR

DOIS AMORES. Drama lírico en tres actos. Poesía (imitación del italiano Piave). Música de la Condesa Rafaela de Rozwadowska, Río de Janeiro, B. X. Pinto de Sousa, 1861.

MEMORIAS DE UM SARGENTO DE MILICIAS. Folletín sin nombre de autor, en el suplemento "Pacotilla" del *Correio Mercantil*, Río de Janeiro, 27 de junio de 1852 a 31 de julio de 1853.

Primera edición en libro, con el seudónimo de "Un Brasileño", Río de Janeiro, Maximiano Gomes Ribeiro, 1854-55, dos volúmenes.

La novela apareció bajo el nombre del autor recién en la tercera edición, ya póstuma, de 1862-63.

SOBRE EL AUTOR

ANDRADE, MARIO DE: "Memorias de un sargento de milicias" en *Aspectos de literatura brasileira*, São Paulo, Martins, s. f., 5ª ed., pp. 125-139 (la primera edición fue de 1941).

AYALA, FRANCISCO: "Un clásico de la literatura brasileña" en *La Nación*, Buenos Aires, 14 de julio de 1946 (reproducido como prólogo a la traducción española del mismo autor: *Memorias de un sargento de milicias*, Buenos Aires, Argos, 1947).

DAMASCENO, DARCY: "A efetividades linguística nas *Memórias de um sargento de milicias*" en *Revista Brasileira de Filologia*, vol. 2, Tomo II, diciembre de 1956, pp. 155-177.

GALVAO, WALNICE N.: "No tempo do Rei" en *Saco de gatos* (ensaios críticos) São Paulo, Duas Cidades, 1976, pp. 27-33.

GOMES, EUGENIO: "Manuel Antônio de Almeida" en *Aspectos do romance brasileiro*, Bahía, Progresso, 1958, pp. 53-76.

MARQUES, XAVIER: "O tradicionalismo de Manuel de Almeida" en *Letras Acadêmicas*, Río de Janeiro, Renascença, 1933, pp. 7-23.

- MONTELLO, JOSUE: "Um precursor: Manuel Antônio de Almeida" en *A literatura no Brasil* (Dirección de Afrânio Coutinho), Vol. II, Río de Janeiro, Editorial Sul Americana S. A., 1955, pp. 37-45.
- MONTENEGRO, OLIVIO: "Manuel Antônio de Almeida" en *O romance brasileiro*, 2ª edición, Río de Janeiro, José Olympo, 1953, pp. 61-70.
- PEREIRA, ASTROJILDO: "Romancistas de cidades: Macedo, Manuel Antônio e Lima Barreto" en *Interpretações*, Río de Janeiro, Casa do Estudante do Brasil, 1944, pp. 49-113.
- REBELO, MARQUES: *Bibliografia do Manuel Antônio de Almeida*, Río de Janeiro, Instituto Nacional do Livro, 1951.
- : *Vida e obras de Manuel Antônio de Almeida*, 2ª edición, São Paulo, Martins, 1963.
- ROMERO, SYLVIO y RIBEIRO, JOAO: *Compêndio de história da literatura brasileira*, 2ª edición, Río de Janeiro, Francusco Alves, 1909, pp. 294-299.
- RONAI, PAULO: prefacio a *Mémoires d'un Sergent de la Milice* (trad. de Paulo Ronai), Río de Janeiro, Atlântica Editora, 1944, pp. 5-12.
- SILVA, F. J. BETENCOURT DA: "Introdução literária" a *Memórias de um sargento de milícias*, 4ª edición, Río de Janeiro, Dias da Silva Junior, 1876, pp. I-XLVIII.
- SOUTO, L. F. VIEIRA: "Manuel Antônio de Almeida" en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, N° CLXIV, 1933, pp. 556-570.
- TAYLOR, ALAN CAREY: "Balzac, Manoel Antônio de Almeida et les débuts du réalisme au Brésil" en *Le Réel dans la Littérature et le Langage*, Actas del X Congreso de la Fédération Internationale des Langues et Littératures Modernes, Paris, Klincksieck, 1967, pp. 202-203.
- VERISSIMO, JOSÉ: "Um velho romance brasileiro" en *Estudos brasileiros*, 2ª serie, Río de Janeiro, Laemmert, 1894, pp. 107-124.

INDICE

PRIMERA PARTE

I. Origen, nacimiento y bautismo	3
II. Primeros infortunios	8
III. Despedida a las travesuras	14
IV. Fortuna	18
V. Vidigal	21
VI. Primera noche fuera de casa	25
VII. La comadre	29
VIII. El patio de los bichos	32
IX. El "Me las arreglé como pude" del compadre	35
X. Explicaciones	39
XI. Progreso y atraso	44
XII. Entrada en la escuela	48
XIII. Cambio de vida	51
XIV. Nueva venganza y su resultado	55
XV. Escándalo	60
XVI. Exito del plan	65
XVII. D. María	68
XVIII. Amores	74
XIX. Domingo de Espíritu Santo	77
XX. El fuego en el campo	81

XXI. Contrariedades	85
XXII. Alianza	88
XXIII. Declaración	91

SEGUNDA PARTE

I. La comadre en acción	95
II. Intriga	99
III. Derrota	103
IV. El Maestro de Rezo	107
V. Trastorno	111
VI. Trastorno peor	116
VII. Remedio a los males	120
VIII. Nuevos amores	124
IX. José Manuel triunfa	128
X. El agregado	133
XI. Denunciado	137
XII. Completo triunfo de José Manuel	141
XIII. Huida	144
XIV. Vidigal decepcionado	148
XV. El caldo derramado	151
XVI. Celos	154
XVII. Fuego de paja	157
XVIII. Represalias	160
XIX. El Granadero	165
XX. Nuevas diabluras	169
XXI. Descubrimiento	176
XXII. Empeños	179
XXIII. Tres mujetes en comisión	182
XXIV. La muerte es juez	187
XXV. Conclusión feliz	191
<hr/>	
CRONOLOGÍA	196
BIBLIOGRAFÍA	233

TITULOS PUBLICADOS

1

SIMON BOLIVAR
DOCTRINA DEL LIBERTADOR
Prólogo: Augusto Mijares
Compilación, notas y cronología: Manuel Pérez Vila

2

PABLO NERUDA
CANTO GENERAL
Prólogo, notas y cronología: Fernando Alegría

3

JOSE ENRIQUE RODO
ARIEL - MOTIVOS DE PROTEO
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4

JOSE EUSTASIO RIVERA
LA VORAGINE
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes: Luis Carlos Herrera Molina S. J.

5-6

INCA GARCILASO DE LA VEGA
COMENTARIOS REALES
Prólogo, edición y cronología: Aurelio Miró Quesada

7

RICARDO PALMA
CIEN TRADICIONES PERUANAS
Selección, prólogo y cronología: José Miguel Oviedo

8

EDUARDO GUTIERREZ Y OTROS
TEATRO RIOPLATENSE

Prólogo: David Viñas

Selección, notas y cronología: Jorge Lafforgue

9

RUBEN DARIO

POESIA

Prólogo: Angel Rama

Edición: Ernesto Mejía Sánchez

Cronología: Julio Valle-Castillo

(en prensa)

10

JOSE RIZAL

NOLI ME TANGERE

Prólogo: Leopoldo Zea

Edición y cronología: Mária Russotto

11

GILBERTO FREYRE

CASA-GRANDE Y SENZALA

Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro

Traducción: Benjamín de Garay y Lucrecia Manduca

12

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

FACUNDO

Prólogo: Noé Jitrik

Notas y cronología: Susana Zanetti y Nora Dottori

13

JUAN RULFO

OBRA COMPLETA

Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14

MANUEL GONZALEZ PRADA

PAGINAS LIBRES - HORAS DE LUCHA

Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15

JOSE MARTI

NUESTRA AMERICA

Prólogo: Juan Marinello

Selección y notas: Hugo Achúgar

Cronología: Cintio Vitier

16

SALARRUE

EL ANGEL DEL ESPEJO

Prólogo, selección, notas y cronología: Sergio Ramírez

17

ALBERTO BLEST GANA

MARTIN RIVAS

Prólogo, notas y cronología: Jaime Concha

18

ROMULO GALLEGOS

DOÑA BARBARA

Prólogo: Juan Liscano

Notas, variantes y cronología: Efraín Subero

19

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

TRES OBRAS

*(Leyendas de Guatemala, El Albajadito
y El Señor Presidente).*

Prólogo: Arturo Uslar Pietri

Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20

JOSE ASUNCION SILVA

OBRA COMPLETA

Prólogo: Eduardo Camacho Guizado

Edición, notas y cronología: Eduardo Camacho Guizado
y Gustavo Mejía

21

JUSTO SIERRA

LA EVOLUCION POLITICA DEL PUEBLO MEXICANO

Prólogo y Cronología: Abelardo Villegas

22

JUAN MONTALVO

LAS CATILINARIAS Y OTROS TEXTOS

Selección y prólogo: Benjamín Carrión

Cronología y notas: Gustavo Alfredo Jácome

23-24

VARIOS

PENSAMIENTO POLITICO DE LA EMANCIPACION

Prólogo: José Luis Romero

Selección, notas y cronología: José Luis Romero
y Luis Alberto Romero

